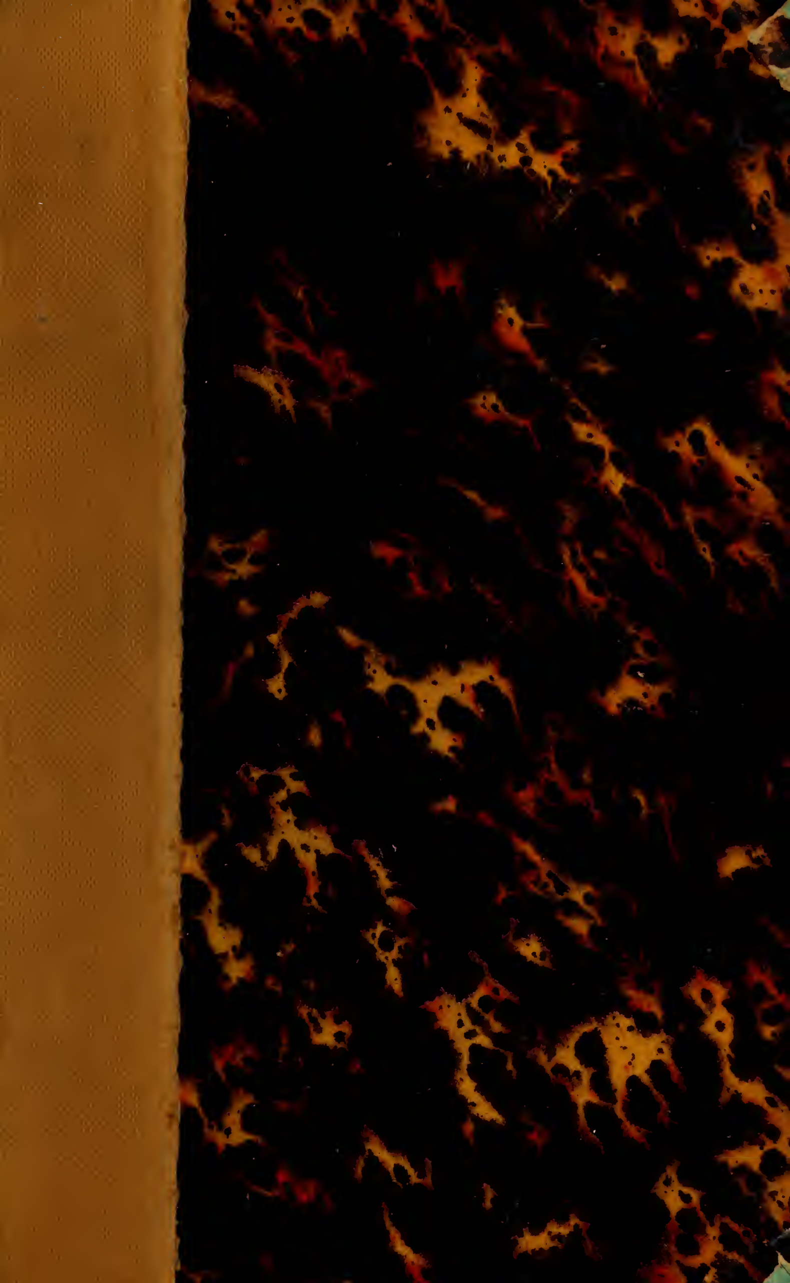






Digitized by the Internet Archive
in 2014

https://archive.org/details/obrasescogidas02vega

OBRAS ESCOGIDAS

DE

LOPE DE VEGA

II

TIP. GARNIER HERMANOS, 6, CALLE DES SAINTS PÈRES. — PARÍS

LS
V422Z

OBRAS
ESCOGIDAS

DE

FREY LOPE FÉLIX DE VEGA CARPIO

CON PRÓLOGO Y NOTAS

POR

ELÍAS ZEROLO

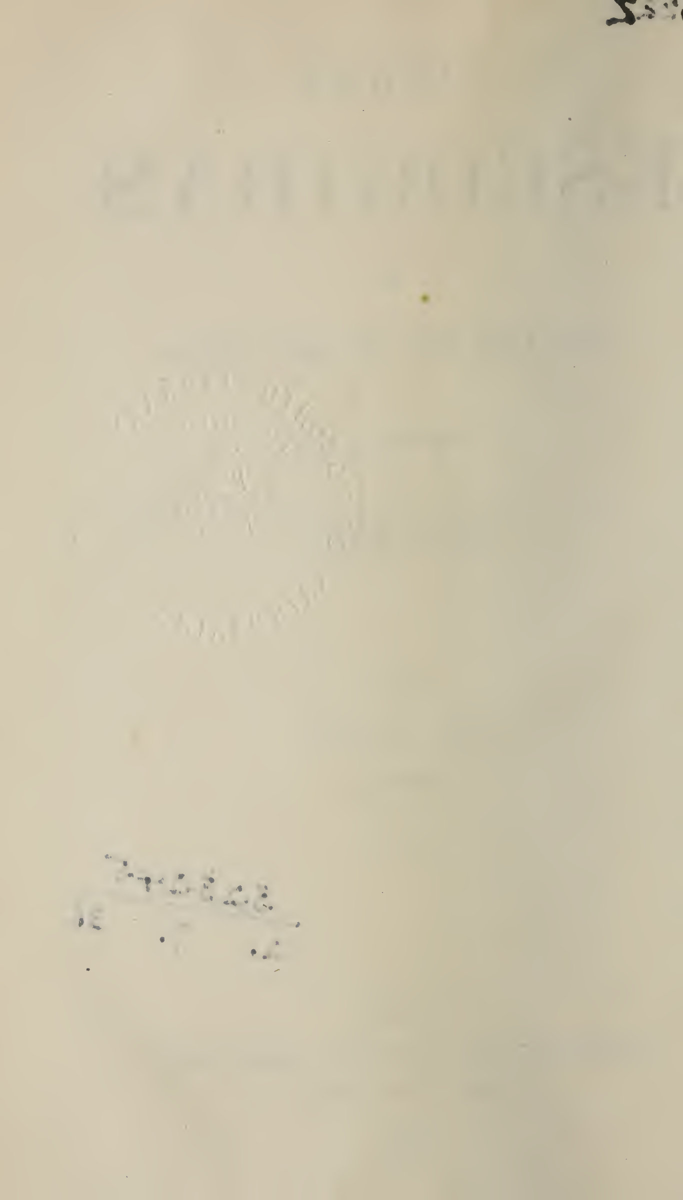
TOMO SEGUNDO

COMEDIAS

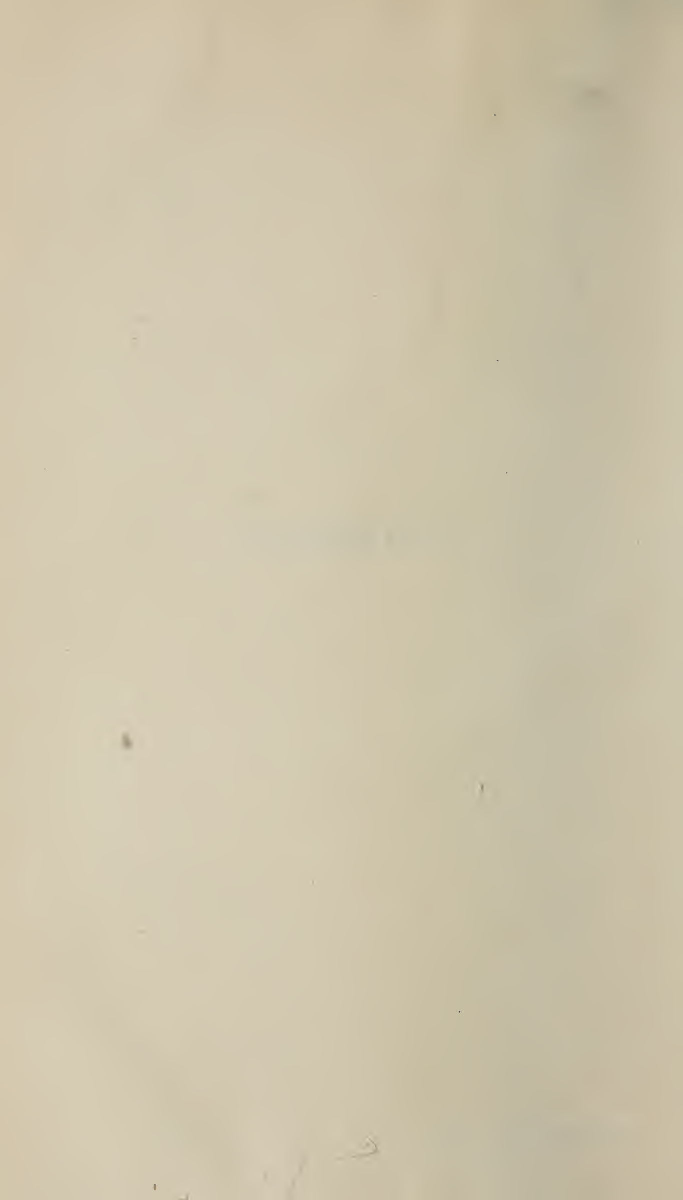
328245
2. 7. 36.

PARÍS
LIBRERÍA DE GARNIER HERMANOS
6, CALLE DES SAINTS-PÈRES, 6

1886



COMEDIAS



LO CIERTO POR LO DUDOSO*

PERSONAS

EL REY DON PEDRO.	DOÑA JUANA.
EL CONDE DON ENRIQUE.	DOÑA INÉS.
EL MAESTRE DE SANTIAGO.	TEODORA.
RAMIRO, *criado.*	JUSTA.
MENDO, *criado.*	SOLDADOS.
EL ADELANTADO.	ACOMPAÑAMIENTO.

La escena es en Sevilla y extramuros.

ACTO PRIMERO

Orillas del Guadalquivir. Casas á un lado.

ESCENA PRIMERA

EL CONDE DON ENRIQUE Y RAMIRO, *de noche.*

DON ENRIQUE. ¡ Hermosa playa !
RAMIRO. En su orilla
Mil bellas ninfas están.
DON ENRIQUE. Es la noche de San Juan

* He aquí la dedicatoria de esta comedia : « Al excelentísimo señor don Fernando Afán de Ribera Enríquez, duque de Alcalá, adelantado mayor de la Andalucía, marqués de Tarifa, conde de los Molares y señor de la casa de Ribera. Hice elección desta comedia entre las doce desta parte, para ofrecer á vuestra excelencia algún rústico fruto de nuestra humilde Vega, debido tributo á la sagrada Ribera del mar Océano, porque pasa en Sevilla, su dichosa patria, y porque, como en España no tienen preceptos. no ofenderá su grave juicio en todo género de letras, así la disposición de su contexto como el ornato de sus versos, que en esta ocasión tanto temor pone

Y la fiesta de Sevilla.
Todo en esta gran ciudad
Es en extremo perfeto.
RAMIRO. Y todo ese gusto efeto

á todo ingenio científico; que á los vulgares en cualquiera calidad, no hay que tener respeto. Debiera Apolo hacer concilio de sus musas y definir qué estilo debemos usar ahora para quietud de los elevados y singulares; que así se llaman los que, malcontentos de la verdad de la lengua, cuanto agradados de su vanidad y locura, penan en diferentes lugares como las almas. Teofrasto Paracelso pone notables diferencias de hombres, después de los comunes á la naturaleza, en todos los elementos: undenas, silvas, gnomos, pigmeos, salamandras; y no se acordó de los del aire, porque no habia entonces este linaje de poetas. Yo no sé qué ideas son estas; deben de ser las de Platón, que no se pueden difinir, como sintió Aristóteles: *Nec demonstrationem recipere, et ita vanæ.* Constituyeron algunos el natural principio de todas las cosas en el caos (eran gentiles); dél quisieron que procediesen la materia, la forma, los elementos, á quien otros añadieron los átomos: no fuera sin causa poner entre ellos este género de versos, pues á la claridad del sol no se les halla más que confusión y aire. Dice contra el Tasso la Crusca que se entienden sudando sus conceptos, por haberlos envuelto en tanta variedad de figuras; y que los poemas han de tener, con lo provechoso, lo deleitable, y que con lo deleitable no puede estar la fatiga, y que la que se siente en leer su *Gofredo*, no sólo es fatiga, sino enojo y martirio; *Avendosi sempre a combattere con gli stravaganti ed intempestivi gheribizzi dell' autore* (en castellano no tenemos esta voz; que *fantasía* no es tan significativa). Esto sintieron del Tasso: ¿qué haremos en España de los que tan lejos viven de igualar este varón insigne, poeta y filósofo, y no escritor de plática, como los médicos impíricos?

En el ánimo, Señor excelentísimo, está la mente, en la mente el juicio, la sagacidad, la solercia y el ingenio; divídese el Constanciaro en su *Retórica* en dos cualidades: *Quædam sunt commoda*, dice, *et quædam incommoda; commoda ut acumen et celeritas ingenii et memoria* (y en estas facilidad y firmeza), *quas res eruditio comitatur atque doctrina.* Entre las cosas que pone al segundo género son la rudeza, la tardanza, las flacas fuerzas del ingenio, la poca erudición y doctrina. Yo bien estoy con que los frutos de los estudios salgan tarde; pero después de tarde, rudos, torpes, tibios y ineruditos, no lo apruebo. Si el remedio del corto natural se ha de fundar en la escuridad y bárbaro estilo, ¿para qué escribe el que ha

De tu misma voluntad.
Á más, que es el bien mayor,
Y vives donde está el bien.

---

de fatigar al que le ha de leer, pues solo su engaño le obliga ó su presunción le desvanece? No es esta la diferencia del hablar natural ó figurado, *ut in sermone latino :* poco ornato de la oración poética sería llamar naturalmente á los ojos, *el sentido con que vemos;* pero en el figurado basta llamar á Aristóteles *lumen Græciæ*, á la juventud *flos ætatis*, *manus* á la potestad, y *caput* al principio, con otros lugares tópicos donde hay tantas diferencias y tropos; y aun desto, *modicus et opportunus usus;* que así se ilustra la oración, como quiere Fabio Quintiliano. *Ne inusitata et usu remota in orationem ingeras*, dijo el Ticinense; puesto que la peregrinidad sea vicio de los españoles, como refiere Crinito, y lo confirma la inconstancia de sus trajes, barbas y cabellos; pero sacar de su naturaleza á la retórica, y que no sea su difinición *arte de bien decir*, sino de lenguaje bárbaro, ¿qué facultad lo permite? ¿Qué nación lo sufre? Si agora preguntaran á Guillelmo Budeo cuándo había de ser el día de mayor confusión, no respondiera aquel donaire, sino que en el tiempo que escribiesen los hombres para no ser entendidos. Pues luego ¡el modo de las reprensiones, con tantas libertades y convicios, obligando á los hombres acostumbrados á la alabanza á tratar, por volver por el propio honor, del vituperio ajeno! ¡Oh vano error! ¡Oh suma ignorancia! ¡Oh soberbia fantástica! ¡Oh presunción intrépida!

Lloraban á Hermolao enfermo en Roma aquellas dos estrellas de Florencia, Pico Mirandulano y Ángelo Policiano, y dice Crinito, alabándolos y culpando á Platón y á Jenofonte: *Animi parum liberi et insinceri esse, invidiæ magis quàm doctrina concedere.*

Si hubiéramos de proponer un alto ejemplo de los que sin envidia saben (que claro está que quien sabe no envidia), ¿quién fuera como vuestra excelencia, que desde la primera edad se consagró á las ciencias, como destinado á tan grandes virtudes, que le han hecho por sí mismo más lugar en la fama que la generosa ascendencia de sus clarísimos progenitores, que en tantos, tan admirables y suntuosos edificios, lustre y inmortal ornamento de Sevilla, dejaron las cenizas de tal fénix? Á quien podíamos decir lo que de aquel ave sagrada al sol dijo Lactancio, aplicando las selvas orientales á las riberas del Betis:

Antistes nemorum et luci veneranda sacerdos,
Et sola arcanis conscia, Phœbe, tuis.

DON ENRIQ. Dale su parte también
Á quien causó tanto amor.
(*Cantan, tocan y bailan dentro.*)
RAMIRO. ¿ Cantan ?
DON ENRIQ. Ansí lo parece,
Y aun bailan.
RAMIRO. Mulatas son.
Cuanto alegra su canción,
Su negro luto entristece.
(*Cantan dentro con sonajas.*)

Río de Sevilla,
¡ Cuán bien pareces
Con galeras blancas
Y remos verdes !

ESCENA II

EL REY DON PEDRO, EL MAESTRE DE SANTIAGO Y MENDO, *de noche.* — DICHOS.

REY. ¡ No he visto cosa mejor !
MAESTRE. Humilla tal vez el gusto
Lo sabroso, aunque no es justo
Si toca al debido honor.
REY. Maestre, en anocheciendo
Todo es igual ; que aquel manto
Cubre y escurece cuanto
Están nuestros ojos viendo.
¿ No ves un campo de flores
Con olor y sin color ?
Ansí de noche el olor

Pues no hay facultad de que no tenga conocimiento y particular estudio, en el mejor que ha juntado príncipe en Europa : docto en la lengua sira, hebrea, caldaica y griega, cuando de sóla la latina, en que es tan eminente, pudiera honrarse cualquiera profesor suyo. Pues si entre las sinopsis que en algún modo contienen principio, da el filósofo al esplendor dignidad y autoridad la nobleza, ¿qué hará ilustrada de tan sublimes virtudes y insignes letras? ¡Oh feliz siglo! *Capellán de vuestra excelencia*, LOPE FÉLIX DE VEGA CARPIO. »

Diferencia á los señores.
DON ENRIQUE. (*Ap. á Ramiro.*) Este es el Rey.
RAMIRO. Y tu hermano
El Maestre.
DON ENRIQ. Huyamos dél:
Basta, que priva con él.
RAMIRO. Quiérele bien.
DON ENRIQ. No es en vano.
REY. Dos hombres se han embozado
De nosotros; mira, Mendo,
Quién son.
MENDO. Que es el Conde entiendo.
REY. (*Llegándose al Conde.*) Enrique, ¡tanto cuidado!
¿De mí te guardas?
DON ENRIQ. Señor,
Antes pensé que tú eras
El que guardarte quisieras.
REY. Mal pagas mi justo amor.
¿Adónde vas por aquí?
DON ENRIQ. Ya ¿no lo ve vuestra alteza?
REY. ¡Ociosa tu gentileza
Á estas horas!
DON ENRIQ. Señor, sí;
Porque debe de ser tal,
Que no sé adónde ocupalla.
REY. Más pienso que es estimalla
Porque no conoce igual.
DON ENRIQ. Por Dios, Señor, que he salido
Sólo á escuchar disparates
Esta noche.
MENDO. No le trates
Al Conde de presumido;
Que cuanto bueno hay en él
Vence con sentir de sí
Tan humilmente.
REY. Ansí
Lo pienso y lo dicen dél.
¿Qué has hecho, en fin?
DON ENRIQ. Escuchado
Voces, guitarras, panderos,
Sonajas, locuras, fieros,
Y con el que traigo al lado

Probado á cuatro valientes
El pecho.
REY. No hay en España
Tal brío. ¿ Quién te acompaña,
Para que ser loco intentes ?
DON ENRIQ. Ramiro viene conmigo.
REY. Eso juráralo yo.
RAMIRO. ¿ Tengo yo culpa ?
REY. Pues ¿ no ?
RAMIRO. Basta, Señor ; que contigo
No me puedo acreditar.
REY. Conozco tu loco humor.
RAMIRO. Dos cosas dieron, Señor,
Á la disculpa lugar,
Apenas siendo formado
El mundo.
REY. Y ¿ vienen á ser ?
RAMIRO. El hombre con la mujer,
Y el señor con el criado.
Norabuena dijo Adán
Que la mujer le engañó ;
Que desde que la culpó,
Todos la culpa la dan.
Pues luego, todo señor
¿ No ha errado cuando el criado
Es el que ha errado ?
REY. Tú has dado
Fría disculpa á tu humor.
Ahora bien, llévame, Enrique,
Donde nos entretengamos,
Ya que desta suerte estamos.
DON ENRIQ. No sé, por Dios, cómo aplique
Á tu grandeza las cosas
Desta noche, si no pones
El gusto en las oraciones
Y respuestas fabulosas
En que han dado las doncellas,
Haciendo casamentero
Á san Juan.
RAMIRO. Deciros quiero
La causa, y volver por ellas.
REY. ¿ Cómo ?

RAMIRO. ¿ No enseña el cordero ?
REY. Sí.
RAMIRO. Pues deso han presumido
Que pueden tener marido ;
Que ser manso es lo primero.
REY. ¿ Qué loco á este loco excede ? —
Mendo, ¿ sabes tú las casas
Donde con tu dueño pasas
Algunas noches ?
MAESTRE. No puede,
Gran Señor, Mendo decir
Cosa que tu gusto sea.
REY. ¿ No hay una discreta fea
Adónde podamos ir ?
MENDO. Todas están ocupadas,
Digo la más parte dellas :
En su oración las doncellas
Y en su hechizo las casadas.
RAMIRO. Lo que dice Mendo apruebo ;
Que una destas que sé yo,
Un orinal me pidió
Donde ha de echar cierto huevo
Luego que las doce den,
Y allí ha de ver grandes cosas.
DON ENRIQ. ¡ Bravas mentiras !
REY. Famosas.
MAESTRE. ¡ Mal fuego las queme, amén !
¡ Qué mal saben emplear
La fiesta de tan gran santo !
REY. No hay cosa qué pueda tanto
Las mujeres infamar
Como valerse de hacer
Hechizos.
RAMIRO. Hechizos son,
Como afeites, ilusión
Del rostro de la mujer.
La edad tierna es el aurora :
Allí, ¿ qué mujer se afeita ?
La misma flor la deleita,
La misma edad la enamora.
Mas como va entrando el día,
Fingidas luces previene,

Porque las propias no tiene
Que en el aurora tenía.
Allí también entra hacer
Hechizos y necedades,
Para vencer voluntades
Que no pudiera vencer.
¿No veis un clavel de seda,
Y otro que clavel nació?
Pues tal imagino yo
Que un rostro fingido queda,
Aunque en la plaza se venda.
Ello parece clavel;
Pero no nació con él;
Que le compró de la tienda.

REY. Eso sucede en algunas.

RAMIRO. Dijo un sabio reverendo
Que eran, en anocheciendo,
Todas las mujeres unas.

REY. Habló del cuerpo, no dió
Lugar al alma.

DON ENRIQ. Epicuro
Debió de ser.

RAMIRO. Pues yo os juro
Que Plutarco lo escribió.

REY. Cánsanme filosofías,
Y de la mujer desprecios:
Los feos, pobres y necios
Luego las hacen arpías;
Que quien puede conquistallas
Y las merece agradar,
Nunca acaba de acabar
De alaballas y de honrallas.
Por Dios, que donde no están
Que no hay gusto ni alegría,
Ni del hombre compañía
Como la que ellas le dan.
Lindas enfermeras son
De alma y cuerpo.

DON ENRIQ. Así es verdad,
Á no tener vanidad
Su mudable condición.

REY. ¿Adónde hay un hombre igual?

MENDO. Y eso en la mujer ¿ qué impide ?
RAMIRO. Bello animal si no pide ;
Si pide, bravo animal.
REY. Ahora, Enrique, alguna quieres ;
Deja sus desigualdades.
DON ENRIQ. Temiendo sus libertades,
Huyo de algunas mujeres.
REY. Di la verdad.
DON ENRIQ. Hay respeto.
REY. Por mi vida.
DON ENRIQ. Si has jurado
Tu vida, estaré obligado
Á preferirla al secreto.
Tengo, Señor, dos amores :
Uno posible al deseo,
Y otro imposible, que creo
Por fe de honestos favores.
REY. (*Ap.* El imposible me mata
De celos del Conde. ¡ Ay cielos !
¿ Cómo sois tan necios, celos,
Que se cansa amor si os trata ?)
¿ No dirás del imposible ?
DON ENRIQ. El imposible, perdona ;
Porque no hay en su persona
Cosa para mí posible.
REY. (*Ap.* Más me mata, más me abrasa.)
Y el posible ¿ no sabremos ?
DON ENRIQ. Sí, Señor ; que le tenemos
Cerca.
REY. ¿ Mucho ?
DON ENRIQ. Esta es su casa.
REY. Llamad.
DON ENRIQ. Llama tú, Ramiro.
RAMIRO. ¡ Ah de casa ! En el portal
Mi cuya está. ¡ Pesia tal !
Daré por silbo un suspiro.

ESCENA III

JUSTA. — DICHOS.

JUSTA. Luego que el son conocí,
Salí, Ramiro, al reclamo.
RAMIRO. Di á Teodora que mi amo
El conde Enrique está aquí.
JUSTA. Andamos tan ocupadas,
Que si excusarlo pudiera,
No la pesara.
RAMIRO. Ya espera,
Justa, y las doce son dadas:
No le quites la ocasión
Del provecho que os prometo.
JUSTA. Eres discreto en efeto.
RAMIRO. Siempre los que os dan lo son. — (*Vase Justa.*)
Ya va Justa á referir
Tu venida á su señora.
REY. ¿Es muy hermosa Teodora?
DON ENRIQ. No te lo sabré decir;
Que en mirando sin amor
No pongo tanto cuidado. (*Vanse.*)

Sala en casa de Teodora.

ESCENA IV

TEODORA Y JUSTA; *luego* DON ENRIQUE Y RAMIRO, EL REY, EL MAESTRE Y MENDO.

TEODORA. No habrá tiempo reservado
Para el Conde mi señor.
(*Salen don Enrique y Ramiro.*)
DON ENRIQ. Teodora...
TEODORA. Famoso Enrique,
Honor de Castilla...
DON ENRIQ. ¿Estás

Ocupada? ¿No querrás
Que una cosa te suplique?

TEODORA. Para ti no puede haber
Disculpa ni ocupación.

(*Salen el Rey, el Maestre y Ramiro embozados.*)

¿Quién los embozados son?

DON ENRIQ. Dos que te vienen á ver.

TEODORA. ¡Á verme á mí!

DON ENRIQ. (*Ap. á Teodora.*) Mis hermanos
El Rey y el Maestre: advierte
Que los agrades de suerte,
Que incites sus reales manos.
Y para darte lugar,
Me quiero ir.

TEODORA. Eso no;
Que estimo en más verte yo
Que cuanto me pueden dar.

DON ENRIQ. Vame la vida en que aquí
Un rato los entretengas.

TEODORA. Como á verme después vengas,
Yo lo haré, Conde, por ti.

DON ENRIQ. Esa palabra te doy. —
Ramiro...

RAMIRO. Señor...

DON ENRIQ. Camina.

(*Vanse don Enrique y Ramiro.*)

ESCENA V

EL REY, EL MAESTRE, TEODORA, JUSTA, MENDO.

REY. La mujer se nos inclina;
¿Si sabe, hermano, quién soy?

TEODORA. (*Al Maestre.*) Descúbrase vuestra alteza,
Aunque su sol me deslumbre;
Que no ofenderá su lumbre
Tocar mi humilde bajeza.

MAESTRE. No soy yo el Rey; ese sol
Decid allí que se os muestre.

TEODORA. Sois, si no sol, gran Maestre,
El mejor rayo español. —
Señor, allí dice un rayo (*Al Rey.*)

Que sois vos el sol.
REY. Teodora,
Sed vos de ese sol aurora.
TEODORA. De tanta luz me desmayo.
Guárdeos el cielo, y Castilla
Por largos años os goce.
REY. ¿ Qué hacéis, ya dadas las doce ?
TEODORA. Decir mañana á Sevilla
Que á tal hora amaneció.
REY. Es noche toda de fiesta.
TEODORA. Quien esta noche se acuesta,
Gusto ó salud le faltó.
REY. ¿ Sabéis cantar y tañer ?
TEODORA. Sí, Señor. ¿ Queréis sentaros?
REY. ¿ Y Enrique ?
TEODORA. Vendrá á buscaros
Y á veros amanecer;
Que aquí cerca se llegó
Á llamar quien entretenga
Á vuestra alteza.
REY. Que venga
Luego decid.
TEODORA. No sé yo
Adónde fué el Conde.
REY. ¡ Bien !
(*Ap.* ¡ Vive Dios, que me ha engañado !
¡ Lindamente me ha dejado !)
Maestre, conmigo ven;
(*Ap. á él.* Que aquestas bachillerías
Son licencias más que iguales.)
MAESTRE. Pues ¿ qué sospechas, que sales
Tan triste?
REY. Desdichas mías.
MAESTRE. Tú ¿ puedes ser desdichado ?
REY. ¿ No es desdicha tener celos ?
MAESTRE. No, Señor, cuando los cielos
De tanto bien te han dotado.
REY. Si nadie puede enojarme,
Yo me quiero entristecer.
(*Ap.* ¡ Qué pueda Enrique tener
Licencia para engañarme !)
(*Vanse el Rey, el Maestre y Mendo.*)

ESCENA VI

TEODORA, JUSTA

TEODORA. ¿Qué es esto?
JUSTA. Ya ¿no lo ves?
Celos de Enrique.
TEODORA. Es verdad
Que la mayor majestad
Pone el amor á sus pies.
Que entretuviese quería
Al Rey.
JUSTA. El Rey le entendió.
TEODORA. Perdí lo que él me advirtió
Que su alteza me daría.
JUSTA. Celos ¿á quién guardan ley?
TEODORA. Que dellos me queje es justo;
Que al Rey le quitan el gusto,
Y á mí la gracia del Rey. (*Vanse.*)

Sala en casa del Adelantado.

ESCENA VII

DOÑA JUANA, DOÑA INÉS.

DOÑA JUANA. Hice esta santa oración
Para saber, prima mía,
Si el Conde se casaría
Conmigo en esta ocasión,
Ó lo estorbaría el Rey.
DOÑA INÉS. Pues ¿por qué lo ha de estorbar?
DOÑA JUANA. Porque se quiere casar;
Que no hay en Castilla ley,
Que el casamiento le impida
Con la hija de un vasallo.
DOÑA INÉS. Yo, por tus méritos, callo
Si es dicha ó no ser querida

De un rey para casamiento;
Que el señor Adelantado
Mayor no iguala su estado,
Igual á su nacimiento;
Pero no puedo excusarme
De decirte que es locura
No conocer tu ventura.

DOÑA JUANA. Bien pudiera disculparme
Con pintar la condición
De amor; pero yo sospecho
Que, aunque lo ignore tu pecho,
No tu ingenio y discreción.
Alguna historia has leído
De mujeres que han amado.

DOÑA INÉS. Siempre amor fué disculpado,
De necio no, de atrevido.

DOÑA JUANA. Pues ¿ cómo es necio mi amor ?
¿ No es del Rey hermano el Conde ?

DOÑA INÉS. Otra razón te responde,
Fuera del propio valor.

DOÑA JUANA. ¿ No le sobra entendimiento,
Brío ni talle ? ¿ Estás loca ?

DOÑA INÉS. Á ti, que amor te provoca,
Te falta conocimiento;
Que yo, que no juego y miro,
Lo puedo entender mejor.

DOÑA JUANA. Y sabrás de su valor
Cuán justamente suspiro,
Y que de mi amor y dél
Puede el cielo tener celos.

DOÑA INÉS. (*Ap.*) Digo mal de Enrique, cielos,
Y estoy muriendo por él.

DOÑA JUANA. Como no te he de pedir
Consejo, no importa nada
Que no te agrade; él me agrada.

DOÑA INÉS. ¿ Quién te podrá persuadir?

DOÑA JUANA. Hice en efeto este altar
Á san Juan, robé las flores
Al jardín, y á los mayores
Naranjos su blanco azahar.
Trajeron del Alameda
Los olmos que ves aquí,

Con que la sala por mí
Transformada en selva queda.
Perfuman el aire olores,
Y entre yerbas circunstantes,
Al san Juan cubren diamantes,
Los arcos fingidas flores,
Sin las que son sin violencia
Olorosa maravilla,
Porque no envidia Sevilla
Los jazmines de Valencia.
Mas débense de agradar
Más corazones que altares,
Pues entre tantos azahares
Pienso que me sale azar.
Recé; pero nunca oí,
Por más que se lo suplique,
Si ha de ser el conde Enrique
Mi esposo.

ESCENA VIII

DON ENRIQUE, RAMIRO. — DICHAS.

DON ENRIQ. Señora, sí.
DOÑA JUANA. ¿ Quién tan cerca respondió ?
DON ENRIQ. Yo, que os estaba escuchando.
DOÑA JUANA. ¿ Ya sois eco ?
DON ENRIQ. Suspirando.
DOÑA JUANA. ¿ Estorbarálo el Rey ?
DON ENRIQ. No.
DOÑA JUANA. Pues ¿ quién ?
DON ENRIQ. Vos, si le queréis.
DOÑA JUANA. Sois eco de voz celosa,
Pues él responde una cosa
Y vos muchas respondéis.
DON ENRIQ. ¿ No os parece que es razón ?
DOÑA JUANA. Déjanos, Inés, aquí.
DOÑA INÉS. (*Ap.*) Los celos, con ser en mí
Tan rigurosa pasión,
No me deja amor gozar;
Que aun celosa, ver quisiera

La causa, si amor me diera
Para gozarla lugar.
¡ Oh terribles desconsuelos!
Oh nunca visto rigor,
Que aun no dejas á mi amor
Que pueda hartarse de celos! (*Vase.*)

ESCENA IX

DON ENRIQUE, DOÑA JUANA, RAMIRO.

DOÑA JUANA. Mucho, Conde, me ha pesado
Que del Rey estés celoso.
DON ENRIQ. Un señor tan poderoso
¿Á quién no ha de dar cuidado?
Con tan diferentes ojos
Se mira un rey, que no sé
Como queréis vos que esté
Sin celos y sin enojos.
Puesto que en sangre le iguale,
Si tiene mi pretensión,
¿ Quién no ha de hacer elección
De quien más puede y más vale?
Tanto mi amor le prefiere,
Que si posible me fuera
No quereros, no os quisiera,
Siquiera porque él os quiere.
Y aunque quiero con temor,
Y con esperanza muero,
Porque os quiera como os quiero,
Le quisiera dar mi amor.
Pero si no puede ser,
Su amor tomaré á mi cuenta;
Y pues quereros intenta,
Por los dos quiero querer.
Y así obligada quedáis,
Queriéndoos los dos á vos,
Pues os quiero por los dos,
Que por los dos me queráis.
DOÑA JUANA. Enrique, si al Rey hablé
Con palabras generales,

Cuando sus manos reales
Humildemente besé
Luego que vine á Sevilla,
¿Qué celos puedes tener,
Y más si se ha de volver
Dentro de un mes á Castilla?
Que es digno de ser amado
Te confieso, por señor,
Por rey y por su valor,
Y por haberme estimado
Con lo más que puede ser,
Pues no puede hacer quien ama
Más fineza por su dama
Que querella por mujer.
Mas ya que sin conocelle
Puse en ti todo mi amor,
Conoceré su valor;
Pero no para querelle.
Que esta fe no ha de faltar
Sino es porque falte en ti;
Que el amor que reina en mí
No es rey que da su lugar.

DON ENRIQ. Juana divina, en tu día
Solamente sucediera
Tanto bien á quien te espera
Con tan honrada porfía.
Logres tus años, que agora
Cumples, con tan altos bienes,
Como las gracias que tienes,
De que el amor se enamora;
Que yo vengo á celebrallos
Contigo, aunque más quisiera
Que el tiempo solo pudiera
Pasar por ti sin contallos.
Y ¡ojalá, pues sin engaños
Tanto de mi amor confías,
Por mí pasaran los días
Y tú cumplieras los años!
Tu virtud el medio sea
En que mi descanso viva:
No soy rey; que amor no estriba
En reinos que no desea,

Sino sólo en voluntades :
¡ Desta eres reina !

DOÑA JUANA. ¿ Quién viene
Contigo ?

DON ENRIQ. Quien sólo tiene
Parte en estas amistades. —
Llega y besarás, Ramiro,
Á la Condesa los pies.

DOÑA JUANA. ¿ Es Ramiro ?

RAMIRO. Él mismo es.
Como á una deidad te miro.
Y aunque á bajeza tan poca
Tu pie generoso inclines,
Sella con cinco jazmines,
Condesa ilustre, mi boca.
Darásme más confianza
De alabarte; que ya sé
Que, tocada de tu pie,
Podrá hablar en tu alabanza.

DOÑA JUANA. Mejor, Ramiro, quisiera
Que aprendieras á callar
Si no lo sabes; que hablar
Sabes que sabe cualquiera.
Y pues el Conde se fía
De ti, no puedes servir
Mejor que con ver y oir.
Y callar.

RAMIRO. Ya lo sabía,
Aunque de tu entendimiento
Solamente procediera
Razón, Señora, que fuera
De tan grave advertimiento.
Y dices bien; que el hablar
Se enseña en modos süaves
Á los hombres y á las aves;
Mas no se enseña á callar.
¡ Lástima grande, que venga
Nuestro error á que nos den
Escuelas para hablar bien,
Y que el callar no las tenga !
Si rey fuera, instituyera
Cátedras para enseñar

Á callar.

DOÑA JUANA. Pues el callar
Estimas de esa manera,
Mira el peligro en que estamos
Enrique y yo, pues es ley
De hijodalgo...

ESCENA X

DOÑA INÉS. — DICHOS.

DOÑA INÉS. ¡Ay prima! El Rey.

DON ENRIQ. ¿Qué haré?

DOÑA JUANA. Detrás de los ramos
Que este altar de san Juan tiene,
Te esconde.

DON ENRIQ. Éstos, celos son.

DOÑA JUANA. Yo no le he dado ocasión;
Basta, que á buscarme viene.
(*Escóndense don Enrique y Ramiro.*)

ESCENA XI

REY, EL MAESTRE, MENDO. — DOÑA JUANA, DOÑA INÉS; DON ENRIQUE Y RAMIRO, *escondidos.*

REY. No se enojará, Maestre,
Pues da la noche licencia,
Y el ver tan curioso altar.

DOÑA JUANA. ¡Jesús, Señor! ¿Vuestra alteza
Honrando esta humilde casa?
De hoy más se pondrá á sus puertas,
Para más este blasón,
Aunque están honradas ellas
Del que le han dado mis padres,
Y traerá de las fronteras
El que sirviéndoos está.

REY. Si habláis en que por su ausencia
Osé entrar en vuestra casa,
Volveréme á salir della;
Que estimo al Adelantado
En la paz como en la guerra,

Adonde me sirve agora.

DOÑA JUANA. Que de esa suerte engrandezca
Vuestra alteza la alegría
Que tengo de verle en ella,
Es deshacer la merced
Que nos ha hecho en quererla
Honrar esta noche.

MAESTRE. Ansí
Será justo que lo entiendas.
¿ Quién es aquesta señora ?

DOÑA JUANA. Es de mi sangre la prenda
Mejor : doña Inés, mi prima.

DOÑA INÉS. Déme los pies vuestra alteza.

REY. ¡ Gallarda dama !

MAESTRE. No es poco
Que junto al sol lo parezca. —
Y pues ya le tienes, dame (*Ap. al Rey.*)
De dos la menor estrella.

REY. Sírvela, si te da gusto,
Porque de venir le tengas
Á ver el ángel que adoro.

MAESTRE. Desde hoy para mí lo sea.

DOÑA INÉS. Gallardo es el Rey.

DOÑA JUANA Galán.

DOÑA INÉS. Cuando hombres humildes fueran
Los tres hermanos, por sí
No hay cosa que no merezcan.

DOÑA JUANA. Yo con solo el Conde estoy
Notablemente contenta :
Escoge tú de los dos.

DOÑA INÉS. No tengo yo por discreta
La que quiere porque escoge ;
Que la afición verdadera
Ella se viene á los ojos
Cuando ellos menos lo piensan.

REY. Por cierto que está la sala
Hecha un oráculo en selva
Como de la antigüedad
Celebran tantos poetas.
¿ Habéis hecho la oración ?
¿ Qué oistes, después de hacerla,
Á quien por la calle pasa ?

DOA JUAN A. No somos, Señor, tan necias ;
Pero ya es costumbre antigua,
No porque en ella se crea.

REY. ¿ Por qué no me distes parte
Del altar, para que os diera
Algo que poner en él ?

DOÑA JUANA. Por no hacer capilla vuestra
Tan pobre casa.

REY. ¿ Por qué,
Si quiero enterrarme en ella ?
Pero ya será de Enrique.

DOÑA JUANA. No pienso yo que apetezca
El Conde lo que pensáis.

REY. Señora, hablemos de veras.
¿ Ha mucho que no le vistes ?
¿ Qué criada, qué doncella
Os respondió, por lisonja,
Á las oraciones hechas,
Que sería vuestro Enrique ?

DOÑA JUANA. No le he visto, ni pudiera
Imaginar que pensara
Esas cosas vuestra alteza.
Yo aseguro que á estas horas
El Conde por las riberas
Desta ciudad generosa
Más fáciles garzas vuela.
Allá andará con sus galas.
(*Toca dentro un relojillo.*)

REY. Paso. ¿ Qué es esto que suena ?
Reloj de pecho es, por Dios :
Las tres dió. — Maestre, llega,
Llega Mendo ; que detrás
De aquesos álamos suena.

DOÑA JUANA. Paso, Señor; que en sus ramas
Le puse, porque me diera
Nuevas de las doce en punto.

MAESTRE. Gente hay aquí.

REY. Pues no temas.

MENDO. Dos hombres son.

REY. Pues ¿ qué aguardas ?
Ó los mata, ó salgan fuera.

(*Don Enrique y Ramiro salen de donde estaban escondido s.*)

DON ENRIQ. Ten la espada. El Conde soy,
Que sin que nadie me viera
Me puse entre aquestas ramas,
Para responder por ellas
Alguna cosa á estas damas.
REY. Y no fué mala respuesta,
Á no dármela el reloj
De una mentira tan cierta.
DON ENRIQ. Antes el reloj me abona,
Y mi verdad desempeña,
Pues te quiso señalar
Las horas de mi inocencia ;
Porque si después sabías
Lo que agora, no dijeras
Que me escondía de ti,
Pues no hay causa por que sea.
Y aun no pienso que fué dar
Horas, sino hacerse lengua
Y decir : « Aquí está el Conde ; »
Para que tú lo supieras.
DOÑA JUANA. Por lo menos, bien creeréis
Que se entró sin mi licencia.
REY. No creeré sino el agravio
Que me manda amor que crea. —
Sal, Enrique, desta corte,
No estés el San Juan en ella,
Pues me das tan mal San Juan.
DON ENRIQ. Razón es que te obedezca,
Si esto has pensado de mí.
MAESTRE. Señor, si el Conde creyera
Que te había de enojar...
REY. Déjame, Maestre.
MAESTRE. Llega,
Enrique, y pide perdón
Á su alteza.
DON ENRIQ. Sí pidiera,
Maestre, á caber en mí
Solo un átomo de ofensa.
MAESTRE. Señor, no se vaya Enrique ;
Hazlo por mí.
REY. Como él quiera
Hacerme pleito homenaje,

Pues su inocencia confiesa,
De dejar la pretensión.

MAESTRE. Enrique, di que la dejas.

DON ENRIQ. Señor, más quiero fiar
Mi destierro de mi ausencia,
Que mi amor de mi deseo;
Que ausente, no habrá que temas,
Y estando presente sí;
Y no sé yo cómo puedas
Ni tú perder esos celos
Ni yo olvidar esta puerta.
Pues si estando yo presente,
Tienes presente la pena;
Estando ausente, conmigo
También tu pena se ausenta.
Quiérola llevar de aquí,
Para que no me suceda
Que en un pecho tan leal
Un reloj tan falso venga;
Porque en las horas de amor,
Como dió tres, dará treinta,
Si para acortar mi vida
Una vez se desconcierta.
No quiero que me descubra,
Señor, su traidora lengua,
Pues que confesó el cobarde
Por dalle trato de cuerda.
Estaba enseñando el alma
Silencio á sus tres potencias,
Y él pensó que le decía
Que eran las tres de su muestra.
— Pero admírome de ver
Que te pese de que quiera
Á doña Inés, pues pensaba
Que era doña Juana bella,
Señor, á quien tú querías.

REY. Luego ¿ quieres que no entienda
Que quieres á doña Juana?

DON ENRIQ. Si á doña Juana quisiera,
Ella volviera por mí;
Y pues calla, es bien que sepas
Que doña Inés es y ha sido

Y ha de ser mi amada prenda.
(*Vase.*)

ESCENA XII

EL REY, DOÑA JUANA, EL MAESTRE, DOÑA INÉS, MENDO, RAMIRO.

REY. Ramiro...
RAMIRO. Señor...
REY. Escucha :
Dile á Enrique que no sea
Este destierro de burlas,
Pues es mi enojo de veras,
Y que por ningún suceso
En Sevilla le anochezca.
RAMIRO. Ya sabes tú, gran Señor,
Su respeto y su obediencia.
Yo te aseguro que hoy
Corramos veinte y dos leguas
De aquí á Córdoba la llana.
REY. Toma este diamante; espera.
RAMIRO. Vivas más años, generoso Pedro,
Que vivir suelen los que poco importan,
Y en las montañas donde no los cortan
La vitoriosa palma, el verde cedro.
Tus manos, por quien hoy diamantes medro,
Á tales versos mi Pegaso exhortan,
Que en él (si no es que envidias me reportan)
Verás cómo el Parnaso desempiedro.
Al viejo tiempo tu fortuna estafe,
Tu caballo del mar al viento pique,
Tu armada en otro mundo velas zafe.
La fama al bronce el labio eterno aplique
Desde el muro de Fez al Aljarafe,
Y desde Castilleja á Mozambique. (*Vase.*)

ESCENA XIII

EL REY, EL MAESTRE, DOÑA JUANA, DOÑA INÉS, MENDO.

REY. ¡Valiente humor!
MAESTRE. Peregrino.
REY. ¿Estaréis muy triste?
DOÑA JUANA. ¿Yo?
REY. Si su ausencia os lastimó,
Saldrá mi amor al camino;
Que, puesto que es desatino
Deciros que tengo celos,
Han llegado mis desvelos
Á ponerme en un crisol,
Donde los tengo del sol,
Y me dan celos los cielos.
Tales son ya mis antojos,
Que de mí mismo los tengo,
Cuando á retratarme vengo
En las niñas de esos ojos.
No os den mis penas enojos;
Basta que las tenga yo;
Y pues amor obligó
Á penas á majestades,
Agradeced mis verdades,
Mis merecimientos no.
Y si sabéis que entre buenos
No hay ingratitud jamás,
No pierda yo por ser más
Lo que otros ganan por menos.
Volved los ojos serenos
Al triunfo de esos despojos;
Si os da el ser quien soy, enojos,
Reinad vos, y yo pondré
La corona en vuestro pie,
Como el alma en vuestros ojos.
(*Vanse el Rey y Mendo.*)

ESCENA XIV

DOÑA JUANA, EL MAESTRE, DOÑA INÉS.

MAESTRE. Mal habéis hecho en callar,
Señora, en esta ocasión;
Que aunque desprecios no son,
Se suelen imaginar.
Yo no os puedo aconsejar :
Mi hermano es el Rey, y el Conde
También; la razón responde
Que es mejor á toda ley
Querer en público á un rey
Que no á un conde que se esconde.
Mirad que es notable error
No conocer la fortuna;
Porque suele vez alguna
Mudar en odio el favor.
DOÑA JUANA. Decid al Rey mi señor,
Maestre...
MAESTRE. ¿Qué le diré?
DOÑA JUANA. No sé, por Dios.
MAESTRE. Pues yo sé
Que no es de mujer prudente
No levantar á la frente
Corona que os pone al pie. (*Vase.*)

ESCENA XV

DOÑA JUANA, DOÑA INÉS.

DOÑA JUANA. Confusa estoy.
DOÑA INÉS Con razón.
DOÑA JUANA. ¡Qué de cosas me combaten!
DOÑA INÉS. Ya ¿qué puede haber que traten
Tu ignorancia y tu pasión,
Que no sea perdición
De tu honor y de tu casa?
Si Enrique se va, y se casa

En Castilla, ¿ qué has de hacer,
Perdiendo un rey?

DOÑA JUANA. Soy mujer :
Todo me hiela y me abrasa.
Veo á Enrique desterrado,
Veo enamorado al Rey,
Veo que en amor no hay ley,
Ni ausente firme cuidado.
Un poder determinado
Estorba lo que no alcanza ;
Un ausente la mudanza
Teme y olvidar procura.
¡ Oh amor sin parte segura !
Ya eres temor, ya esperanza.

DOÑA INÉS. Olvidar es lo mejor,
Doña Juana, al Conde ausente ;
No aguardes que el Rey intente
Cosa que ofenda tu honor.
(*Ap.* Como me muero de amor
De Enrique, aconsejo olvido.)

ESCENA XVI

ENRIQUE, RAMIRO. — DICHAS.

RAMIRO. Ea, todo va perdido.

DON ENRIQ. Falta por perderme á mí.

DOÑA JUANA. ¡ Jesús ! ¿ Quién se ha entrado aquí ?

DON ENRIQ. Enrique soy, ó lo he sido.

DOÑA JUANA. ¿ Cómo te has entrado,
Conde, de esa suerte,
Sin ver el peligro
Que tan cerca tienes?
Mira que no hay
Burlas con los reyes ;
Por que despreciados
Muestran lo que pueden.
Mal San Juan me diste
Con venir á verme ;
No fuí yo culpada
De que el Rey te viese.

¡Mal haya el galán,
Que al tiempo que viene
Á ver de secreto
La dama que quiere,
Ni aun su sombra trae,
Pues vemos que á veces
Por su sombra sola
El cuerpo se siente!
¡Oh cuántos criados,
Porque los esperen,
Descubren sus dueños
Guardando broqueles!
Caballos y coches
Parados enfrente.
Dicen á quien pasa
Quién los entretiene.
El galán discreto
Avisado quede
Que la misma luna
Puede conocerle.
No hay amor con gusto,
Si viene á saberse;
Que vecinos linces,
Penetran paredes.
¡Mal haya el reloj!
Nunca más acierte
Á tocar campanas
Que mi gusto entierren.
El nombre de Enrique
Tres sílabas tiene:
Tu nombre le dijo
Con tocar tres veces.
Mas ¿por qué me alargo?
No sea que intente
El Rey mi desdicha,
Si volviese á verte.
Si he de verte muerto,
Más te quiero ausente:
Dichosas te gocen,
Desdichas te pierden.
Mucho se entra el día;
Ya no le detiene

La noche en su cárcel,
Sus tinieblas vence.
Vense ya los montes,
De nubes y nieves
Vestidos y blancos,
Y los prados verdes;
Las flores se miran
En las claras fuentes,
Las aves les cantan
Requiebros alegres.
Ya le dice el alba
Al sol que se apreste;
Que hay medio camino
De oriente á poniente.
¿ Qué me estás mirando ?
Conde, ¿ qué me quieres ?
Vete, conde Enrique;
Mira que amanece.

DON ENRIQ. Si yo imaginara
Que tales desdenes
Oyera á tu boca,
No volviera á verte.
No fué mucho engaño
Mirando quien eres,
Pensar que podía
Volver á perderte.
Ya te había perdido;
Mal hice en que vieses
Otra vez perdido
Tu olvidado ausente.
Extraña desdicha,
Que antes que partiese
De los mismos ojos,
Ausente me cuentes!
Pero si el ausencia
Hace que amor cese,
Tú me has olvidado
Antes que me ausente.
Finges mi peligro,
Mi muerte encareces:
¡ Graciosa disculpa,
Si hay graciosa muerte!

Al Rey enojado
Poderoso temes,
Airado le excusas,
Amante le absuelves,
Tienes mil razones,
Y todas me advierten
De que tú me guardas;
Pero es de quererte.
Por sol te adoraba,
No pude esconderme;
Que aunque no tocara
El reloj tres veces,
Le hicieras de sol
Para que me viesen;
Con todo, maldigo
Su artificio breve,
Su inventor primero,
Sus ruedas, sus ejes;
Las letras le infamen,
Las cuerdas le aprieten;
Las saetas pasen,
Los volantes vuelen;
Sus necias campanas,
Que hablan cuando quieren,
Á su muerte toquen
Cuando no lo piense,
Pues hizo un enredo
Portátil, que fuese
Posta de la vida,
Funda de la muerte,
Correo del tiempo,
De los gustos huésped,
Que hasta los bocados
Quiere que nos cuenten.
Finalmente, dices
(Mas en finalmente
Dices cuanto sabes,
Muestras cuanto quieres)
Que me quieres vivo,
Para que otras lleguen
Á gozar dichosas
La dicha que pierdes:

¡ Cómo te deslumbran
Esos rayos reyes !
¡ Qué presto me dejas !
¡ Qué presto me vendes !
Pues doyte palabra
(Y aun si esto me crees,
La doy á tus ojos,
Á mi amor aleves,
Cuando más los quiero)
De que eternamente
Otro dueño tengan
Los que tú aborreces.
Yo me iré á Castilla,
Donde si viviere,
Te dirán que he sido
Ejemplo valiente
De lealtad injusta,
Pues no lo mereces
Mas que por hermosa,
Pues en esto excedes
Á mi mismo amor.
Y porque amanece,
Como tú lo dices,
Adiós para siempre. (*Vase.*)

DOÑA JUANA. ¡ Enrique, Enrique !

RAMIRO. Ya es tarde.
¿ Mandas algo ?

DOÑA JUANA. Di, Ramiro
Al Conde, por quien suspiro,
Que aguarde.

RAMIRO. Ya no hay qué aguarde. (*Vase.*)

ESCENA XVII

DOÑA JUANA, DOÑA INÉS.

DOÑA JUANA. ¿ No es esta crueldad, Inés ?

DOÑA INÉS. No me parece crueldad,
Pues irse es fuerza.

DOÑA JUANA. Es verdad :
Confieso que fuerza es ;

Pero también ha de ser
Que me dé su ausencia muerte;
Porque no hay cosa más fuerte
Que amor, si es cierto, en mujer. (*Vase.*)

ESCENA XVIII

DOÑA INÉS.

Ánimo, corazón, flaca esperanza,
Bien lo podéis decir al sufrimiento
Que ya puede tener atrevimiento,
Y que con el vivir todo se alcanza.
Comenzar en las cosas la mudanza,
Y tener los sucesos fin violento,
Al más desesperado pensamiento
Le suele dar más vida y confianza.
No hay á los reyes resistencia humana:
El Rey tiene supremo señorío,
Que la mayor dificultad allana.
Pues si el lo muestra, como yo confío,
No gozará de Enrique doña Juana;
Que ya me dice amor que Enrique es mío.

ACTO SEGUNDO

Campo.

ESCENA PRIMERA

EL ADELANTADO, SOLDADOS. (*Tocan cajas.*)

ADELANTADO. La cosa más alegre que en la vida
Permite al ser mortal humana gloria,
Es la patria del hombre, tan querida
Después alguna próspera vitoria.
Salir del mar, en que la vió perdida,
Ó á los amigos referir la historia

Del cautiverio, no es de tanto ejemplo
Como ofrecer una bandera al templo.
Tenemos, desde el tiempo de Rodrigo,
Siglo infeliz por la traidora Cava,
En nuestra misma casa al enemigo,
Y la que fué señora vive esclava.
Es hoy Granada pertinaz testigo,
Aunque en ella parece que se acaba
La soberbia del bárbaro africano.

UN SOLDADO. Tal freno tiene en tu valor cristiano.

ESCENA II

EL REY, El MAESTRE. — Dichos.

REY. Al son de vuestras cajas he querido,
Adelantado primo, adelantarme,
Y venir, como veis.

ADELANTADO. Habéis lucido
Mis armas como el sol.

REY. Llegad á darme
Los brazos.

ADELANTADO. Á mi amor favorecido,
Bien os adelantáis por él á honrarme;
Que los servicios de valor pequeño
Los hace grandes el amor del dueño.
Pensó Aliatar, pensó valiente el moro,
¡Oh generoso Príncipe! que había
De volver á Granada con el oro
Que á su africano rey llevar solía;
Y fuera de dejar tanto tesoro,
Perdió mil hombres él, que no quería
Menos que aquel tributo que hoy lamenta
España, con dolor de tanta afrenta,
Después de aquella célebre vitoria,
En que á caballo, con la roja espada,
Se vió el Patrón de España, que en memoria
Á eterno feudo la dejó obligada;
No se ha visto mayor ni de más gloria,
Pues hasta Dinadámar de Granada,
Siguiendo los vencidos africanos

Llegaron los caballos castellanos.
REY. Adelantado, yo no sé qué pueda
Daros en premio, qué razón, qué estado:
Permitid que lugar se me conceda
Para salir de estar tan obligado.
Hija tenéis que vuestra casa hereda;
Yo haré por ella que quedéis honrado,
Antes que salga de la gran Sevilla,
Al igual de los Reyes de Castilla.
También vuestra sobrina generosa
Alcanzará destos favores parte,
Pues es tan bien nacida como hermosa.
Y agora descansad, cristiano Marte.
ADELANTADO. Señor, en vuestra empresa vitoriosa
Así levante el cielo el estandarte,
Que apenas quepa con sus orbes solos
El nombre vuestro en los opuestos polos.
(*Vase, y con él sus soldados.*)

ESCENA III

EL REY, EL MAESTRE.

REY. Todas aquestas vitorias,
Maestre, añaden valor
Al empleo de mi amor.
MAESTRE. Yo pienso que destas glorias
Sólo estimas el tener
Más disculpas tus antojos.
REY. Jamás culparé á mis ojos,
Si viene á ser mi mujer.
MAESTRE. Ni pareciera razón,
Si has de casarte en España.
REY. ¿Á quién, Maestre, acompaña
Más generoso blasón?
Y si mis antecesores
En España se casaron,
Y iguales casas hallaron
Al valor de sus mayores,
¿Qué tengo yo que temer?
¿En qué me pueden culpar?

¿Qué ejemplo debo buscar?
MAESTRE. En fin, ¿será tu mujer?
REY. Hoy la pienso ver.
MAESTRE. Podrás,
Con el achaque de ver
Á su padre.
REY. ¿Qué he de hacer,
Maestre? No puedo más.
Merece el Adelantado
Este honor y ella también.
MAESTRE. ¿Tengo yo de querer bien
Á su prima?
REY. Si te ha dado
Sangre, como dicen, sí;
Si no te la ha dado, no.
MAESTRE. No pienso que me mató.
REY. Pues no la quieras por mí;
Que amor no es bien que se trate
Menos que como es el mío,
Que ruego, peno y porfío,
Y gusto de que me mate. (*Vanse.*)

Calle.

ESCENA IV

DON ENRIQUE, RAMIRO

D. ENRIQUE. ¿Qué te cansas en reñirme?
RAMIRO. Á grande mal te resuelves.
D. ENRIQUE. ¿Muy grande?
RAMIRO. ¡Á Sevilla vuelves!
D. ENRIQUE. Pues ¿qué puedo hacer? ¿Morirme?
RAMIRO. ¿No era mejor tener firme,
Y proseguir el camino?
D. ENRIQUE. ¿Qué camino ó desatino,
Si salía luego amor,
Como suele el salteador,
Á saltear al peregrino?
RAMIRO. ¡Que vuelva un señor atrás

De lo qué juró primero!
D. ENRIQUE. En resolución, me muero,
Ramiro; no puedo más.
RAMIRO. Y ya que en Sevilla estás,
¿Qué piensas hacer?
D. ENRIQUE. No veo
De quien fíe mi deseo;
Que todos me han de vender.
RAMIRO. Teodora... Pero es mujer.
Poco en sus secretos creo.
D. ENRIQUE. Engáñaste; que mejor
Saben callar que los hombres.
RAMIRO. No les han dado esos nombres
Los peligros del honor.
D. ENRIQUE. Yo dije al Rey mi señor
Que desterrado saldría;
Pero no que no querría.
¿Quiebro el destierro? Pues bien;
¿Habrá más de que me den
La misma pena ese día?
Esta palabra le dí;
Que no de no amar á Juana.
RAMIRO. Esta es, Señor, la ventana
De Teodora: ¿llamo?
D. ENRIQUE. Sí. (*Llama.*)

ESCENA V

JUSTA, *á la ventana.* — DICHOS.

JUSTA. ¿Quién llama? ¿Quién está ahi?
RAMIRO. Mi reina, dos olvidados.
JUSTA. ¿Dos, quién?
RAMIRO. Dos mal informados
Del camino de Castilla,
Que volvemos á Sevilla
Por postas de desterrados.
JUSTA. ¡Válate Dios por Ramiro! (*Éntrase.*)
RAMIRO. ¡Qué notable admiración!

ESCENA VI

TEODORA. — DICHOS.

TEODORA (*Dentro*). ¿Qué es esto?
JUSTA (*Dentro*). Dos hombres son,
Que de mirarlos me admiro.
TEODORA (*Á la ventana*). ¡Ay, cielos! al Conde miro.
D. ENRIQUE. Paso, Teodora, si ignoras
Mis sucesos.
TEODORA. Sé que adoras
Á la mujer más querida
Del Rey, y que está tu vida..,
D. ENRIQUE. ¡Qué tarde mi vida lloras!
¿Qué hay de nuevo en la ciudad
Después que yo me partí?
TEODORA. Que no se acuerdan de ti.
RAMIRO. En mujer no es novedad.
TEODORA. ¿Quién por una majestad
No trueca una señoría?
D. ENRIQUE. No hablen, Teodora mía,
Tus celos, si es que los tienes.
TEODORA. ¡Qué notable ausente vienes!
D. ENRIQUE. Pues ¿hay ausencia de un día?
RAMIRO. Pues lo dice, bien lo entiende.
TEODORA. Para decirte verdad,
Sólo sé que en la ciudad
El amor del Rey se extiende:
Á doña Juana pretende,
Y dicen que por mujer;
Que yo no puedo saber
Si ella le quiere; mas creo
Que podrá tan gran deseo
Almas de hielo encender.
Y si tú sabes de amor,
Conocerás que presente,
Cuanto más estando ausente,
Es fuerte competidor
Un rey de tanto valor,
Tan gallardo pretendiente,

Y tan valiente.

D. ENRIQUE. En efeto
¿ Te parece que le estima ?

TEODORA. Á mí la razón me anima,
Y el saber nuestro sujeto.

D. ENRIQUE. ¿ Sois muy mudables ?

TEODORA. No sé
Si eso toca en ser mudables.

RAMIRO. Decir quiero interesables;
Por el ejemplo se ve.

TEODORA. ¿ Qué mujer tan necia fué,
Que no escoja lo mejor?

D. ENRIQUE. Alguna que tenga amor.

TEODORA. ¡ Ay Enrique ! El mundo todo
Se gobierna de ese modo.

D. ENRIQUE. No donde reina el valor.

TEODORA. Echa por donde quisieres,
De lo más alto á lo bajo,
Y hallarás mucho trabajo.

RAMIRO. Verdad, si no es en mujeres.

D. ENRIQUE. Ahora bien, aunque lo eres,
Me quiero fiar de ti
Y ser tu huésped aquí.

TEODORA. Para tan grande señor
Será la casa menor.

D. ENRIQUE. No la hay mayor para mí.

TEODORA. Entra, y honra mi humildad.

D. ENRIQUE. No me llamarás ingrato.
(Éntranse don Enrique y Teodora)

JUSTA *(Á la ventana)*. Y él ¿ no viene ?

RAMIRO. Con recato.

JUSTA. Pues ¿ de qué es la gravedad ?

RAMIRO. Más es cierta enfermedad.

JUSTA. Y ¿ no puedo yo sabella ?

RAMIRO. La ausencia fué culpa della.

JUSTA. La posta debió de ser ;

RAMIRO. Mucho tiene de mujer.

JUSTA. ¿ Cómo ?

RAMIRO. Que muele y desuella. *(Éntranse)*.

Sala en casa del Adelantado.

ESCENA VII

EL ADELANTADO, DOÑA JUANA, DOÑA INÉS.

ADELANT. Esto del Rey conocí;
Pero no lo entiendo bien.
¿Sabes tú lo que es?

Dª JUANA. También
Es enigma para mí.

ADELANT. Pienso que quiere casaros
Con sus dos hermanos.

DOÑA INÉS. Vienes
Tan humilde, cuando tienes
Al Rey, con hechos tan raros,
Puesto en más obligación,
Que pienso que desentiendes
Lo que entiendes; con que ofendes
Tu valor y tu opinión.

ADELANT. Pues ¿qué quieres tú que entienda?
¿Que el Rey se quiere casar?

DOÑA INÉS. ¿Por qué no lo has de pensar,
Si tienes tan alta prenda?

ADELANT. Ahora bien, aunque podía,
Si no trae de tierra extraña
Mujer, casarse en España
El Rey, y en la sangre mía,
No lo quiero yo entender;
Porque si después no fuera,
Mas pesar, Inés, tuviera
Que entonces me dió placer.
Soy quien sabes, he servido
En paz y en guerra años largos,
Y los más honrosos cargos
Que hay en Castilla he tenido;
Pero hasta ver declaradas
Las dudas que agora veo,
Sólo os dire que deseo
Veros muy bien empleadas. (*Vanse.*)

ESCENA VIII

DOÑA JUANA, DOÑA INÉS.

Dª JUANA. No he querido, Inés, decir
Á mi padre la intención
Del Rey.
DOÑA INÉS. Pues ¿por qué razón?
Dª JUANA. Porque no pueda argüir
De su ausencia en la frontera
Cosa indebida á mi honor.
DOÑA INÉS. ¿Cómo te va del amor
De Enrique?
Dª JUANA. Amor que no espera,
Mucho tiempla del deseo,
No porque ya le olvidé,
Mas porque no le veré
En mi vida.
DOÑA INÉS. Así lo creo.
Y aciertas en olvidalle,
Pues se mejora tu amor
En hombre de más valor,
Más entendimiento y talle.
Dª JUANA. Si hasta que yo me casara,
El Rey, Inés, no entendiera
Nuestro amor, yo prefiriera
Á Enrique, y al Rey dejara.
Pero si ya le entendió,
Y le destierra de sí,
¿Qué esperanza queda en mí?
DOÑA INÉS. La fortuna te ayudó,
Pues con Enrique quedaras
Pobre y humilde, aunque es ley
De amor; pero con el Rey,
¿Qué mayor bien desearas?
Dª JUANA. Prima, yo me determino:
Con esforzarme á dejar
Á Enrique, podré olvidar
Este loco desatino.
Los deseos dan contento

En tanto que son posibles :
Pero en llegando á imposibles,
Se van del entendimiento.
El Rey, cuando no tuviera
Más de ser rey, ¿á qué amor
No deshiciera el rigor?
¿Qué peña no enterneciera?
Cuanto y más siendo galán,
Entendido, fuerte, hermoso,
Á pie y á caballo airoso;
Que la noche de San Juan,
Que le vi, me pareció
Qne era ingratitud no amalle.

DOÑA INÉS. Sin duda es de mejor talle
Que el Conde.

Dª JUANA. ¿Cierto?

DOÑA INÉS. Pues ¿no?

Dª JUANA. Pues desde hoy más, prima mía,
¡Viva el Rey!

DOÑA INÉS. Viva mil años,
Y acábense los engaños
De esa tu loca porfía.
Y pues ya quieres querer
Al Rey, y dejar á Enrique,
Bien será que te suplique,
Pues has de ser su mujer,
Un deseo que he tenido
Secreto, viendo tu amor.

Dª JUANA. ¿Tiénesle á Enrique?

DOÑA INÉS. El mayor
Que cupo en mortal sentido.
No me osaba declarar,
Juana, por no darte enojos;
Y aunque mil veces mis ojos
Te lo pudieron contar,
Decíales : « No miréis;
Que es de mi prima y señora
El Conde ; y pues que te adora,
Respetalde y no le améis. »
Mas ellos, inobedientes
Á la razón, le miraban
Tan tiernamente, que daban

Señas de amor evidentes.
Cuando, viendo mis tristezas,
La causa me preguntabas;
Cuando llorando me hallabas,
Ó en iguales asperezas;
Cuando no quería vestirme
Á las más precisas fiestas,
Y sola tú mis respuestas
Pudieras, prima, sufrirme;
Era verte con favores
De Enrique; muerta de celos,
Pedía siempre á los cielos
El fin de vuestros amores.
Cumplióse tan gran deseo
Sin daño tuyo, Señora,
Y por eso quiero agora,
Pues querer al Rey te veo,
Que le pidas que me case
Con Enrique, pues ya es mío.

Dª JUANA. Prima, aunque yo desconfío
De que con el Conde pase
Más adelante el amor,
No del todo le olvidé;
Que es fuego que ayer se fué,
Y aun no ha dejado el calor.
Loca has sido en declararte
Antes de saber de mí
Que ya sin celos de ti
Á Enrique pudiera darte;
Y necia en no conocer
Que me habías de obligar
Con esos celos á amar;
Que es condición de mujer.
De suerte que si volviese
Á querer á Enrique yo,
Tuya será, mía no,
La culpa que en ello hubiese.
¿No supieras aguardar
Á verme más despicada?
Que de ayer enamorada,
No era posible olvidar.
El decirte del Rey bien

Es primer paso de amor,
No el último; que es rigor
Que mis deseos estén,
De sola un hora de ausencia,
De Enrique tan olvidados;
Que aun van con él mis cuidados
Como estaban en presencia.
Si algún intento tenía
De amar al Rey, le he perdido
Con saber que tú has querido
Gozar lo que yo quería.
Pierde de amarle el cuidado;
Que con el tiempo sabré
Cuando avisarte podré
Que tengo á Enrique olvidado. (*Vase.*)

ESCENA IX

DOÑA INÉS.

Saca en el marzo agricultor moderno
Verde naranjo en apacible día,
Viendo que de los peces se desvía
El sol, que vuelve á su principio eterno.
Mas vuelve al fin el riguroso invierno,
Y así la primavera desafía,
Que toda aquella verde fantasía
Rinde á las ramas, desmayado y tierno.
¡Ay, débil esperanza, que así fuiste!
Pues cuando te saqué (que no debiera)
Al sol de la mudanza que tuviste,
En vez de la esperada primavera,
Volvió el invierno riguroso y triste,
Para que yo sin esperanza muera.

ESCENA X

RAMIRO, *de buhonero, con una arquilla al hombro.* — DOÑA INÉS.

RAMIRO. ¿Hay quien compre alguna cosa
De las que tiene esta caja?

(*Ap.* Mi notable atrevimiento,
Mi locura temeraria
Favorezca la fortuna.)

DOÑA INÉS. Pues, amigo, ¿hasta la sala
Os entráis desta manera?

RAMIRO. Traigo, bellísima dama,
Mil cosas que me compréis,
De Flandes, Italia y Francia:
Primeramente...

DOÑA INÉS. ¡Jesús!

RAMIRO. ¿Qué mira? ¿De qué se espanta?

DOÑA INÉS. ¡Ramiro!

RAMIRO. Inés de los cielos,
¿Puedo hablar?

DOÑA INÉS. Estoy turbada.
¿Cómo te has entrado aquí?

RAMIRO. Á la bella doña Juana
Traigo del Conde, mi amo...

DOÑA INÉS. Habla de presto.

RAMIRO. Esta carta.

DOÑA INÉS. Muestra, darésela yo.

RAMIRO. ¿No será posible hablarla?

DOÑA INÉS. ¿Qué es hablarla? Tú eres muerto,
Si te conocen en casa.

RAMIRO. ¿Qué hay del Rey?

DOÑA INÉS. Sus pretensiones,
Y no pocas esperanzas.

RAMIRO. ¿Admítele?

DOÑA INÉS, Claro está.

RAMIRO. ¿Claro está?

DOÑA INÉS. Pues ¿qué pensabas?

RAMIRO. Ayer salimos de aquí,
Y ¡hoy puede haber tal mudanza!

DOÑA INÉS. ¿Qué quieres? Vive quien vence.

RAMIRO. Lástima tengo á quien ama.
¡Fuego en las!...

DOÑA INÉS. Quédate en *las*.

RAMIRO. Pues si ya me entiendes, basta.

DOÑA INÉS. ¿Qué había de hacer, ausente
Enrique?

RAMIRO. Abrasarle el alma,
Como lo ha hecho. ¡Ay del Conde!

Que á cada paso que daba,
Decía : « ¿ Qué hará, Ramiro,
La divina doña Juana ?
¿ Hablará, con doña Inés ?
¿ Llorará ? — ¿ No es cosa clara ? »
Decía yo, tan gran necio
Como él, pues tal pensaba :
« ¡ Ay, Ramiro (respondía),
¡ Quién de su divina cara
Bebiera agora las perlas
Que de las estrellas bajan,
Para templar este fuego ! »
— ¡ Oh qué graciosa templanza,
Haberse rendido al Rey !

DOÑA INÉS. Oyes, loco, vete y calla ;
Que no sabes dónde estás.

RAMIRO. Vuélveme luego la carta ;
No quiero que se la des.

DOÑA INÉS. Vete sin hablar palabra ;
Que por dicha hará su letra
Efecto en dureza tanta,
Pues sabes que los ausentes
Por ellas se quejan y hablan.

RAMIRO. ¿Que no podré verla yo?

DON AINÉS. No podrás hasta mañana,
Porque está escribiendo al Rey.

RAMIRO. ¿ Al Rey tan presto ?

DOÑA INÉS. Esto pasa.

RAMIRO. ¡ Plega al cielo que los dedos
Que el Conde marfil llamaba,
Se vuelvan piedra ; la tinta
Sangre, la pluma una daga,
El papel !...

DOÑA INÉS. Deja el papel.
Mira que en vano te cansas ;
Que el Rey es muy gentil hombre,
Y cuando no, el serlo basta.
Aquí me dijo mi prima
Que hacía al Conde ventaja ;
Que andaba á caballo airoso,
Y á pie con notable gracia.
Pero vuelve, como digo,

Mañana.
RAMIRO. ¿Cómo mañana?
Yo me vuelva, si volviere,
Discreto con arrogancia.
Rico aforrado de necio,
Pretensor sin esperanza,
Valiente siu enemigos,
Viejo en años y sin canas,
Desgraciado con envidia
Y envidioso con desgracia,
Músico con mala voz,
Danzador con malas patas,
Jugador con poca dicha,
Casado con mucha fama;
Y finalmente, me vuelva
Mujer (aunque muchos andan
Que lo quieren parecer),
Si acá volviere mañana. (*Vase.*)

ESCENA XI

DONA INÉS.

¡Qué bien me va sucediendo!
¡Cómo se ve que se pasa
Á mi lado la fortuna!
Amor, leamos la carta:
Veamos qué dice Enrique
Á su venturosa dama. (*Ábrela y lee.*)

ESCENA XII

EL REY, EL MAESTRE, MENDO. — DOÑA INÉS, *sin-verlos.*

MAESTRE. Nadie sabe que has venido.
REY. Venir en secreto es causa.
MAESTRE. Aquí está, Señor, su prima
Leyendo un papel.
REY. Aguarda.

¿Podremos saber, Señora,
Este secreto?
DOÑA INÉS. No estaba
Con cuidado, que le tiene
Vuestra alteza desta casa.
REY. No escondáis la carta.
DOÑA INÉS. Es cosa
Que quisiera declararla
A mi rey y mi señor,
Gloria nuestra y sol de España,
Si se me diera el lugar.
REY. (*Á Mendo.*) ¡Hola! Despejad la sala. —
Tú, Maestre, afuera espera.
(*Vanse el Maestre y Mendo.*)

ESCENA XIII

EL REY, DOÑA INÉS.

DOÑA INÉS. Señor, tu grandeza es tanta,
Á quien tu piedad, tu ingenio
Divinamente acompaña,
Que me obliga á suplicarte
Mi remedio, que esta carta
Te dirá mejor que yo
Y con más vivas palabras.
REY. Pues ¿quieres tú que la lea?
DOÑA INÉS. Sí, Señor, porque cifrada
Toda mi historia está en ella,
Guardando el rostro á mi fama.
REY. Aquesta letra es del Conde.
DOÑA INÉS. Sí, Señor.
REY. Escucha.
DOÑA INÉS (*Ap.*) Para
Á la fortuna la rueda,
Amor; que me importa el alma.
REY. (*Lee.*) « Hoy he llegado á Sevilla; que las ansias de » verte me volvieron de Córdoba; estoy escondido hasta » que la noche me dé lugar; aguárdame, señora mía, en » la puerta por donde solías hablarme; que tú serás mi » mujer, ó yo perderé la vida. »

¡ Extraño caso ! Luego el conde Enrique
¿ No amaba á doña Juana ?

DOÑA INÉS. Á mí me sirve
Desde la vez primera que á Servilla
Le trajo vuestra alteza de Castilla.

REY. ¿ Qué dices ?

DOÑA INÉS. La verdad.

REY. ¡ Viven los cielos,
Que porque sea verdad te den mis celos
La corona que tengo ! Y si lo fuera,
De cuanto cubre la suprema esfera.

DOÑA INÉS. Señor, el Conde, como ves, me adora,
En esa carta.

REY. Pensamientos míos,
Haced fiestas á nuevas semejantes.
¡ Oh vana presunción de los amantes !
¿ Que Enrique te ama á ti ? Pues ¿ cómo el día
Ó noche de San Juan no me dijera
Que por ti se cubrió de aquellos ramos ?

DOÑA INÉS. Porque dió doña Juana en estimarle
Y en quitármele á mí, y así fué justo
No pretender contradecir su gusto,
Sino sólo querernos de secreto.
Callaba entonces, como, al fin, discreto,
El Conde por mi honor ; y así, ha venido
Donde por más seguro está escondido.
Esta noche, cual dice, vendrá á verme.
Si tú quieres, Señor, honrarme, hacerme
El mayor bien y asegurar tu gusto,
Cásame con Enrique, pues es justo ;
Que el Conde, aunque me quiere no me quiere
Para mujer, si bien por mí se muere.
El vendrá aquesta noche, como dice.
Hazle casar por fuerza, que bien puedes,
Para que más asegurado quedes.

REY. Yo debo al valeroso Adelantado
Mayores cosas, si mayores puedo.
Deja venir á Enrique ; que esta noche
La mano te dará.

DOÑA INÉS. ¡ Plega á los cielos !

REY. Vitoria, amor ; que ya se van los celos.

ESCENA XIV

DOÑA JUANA. — DICHOS.

Dª JUANA. Sea, Señor, vuestra alteza
Muchas veces bien venido.
REY. La dicha que hoy he tenido
Venciera mayor grandeza.
Ya estaba de vos quejoso.
Dª JUANA. El Maestre me dijo agora
Esta merced.
REY. Ya, Señora,
Despidió mi amor celoso
Las sospechas que tenía.
Carta de mi hermano es esta.
Dª JUANA. Harán mis deseos fiesta
Á las nuevas deste día.
REY. De Córdoba me escribió.
Dª JUANA. ¿ Lleva salud ?
REY. Salud lleva.
Dª JUANA. (*Ap.*) Quiere el amor que me atreva,
Pero los respetos no.
REY. (*Ap.* Hacerla quiero un engaño.)
Como ya, Señora, es justo
Comunicaros mi gusto
Después de aquel desengaño,
Sabed que el Conde me escribe
Grandes arrepentimientos
De los necios pensamientos
De que ya tan lejos vive.
Pídeme perdón. y dice
Que le case de mi mano,
Que le estime como hermano,
Y como rey le autorice.
Yo, que, por asegurar
Mis celos, no puedo hacer
Cosa más justa, mujer
Le quiero á Enrique buscar;
Y porque sin vos no es bien,
Quiero consultar con vos

Quién será, pues á los dos
Nos toca honrarle también.
Bien conocéis, ó por fama
Ó por vista quién podría
Merecerle.

Dª JUANA. No sería
Poco dichosa la dama.
Y pues que ya vuestra alteza
En su consejo me ha dado
Lugar, y en el que es de estado
Está su mayor grandeza;
Mirando bien qué mujer
Puede merecer al Conde,
La misma razón responde
Que sola yo puedo ser.
Déme vuestra alteza á mí
Á su hermano; que bien creo
Que tiene el mismo deseo,
Pues me lo pregunta así;
Porque, si no le tuviera
De que él en mí se empleara,
Claro está que no me hablara
Ni ese consejo pidiera.
Que honrar al Adelantado
Puede vuestra alteza ansí,
Y darme también á mí
Lo que tanto he deseado;
Porque, volviendo por él,
Y de vos desengañada,
No puedo estar empleada,
Perdonad, mejor que en él. (*Vase.*)

ESCENA XV

EL REY, DOÑA INÉS.

REY. ¿Entiendes esto?

DOÑA INÉS. Yo sí.

REY Quise saber si quería
Á Enrique.

DOÑA INÉS. Presumiría

Que faltaba amor en ti.

REY. No fué por esa ocasión;
Que si desa suerte fuera,
Antes que del Conde hiciera
Con tanto gusto elección,
Quejárase de mi fe
Y de mi poca lealtad:
Si va á decirte verdad,
Necio desengaño fué.
¡Ah! que nunca, desengaños,
Fuistes buenos en amor;
Que el desengaño mejor
Causa mayores engaños.
Parte á hablarla, sin que des
Á entender que estoy corrido
De lo que me ha respondido;
Que yo te diré después
Lo que ha de hacer mi desprecio;
Y dila que no entendí
Que presumiera de mí
Un pensamiento tan necio.
Que no la quise ofrecer
Al Conde, pues mi deseo
No diera su mismo empleo,
Si me viera aborrecer.
Que si son celos de mí,
Los adoro como á cielos;
Que si hay amor donde hay celos,
Tendrá amor si se los dí;
Con lo demás que sintieres
Á propósito á mi honor.

DOÑA INÉS. Poco saben con amor
Disimular las mujeres.
Yo voy á decir que crea
Que no tuviste intención
De darla al Conde, en razón
De que tu amor la desea.
Y está, Señor, advertido
Que esta noche has de casarme.

REY. Á mí me importa, ó dejarme
Morir, pues tan necio he sido.

DOÑA INÉS. Esa carta has de mostrar

Á Enrique.

REY. Por fuerza haré
Que te quiera.

DOÑA INÉS. Ya no sé
Más de temer y esperar. (*Vase.*)

ESCENA XVI

EL REY.

¡Con qué justa razón á la esperanza
Dieron nombre de flor, pues que la imita
En que tan brevemente se marchita,
Que tiene entre las hojas la mudanza!
Lustrosas perlas á la aurora alcanza,
De matizados círculos escrita;
Belleza que la noche solicita
Para perder su ardor en su templanza.
Sembraba yo, porque la tierra nueva
Me prometió de amor ricos favores:
¡Ay loco engaño, de mis celos prueba!
¿De qué sirve sembrar locos amores,
Si viene un desengaño que se lleva
Árboles, ramas, hojas, fruto y flores? (*Vase.*)

Sala en casa de Teodora.

ESCENA XVII

DON ENRIQUE, RAMIRO.

D. ENRIQUE. ¿Qué dices?

RAMIRO. Esto que escuchas.

D. ENRIQUE. ¡Válgame Dios!

RAMIRO. Valga y lleve.

D. ENRIQUE. ¿Doña Juana quiere al Rey?

RAMIRO. Al Rey doña Juana quiere,
Ó por pasiva, es querido

De doña Juana el Rey.
D. ENRIQUE. Siempre
Que algún bien me quieres dar,
Desta suerte le encareces.
Dime lo que ha respondido,
No me mates ni atormentes,
Como sueles, mi Ramiro.
RAMIRO. Necio amor te desvanece.
Yo no he visto á doña Juana,
Sino á doña Inés, y advierte
Que ella fué quien me lo dijo,
De lástima que te tiene.
D. ENRIQUE. ¡Pese á doña Inés!
RAMIRO. Embido
Otras tres doñas Ineses.
D. ENRIQUE. Diríalo por burlarte.
RAMIRO. No te entiendo ó no me entiendes.
Teme, Señor, no seas necio,
Teme; que el discreto teme.
D. ENRIQUE. ¡Doña Juana al Rey!
RAMIRO. ¡Por Dios,
Que desesperarme quieres!
D. ENRIQUE. Las señoras ¿hacen eso?
RAMIRO. Sí, Señor; porque los reyes
Son los mayores señores.
D. ENRIQUE. Mira que no son mujeres.
RAMIRO. Sí son.
D. ENRIQUE. Pues ¿de qué lo sabes?
RAMIRO. De que paren.
D. ENRIQUE. Bestia, tente;
Que me quitarás la vida.
RAMIRO. ¿Tengo yo la culpa?
D. ENRIQUE. Pierde,
Loca esperanza, el color;
Y del luto de mi muerte
Ó de lo azul de mis celos
Esmalta sus hojas verdes.
RAMIRO. No esmaltes hojas, por Dios,
Ni poetices desa suerte,
Sino vamos al remedio.
D. ENRIQUE. ¿Sábesle tú?
RAMIRO. Dos, tres, veinte.

D. ENRIQUE. Uno solo, y presto.
RAMIRO. ¿Presto?
D. ENRIQUE. Sí, Ramiro.
RAMIRO. Posta, y vete.
D. ENRIQUE. Por bestia entraste: en efeto,
Remedio tuyo.
RAMIRO. No deben
Los hombres más á sus padres
Que á las postas, porque suelen
Librarlos de mil peligros;
Mas yo no quiero deberles
Nada, porque me maduran
El tamboril muchas veces.
D. ENRIQUE. ¡Ay, doña Juana! ¿es posible
Que con mudanza tan breve
Pagas un amor tan justo?
Pues aun yo no estaba ausente...
¡Jesús!
RAMIRO. ¡San Blas!
D. ENRIQUE. Yo me muero.
RAMIRO. ¿De qué?
D. ENRIQUE. De amor.
RAMIRO. Razón tienes;
Porque, si verdad te digo,
Dando un papel de alfileres
Á una dueña en los umbrales
De una sala, la vi enfrente...
¿Diréte cómo?
D. ENRIQUE. Sí, amigo,
Sí, hermano; piadoso vuelve
Á curar á quien has muerto.
RAMIRO. El seso, Señor, ¿quién puede
Estaba aquella señora
Como el aurora amanece,
Dando luz, al mismo sol,
Aunque dél la suya tiene;
Los cabellos en sortijas;
Y pues es naturalmente,
Bien haya el platero cielo
Que tales sortijas vende;
Los ojos.., no quiero estrellas,
Que es cosa baja, y ofenden

Tantos ojos estrellados,
Sino decir que parecen
Dos breves cielos de amor,
Adonde gloriosamente
Penen las almas.

D. ENRIQUE. ¿Qué dices?
¿En gloria quieres que penen?

RAMIRO. Sí; que destos disparates
Altamente se encarecen
Los amorosos engaños.
Pero déjame que llegue
Á pintar aquellas cejas,
Pobladas de pelos breves
Y sutiles, que á los ojos
Eran divinos doseles.
No las comparo á los arcos,
Porque los arcos celestes
No tienen pelos ni cubren
Los ojos que algunos quieren;
Que si luna y sol son ojos,
Como son tan diferentes,
Fuera tuerto el cielo á estar
Juntos en su hermosa frente.
¿Quieres que pinte la boca?

D. ENRIQUE. ¿Sabrás?

RAMIRO. Ni supiera Apeles,
Ni pensó naturaleza
Criar una rosa en nieve.
Parece que por respeto
De las perlas de sus dientes,
Les puso el cielo, Señor,
Dos cortinas de claveles.

D. ENRIQUE. Muerto estoy; no digas más.

RAMIRO. ¡Bien hayan los portugueses,
Que á esto llamaron boquiña!
Que parece que convierte
Los deseos en jalea.

D. ENRIQUE. Presumo que me entretienes
Porque no sienta mis males.

RAMIRO. Es verdad: eso pretende
Mi rústico ingenio, Conde,
Porque temo...

D. ENRIQUE. Ya ¿qué temes?
Pon á punto esos caballos;
Porque, volviendo de verte,
Ángel de mi perdición,
Y de dar mil parabienes
Á tu amor, á tu mudanza,
Á tu dicha y á mi muerte,
Pienso volverme á Castilla.

RAMIRO. Señor, excusa, si puedes,
El verla, por el peligro,
Si acaso alguno te viese,
Y porque si desdeñosa
Te respondiese, no aumentes
Tus celos, y algo le digas
Que más desdicha nos cueste.

D. ENRIQUE. No puedo excusar, Ramiro,
Ver á doña Juana. Denme
Una rodela y un jaco.

RAMIRO. ¡Bravo amor!

D. ENRIQUE. Bien lo merece;
Que si por el Rey me deja,
Acierta, y es bien que acierte.
Mejor es que yo mi hermano.
¡Muera yo! ¡Viva quien vence! (*Vanse.*)

Calle.

ESCENA XVIII

EL REY, EL MAESTRE y MENDO, *de noche.*

REY. Ya te digo que viene arrepentido
De haberme dado enojo, por guardalle
Secreto á Inés.

MAESTRE. Extraña cosa ha sido.
¿Qué quiere á Inés?

REY. Y ha de rondar su calle.
Que le case con ella me ha pedido;
Y ¡vive Dios, que tengo de casalle!
Porque, fuera de ser buen casamiento,

Importe al mío declarar su intento.
Vaya Mendo á avisalla de mi parte,
Para que esté á la puerta prevenida.

MENDO. ¿ Diréle que aqui estás ?

REY. Díselo aparte.
(*Vase Mendo.*)

ESCENA XIX

EL REY, EL MAESTRE.

MAESTRE. ¿ Que Inés, Señor, de Enrique fué servida ?

REY. Esto puedo, Maestre, asegurarte,
Y que en su ejecución me va la vida.

MAESTRE. Mucho á la hermosa doña Juana quieres.

REY. Corona puede ser de las mujeres.
Deseos, ¿ qué queréis? ¿ Verla ? Pues vamos
Á verla. Tarda Enrique : bien podemos.
¿ Qué dirán si me ven ? Mas ¿ qué dudamos,
Amor, cuando tan cerca el bien tenemos ?
Ya que en segura posesión estamos,
Sin efeto es andar por los extremos. —
Maestre, aqui me aguarda, y si viniere
El Conde, haz de manera que me espere.

MAESTRE. Iráse si me ve.

REY. Pues dame aviso;
Que amor me fuerza, y mátame el deseo.
(*Vase.*)

ESCENA XX

DON ENRIQUE, RAMIRO. — EL MAESTRE.

RAMIRO. Ninguno como tú tan recio quiso.

DON ENRIQUE. Bien lo dice el peligro en que me veo.

RAMIRO. ¡ Con qué temor aquesta calle piso !

DON ENRIQUE. ¿ Que me olvidaste, Juana? No lo creo.
¡ Ay engaños de amor ! Muero de olvido,
Y no puedo creer que estoy perdido.

MAESTRE (*Ap.*) Este es Enrique, aquel es su privado.

Voy á llamar al Rey; que no es cordura
Llegarle á hablar, si se ha de huir. (*Vase.*)

ESCENA XXI

DON ENRIQUE, RAMIRO.

D. ENRIQUE. Yo he dado
Poco dichoso fin á mi ventura.
Rejas, yo soy un hombre desdichado,
Que aun la vida no tengo en vos segura :
Doleos de mí; que donde se endurecen
Las almas, aun los hierros se enternecen.
RAMIRO. (*Ap.*) Rejas, el diablo, que hace más enredos
Que un hombre sin dineros, me ha traído
Donde, si me escapo á puros credos,
¡ Qué tarde me verá quien me ha parido!
Pues no son de gallina aquestos miedos,
Moros he muerto, capitán he sido;
Mas enojos de un rey, y siendo tales,
Á Aquiles volverán á sus pañales.
D. ENRIQUE. ¡ Ay Juana de mis ojos tan amada!
¿Por qué has querido en flor cortar mi vida?
RAMIRO. (*Ap.*) ¡Ay Dios! ¡quién estuviera en la posada,
Y llevaran los diablos la venida!
¿Tengo yo de medir á un rey la espada,
Que llega, cuando quiere sin medida,
De un reino á otro, y solo Dios le juzga?

ESCENA XXII

EL REY. — DICHOS.

REY. (*Ap.*) No hay orden que á quererme la reduzga.
D. ENRIQUE. (*Ap.*) Gente viene; rebozarme
Quiero. ¿Cosa que el Rey sea?
RAMIRO. (*Ap.*) Ya comienzan á venir.
¡Ay del necio que quisiera
Un censo sobre mi vida!
REY. (*Ap.* El Maestre está á la puerta.)

Maestre, ¿ha venido Enrique?
Que ya prevenida queda
Doña Inés, y ¡vive Dios
Que hoy se ha de casar por fuerza!
Entré á hablar á doña Juana,
Y hase enfadado, muy necia,
De que la viniese á ver.
Bien dije yo que desea
Al Conde, y que está llorando
Por su destierro y ausencia
Toda la noche y el día.
¿Cómo no me dais respuesta,
Don Tello, Maestre, hermano?

RAMIRO. (*Ap.*) Ya se acerca, ya le pega.

REY. Hombre, ¿quién eres? responde.

D. ENRIQUE. No se espante vuestra alteza
Que no responda. (*Desembózase.*)

REY. ¿Es Enrique?

D. ENRIQUE. No sé si serlo quisiera,
Pues te doy tantos enojos,
Que, como dices, intentas
Casarme por fuerza aquí.

REY. Es porque tú lo deseas,
Y á doña Inés lo has escrito;
Que yo conozco tu letra.

D. ENRIQUE. A doña Juana escribí;
Y si doña Inés enreda
Desatinos por privanza,
No cumple, aunque quien es sea,
La obligación de su sangre.

REY. Pues ¿cómo el destierro quiebras
De que me diste palabra?

D. ENRIQUE. No la dí de no quererla,
Y es muy conforme al amor
Que los desterrados vuelvan
De noche á hacer por sus damas
Estas honradas finezas.
Si yo viniera de día,
Donde Sevilla me viera,
No sólo fuera mal caso,
Pero fuera desvergüenza.
Desterrado que de noche

Viene á sus cosas, no quiebra
El destierro si no es
Que viene á cosas mal hechas;
Porque en efecto ya guarda
Respeto á quien le destierra;
Y la noche es confusión
De cosas malas y buenas.

REY. Si es respeto á la justicia,
¿Qué es el Rey?

D. ENRIQUE. Justicia.

REY. Espera
Pues ¿conmigo no has topado?

D. ENRIQUE. Es cosa, Señor, tan nueva
Topar con un rey de noche,
Que en mi vida se me acuerda
Haberlo oido.

REY. Yo ¿soy
El Rey?

D. ENRIQUE. Conozco á tu alteza
Por mi supremo señor.

REY. Date preso.

D. ENRIQUE. En mil cadenas
Me tiene tu obligación;
Pero no es justo que quieras
Prenderme tú; que los reyes,
Y más en cosas pequeñas,
No prenden por sus personas.
Y perdona, que te acercas
Y quieres sacar la espada.

REY. Dame la espada.

D. ENRIQUE. Ahí te queda
Envainada; que no quiero
Que de otra manera sea.

REY. Eres traidor.

D. ENRIQUE. Soy tu hermano.
Nunca mi madre fué reina;
Pero fué tu padre el mio.

REY. Enrique, no me enternezcas.
Vuelve.

D. ENRIQUE. No puedo, Señor;
Que no quiero que me veas
En las manos sin espada,

Y en los ojos con flaqueza.
(*Vanse don Enrique y Ramiro.*)

ESCENA XXIII

EL MAESTRE, MENDO. — EL REY.

REY, ¡Hay tal suceso!
MAESTRE. ¿Qué es esto?
MENDO. Gran Señor, ¿de qué te quejas?
REY. Toma, Mendo, aquesa espada.
MENDO. ¿Tuviste alguna pendencia?
REY. Id delante y lo sabréis.
¡Maldiga el cielo estas puertas,
Ó maldiga mi desdicha!
Que no está la culpa en ellas.

ACTO TERCERO

Sala en casa del Adelantado.

ESCENA PRIMERA

DOÑA JUANA; TEODORA, *disfrazada.*

TEODORA. Esas flores que vendía
Entre listones y tocas,
Flores, por fingidas, pocas,
Aunque lo ha sido la mía,
Son mentiras para veros
Y verdades para hablaros
De quien ha sabido amaros,
De quien no sabe perderos.
Dª JUANA. Luego vos ¿no sois florera?
TEODORA. No, Señora; que en mi casa
El Conde esta vida pasa,
Y persuadiros quisiera.
No se atrevió, por el Rey,

Á venir Ramiro aquí;
Puesto que dél entendí
Que cumpliera con la ley
De hijodalgo castellano
En morir por su señor.

Dª JUANA. No hay aquí tanto rigor
Como él imagina en vano.

TEODORA. Que piense no os espantéis
Que ya tiene posesión
El Rey de vuestra afición,
Pues su peligro sabéis.
Y así, por servirle yo,
Vine disfrazada así;
Que el saber lo que hay en mí
Este consejo le dió.
Dice pues que sois cruel
Más que cuantas han nacido,
Y que con el Rey ha sido
Trato desterrarle á él.
Que el interés de reinar
Os ha movido, no amor;
Aunque escoger lo mejor
Bien os puede disculpar;
Porque ya en el mundo es ley
Que en sus voluntades reina;
Y que pues que ya sois reina,
Le pongáis bien con el Rey.
Que le pidáis el perdón
De su enojo, y no el destierro;
Que el volver tiene por yerro,
Pues ya no tiene ocasión.
Que con sola la respuesta
Que me habéis de dar, se irá
Á Castilla, pues ya está
Vuestra voluntad dispuesta
Á querer y á no querer,
Cuando disculpada estáis;
Pues mejor es que seáis
Su reina que su mujer.

Dª JUANA. Por serlo vos no he tomado
Vuestra venida sin gusto;
Mas por lo que fuera justo,

Mucho me hubiera enojado.
¿Tiene el mundo como Enrique
Mayor traidor?

TEODORA. ¿Qué decís?

Dª JUANA. ¿Para qué me persuadís
Que á sus engaños aplique
Los oídos, que ya tengo
Como el áspid al encanto,
Pues en despreciarle tanto,
Menos que es justo me vengo?
Sirve el Conde aquí á mi prima;
Hablarla de noche intenta,
Haciendo á mi amor afrenta,
Que hasta el honor me lastima;
Hallé yo al Rey embozado;
Lloro yo porque á Castilla
Se parte, ¡y está en Sevilla
Muy de espacio enamorado!
Decilde que si pretende
La gracia del Rey por mí,
Que ¿por qué me engaña ansí,
Pues su mismo honor ofende?
Que si al Rey hablé, él me dió
La causa... — Y no repliquéis;
Que estáis donde no sabéis.

TEODORA. No tengo la culpa yo;
Porque el Conde, en confianza
Del pasado amor, me ha hecho
Disfrazar á mi despecho,
Y contra alguna esperanza;
Que aunque no es mi calidad
La vuestra, he querido al Conde.

Dª JUANA. Eso también corresponde
A su mucha libertad.
Id con Dios, y agradeced
Que os dejo salir así.

TEODORA. Señora...

D. JUANA. Salíos de aquí.

TEODORA. Que estoy sin culpa creed. (*Vase.*)

ESCENA II

DOÑA JUANA.

Enrique, yo no quiero aventurarme
Por tu ocasión, ni por mi amor perderme :
Si tú sabes, traidor, aborrecerme,
¿Por qué no sabré yo de ti vengarme?
¡Ay, que me cuesta mucho el apartarme
De la ocasión con que quisiste verme!
No me veas, cruel; que es ofenderme —
Señora, yo me voy. — Vuelve á matarme.
— Oye, mi bien : ¿qué pierdes en oirme?
— Pierdo el honor y al Rey. — Verdad te trato.
— Por eso de tu amor quiero partirme.
— Amor celoso olvida, como ingrato;
Mas no podrás. — Si haré; porque el más firme
Á manos de otro amor le acaba el trato.

ESCENA III

DON ENRIQUE, RAMIRO. — DOÑA JUANA.

D. ENRIQUE. No me tengas.
RAMIRO. ¿Dónde vas?
D. ENRIQUE. Á perderme.
RAMIRO. ¿Estás en ti?
D. ENRIQUE. Pues si yo estuviera en mí,
¿Amara á una ingrata más?
D. JUANA. ¿Qué es esto? ¿Quién es?
D. ENRIQUE. ¡Quién es!
¡Oh, qué pregunta extremada!
¿Que ya estás tan olvidada,
Que me ves y no me ves?
Pues yo te diré quién soy.
Dª JUANA. ¡Válgame Dios, qué locura!
D. ENRIQUE. Soy una alma que procura
El pecho en que ya no estoy.
Soy un hombre que solías

Decir, Señora, que amabas,
Cuando menos estimabas
Que el amor las monarquías.
Soy quien tuvo tal ventura,
Que mereció de tus labios
Seguridades de agravios,
Si hay cosa en mujer segura.
Soy el que perdió por ti
Su rey, su hermano, su dueño,
La noche para ti sueño,
Y desvelo para mí,
Soy cometa que pasó
Por el cielo, si se debe
Tal nombre á hermosura breve
Que adonde nació murió.
Soy finalmente...

Dª JUANA. No más;
No pases de finalmente,
Pues un fin tan indecente
Á tantos favores das;
Porque ya no me dirás,
Enrique, cosa que crea...
— ¿Enrique dije? No sea
Favor nombrarte; que fué
Yerro de la lengua, en fe
De que ofenderte desea;
Que cuando tu nombre nombre
Por venganza al despedirte,
¿Cómo puedo yo decirte
Más afrenta que tu nombre?
Vete, Enrique; que eres hombre,
Y esta hazaña tuya es.

D. ENRIQUE. ¿Tú dices que á doña Inés
Escribí?

Dª JUANA. Pues ¿no es así?

D. ENRIQUE. No, Señora, sino á ti.
Ramiro presente está.

RAMIRO. Quién crédito no te da,
¿Daráme crédito á mí?
Yo te truje aquel papel,
Tu prima me le tomó.

D. ENRIQUE. Pues ¿cuándo la quise yo

Para regalarme en él?
Si quiso engañar con él
Al Rey, no lo sé; mas creo
Que nació de tu deseo:
Concierto debió de ser,
Porque tú puedas hacer
En el Rey más alto empleo.
El Rey merece agradarte,
Mejor empleada estás;
Que lo que aquí siento más
Es que quieras disculparte.
Pero amarle no era parte
Para venderme con él,
Pues pensando que el papel
Tu prima te hubiera dado,
Vine á tu puerta embozado.
Y dí por tu culpa en él.
Partirme de ti, ¿qué vale,
Si vuelvo á Sevilla luego,
Como por la cuerda el fuego
Vuelve á la parte que sale?
Mejor es que el fin iguale
Al príncipio en que nací.
Yo quiero morir aquí:
Sepa el Rey que aquí me tiene,
Máteme; ¿por qué no viene,
Si quisiere vengarse en mí?

Dª JUANA. ¡Enrique! ¡Enrique!

RAMIRO. Señor,
¿Qué es esto?

D. ENRIQUE. ¿Tú no lo ves?
¿Yo he querido á doña Inés,
Ni tuve en mi vida amor?
Pase un villano traidor
Mi pecho si tal pensé,
Tal serví ni tal hablé;
Ni puede ser en lugar
Donde tú estabas entrar
Otra hermosura, otra fe.
No lo digo por moverte;
Que no te pienso mover,
Ni quererte, ni querer

Que me obligues á quererte;
Mas porque no quiero verte
Disculpada en mis agravios.

Dª JUANA. ¡Conde!

D. ENRIQUE. No muevas los labios;
Que después de agravio cierto,
Nunca vuelven á concierto
Los amantes ni los sabios.
Estos tus papeles son,
Con esta encarnada cinta:
¿Quién dió veneno con tinta,
Sino mujer y traición?
Romperá pues mi razón
Razones tan engañosas.

Dª JUANA. No hagas, Enrique, cosas
De que te has de arrepentir;
Que aunque se vuelve á escribir,
No salen tan amorosas.

D. ENRIQUE. Déjame.

Dª JUANA. Así Dios me guarde...

D. ENRIQUE. Eres reina: ¿qué he de hacer?

Dª JUANA. Créeme.

D. ENRIQUE. No puede ser.

Dª JUANA. ¿Por qué, Conde?

D. ENRIQUE. Porque es tarde,
Y es razón que me acobarde
De mi rey justo respeto.

Dª JUANA. Y ¿si ser tuya prometo,
Cuando esté desengañada?

D. ENRIQUE. Serás de mí tan amada
Como mereces, y aun más...
— Pero en efeto serás
Del Rey; que estás obligada.

Dª JUANA. Á quien se hace de rogar
Y me desprecia, no es bien
Que mis deseos le den
Ocasión, sino lugar.
Voyme á no ver, á olvidar
Que he querido bien al Conde.

RAMIRO. ¿Dónde vas, Señora?

Dª JUANA. ¿Dónde?
Voy, Ramiro, á no querer

Al Conde.
RAMIRO. No puede ser,
Si el Conde te corresponde.
Mira ¡qué celos aquellos
Y qué mirarte á traición!
¿No le ves el corazón,
Por los ojos, todo en ellos?
Dª JUANA. Tiénesme por los cabellos.
RAMIRO. No tengo tal; que tú eres
Quien te tienes, porque quieres
Tenerte.
Dª JUANA. Mal me conoces.
RAMIRO. No te irás, así te goces.
DOÑA JUANA. Mal conoces las mujeres.
RAMIRO. No lo eres tú; que ángel tienes
Por nombre y por hermosura.
Dª JUANA. ¿Qué es lo que Enrique procura,
Ramiro, que me detienes?
RAMIRO. (*Á Enrique*). Tú, ¿qué quimeras previenes,
Que no llegas á gozar
La dicha deste lugar?
D. ENRIQUE. Quiérese ir.
RAMIRO. ¡Buen dormir!
Si ella se quisiera ir,
¿Quién se lo había de estorbar?
Pues mira que la mujer
Sabe sufrir más que el hombre.
D. ENRIQUE. Como mi mujer se nombre,
Di que la quiero querer,
RAMIRO. Clara está que lo ha de ser.
Dª JUANA. Conde, si estoy satisfecha
De mi pasada sospecha,
Seré tu esposa.
D. ENRIQUE. No sé
Qué satisfación te dé,
Si mi verdad no aprovecha.

ESCENA IV

DOÑA INÉS, *sin ser vista.* — DICHOS.

DOÑA INÉS. (*Ap.*) ¡ Qué es esto que viendo estoy !
Enrique es éste. ¡ Qué en vano
Á dos que se quieren bien
Estorba ningún contrario !
Oír quiero desde aquí
Qué pueden estar hablando
Con tan grande atrevimiento.
Dª JUANA. Firma, Conde, de tu mano
Esa verdad.
D. ENRIQUE. Oye.
DOÑA JUANA. Di ;
Que yo haré luego otro tanto.
RAMIRO. Y yo quiero ser jüez,
Que no soy apasionado
De ninguno de los dos.
DOÑA INÉS. (*Ap.*) Y yo testigo en mi daño.
D. ENRIQUE. Si yo las flechas del amor tuviera,
De vos á todo el mundo enamorara,
Y en torres de diamantes os guardara,
Porque después de amaros nadie os viera.
Que tanto me quisiérades hiciera,
Que de otro ningún bien se os acordara ;
El pensamiento á una cadena atara,
Y la imaginación os suspendiera.
Y si pudiera yo, con una llave
Cerrara al tiempo el curso presuroso
En esa dulce juventud süave,
Porque jamás en ese rostro hermoso
La edad pusiera cosa menos grave,
Ni yo pudiera ser menos dichoso.
RAMIRO. ¡ Valiente, por Dios ! ¡ Ansí !
De lo que entiendo me agrado ;
No aquello del ser sin ser,
Por el ser del ser formado,
Y el ser del ser que no fuera,
De que el vulgo hace milagros ;

Y todos son disparates
En bernardinas fundados;
Que si lo que se oye aprisa,
Ello se oyera de espacio,
Más de cuatro se corrieran
De lo que aquí celebraron.

Dª JUANA. Cuando sin penas yo pudiera amaros
(Que sin celos no puede ser quereros),
Para tenerlas suspendiera el veros,
Pues el penar por vos fuera obligaros.
Quereros sin costarme aventuraros
Era quererme á mí, y era ofenderos;
Que más quiero obligaros y perderos,
Que, sin quereros obligar, gozaros.
Glorias solas de amor amor condena;
Penas quiero por vos; que la memoria,
Si asiste á solas glorias, es ajena.
Penar amando es la mayor vitoria,
Y si amor es amor por lo que pena,
Por teneros amor, no quiero gloria.

D. ENRIQUE. ¿Qué juzgas?

RAMIRO. Que os doy por buenos.

DOÑA INÉS. (*Acercándoseles*). Y yo, que estaba escuchando,
Digo lo mismo.

D. ENRIQUE. Pudieras,
Señora, haberlo excusado,
Como el decir que la carta
Es para ti, pues es llano
Que Ramiro te la dió
Para doña Juana.

DOÑA INÉS. Estando
Bien descuidada, llegó,
Don Enrique, el Rey, tu hermano;
Y yo, por no le decir
Verdades que siente tanto,
Fingí que era para mí.

Dª JUANA. Harto bien te has disculpado.

RAMIRO. El Rey viene.

Dª JUANA. No hay remedio
Sino esconderte.

D. ENRIQUE. Aquí aguardo.

Dª JUANA. ¿Oyes?

D. ENRIQUE. Sí.
Dª JUANA. ¿ Llevas reloj ?
D. ENRIQUE. No vengo tan descuidado,
Que de la pasada burla
No tenga el alma temblando.
Mas doña Inés queda ahí,
Que me servirá de mano,
Señalando donde estoy
En las letras de mis daños.
(*Escóndense don Enrique y Ramiro.*)

ESCENA V

DOÑA JUANA, DOÑA INÉS.

DOÑA INÉS. En mala fama he caído.
Porque quise remediaros ;
Mas ¿ qué mejor premio tiene
Quien sirve pechos ingratos ?
Pero la palabra os doy,
Para solo aseguraros,
De ayudar vuestros amores.
Dª JUANA. Mira que viene : habla paso.

ESCENA VI

EL REY. — DICHAS.

REY. Habiendo dado cuenta, hermosa Juana,
Á mi reino de aqueste casamiento,
Y informado de cosa que es tan llana
Como tu generoso nacimiento,
Todo con gusto á obedecer se allana
Y aprueba mi amoroso pensamiento ;
Que las partes del noble Adelantado
Le hacen temido y igualmente amado.
Está para esta noche prevenida :
Será mi desposorio celebrado ;
Y si no quieres tú que aquí resida,
Luego verás á Guadarrama helado.

Que como tengo en ti mi propia vida
Y el reino de mi amor depositado,
Adonde tu quisieres, allí sea
La Corte, donde yo te goce y vea.

Dª JUANA. Señor, siempre que tú á mi padre puedes,
Honrarle solicitas : Dios te guarde.
Mas con él solicita esas mercedes
Que le quieres hacer; que estoy cobarde.

REY. Yo gusto que á tratar tus cosas quedes,
Aunque no importa el prevenirlas tarde.
Voy á hablar á tu padre.

Dª JUANA. Muchos años
Vivas.

REY. Para servirte.

Dª JUANA. (*Ap.*) ¡ Hay más engaños !
(*Vase el Rey.*)

ESCENA VII

DON ENRIQUE, RAMIRO. — DOÑA JUANA, DOÑA INÉS

D. ENRIQUE. Di agora que tenga vida.

Dª JUANA. Y ¿ tendrála quien te escucha?

D. ENRIQUE. No me descubrió el reloj ;
Mayor fué mi desventura.
Si en la noche de San Juan
Sus horas mi muerte anuncian,
Allí tocaron campanas,
Y aquí fué mi sepultura.
Ya ¿ qué esperanza me queda,
Si la posesión es suya,
Pues que viene á ser verdad
Lo que hasta agora fué duda ?
¡ Mal haya amén el papel,
Pues desde entonces procuras
Mi muerte, por un engaño
En una inocencia justa !
¡ Esta noche ! ¡ Extraño caso !
¡ Bravo amor, terrible furia,
Loco deseo y poder
Sin resistencia ninguna !

Nací de rey; mas ¿qué importa?
No hay fuerza contra la suya.
Rey poderoso y mi hermano,
¡Qué de respetos se juntan!
¿Qué me aconsejas? Qué haré?

Dª JUANA. Primero que se concluya
El casamiento que dice,
Verás mi muerte.

D. ENRIQUE. No cumplas
Con lágrimas á la mía;
Que, pues ya lloras, la anuncias.
¿Qué agüero como llorar
Las estrellas? Restituya
Rayos á tu sol el lienzo,
Si las coge ó las enjuga.
¡Ay doña Juana! ¡Ay Señora!
Por premio de mis locuras,
De mis ansias, de mis celos,
De mis agravios y injurias,
Dame esas lágrimas solas,
Perlas desas luces puras,
Para consuelo en mi muerte,
Y porque mejor descubras
Los ojos que no he de ver.

Dª JUANA. Toma, y mira que me excusa,
Enrique, tan grande fuerza. —
Vamos, Inés.

DOÑA INÉS. ¡Qué profunda
Tristeza! (*Ap.* Mas ¡qué alegría
De su dolor me resulta!) (*Vanse las dos.*)

ESCENA VIII

DON ENRIQUE, RAMIRO.

RAMIRO. ¿Habémonos de morir?
¿No respondes?

D. ENRIQUE. ¿Qué preguntas?

RAMIRO. ¿Ha de haber exclamaciones?
¿Quieres invocar las musas?
¿Habrá décimas al lienzo?

D. ENRIQUE. ¡ Cosa extraña !
RAMIRO. ¡ Cosa injusta !
¡ En lindo dinero paga
Amor! Y ¡ á qué coyuntura
Te dan un lienzo de perlas!
D. ENRIQUE. Suban mis lágrimas, suban
Al cielo de amor, y pidan
Justicia.
RAMIRO. Es razón.
D. ENRIQUE. Es mucha.
RAMIRO. ¿ Digo yo que no ?
D. ENRIQUE ¿ Qué fiera
India, qué bárbara turca,
No le respondiera al Rey:
« Casada estoy » ?
RAMIRO. No presumas
Que esto de reinar es cosa
Que por amor se aventura.
Cuanto más alta ha nacido
Doña Juana, más la encumbran
Sus altivos pensamientos.
D. ENRIQUE. Pues ¿ cómo llora?
RAMIRO. De industria.
Dijo un sabio que jamás
Le falta á mujer alguna,
Ni lágrimas para engaños,
Ni para errores excusas.
D. ENRIQUE. En ángel no puede haber
Llanto fingido.
RAMIRO. Si ayudas
Tu misma pena, ¿ qué quieres ?
Bien haces, pues la disculpas.
D. ENRIQUE. ¿Preveniste los caballos ?
RAMIRO. Pues ¿iráste?
D. ENRIQUE. No se excusa.
¿Tengo yo de ver mi muerte?
¿Cómo quieres tú que encubran
Mis celos tanto dolor?
RAMIRO. ¡ Oh! ¡cuánto, Señor, deslumbra
Una corona de oro!
D. ENRIQUE. Hoy la sentencia pronuncias,
Divina Juana, á mi muerte;

Hoy mi sufrimiento apuras.
Ya no hay lugar donde pueda
Estar mi persona oculta. —
Pica, Ramiro, á Castilla.
Todo me congoja y turba.

RAMIRO. Ánimo, Señor.

D. ENRIQUE. Ya voy.
¡Qué mal quien no quiere juzga
De amor! — Adiós, gran Sevilla,
Adiós, señora perjura,
Que por verte reinar pones
Tu vida en tan vil fortuna.
Beso tu lienzo.

RAMIRO. ¿Están ya,
Di, las lágrimas enjutas?

D. ENRIQUE. Sí.

RAMIRO. Pues lo mismo en mujer
Las penas de ausencia duran. (*Vanse.*)

ESCENA IX

EL REY, EL ADELANTADO, MENDO.

ADELANT. No sé con qué razones, Rey supremo,
Estas visitas pueda yo pagaros.

REY. Cubríos, Marqués.

ADELANT. Honráisme con extremo.

REY. Marqués de Cádiz, siempre yo he de honraros.

ADELANT. ¡Tantas mercedes!

REY. (*Ap.* Declararme temo.)
Deseo cuanto puedo adelantaros,
Porque habemos de ser parientes presto.

ADELANT. Dos hermanos tenéis: yo estoy dispuesto.

REY. Camina, Mendo, y de secreto llama
Al Arzobispo: di que presto venga.

MENDO. Voy á servirte. Cierto que esta dama
Merece que lugar tan alto tenga. (*Vase.*)

ESCENA X

EL REY, EL ADELANTADO.

REY. Vuela tan presto la parlera fama,
Que porque algún instante se detenga,
Pretendo, Adelantado, de secreto
Hacer un casamiento.
ADELANT. Sois discreto.
REY. Quiero casar á vuestra hermosa Juana
De mi mano. Marqués, y con un hombre
Tan bueno como yo.
ADELANT. Todo lo allana
Vuestro valor. ¿Podré saber el nombre?
REY. Basta que le veáis.
ADELANT. Mucho se humana
Vuestra grandeza.
REY. No hay por qué os asombre.
ADELANT. ¿Tan bueno como vos?
REY. Será muy cierto.
Adelantado, oid lo que os advierto.
Al hombre que viniere de secreto
Á vuestra casa, le daréis á Juana;
Que el Arzobispo viene al mismo efeto.
No pierda amor lo que el silencio gana.
Hablalde y estimalde; que os prometo
Que no hay en la corona castellana
Hombre como él, y mi mayor amigo.
ADELANT. Guárdeos el cielo.
REY. Lo que puedo os digo. (*Vase.*)

ESCENA XI

EL ADELANTADO.

¡Tan bueno como el Rey! No fueron vanos
Mis pensamientos, pues será forzoso
Que el uno venga á ser de los hermanos
Que tiene, el que ha de ser de Juana esposo.

Cualquiera en estos reinos castellanos
Tiene opinión de príncipe famoso
En letras y armas, y podrá cualquiera
Hacer mi casa como el sol la esfera.
¡ Oh si fuese tan grande mi ventura,
Que fuese Enrique ! ¡ Oh si viniese el Conde
Á honrar mi casa !

ESCENA XII

DOÑA JUANA, ELVIRA. — EL ADELANTADO.

Dª JUANA. (*Ap.*) En tanta desventura,
Con llamar á la muerte, no responde.
ELVIRA. (*Ap. á doña Juana.*) ¿ Es posible que dicha tan se-
Como te ofrece la fortuna, adonde [gura
Señora de Castilla y reina seas,
Ingrata al cielo deshacer deseas?
Dª JUANA. ¿Eso te espanta, Elvira? ¿ Es maravilla
Que amor desprecie el bien?
ADELANT. ¡Oh hermosa Juana !
¿Sabes por dicha tú si está en Sevilla
El conde Enrique?
Dª JUANA. Sé que esta mañana
En desgracia del Rey se fué á Castilla.
ADELANT. Salió en efeto mi esperanza vana;
Aunque es razón que el mismo amor le muestre,
Si tu esposo ha de ser, al gran Maestre. (*Vase.*)

ESCENA XIII

DOÑA JUANA, ELVIRA.

ELVIRA. Lleno de cuidado veo
Á tu padre y mi señor.
Dª JUANA. Él trata cosas de honor,
Yo trato de mi deseo.
ELVIRA. Ya no es tiempo de tratar
Mas que en tu dicha, Señora.
Dª JUANA. Elvira, si amaba agora,

¿Agora puedo olvidar?

ELVIRA. Confieso que el Conde es hombre
Galán; mas, á toda ley,
El Rey es rey, y es el Rey
Muy galán y gentilhombre;
Pues cuando fueran iguales,
Le pudieras elegir.

Dª JUANA. No suele amor presumir
De preciar cetros reales.

ELVIRA. Tu intento me maravilla,
Mal á tu valor responde.

Dª JUANA ¡Ay Elvira! ¿Estará el Conde
Muchas leguas de Sevilla?

ELVIRA. ¡Bien te enmiendas! ¡Bien serás
Mujer del Rey dese modo!

Dª JUANA. Ahora olvidémoslo todo,
Pues que no puede ser más.

ESCENA XIV

EL MAESTRE, MENDO, *con un azafate cubierto.* — DICHAS.

MAESTRE. Ya, Señora, como á quien
Es su mujer, os envía
El Rey...

Dª JUANA. (*Ap.*)
¡Ay desdicha mía!

MAESTRE. Un presente.

Dª JUANA. ¿Para quién?

MAESTRE. Para vos, reina y señora
De Castilla.

Dª JUANA. ¡Para mí,
Maestre!

MAESTRE. Señora, sí:
Tanto mi hermano os adora.

Dª JUANA. Descubrilde.

MAESTRE. Aquesta es
De Castilla la corona,
Digna de vuestra persona.

Dª JUANA. ¡La corona!

MAESTRE. Á vuestros pies,

Cuanto y más á vuestra frente,
La ofrece el Rey.

Dª JUANA. ¿Qué he de hacer?
Esto es á más no poder. —
Toma, Elvira, aquella fuente. —
Decid al Rey mi señor,
Maestre... No digáis nada.
Mas decid... Estoy turbada...

MAESTRE. ¿Qué os turba?

Dª JUANA. Tanto favor.
Decilde...

MAESTRE. ¿Qué le diré?

Dª JUANA. Que venga á verme.

MAESTRE. Yo voy.

MENDO. Maestre, confuso estoy. (*Ap. á él.*)
En los ojos se le ve
Que no le agrada el reinar.

MAESTRE. Temo que anda el Conde aquí.

MENDO. Esta mañana le vi.

MAESTRE. Calla; que importa callar.
(*Vanse el Maestre y Mendo.*)

ESCENA XV

DOÑA JUANA, ELVIRA.

Dª JUANA. Muestra, Elvira, la corona.

ELVIRA. ¿Qué quieres hacer?

Dª JUANA. Hablalla.

ELVIRA. ¿Cómo hablalla?

Dª JUANA. Y preguntalla
Si amor su desprecio abona. —
Corona ilustre, perdona;
Que te quiero aventurar.
Bien sé que me han de culpar,
Pero díceme mi amor
Que ofenderé tu valor
Si amando llego á reinar.
¡Cuántas traiciones se han hecho
Por ti! ¡Cuántas crueldades!
¡Qué vidas, honras, ciudades

Has abrasado y deshecho!
Enrique se fué, y sospecho
Que de mí y de ti quejoso:
En estado tan penoso,
¿Si te podré despreciar?
Pero ¿quién ha de dejar
Lo cierto por lo dudoso?
Amor primero, perdona;
Que estoy dudosa de ti;
Mas no perdones, si á mí
Tu misma culpa me abona. —
Toma, Elvira, la corona;
No quede el Conde quejoso.
Diga el interés celoso
Que hay mujer que supo amar,
Perder un reino, y dejar
Lo cierto por lo dudoso.

ESCENA XVI

EL REY. — DICHAS.

REY. Después de haberte enviado,
Hermosa Juana, el valor
Destas bodas, de mi amor
Y de mi poder cifrado,
En la corona que has visto,
De que señora serás
Y mía, sin lo demás
Que de los moros conquisto,
El Maestre me avisó
Que me querías hablar;
Y el alma en otro lugar
Confusas nuevas me dió;
Porque también me previno
Mi hermano de que turbada
Le respondistes.
Dª JUANA. Fiada,
Pedro, en tu valor divino,
En tu grande entendimiento
Y generoso valor,

Te quiero decir mi amor
Con notable atrevimiento.
Enrique, ya tú lo sabes,
Me sirvió ; correspondí
Á su amor; mas siempre di
Pasos honestos y graves.
Ni una palabra indecente,
Ni un papel que á mi valor
Sólo un átomo de honor
Quitase, vió eternamente.
Y así el haber diferido
Amarte y corresponderte
Tiene ocasión, y más fuerte
De lo que habrás presumido.
Escucha... Pero no sé
Cómo te diga este caso;
Que aunque sucedido, acaso
Menos colores me dé.
Los hombres, siempre atrevidos,
Aunque cuando enamorados,
En ocasiones turbados,
Las lloran arrepentidos,
Tal vez sin mirar respetos
Atropellan el temor.

REY. Yo voy, Juana, ó va mi amor,
Haciendo varios concetos
De su engaño y de tu honor.
Habla pues, no me atormentes;
Que ya sé que hay acidentes
En los sucesos de amor.

Dª JUANA. Palabras ando á buscar
Y retóricas colores,
Aunque las mías menores
Me salgan á disculpar.
Bajaba hablando conmigo
Enrique por la escalera
De palacio... No quisiera
Tratar aquesto contigo.
¿ Quieres que lo escriba?

REY. No;
Que el tiempo que has de tardar,
Es imposible esperar

Ni tener paciencia yo.

Dª JUANA. Bajando por la escalera...
— No sé yo qué sentenciado
La sube con más cuidado,

REY. Acaba por Dios.

Dª JUANA. Espera.

REY. Mayor enojo me causas.

Dª JUANA. Ya lo comienzo á contar.

REY. ¿Cuándo piensas acabar?
Mira que es sangrarme á pausas.

Dª JUANA. Siendo mi culpa tan poca,
Digo, Señor, que me asió
Enrique...

REY. ¿Y bien?

Dª JUANA. Y llego
(Ó fué por yerro) á la boca,
Que acaso hablarme quería,
Y la mucha obscuridad
Obligó á su autoridad
Á tanta descortesía.
Ves aquí pues la razón
De no haber podido ser
Tu mujer.

REY. Dame á entender
Qu es todo, Juana, invención.
Pero lo que fuere sea.
No es ido Enrique á Castilla;
Que yo sé que está en Sevilla,
Y que enojorme desea.
Parece que es cosa fea
Á un hombre de mi valor
Porfiar contra tu amor,
Y que necios y discretos
Dirán que no son efetos
Del alto y debido honor.
Pero yo, que ya ofendido
Y celoso estoy de modo,
Que los ojos cierro á todo,
Enamorado y corrido,
Ni á los necios he temido
Ni á los discretos tampoco;
Antes más bien me provoco

Á satisfacer mi injuria;
Que no hay venganza sin furia
Ni amor sin punta de loco.
Esta noche haré matar
Á Enrique, y muerto, podré
Casarme, pues no tendré
En qué pueda reparar.
Vivo no me he de casar,
Claro está, porque viviera
El deshonor que me diera
El haberse anticipado
Al lugar que reservado
Á solo su dueño espera.
Si en el suceso reparo,
Veo, aunque no lo procuro,
Que fué mentira á lo escuro
Y desengaño á lo claro.
Pero, aunque caso tan raro
Sea mentira porque siga
Otro intento, y no prosiga
En el de casarme ansí,
Habérmelo dicho á mí
Á la venganza me obliga.
Muera Enrique, porque muerto
Me casaré con vïuda,
Si el amor pusiere duda
En la verdad del concierto:
Con esto, aunque descubierto
Quede lo que has referido,
Tú y yo no habremos perdido
Honor, pues en tal suceso
Serás vïuda de un beso,
Como otras de su marido. (*Vase.*)

ESCENA XVII

DOÑA JUANA.

¡Señor, Señor! Esto es hecho.
Pero Enrique va á Castilla:
Escribirle es acertado

Que su camino prosiga
Á Francia ó Ingalaterra.
Pero no : mejor sería
Á Granada ; que el rey moro
Tendrá su servicio á dicha.
Quiero escribir al momento. —
¡ Elvira !

ESCENA XVIII

ELVIRA. — JUANA.

ELVIRA. Señora...
Dª JUANA. Elvira,
Yo estoy en gran confusión :
Vuela por papel y tinta;
Que quiero escribir á Enrique,
Pues no es menos que la vida
La que le va en este aviso.
ELVIRA. Pues, Señora, no le escribas ;
Que entre la gente que ha entrado
(Que la fama presto avisa),
Vi un hombre con una capa
De color que me decía :
« Elvira, Elvira. » Llegué,
Juzgando á descortesía
Llamarne de aquella suerte,
Y vi que era el Conde.
Dª JUANA. Mira
Que te has engañado.
ELVIRA. ¡ Bueno !
De su ruego enternecida,
Le he metido en mi aposento.
Dª JUANA. Luego ¿ no se fué á Castilla?
ELVIRA. Sí, Señora; pero ha vuelto ;
Que estas celosas partidas
Son pelotas que amor saca
Con la furia de una riña,
Y celos de la otra parte
Se las vuelven con más prisa.
Dª JUANA. ¡ Jesús! ¡ En Sevilla el Conde,

Y que no sólo en Sevilla,
Sino que en mi propia casa!

ELVIRA. Dice que celos y envidia
Le traen, para olvidarte,
Á verte casar.

Dª JUANA. Porfías
De un loco amor. Voy á velle.

ELVIRA. Pues mira cómo le miras.

Dª JUANA. Antes á reñirle voy,
Y á que se vaya.

ELVIRA. No escribas
Su muerte.

Dª JUANA. Su vida estimo,
Porque es alma de la mía. (*Vase.*)

ESCENA XIX

EL ADELANTADO. — ELVIRA.

ADELANT. En aquesta confusión
Al Rey he visto, y no veo
Ni la prenda que deseo
Ni darme satisfación. —
Doña Elvira, ¿dónde va
Tu señora?

ELVIRA. Tan confuso
Todo está, que se dispuso
Para no aguardarte ya,
Y pienso que se recoge. (*Vase.*)

ESCENA XX

EL ADELANTADO.

El Arzopispo ha venido;
El Rey está desabrido;
¿Qué puede haber que le enoje?
Gente de fuera se junta,
La de casa está turbada,
Llorosa la desposada,

Lo que sabe me pregunta.
Todos hablan de secreto,
Y á todos estoy mirando.

ESCENA XXI

DOÑA INÉS. — EL ADELANTADO

DOÑA INÉS. (*Ap.* Diré lo que estoy dudando,
Pues es disculpado efeto
De mis celos la venganza.)
¿ Cómo descuidado estás,
Cuando á tus hazañas das
Fin de tan baja mudanza ?
Encerrado en su aposento
De Elvira está el Conde.
ADELANT. ¿ Quién ?
DOÑA INÉS. Enrique.
ADELANT. ¿ Sábeslo bien ?
DOÑA INÉS. Sí, pues lo he visto.
ADELANT. ¿ Á qué intento ?
DOÑA INÉS. ¿ Eso preguntas ? ¿ No sabes
La ocasión ? Si ha sido amor,
¿ No es preguntármelo error ?
ADELANT. Doña Inés, en cosas graves
Y de los reyes, silencio. (*Vase.*)

ESCENA XXII

DOÑA INÉS

¿ Qué silencio he de tener,
Si no es que de ser mujer,
Amando, me diferencio ?
¡ Oh amor ! ¿ Para qué me obligas
Á hacer cosas tan mal hechas ?
En los tiempos que hay sospechas
Es bien que tus celos digas ;
Pero no cuando hay agravios.
Mas ¿ quién tendrá discreción

Cuando quiere el corazón
Servir de lengua á los labios ?

ESCENA XXIII

EL REY, EL MAESTRE, MENDO, ACOMPAÑAMIENTO. — DOÑA INÉS.

REY. (*Ap. al Maestre.*) Á Castilla á lo que digo
Va don Nuño despachado ;
Mataréle en el camino,
Si acaso va caminando.
Por toda Sevilla van
Don Arias y don Gonzalo
Con gente, por si está en ella.
MAESTRE. ¿ Cómo, Señor, con mi hermano
Usas de tanto rigor?
Mira que sus pocos años
Le disculpan, y esta ofensa
No es tuya.
REY. Yo sé que cuando
Sepas la razón, Maestre,
Disculparás este caso.
MENDO. Aquí está, Señor, su prima,
Y por ventura esperando
A la Reina mi señora.
REY. Doña Inés...
DOÑA INÉS. Señor...
REY. De tantos
Parabienes no he querido
Hacer, sin el tuyo, caso.
¿ Qué es esto?
DOÑA INÉS. Soy tan de casa,
Que le tengo reservado
Para mejor ocasión.
REY. Bien dices, si dilatand
Se van agora las bodas ;
Mas, llama al Adelantado ;
Que tongo que le decir.
DOÑA INÉS. (*Ap.*) El Rey lo sabe : ¿ qué aguardo ?
REY. Todos se turban. ¿ Qué es esto ?

Ó todos ven mis engaños,
Ó yo los engaño á todos.

MAESTRE. La novedad lo ha causado;
Pues con secreto pretendes
Lo que fuera bíen más claro
Y á gusto de todo el reino.

REY. Confieso que yerro, y hago
Una cosa sin razón,
Que no la entiendo y la trato.

MENDO. El Adelantado viene.

ESCENA XXIV

EL ADELANTADO. — Dichos.

REY. ¡ Oh fuerte honor castellano !

ADELANT. ¿ Qué me manda vuestra alteza ?

REY. Primo, que me deis los brazos.
¿ Está prevenido ya
Lo que os dije ?

ADELANT. Mirad cuánto
Os quiero, que ya está hecho.

REY. ¿ Cómo hecho ?

ADELANT. Ejecutado,
Señor, vuestro advertimiento :
Hallé el hombre y le he casado.

REY. ¿ Qué hombre ?

ADELANT. Por el secreto,
El hombre que os digo callo ;
Pero si se ha de saber,
Iré por él.

REY. ¡ Caso extraño ! —
Id por él. — ¡ Cielos ¡ ¿ Qué es esto ?

ADELANT. Yo voy, Señor. (*Vase.*)

REY. ¿ Es encanto ?
¡ Casado el hombre ! ¿ Qué hombre ?

DOÑA INÉS. (*Ap.*) Mis esperanzas llegaron
Al postrer punto.

REY. ¿ Qué haré?

ESCENA XXV

EL ADELANTADO; DON ENRIQUE, *con* DOÑA JUANA, RAMIRO. — EL REY, EL MAESTRE, DOÑA INÉS, MENDO, ACOMPAÑAMIENTO.

ADELANT. Yo sé que estoy disculpado
Con que al Rey obedecí.
Llegad á sus pies entrambos.
REY. ¿Es Enrique?
D. ENRIQUE. Sí, Señor,
Y á tu servicio casado
Por mano del Arzobispo,
Y porque tú lo has mandado;
Que yo, Señor, no quería.
Solo vine rebozado
Á ver tu boda, y me dijo
El Adelantado, estando
Oculto en un aposento,
Que era tu gusto.
REY. No hallo
Respuesta á tan gran desdicha,
Fundada en tan necio engaño. —
Adelantado, ¿qué es esto?
ADELANT. ¿No me dijistes que, hallando
Un hombre esta noche aquí,
De secreto y disfrazado,
Que es tan bueno como vos?...
Pues si hallo á vuestro hermano
Y le caso con mi hija,
¿Con otro tal no la caso?
REY. Adelantado, vos fuistes
Dos veces adelantado:
La una por vuestro oficio,
La otra en adelantaros
Á casar á don Enrique.
Á lo hecho no hay reparo
Yo le perdono, y confirmo
El casamiento.
Dª JUANA. Tus años

Prospere el cielo, Señor.

RAMIRO. ¿Podré pedir un agravio?

REY. No pidas nada, Ramiro;
Todos quedáis perdonados.

RAMIRO. Nunca, te falten dineros.

REY. Pon, doña Juana, en un cuadro
De tus armas mi corona,
Y porque la has despreciado,
Esté pintada al revés.

D. ENRIQUE. Aquí se acaba, Senado,
Lo cierto por lo dudoso :
Si lo queda de agradaros
El autor, será lo cierto,
Y lo dudoso el engaño.

EL ACERO DE MADRID *

PERSONAS

LISARDO, RISELO, OTAVIO, GERARDO, FLORENCIO,	caballeros.	LEONOR, *esclava.*
		PRUDENCIO, *viejo.*
		BELISA. *su hija.*
		TEODORA, *tía de Belisa.*
		MARCELA, *dama.*
BELTRÁN, SALUCIO,	criados.	Músicos.
		Criados.

La escena es en Madrid.

ACTO PRIMERO

Calle.

ESCENA PRIMERA

LISARDO, RISELO.

LISARDO. Desde aquí la podéis ver.
RISELO. Notable ha estado la iglesia.
LISARDO. Este día de la Cruz

---

* Así como *Le Cid* de Corneille, la primera tragedia clásico francesa, es una refundición de *Las mocedades del Cid* de Guillén de Castro y *Le menteur*, la bellísima comedia del mismo autor, de *La verdad sospechosa ó el Mentiroso*, del mejicano don Juan Ruiz de Alarcón, *El acero de Madrid* inspiró á Molière *Le Médecin malgré lui*, que cerca de dos siglos después tradujo Moratín al castellano con el título de *El médico á palos.*

Si desde ciertos puntos de vista, se ha dicho por un crítico de Lope, la comedia de éste es inferior á la de Molière, desde otros la creemos superior : Belisa es sin duda más interesante

Ponen cuidado en la fiesta.
RISELO. Si viérades á Sevilla,
Lo dijérades de veras.
LISARDO. Ya he sabido que ese día
Celebran por excelencia.
Ya sale... y sale el aurora;
Que esta grada en que pasean
Es la prisión de la noche
En columnas y cadenas.
Cantad, lisonjeras aves
De las jaulas de esas rejas;
Calles de Madrid, volveos
Prados y alfombras de seda.
Caballos de aquestos coches,
Como animales y fieras,
Haced regocijo al alba,
Que sale vertiendo perlas.
RISELO. ¡Qué bien pintada mañana!
LISARDO. Es todo amante poeta.
RISELO. Pues, por Dios, que son las doce;
Que á más de las once y media
Acabaron el sermón;
Ya si vuestra dama bella
Viene á ser alba á las doce,
Harto más parece fiesta;
Y si porque sale es alba,
Y por lo menos no es fresca;
Que á las doce y tres de mayo,
Antes secará las hierbas.
LISARDO. Quedo, por Dios. Esta es.

ESCENA II

BELISA Y TEODORA, *con mantos.* — DICHOS.

TEODORA. (*Á Belisa.*) Lleva cordura y modestia:
Cordura en andar de espacio,

---

que la heroína del poeta francés, y las sentencias latinas de Beltrán son, si mucho no nos engañamos, más graciosas que las chocarrerías del *Le Médecin malgré lui.*

Modestia en que sólo veas
La misma tierra que pisas.

BELISA. Ya hago lo que me enseñas.

TEODORA. ¿Cómo miraste aquel hombre?

BELISA. ¿No me dijiste que viera
Sola la tierra? Pues dime:
Aquel hombre ¿no es de tierra?

TEODORA. Yo la que pisas te digo.

BELISA. La que piso va cubierta
De la saya y los chapines.

TEODORA. ¡Qué palabras de doncella!
Por el siglo de tu madre,
Que yo te quite esas tretas.
¿Otra vez le miras?

BELISA. ¿Yo?

TEODORA. Luego ¿no le hiciste señas?

BELISA. Fuí á caer, como me turbas
Con demandas y respuestas,
Y miré quién me tuviese.

RISELO. Cayó: llegad á tenerla.

LISARDO. *(Dando la mano á Belisa.)*
Perdone vuesamerced
El guante.

TEODORA. ¡Hay cosa como ésta!

BELISA. Bésoos las manos, Señor;
Que si no es por vos, cayera.

LISARDO. Cayera un ángel, Señora,
Y cayeran las estrellas
Á quien da más lumbre el sol.

TEODORA. Y yo cayera en la cuenta. —
Id, caballero, con Dios.

LISARDO. Él os guarde... (*Ap.* Y me defienda
De condición tan extraña.)

TEODORA. Ya caíste: irás contenta
De que te dieron la mano.

BELISA. Y tú lo irás de que tengas
Con que pudrirme seis días.

TEODORA. ¿Á qué vuelves la cabeza?

BELISA. Pues ¿no te parece que es
Advertencia muy discreta
Mirar adónde caí,
Para que otra vez no vuelva

Á tropezar en lo mismo?

TEODORA. ¡Ay! mala pascua te venga,
Y¡ cómo entiendo tus mañas!
¡Otra vez! ¿Y dirás que ésta
Mo miraste al mancebito?

BELISA. Es verdad.

TEODORA. ¿Y lo confiesas?

BELISA. Si me dió la mano allí,
¿No quieres que lo agradezca?

TEODORA. Anda: que entrarás en casa.

BELISA. ¡Oh, lo que harás de quimeras!

(*Vanse las dos.*)

ESCENA III

LISARDO, RISELO.

RISELO. Ya traspusieron la calle.

LISARDO. ¡Ay de mí!

RISELO. ¿Quién es aquella
Arpía que la acompaña?

LISARDO. Una tía, que pudiera
Ser agüela de la envidia,
Porque es entre fraila y dueña,
Águila de medio arriba,
De medio abajo culebra.
Todos mis intentos muda,
Ni hablarla ni verla deja;
Escribir es imposible:
Con más ojos que Argos vela.

ESCENA IV

BELTRÁN. — DICHOS.

BELTRÁN. Aguardé qne te apartases
De aquella Circe cruel,
Para que cierto papel
Á diamantes me feriases,
Y es de balde aunque me dieras

Por cada letra un diamante.
LISARDO. ¿Es burla, Beltrán?
BELTRÁN. ¿Delante
De Riselo burla esperas?
Lo menos he referido.
Tal favor viene con él,
Que la funda del papel
Se vale lo que te pido. (*Muéstrale un guante.*)
Al salir me vió Belisa;
Hízome con una estrella
Señas, tan linda, que en ella
Vieras del alba la risa.
Llegó á la pila del agua,
Fingió quererla tomar,
Y volviéndome á mirar
(¡Mira el enredo que fragua!),
Metió un papel en un guante
Y de la cruz le colgó,
Como perdido; á quien yo
Luego me puse delante.
« Mío es, » dije á la gente
Que á tomar agua llegaba;
Y el sol, que ya caminaba,
Volvió la luz á su oriente.
Rióse de la presteza
Y gracia con que tomé
El guante.
LISARDO. Muestra, y diré
Que ha igualado á su belleza
Su divina discreción.
BELTRÁN. Pues ¿no lo agradeces más?
LISARDO. Á este guante deberás
Calzas, ropilla y jubón.
BELTRÁN. ¡Oh milagro soberano
Y de ningun hombre oído!
¡Que un guante hiciese un vestido,
Siendo oficio de la mano!
Y el papel, ¿qué das por él?
LISARDO. Camisas por él tendrás.
BELTRÁN. ¡Oh, papel, que has hecho más
Que un molino de papel,
Y tan semejante fuiste,

Que os quedáis los dos parejos,
Pues todos mis lienzos viejos
Limpios y nuevos hiciste!

LISARDO. Guante, si con vos no hago
Locuras, es porque quiero
Ver este papel primero:
Perdonadme si no os pago
El ser cubierta importante
Deste precioso favor.
Pobre estaba, pues amor
Pidió limosna en tal guante.
Pero ¿qué mucho que en él
Venga el papel que me envía,
Pues allá también cubría
Una mano de papel?
Y pues por ella le gano,
Y de mano tanta fe,
Con justa causa diré
Que es pliego de aquella mano.

BELTRAN. Encareces con razón
La mano por su hermosura
Y su fe, pues te asegura
Que es papel del corazón.
Lee, Señor, por tu vida.

LISARDO. Leo, poniendo en mis ojos
De tanto amor los antojos,
Pues hay alma que los pida.
(*Lee.*) « Mientras duerme la envidia desta tía,
» Y la esclavilla si despierta vela,
» Te escribo á media noche, lumbre mía;
» Y pues vivir no puedo sin cautela,
» Oye dos cosas que el amor piadoso
» Para nuestro remedio me revela.
» Yo voy fingiendo, mi querido esposo,
» Que estoy descolorida y opilada,
» Para engañar un padre tan celoso
» Y una tía tan mal intencionada.
» Busca un médico amigo que me vea,
» Y avísale de todo, si te agrada.
» Èste dirá que sólo quien pasea
» Con el acero aqueste mes de mayo
» Sana de aqueste mal, porque lo crea.

» Yo fingiré también algún desmayo :
» Daráme los jarabes de livianas
» Cosas, aunque mi amor no teme un rayo.
» Saldré con este achaque las mañanas,
» Tal vez á Atocha, al Prado y tal al Soto ;
» Que por ti juzgaré las cuestas llanas.
» Y por si aqueste velador piloto
» De mi nave medrosa va conmigo,
» No te espantes del hábito devoto.
» Llévate al lado algún discreto amigo,
» Y dile que con ella finja amores ;
» Quizá me dejará que hable contigo.
» Esto me enseña amor, que mis temores
» Vence con su poder ; que amar aprisa
» No sufre espacio ; si los hay mejores,
» Dime tú los remedios. — *Tu Belisa.* »
¿ Qué te parece ?

RISELO. Que creo
Que su amor y discreción
No tienen comparación
Sino es su mismo deseo.
¡ Lindo remedio !

LISARDO. Extremado.
Pero ¿ dónde habrá dotor
Que ayude á mi justo amor ?

RISELO. Justamente habéis dudado.
Aunque más amigo sea,
Ninguno lo querrá hacer,
Aunque le conste el saber
El buen fin que se desea.
Es el médico el oficio
De más confianza.

BELTRÁN. Amor
Dió el medio y dará el doctor.

LISARDO. ¿ Tienes perdido el jüicio ?

BELTRÁN. Ponedme á mí, si queréis,
Un hábito doctoral ;
Que yo sé que no haré mal
Lo que los dos pretendéis.
Un poco sé de latín
De los récipes, y haré
Con esto poco que sé

Que tenga salud.
LISARDO. En fin,
Has de encajar tus locuras,
Beltrán, en toda ocasión.
RISELO. Por Dios, que tiene razón :
Amor es todo aventuras.
Entre estos encantamentos
Ejecuta un disparate.
LISARDO. ¿No ves que es éste un orate?
Destruirá mis pensamientos.
RISELO. ¿Cómo?
LISARDO. En medio de tener
Puesta en su punto la cura,
Hará la cura locura
Con que me echará á perder.
BELTRÁN. ¿Yo? ¿Pues tiene Dios criado
Disimulo como el mío?
LISARDO. Dijeras mulo, y yo fío
Que lo hubieras acertado.
BELTRÁN. Prueba, intenta.
RISELO. No temáis;
Que Beltrán tendrá más seso
Viendo que importa al suceso.
LISARDO. Ahora bien : los dos estáis
Dese parecer, yo digo
Que sea. Vente á vestir. —
Pero ¿quién ha de decir
Que le envía?
RISELO. Algún amigo.
LISARDO. ¿De quién?
RISELO. Del padre.
LISARDO. Eso no,
Sino amiga de Belisa,
Á quien hoy la misma en misa
Su enfermedad le contó.
RISELO. Vamos.
LISARDO. Todas las razones
Te pienso hacer estudiar.
BELTRÁN. ¿Mas que me vengo á quedar
Con doctor de opilaciones? (*Vanse.*)

Sala en casa de Prudencio.

ESCENA V

PRUDENCIO, OTAVIO, *de camino;* SALUCIO, *con fieltro y maleta.*

PRUDENCIO. Dadme otra vez los brazos como deudo;
Que la primera vez fué como amigo.
OTAVIO. Una y mil veces, mi señor Prudencio;
Que miro en vos el rostro de mi padre.
PRUDENCIO. ¿Con salud queda en fin?
OTAVIO. Para serviros.
— Lleva tú la maleta á la posada,
Salucio.
PRUDENCIO. ¡Qué posada! ¿Tal agravio
Queréis hacer á nuestra casa, Otavio?
¡Hola, Leonor! ¿No hay un criado en casa?

ESCENA VI

LEONOR. — DICHOS.

LEONOR. ¿Qué mandas?
PRUDENCIO. Toma luego aquesa ropa,
Y llama esa muchacha y á su tía.
Di que está aquí su primo.
LEONOR. Muestre, amigo.
SALUCIO. Quien á vuestra merced da la maleta,
Le diera...
LEONOR. Diga.
SALUCIO. Toda la estafeta.
(*Vanse Leonor y Salucio.*)
OTAVIO. Bien me parece este lugar.
PRUDENCIO. Es cifra
De todo lo mejor que tiene España.
Danle gran majestad aquestas calles,
Y el aire saludable que las baña
Es el más importante cortesano.

OTAVIO. ¡Notables edificios!
PRUDENCIO. Vanse haciendo.

ESCENA VII

TEODORA, BELISA. — PRUDENCIO, OTAVIO.

TEODORA. Dadme, Señor, las manos.
OTAVIO. ¡Oh, Señora!
PRUDENCIO. Vuestro sobrino regalad, Teodora. —
Tu primo abraza tú.
BELISA. Seáis bien venido.
OTAVIO. Vos, mi señora, con el mismo hallada.
Por vuestro esclavo me tened, que es justo.
BELISA. Por mi señor os tengo.
PRUDENCIO. Tan buen huésped
Ha de honrar esta casa muchos días.
OTAVIO. Según la voluntad con que entro en ella
Y la merced tan grande que recibo,
Ya no me pesa del temor que todos
Me pusieron en esto del despacho;
Que dicen que en la Corte los que vienen
Por un mes á negocios, si salieron
De su casa mancebos y lozanos,
Ó se quedan en ella ó vuelven canos.

ESCENA VIII

LEONOR. — DICHOS.

LEONOR. Á la puerta está un doctor
Que me dice que te diga
Que le envía cierta amiga
De mi señora, Señor.
PRUDENCIO. Di que venga en hora buena. (*Vase Leonor.*)
OTAVIO. ¿Doctor? ¿Hay enfermo en casa?
PRUDENCIO. No es nada; pero si pasa
Adelante, dará pena.
Belisa, de haber comido
Deste barro portugués...

BELISA. (*Ap.*) Bien dice : que amor lo es,
Que mi opilación ha sido.
PRUDENCIO. Sospecho que está opilada.
OTAVIO. ¡ Qué lástima y compasión!
PRUDENCIO. Agora es buena ocasión
De curarla.
TEODORA. Que no es nada.
Pienso que será peor
Ponerla en cura.
BELISA. Si acaso
Tuvieras á cada paso
Este desmayo y dolor,
Á fe que no lo dijeras.

ESCENA IX

LEONOR, SALUCIO, *y después,* LISARDO Y BELTRÁN. — PRUDENCIO, BELISA, TEODORA, OTAVIO.

LEONOR. El Doctor entra, Señor.
PRUDENCIO. Llega otra silla, Leonor.
LISARDO. (*Ap. á Beltrán.*) Mira que has de hablar de veras.
(*Sale Beltrán de médico, con gorra, capa, guantes y sortijas; y Lisardo con él de acompañante.*)
BELTRÁN. Dios guarde á vuestras mercedes.
¿ Qué es de la enferma ?
TEODORA. Aquí está.
LISARDO. (*Ap.*) ¿ Por dónde amor no entrará,
Lince de tantas paredes?
BELTRÁN. Doña Inés, cierta señora
Á quien en misa contó
Su mal Belisa, me habló
Entrando en su casa agora;
Que tiene del mismo mal
Una niña. — El pulso venga.
BELISA. Yo le aseguro que tenga
En él bastante señal;
Porque se me alborotó
Después que entró, mucho más.
LISARDO. (*Ap.*) Si tú desa suerte estás,
Gloria mía, ¿ qué haré yo ?

Á fe que si me tomara
El pulso á mí, que él me viera
Con calentura tan fiera,
Que los dedos se abrasara.

BELTRÁN. Venga esotro pulso; que éste
Ya nos dijo la verdad.

PRUDENCIO. ¿Si tendrá necesidad,
Señor Doctor, que se acueste?

BELTRÁN. Sospecho que fuera bien;
Mas no es agora razón:
Presto llegará ocasión,
En que el jarabe le den.
Cuénteme agora qué siente,
Y dígame la verdad.

BELISA. Siento una gran soledad
De hablar y tratar con gente.
Allégome á la ventana,
Y aunque mucha gente veo,
No está allí lo que deseo,
Y quítaseme la gana.
Aquí, sobre el corazón,
Se me ponen unas cosas,
Que me quitan enfadosas
La vital respiración.
Cuando algo quiero gozar,
Se pone en la vista mía
Una cosa como tía,
Que no me deja mirar.
Digo como tía grande
Y como viva persona,
Que me cansa y apasiona
De que no mirar me mande;
Que no siendo con intento
De ofender á Dios jamás,
Desto de *no mirarás*
No sé que haya mandamiento.
Tras esto la opilación,
Que esto me suele causar,
Tampoco me deja hablar,
Y apriétame el corazón.
Querría hablar y no puedo;
Mas agora espero en Dios

Que tengo de hablar por vos
Si desopilada quedo.

BELTRÁN. Aquí hay mucho que decir;
Mas no da el tiempo lugar.
Yo haré que podáis hablar
Y honestamente reir.
Al subir cuesta, escalera
Ó otra cosa, ¿qué sentís?

BELISA. Siento ahogarme.

BELTRÁN. ¿No subís
Ligera?

BELISA. ¿Cómo ligera?

BELTRÁN. Ahora bien; pues vos podréis
Muy presto, y tan sólo quiero
Que por agora el acero
Cuatro mañanas toméis,
Y os salgáis á pasear
Al Soto, Atocha ó al Prado;
Pero con mucho cuidado
De que el sol no os ha de dar;
Porque allá Galeno dice
Que cuando acero *tometur*,
Sol in capite non detur,
Que á la cura contradice.

LISARDO. (*Ap.*) ¡Maldígate Dios, amén!
Si estos supiesen latín,
Yo soy perdido.

BELTRÁN. Y en fin,
Mañana comienza bien;
Porque ayer fué oposición,
Y dice el dotor Laguna
Que per opposita luna
Non fiat ulla emisión.

LISARDO. (*Ap.*) ¿Otra locura? ¡Ay de mí!

BELTRÁN. Sin esto, desde este día
No habrá la melancolía
De que os lamentáis aquí,
Porque yo os quiero enviar
Músicos, y por agora
Esta sortija, Señora,
De grande virtud, prestar.
Pero también advertid

Que sin prenda no la doy,
Porque es, á fe de quien soy,
Ajena.

PRUDENCIO. ¡Jesús! Decid
Qué prenda queréis por ella.

BELTRÁN. Basta esa vuestra, Belisa.

PRUDENCIO. Quítatela, niña, aprisa.

BELISA. ¿Que hay tanta virtud en ella?

OTAVIO. ¿Es uña de la gran bestia,
Señor dotor?

BELTRÁN. No, Señor;
Que otra halláramos mayor,
Sin dar buscarla molestia.
Ésta es de cierto animal
Que á las mujeres adora,
Y ésta es la causa que agora
Resulta en efeto igual.

LISARDO. (*Ap.*) En esto anduvo discreto.
Bien mi sortija le dió,
Bien la suya le tomó.

BELTRÁN. Mañana salga en efeto,
Después que tome hasta media
Escudilla reposada
Del agua bien acerada,
Que desopila y remedia,
Con el ir á pasear,
Todas las opilaciones;
Que á la tarde bendiciones
Pienso que me habéis de echar.
Señor Licenciado, mire (*Á Lisardo.*)
Este pulso desta dama. —
Es estudiante de fama;
Llegue pues, no se retire.
Está un poco vergonzoso,
Como es agora pasante.

(*Lisardo toma el pulso á Belisa.*)

LISARDO. Algo está febricitante,
Intercadente y dudoso.
(*Ap.* ¿Hay tan grande atrevimiento
Como decir bernardinas?)

BELTRÁN. Á ciertas damas vecinas
Voy á ver.

LISARDO. ¡Qué gloria siento!
PRUDENCIO. (*Dando dinero á Beltrán.*)
Sírvase vuesamerced,
Y perdone.
BELTRÁN. No haré tal.
LISARDO. (*Ap. á Beltrán.*) ¿Tomástelo?
BELTRAN. ¡Pesia tal!
Dios guarde á vuesamerced.
(*Vanse Lisardo y Beltrán.*)

ESCENA X

PRUDENCIO, TEODORA, BELISA, OTAVIO, LEONOR, SALUCIO.

PRUDENCIO. ¿Quedas algo consolada?
BELISA. Hame dado gran consuelo;
Que parece que del cielo
Trajo la ciencia estudiada.
PRUDENCIO. Hágase esta noche el agua,
Teodora, por vida mía,
Porque antes que salga el día...
BELISA. ¡Qué bien mi engaño se fragua!
PRUDENCIO. Salga esta niña hacia el Prado
Con Leonor; que bastará.
TEODORA. ¿Sola con Leonor irá?
Vaya con ella un criado,
Y yo iré también con ella.
BELISA. (*Ap*). ¡Perdida soy!
OTAVIO. Si queréis
Que la acompañe, tendréis
Un escudero.
PRUDENCIO. No es ella,
Otavio, tan gran señora,
Que ese escudero merezca.
Vamos adonde os ofrezca
Esta humilde casa agora,
No el aposento que os debe,
Pero el de su voluntad.
OTAVIO. Para darme calidad,
Vuestra misma sangre os mueve.
(*Vanse Teodora, Belisa, Prudencio y Leonor.*)

ESCENA XI

OTAVIO, SALUCIO.

OTAVIO. ¡ Ay, Salucio, qué mujer
Para propia!
SALUCIO. Si la estima
Tu amor, ponla para prima;
Que no es difícil de hacer
Al instrumento deseo;
Que una prima es consonancia
Notable.
OTAVIO. Si es de importancia
Ser para sacarla Orfeo,
Haré, Salucio, lo mismo.
SALUCIO. Poco espanto me dará;
Que cualquier amante está
Á las puertas del abismo.
OTAVIO. De penas pierde el recelo,
Aunque en su fuego me abraso;
Que si con ella me caso,
Pienso estar á las del cielo. (*Vanse.*)

Calle

ESCENA XII

MARCELA, FLORENCIO.

FLORENCIO. Que guardes esa lealtad
Es muy conforme á quien eres;
Que es honra de las mujeres
Cuando tienen voluntad;
Pero es menester que el hombre
Pague en la misma moneda;
Que si no, muy necia queda,
Y no merece otro nombre.
Porque ser leal á quien
No la ha guardado en su vida,
Es necedad conocida,

Y no vengarse también.
Riselo sigue su gusto;
Sigue el tuyo, y no seas loca.

MARCELA. No pienso mover la boca,
Aun para darle disgusto.
Del hombre la libertad
No se sujeta á opinión
Y en la mujer es blasón
De su honra la lealtad.
Por sí misma la mujer
Está á ser buena obligada,
Porque ser casta forzada
No se debe agradecer.
Cuando por vengarme ansí,
Venganza en mi honor hiciese,
¿Quién duda, si le perdiese,
Que la tomaba de mí?
Demás que no eres testigo,
Florencio, tan abonado,
Que crea yo que haya usado
Tan mal término conmigo.
Si tú de tu voluntad,
Movido de un noble celo,
Me dijeras que Riselo
No me guardaba lealtad,
Algún crédito te diera;
Mas si tú me solicitas,
Bien es razón que permitas
No darte crédito.

FLORENCIO. Espera.

MARCELA. ¿Qué me puedes tú decir
Que no sea todo en razón
De tu loca pretensión?

FLORENCIO. ¿Qué has de perder por oir?

MARCELA. Mas ¿qué no podré perder?
Todas las que se han perdido
Fué sólo de haber oído,
Porque á nacer la mujer
Sin oídos, más segura
Por vuestro mar caminara.

FLORENCIO. Eso fuera si te hablara
En tu ingenio y hermosura;

Quiérote hablar solamente
En abono de mi honor :
Sabrás á quien tiene amor
Riselo distintamente.
Después que tiene amistad
Tan estrecha con Lisardo,
Un caballero gallardo
De su traza y de su edad,
Traen requiebros los dos
Cerca de San Sebastián;
Que allí las flechas les dan,
Aunque ninguna por Dios.
Allí ó á la Trinidad
Van dos señoras á misa,
Una que llaman Belisa,
Cuya hacienda y calidad
Hace por dicha temer
Á Lisardo en esta villa,
Aunque es hidalgo, el pedilla
Á su padre por mujer.
Es moza cuyo despejo,
Rostro, galas y tocado
No viene mal consultado
Cada día con su espejo.
Sale de la iglesia haciendo
Mil caireles con el manto;
Pisa firme, esgrime, y cuanto
Va mirando va rindiendo.
La otra dicen que es tía,
Mujer de mejor asiento,
No de aquel entendimiento
Que parece argentería.
Hay fondo y conformidad
De su prudencia y buen trato,
Con un hábito beato
Que le causa autoridad.
Mas no sé si la anasaya
(Que no sé si es estameña)
Tiene desta noble dueña
Los pensamientos á raya ;
Porque la veo mirar
Á Riselo atentamente,

Como á hurto de la gente,
Ya al salir y ya al entrar.
Ayer al salir de misa,
Las dos pasaron delante,
Y puso en la pila un guante
No sé á qué efeto Belisa ;
Pero sé que un picarón,
Lacayo enjerto en truán,
Que sirve al dicho galán
Ya de ventor, ya de halcón,
Le tomó disimulado,
Y á los dos se le llevó.

MARCELA. Aun no imaginaba yo
Que era tanto mi cuidado.
¿ En eso entiende Riselo,
Y el amistad de Lisardo
Vino á parar ? Ya ¿ qué aguardo ?
Castigue su engaño el cielo.
Al principio imaginé
Que era tu aviso ficción;
Que una olvidada afición
Es sospechosa en la fe,
Y es el camino ordinario
De quien ama con desdén
El decir que quiere bien
A otra mujer su contrario ;
Mas agora que los cielos
Me declaran la verdad,
No es ofender mi lealtad
Tener de la suya celos.
¡ Oh, traidor ! ¡ Que por el gusto
De un amigo que acompaña,
Pague mi amorosa hazaña
Con este indigno disgusto !
Pues no ha de pasar así.
¿ Sabes la casa ?

FLORENCIO. Pues ¿ no ?

MARCELA. Ven conmigo.

FLORENCIO. Bien sé yo
Que le hallarás por allí.

MARCELA. Si mujer de confianza
Ha de hácer algún error,

No será interés ni amor.
Dios nos libre de venganza. (*Vanse.*)

Paseo del Prado.

ESCENA XIII

LISARDO y RISELO, *con capas de color, bizarros*; BELTRÁN.

LISARDO. ¡Oh, cómo tardan, Riselo!
¿Qué he de hacer?
RISELO. Amor te valga.
LISARDO. Temo que, de envidia, salga,
Deste mi sol, el del cielo.
RISELO. Antes no saldrá si sabe
Que es sol y que fuera está.
BELTRÁN. Las aves le cantan ya
Á Belisa en voz suave:
« Mañanicas floridas
Del mes de mayo
Recordad á mi niña,
No duerma tanto. »
LISARDO. Campos de Madrid dichosos,
Si sois de sus pies pisados;
Fuentes, que por ver la huerta
Del Duque subís tan alto
El cristal de vuestros ojos,
Que asomáis los blancos rayos
Por las verdes celosías,
Muros de sus verdes cuadros;
Hermosa alfombra de flores,
Donde tejiendo y pintando
Está la naturaleza
Mas ha de cinco mil años;
Arroyuelos cristalinos,
Rüido sonoro y manso,
Que parece que corréis,
Tonos de Juan Blas cantando,
Porque ya corriendo aprisa,

Y ya en las guijas despacio,
Parece que entráis con fugas,
Y que sois tiples y bajos;
Recordad á mi niña,
No duerma tanto.

RISELO. Aves, que vais por el viento,
Ya del sol clarificado,
Sobre sus plumas tendiendo
Vuestros vistosos penachos;
Las que asomáis por los nidos
Las cabezas gorjeando,
Y las que ya en altas ramas
Dais buenos días al prado;
Trigos, que con amapolas
Y mil amarillos lazos
Sois un tapiz de verduras
Sembrado de papagayos;
Álamos verdes, á quien
Con tantas hojas y ramos
Vistió de alegre librea.
Á pesar de octubre, mayo;
Para que la niña venga,
Que está esperando Lisardo,
Recordad á su tía,
No duerma tanto.

BELTRÁN. Tabernas de san Martín,
Generoso y puro santo,
Que ya ponéis reposteros
Como acémilas de Baco;
Cajones, que ya os cubrís
Con el pan de leche blanco;
Franceses, que pregonáis
Aguardiente y letüario;
Carretones de basura,
Que vais las calles limpiando;
Roperos, que amanecéis
Con solícito cuidado,
Sin ser procesión del Corpus,
Las tiendas entapizando;
Y vosotros, aires fríos,
Que dais tos y resfriado,
Romadizo y otras cosas

A los que salen sudando;
Porque despierte á la tia,
Y ella á Belisa, si acaso
Duerme descuidada agora
De que la aguarda Lisardo,
Recordad mi fregona,
No duerma tanto.

RISELO. No me parece que tiene
De tu cuidado pesar.

LISARDO. Terrible cosa es mirar
Aquel si viene ó no viene.

RISELO. Mientras penas, como sueles,
Y ella el levantarse traza,
Vaya Beltrán á la plaza
De Antón Martín por pasteles;
Que mientras que se regale
Nuestro estómago almorzando,
Estarás tù contemplando
Aquel si sale ó no sale.

LISARDO. Bárbaro estás.

RISELO. Libre estoy.

LISARDO. Es para el entendimiento
Amor divino sustento.

RISELO. Pues yo al cuerpo se le doy;
Que es lo que aprovecha y vale.

LISARDO. Yo no, porque en mis deseos,
Á un favor tras mil empleos,
No hay manjar que se le iguale

BELTRÁN. Allí vienen tres mujeres.

LISARDO. ¿Tres? ¿Adónde?...

BELTRÁN. En la Carrera.

LISARDO. ¿Son ellas?

BELTRÁN. Aquí me espera.

LISARDO. Lince en mis cuidados eres.
Mas detente; que ella viene.

BELTRÁN. Ella es sin duda Señor.

LISARDO. ¿Puede haber mayor favor
De cuántos el amor tiene?

ESCENA XIV

TEODORA, BELISA y LEONOR, *con sombreros de plumas y las ropas levantadas al uso de Madrid, ó en chinelas con listones.* — DICHOS.

TEODORA. Mientras más te voy diciendo
Que á los hombres no te allegues;
Que mires y no te ciegues,
Porque ciega el amor viendo,
Más te acercas y te allegas;
Y si en llegarte das,
Mariposilla serás,
Quemaráste si te ciegas.

BELISA. ¡Válgame Dios, y que extraña
Condición que se te ha hecho!
No me ha de ser de provecho,
Si tu rigor me acompaña,
Ni el acero ni el paseo.
Ves que el Doctor me mandó
Que viese gente, y que yo
Cumpliese cualquier deseo;
Ves que á mi melancolía
Es aquesto conveniente,
Y apártasme de la gente.

LISARDO. ¡Agora sí que es de día,
Agora si que salió
Á estos campos el aurora!

TEODORA. Luego ¿dejaréte agora
Hablar con los hombres yo?

BELISA. Pues ¿con quién tengo de hablar?
¿Con las bestias? ¡Discreción!...

TEODORA. Para aquesta opilación
Te mandó el Doctor andar.

BELISA. Y ver gente y hablar gente,
Y andar con gente, mejor.
¿No es esto verdad, Leonor?

LEONOR. Y ¡cómo si es conveniente!
Y ¡cómo si es de importancia
Á tanta melancolía!

TEODORA. ¡Qué buen testigo! Esta fría
Fuente, cuya consonancia
Basta para desechar
Del alma toda tristeza,
Mira ¡y con cuánta belleza
Sube hasta querer entrar
Por ese verde aposento
Del jardín del Duque, y mira
Las blancas perlas que tira,
Rota en pedazos, al viento!
¡Mira estos árboles verdes
Que le hacen toldo y dosel,
Para que debajo dél
De ningún dolor te acuerdes!
Habla con ellos; que así
La soledad perderás.

BELISA. Lindos consejos me das.
Y ¿responderánme?

TEODORA. Sí

BELISA. Señores árboles, yo
Muy buena intención traía
De decir la pena mía
Á quien la causa me dió.
Para aqueste desafío
Del campo, donde ya espero,
El pecho armé con acero
Para dar un filo al mío;
Mas para la impertinencia
De quien no me deja hablar,
Desde hoy más le pienso armar
Desta forzosa paciencia.
Toda la noche pasé
Esperando la mañana;
Pero fué esperanza vana
Pues sin hablar me quedé.
Suplícoos, árboles verdes,
Que me tengáis por fïel,
Y á ti, mi verde laurel,
Que de mis males te acuerdes.

LISARDO. Harélo sin duda ansí,
Lo mismo te pido yo.

TEODORA. ¿Qué es eso?

BELISA. El árbol habló.
TEODORA. ¿El árbol?
BELISA. Señora, sí.
TEODORA. ¡Hay tan notable insolencia!
BELISA. ¿Esto te enfada también?
Los cielos, tía, me den
Con tus enfados paciencia.
TEODORA. Pues ¿piensas que no entendí
Con los árboles que hablaste?
BELISA. Pues malicias sospechaste.
TEODORA. Y ¿dónde hay laurel aquí?
BELISA. En San Jerónimo hay tantos,
Que puedo hablarlos ansí.
TEODORA. Y ¿veslos tú desde aquí?
Cubríos luego los mantos,
Y demos la vuelta á casa;
Que ya entiendo tus maldades,
Ya sé tus enfermedades,
Ya sé todo lo que pasa.
Ya sé tus opilaciones,
Ya sé el agua de tu acero.
Decirlo á tu padre quiero:
Todas fueron invenciones.
Cúbrete presto.
BELISA. ¡Eso sí!
Riñe, riñe, no repares
En que me das mil pesares:
Yo me moriré por ti.
Enciérrame con mi mal,
Máteme melancolía,
Para mí no salga el día,
Sea todo tiempo igual.
¡Plega á Dios que antes de un mes
En otro hábito me vea
Llevar donde me desea
Tu rigor, para que estés
Contenta de ver mi vida
Donde á Dios pidiendo estás;
Que enterrada aun no dirás
Que estaré bien recogida!
¡Plega á Dios que crezca el mal,
Y reviente el corazón,

Y que en aquesta ocasión
Me dé una gota coral!
¡Plega á Dios!...

LEONOR. Esto has querido.
Mírala ya desmayada.

LISARDO. ¿Cayó Belisa?

RISELO. Alterada
Está su tía. ¿Qué ha sido?

LEONOR. ¿Ves aquí lo que has causado
Con tu mala condición?

TEODORA. ¿Qué le he dicho?

LEONOR. Que es ficción:
Bastante ocasión le has dado.
¿Fingido debe de ser
Mal que encarece un doctor
Tan grave? — ¡Ah, Señor, Señor!

TEODORA. ¿Qué es lo que quieres hacer?

LEONOR. ¡Ah, señores! ¿tiene alguno
Sortija de corazón?

TEODORA. Esta es mejor invención.

LISARDO. (*Ap.* No más temor importuno.)
¿Qué es esto, señoras mías?

LEONOR. Desmayóse esta señora.

LISARDO. ¿Aquí en este punto?

LEONOR. Agora.
Tocad sus manos.

LISARDO. ¡Qué frías!

TEODORA. ¿Por qué las ha de tocar?

LEONOR. Porque con la alteración
Se sosiegue el corazón.

LISARDO. (*Ap.* ¡Hay más bien que desear!)
Pondréle aquesta sortija
Al dedo.

BELTRÁN. (*Ap.*) Basta; que en paz
Amor con este disfraz
Viene á jugar la sortija.

LISARDO. ¿Hay en qué poder traer
Agua de la fuente?

LEONOR. Sí;
Que un búcaro trae aquí.

(*Sáquele de la manga un barro.*)

RISELO. Deso debe de nacer

Todo el mal que la atormenta. —
Parte á la fuente, Beltrán. (*Vase Beltrán.*)

ESCENA XV

LISARDO, TEODORA, RISELO, LEONOR; BELISA, *desmayada.*

LISARDO. Mientras por el agua van,
Para que el dolor no sienta,
Quiero decirle al oído
Unas palabras notables. (*Háblala al oído.*)
TEODORA. Sí, sí; como tú las hables,
Ella cobrará el dentiso.
RISELO. Puso Dios virtud, Señora,
En las piedras, cuanto más
En las palabras.
TEODORA. Pensó ver esto Teodora.
¡Hay insolencia fundada
En tanta fuerza y razón!
BELISA. (*Despierta.*) ¡Qué dulce consolación!
RISELO. ¿Habló?
TEODORA. Sí, después de hablada.
BELISA. Parece que una abejita,
Cuyo tierno pico adoro,
Con un susurro sonoro,
Que todos mis males quita,
Un panal de miel sabrosa
En el oído me hacía.
TEODORA. ¿Abeja? Alano sería,
Traidora, en tu oreja ociosa.
¡Hay desvergüenza como ésta!
LISARDO. Sentaos con ella, Señora;
Que no es bien que suba agora
Ese pedazo de cuesta.
Sentoos vos, señor Riselo,
Junto á ella, y yo estaré
Junto á esta dama, porque
(Que no lo permita el cielo)
Si se desmayare, pueda
Volverla á hablar al oído.

TEODORA. Esto, Belisa, has querido.
¡Qué buena tu honra queda!
BELISA. Calle, tía de mis ojos; (*Siéntanse los cuatro.*)
Que el Doctor manda que vea
Gente.
TEODORA. Y ¿manda que esta sea?
(*Comienza Riselo á entretener la tía, y Lisardo y Belisa hablan de oido.*)
RISELO. No reciba deso enojos
Vuestra merced; oiga acá.
TEODORA. ¿Qué quiere vuesamerced?
RISELO. Quiero que me haga merced
De escucharme.
TEODORA. Acabe ya.
RISELO. Ese monjil de estameña,
Hábito beato y grave;
Ese donaire suave,
Que hará manteca una peña;
Esa dulce gravedad,
Ese claro entendimiento,
Ese honroso fundamento
De virtud y honestidad;
Esos ojos regalados,
Tan estrellas de mi empleo,
Que cuando ayuna el deseo,
Se los da amor estrellados;
Esa boca ilustre y bella,
Coral, sangre y pura rosa,
Que jamás ha hablado cosa
Que no la echase por ella;
Esa nariz rubicunda,
Que por única nariz
Merece hacerle un telliz
Que le sirviese de funda;
Esa bien puesta garganta,
Donde desa toca el punto
Tiene al amor todo junto
Con la argolla á la garganta;
Esos pechos, á quien paga
Pechos amor, cuando juega
Del vocablo, y con que ciega,
Tira, prende, mata y llaga,

Me tienen muerto de amor.

TEODORA. ¡Jesús! No pase adelante.
¿Cómo á mujer semejante
Habla en amores, Señor?
Levantaréme. ¡Ay Dios mío!
¿Es esto lo que hoy recé?

RISELO. Deténgase y la diré
Que tiene un gallardo brío.

TEODORA. El hábito ¿no le espanta?
¿No mira que está bendito?

RISELO. Terrible es el sobrescrito;
Mas siempre el amor levanta
De las cartas la cubierta,
Donde está la cortesía.
Yo la adoro, fraila mía,
Por la parte descubierta.

TEODORA. ¡Qué notable tentación!
¡Ay! ¡qué mal hombre que está!
Dios le alumbre. Hágase allá.

RISELO. Los de amor preñados son.
Bien dice: Con bien me alumbre.
Sepa que me da un antojo.

TEODORA. Por su vida, que me enojo.

RISELO. ¿Esto le da pesadumbre?

ESCENA XVI

BELTRÁN, *con el búcaro de agua.* — DICHOS.

BELTRÁN. Aquí viene el agua.

LEONOR. Calla,
Y siéntate junto á mí. (*Siéntase Beltrán.*)

BELTRÁN. Luego ¿derrámola?

LEONOR. Sí;
Que ya se dan la batalla
Dos á dos.

BELTRÁN. ¿Y la braveza
De la tía?

LEONOR. Ya cesó.

BELTRÁN. Y ¿cómo estamos tú y yo?

LEONOR. ¡Á fe que es él buena pieza!

¿Parécele, diga, bien
Como habló con Catalina?

BELTRÁN. Habléla por tu vecina,
Y por tu amiga también.

LEONOR. Que no quiero esa amistad.

(*Vuelve la tía la cabeza, y ve abrazarse Lisardo y Belisa.*)

TEODORA. ¿Qué es eso? ¡Oh qué lindo ensayo!

LISARDO. Apuntábale el desmayo,
Y túvela.

TEODORA. ¡Qué piedad!

RISELO. Dejaldos hablar; que son
Mozos, y bien podría ser
Fuesen marido y mujer.

TEODORA. Ya entiendo la opilación.

LEONOR. ¡Maldito seas! ¡Qué bien
Ser dotor fingiste allí.

BELTRÁN. ¿Parecíte bien ansí?

LEONOR. Y desta suerte también.

BELTRÁN. Sábete que sé curar.

LEONOR. ¿Cómo?

BELTRÁN. He curado un cuartago.
Que, después del de Santiago,
Con que le suelen pintar,
No tiene bestia Madrid,
Aunque no las tiene malas,
Como él; fáltanle unas alas.

TEODORA. Si sois libre me decid.

RISELO. ¿Tan encogido os parezco?

TEODORA. No digo, sino si acaso
No sois casado.

RISELO. Aunque caso,
Jamás casarme merezco.
Si yo hallase una mujer
De gobierno como vos...

TEODORA Eso encomendaldo á Dios,
Porque Dios lo puede hacer,

RISELO. (*Ap.*) Sal quiere este huevo.

BELISA. (*Ap. á Lisardo.*)
El sol
Entra furioso, mi bien;
Y porque dure también,

Y no haya algún arrebol,
Es menester dar lugar
Á la razón : vete agora,
Y habla primero á Teodora.

LISARDO. Bien le ha sabido el hablar.
Riselo, vamos de aquí;
Que es muy tarde.

RISELO. Adiós, mi gloria.
(*Levántanse.*)

TEODORA. (*Ap. á Riselo.*) Y ¿tendrá de mí memoria?

RISELO. Hasta olvidarme de mí.

TEODORA. No habrá salido del Prado,
Cuando todo se le olvide.

RISELO. Mal vuestro descuido mide
Los lejos de mi cuidado.

TEODORA. Véngame siguiendo agora,
Y nuestra casa sabrá.

LISARDO. (*Ap. á Riselo.*) ¿Qué hay de Teodora?

RISELO. Que está
Como un mazapán Teodora.

TEODORA. Ven, muchacha, por aquí.

BELISA ¿Vas enfadada?

TEODORA. ¿De qué?

RISELO. (*Ap. á Lisardo.*) Lindamente la engañé.

LISARDO. ¡Amor, vitoria! Vencí.

ACTO SEGUNDO

Sala en casa de Prudencio.

ESCENA PRIMERA

OTAVIO, SALUCIO.

OTAVIO. Un hombre determinado
Es incapaz de consejo.

SALUCIO. Yo, Señor, no te aconsejo.

OTAVIO. Ni es oficio de criado;

Eso ha de hacer el amigo,
El superior y el que es viejo.
SALUCIO. No es querer darte consejo
Hablar de tu bien contigo.
Tu prima es bella mujer,
Y en sangre la misma tuya,
OTAVIO. Si la diferencia es suya.
¿Qué puede Otavio perder?
SALUCIO. No me ha parecido á mí
Que vive en la honestidad
De mujer de calidad,
Y que nació para ti.
OTAVIO. ¿Cuánto va, que has de obligarme
Á hacer algún desatino?
SALUCIO. Ya del tuyo lo imagino.
Quiero dejarte y guardarme.
OTAVIO. Pues ¿cuál hombre hablar osara
En un ángel?...
SALUCIO. Tiene pies
En que descubre lo que es.
OTAVIO. En lo que dices repara.
SALUCIO. Digo que aqueste salir
Cada mañana, me enfada.
OTAVIO. Á mí, Salucio, me agrada
Verla del campo venir
Cual rosa de Alejandría:
Tales colores sacó
Luego que el alba rompió
La prisión en que vivía.
¡Oh! ¿cuál lirio aljofarado
Puede el rocío dejar,
Como ella suele mostrar
El rostro en sudor bañado?
¿Hay cosa como el despejo
Del sombrerillo y el manto?
SALUCIO. Nunca la he mirado tanto.
OTAVIO. Yo sí; que el alma le dejo
Cada vez (y á tener, mil)
En los cabellos revueltos,
Que, ya atados, y ya sueltos,
Adorna un velo sutil.
Pues en viendo la chinela,

De listones enlazada,
De su pie reja dorada,
Donde estando preso vuela,
No hay tan cuerdo entendimiento
Que no trajese después
Todo el seso en tales pies.

SALUCIO. Ya por el tuyo lo siento.
Mas si tanta bizarría
Y ese volver desde el Prado
Cual lirio en perlas bañado
Y rosa de Alejandría,
No vienen con ocasión
De la enfermedad que dice,
¿Qué importa que la matice
El pincel de tu afición?

OTAVIO. Necio, en volviendo de andar,
¿No ha de venir encendida?

SALUCIO. Nunca está descolorida
Ni la veo desmayar,
Sino es cuando hablar la quieres;
Que pienso que tu afición
Es toda su opilación.

OTAVIO. Maliciosa bestia eres.

SALUCIO. Si yo veo la beata,
La de la manga y rosario,
La del pardo escapulario
Y la Concepción de plata,
Que la culpaba y reñía,
Después que sale, contenta,
¿Qué quieres, Señor, que sienta?

OTAVIO. ¿Cómo, Salucio? ¡En su tía
Osas tú poner la boca!
¡En una santa!

SALUCIO. No sé
Si es santa.

OTAVIO. ¡Cuán bien se ve
Que el demonio te provoca!
Doliame el otro día
La cabeza, y solamente
Bendecirme, de repente
Me quitó el mal que tenía.
Y ¡osas hablar!...

SALUCIO. Pues á mí
La otra noche me bendijo,
Y ciertas cosas me dijo
Rezando, que no entendí;
Y doliéndome de vicio
Una muela, tal anduve
De todas juntas, que estuve
Para perder et jüicio.

OTAVIO. Ese es milagro.

SALUCIO. Sin duda,
De los que Mahoma hacía,
Pues lo que en una dolía,
Á todas juntas lo muda.

OTAVIO. Antes porque te faltó
La fe, quiso castigarte,
Y aquel dolor aumentarte,
Que de una on todas te dió.
Y toma resolución
De no hablar en esto mal;
Que es mujer muy principal,
Y en fin mis parientas son.
Fuera de que por mujer
Quiero pedir á Belisa.

SALUCIO. ¿Tan aprisa?

OTAVIO. Tan aprisa.

SALUCIO. No te quiero responder.

ESCENA II

BELTRÁN, *de médico.* — DICHOS.

BELTRÁN. (*Dentro.*) Dios sea en aquesta casa.

OTAVIO. El Doctor.

SALUCIO. El bellacón.

OTAVIO. ¿Qué dices?

SALUCIO. Que todos son
De una pasta y una masa. (*Sale Beltrán.*)

BELTRÁN. ¿No está, Señor, levantada
Esa niña?

OTAVIO. Poco habrá
Que vino del campo.

BELTRÁN. Ya
Andará más descansada.
OTAVIO. Provecho le van haciendo
Los jarabes.
BELTRÁN. Es gran cosa :
Aquella hinchazón acuosa
Va gastando y deshaciendo.
Dale la vida ver gente.
OTAVIO. Yo, mi señor, no he dormido
Esta noche.
BELTRÁN. ¿ Qué ha tenido?
OTAVIO. Cierto enfadoso accidente.
BELTRÁN. El pulso, por vida mía,
Que no está muy sosegado;
Mas esto más se ha causado
De pura melancolía
Del alma y el pensamiento
Que de corporal pasión.
Algo parece afición.
OTAVIO. (*Ap.*) ¡ Qué divino entendimiento !
BELTRÁN. (*Ap.* Este majadero muere
Por Belisa, y nos persigue.)
Quien algún deseo sigue,
Más poco á poco le espere;
Que del alma las pasiones
Se suelen comunicar,
Y dellas causas tomar
Las exteriores acciones.
Así lo dijo Avicena,
Quando anima contristatur,
Corpus maximè gravatur.
Y importa dejar la pena.
OTAVIO, (*Ap.*). Tiene un ingenio divino
BELTRÁN. Haga que cuezan romero,
Ruda y tomillo salsero
En media azumbre de vino,
Y átenselo en un tobillo;
Que podrá dormir mejor.
SALUCIO. También yo tengo, Señor,
Cierto mal : ¿ podré decillo ?
BELTRÁN. Podéis.
SALUCIO. Siento aquestos días,

Después que en Madrid estoy,
Un descontento, que doy
En grandes melancolías.
Nada me parece bien;
Todos me son importunos.
BELTRÁN. ¿ Tenéis dineros ?
SALUCIO. Ningunos.
BELTRÁN. Pues procurad que os los den.
Vos sois hombre mal contento,
Y aun algo murmurador.
OTAVIO. Éste ¿ es demonio ó doctor ?

ESCENA III

TEODORA; BELISA, *como que se levanta.* — DICHOS.

BELISA. Más aliviada me siento.
TEODORA. Aquí está el Doctor.
BELISA. ¡ Señor !...
BELTRÁN. ¡ Jesús, niña, y cómo estás
Hoy á mi gusto ! No hay más.
¡ Famoso talle y color !
Dame ese pulso. Excelente.
Muestra esa mano.
BELISA. ¿ Qué haces ?
BELTRÁN. Una higa, y que me abraces.
(*Hace una higa con la mano de Belisa.*)
Aun no hay señal de accidente.
BELISA. ¿ Á quién la tengo de dar ?
BELTRÁN. Désela al señor Otavio.
BELISA. ¿ De gentilhombre ?
OTAVIO. Es agravio
Que os hacéis : haced sacar
Un espejo, y esa cara
Mirad, y dádsela á ella,
Porque á una cosa tan bella
Su mismo amor la matara.
BELTRÁN. Hoy ¿ dónde has andado?
BELISA. Fuí
Hasta la Casa del Campo,
En cuyas flores me estampo,

Y un hora me duermo allí.
Parecióme que soñaba,
Al son de una fuente pura,
Que un ángel en hermosura,
Talle y discreción me hablaba;
Que mil cosas me decía,
Jurando tenerme amor,
Y por Dios, señor Doctor.
Que el alma me enternecía.
Quiso abrazarme también,
Y desperté.

BELTRÁN. Aquel jarabe,
Como es tan blando y süave,
Alegra la sangre bien.

BELISA. Después que tomo el acero
Y me salgo á pasear,
No siento ya aquel pesar
De no gozar lo que quiero.
Hállome muy aliviada
De aquella melancolía;
Que ya mi señora tía
No es mal acondicionada.
Ya no riñe su merced.

TEODORA. Y yo ¿cuándo te reñí?

BELISA. En otro tiempo la vi
Hacerme menos merced.

TEODORA. Tú, sobrina, ya has dejado,
Andando, tu opilación,
Y yo en la misma razón
La tengo de haber andado.
Debióseme de pegar:
Y como opilada estoy,
Á nadie, á fe de quien soy,
Pienso reñir ni culpar.

BELTRÁN. ¡Qué buena cosa sería
Que tu mal se le pegase;

BELISA. Dios quiere que el mal se pase
Á vusté, señora tía,
Porque sepa lo que son
Aquestas opilaciones.

BELTRÁN. Yo le haré en breves razones
Que pierda la opilación.

¿Hay un criado?
SALUCIO. Aquí estoy.
BELTRÁN. Vaya á la botica luego
Por un manojo de espliego.
SALUCIO. Digo que volando voy. (*Vase.*)
TEODORA. Pues ¿qué es lo que quiere hacer?
BELTRÁN. El efeto lo dirá.
Vuesamerced nos dará (*Á Otavio.*)
Lugar, y podrá volver
Dentro de un instante aquí.
OTAVIO. ¡Jesús! Señor, yo me voy. (*Vase.*)

ESCENA IV

BELISA, TEODORA, BELTRÁN.

BELTRÁN. ¿Fuése?
TEODORA. Sí.
BELTRÁN. (*Ap. á Teodora.*) ¿Sabes quién soy?
TEODORA. Desde ayer te conocí.
Ya sé quién eres, Beltrán;
Ya sé todo el fingimiento,
Y que eres el instrumento
Del amor deste galán.
Y pues ha querido el cielo
Castigar mi gravedad
Y aquella severidad,
Con adorar á Riselo,
Haz buen oficio con él.
Dile que mire que soy
Mujer noble, y que le doy
Palabra de ser fïel;
Y aunque no sientas de mi
Los méritos que él merece,
Mi persona le encarece.
BELTRÁN. Harélo, Teodora, ansí.
Arrima la hipocresía
Y la parda beatitud,
Porque en tanta juventud
Más fuerte sangre se cría.
Traza que estos dos pichones

Hagan su nido en tu casa;
Que si su padre los casa,
Tu vida en remedio pones.
Gozarás de un caballero
Como Riselo, tan grave,
Tan dulce, honesto y süave.

TEODORA. Sabe Dios lo que le quiero.

BELISA. Tía, como ella solía
Reñirme, puedo yo agora
Reñirla. ¿No ve, Señora,
Que es alma también la mía,
Y que tengo yo que hablar
Con Beltrán?

TEODORA. Tienes razón.
Es nueva mi opilación,
Y tengo más que curar.

BELISA. Dile, Beltrán, á Lisardo...

TEODORA. Calla; que tu padre viene.

ESCENA V

PRUDENCIO, OTAVIO. — DICHOS.

PRUDENCIO. ¿La misma enfermedad tiene?
Otra pesadumbre aguardo.

OTAVIO. Así lo dijo el Doctor.

BELTRÁN. Muestra el pulso.

PRUDENCIO. ¿Qué tenemos?

BELISA. Anda este mal por extremos.

PRUDENCIO. Por Dios, que temo, Señor,
Que ha de darme á mí también.

BELTRÁN. Estará muy presto buena;
No hay que tener desto pena:
Esto que digo le den,
Y adiós; que tengo una junta. (*Vase.*)

ESCENA VI

PRUDENCIO, TEODORA, BELISA, OTAVIO; *Después,* LEONOR.

PRUDENCIO. Con lo que se quita el mal
¿Te ha dado á ti?
TEODORA. Si es igual
La sangre, hermano, y se junta,
¿Qué mucho que me haya dado
De andar con ella? (*Sale Leonor.*)
LEONOR. Aquí están
Los músicos.
TEODORA. ¿Entrarán?
PRUDENCIO. Á muy buen tiempo han llegado.

ESCENA VII

MÚSICOS. — DICHOS.

UN MÚSICO. Hoy el Doctor nos mandó
Alegrar esta señora.
PRUDENCIO. Más lo ha menester Teodora.
EL MÚSICO. ¿Cómo?
PRUDENCIO. El mal se le pegó.
(*Ap.* Enfadado, y con razón,
Estoy de mi hermana. Hoy quedo
Sospechoso : esto es enredo.)
MÚSICO. Escuchad esta canción.
(*Cantan.*) *Niña del color quebrado,*
Ó tienes amor ó comes barro.
Niña que, al salir el alba
Dorando los verdes prados,
Esmaltan el de Madrid
De jazmines tus pies blancos;
Tú, que vives sin color,
Y no vives sin cuidado,
Ó tienes amor ó comes barro.
Que salgas tan de mañana

Con tal cuidado, me espanto;
Estoy por decir, por ti:
Eso que comes no es barro.
Pues madrugas y no duermes,
Y andas por Mayo en el campo,
Ó tienes amor ó comes barro.

PRUDENCIO. (*Ap.* ¡Oh cuánto á un hombre avisan y aconsejan
Las canciones süaves y poesías,
Para enseñar los hombres inventadas!
No en balde se inventaron las comedias,
Primero en Grecia que en Italia y Roma.
Allí se ven ejemplos y consejos,
Porque son de la vida los espejos.
Ya puede ser que esta muchacha mía
Estuviese opilada de deseos;
Que no están ya los tiempos de manera
Que puedan descuidarse con las hijas
Los padres que profesan honra y fama.
Ya fué otro tiempo, que con años treinta
Llamaban niña una mujer, y andaba
Jugando con los mozos en cabello.
Mas hoy, por los pecados de los hombres,
Cierta señal de que se acaba el mundo,
De diez años aspira á casamiento,
Á trece es madre, y á veintiuno abuela.
Yo quiero, con ejemplo destos músicos,
Casar mi hija, que es el mejor medio
Para desopilalla; y á fe mía,
Que no ha venido Otavio, si él la quiere,
Á mal tiempo.

OTAVIO. ¿Qué estás contigo hablando?

PRUDENCIO. (*Ap. á Otavio.*) Decía, Otavio, yo que los poetas
Nos están avisando por momentos
El modo de vivir á lo seguro,
Que entre aquella dulzura de la música
Nos dan mil aforismos y sentencias.
Danme deseos de casar mi hija.

OTAVIO. ¡Ojalá que tuvieras tal propósito!
Que una dispensación poco costara.

PRUDENCIO. ¿Hablas de veras?

OTAVIO. Tan de veras hablo,
Que después que la vi...

PRUDENCIO. Basta, no digas
Otra palabra ya Belisa es tuya.
Tu padre soy, bien puedo yo casarte.
OTAVIO. No lo es tanto, Señor, tu hermano.
PRUDENCIO. Mira
Cuándo quieres que hablemos más de espacio;
Que están aquestos músicos presentes
Y ella también : no quiero que lo entienda.
OTAVIO. Esta tarde podremos hablar solos.
PRUDENCIO. Á Atocha nos iremos paseando.
Vete agora; que quiero que Teodora
Sepa su voluntad.
OTAVIO. Llevarme quiero
Los músicos. — Señores, yo querría
Oirlos con espacio en mi aposento.
UN MÚSICO. Vamos donde mandáredes. — Señora,
Adiós.
BELISA. El cielo os guarde.
OTAVIO. Adiós, Teodora.
(*Vanse Otavio, los músicos, y Leonor.*)

ESCENA VIII

PRUDENCIO, TEODORA, BELISA.

TEODORA. ¿Por qué se va nuestro sobrino!
PRUDENCIO. Creo
Que se le pegan ya vuestras tristezas :
Es toda aquesta casa opilaciones.
Mas oye, hermana, así te guarde el cielo.
(*Hablan aparte.*)
TEODORA. ¿Es por ventura que casar intentas
Esta muchacha?
PRUDENCIO. ¿Lo que dije oiste?
TEODORA. En verte hablar á solas con Otavio,
Presumí que tratabas de casarla.
PRUDENCIO. No quiero más de que su intento sepas.
TEODORA. No teniendo salud, ¿quieres casarla?
Pregúntalo al Doctor, sabe primero
Si será bien.

PRUDENCIO. Casarla es buen acero.
Dile que yo la caso con Otavio.
TEODORA. Yo lo haré así.
PRUDENCIO. Yo sé que no la agravio.
(*Vase*).

ESCENA IX

TEODORA, BELISA.

TEODORA. ¡Grande mal, gran desventura!
BELISA. ¿Cásame mi padre?
TEODORA. Sí.
BELISA. Todo lo que dijo oí.
Tía, mi muerte procura;
Tía, daréme la muerte,
Tía, si me tiene amor,
Si sabe que este dolor
Es tan penetrable y fuerte;
Si ya ha visto de experiencia
Lo que saber no solía,
Mire que he de perder, tía,
La vida con la paciencia.
Mire que Lisardo es ya
Mi honor, mi vida, mi ser.
TEODORA. Belisa, no es menester,
Cuando de por medio está
Todo mi bien en Riselo,
Más de mi propio interés.
Antes que á Otavio le des
La mano, permita el cielo...
BELISA. No lo jures: no se enoje,
Y nos venga un mal suceso.
TEODORA. Perderé, sobrina, el seso.
Haz que luego se te antoje
Ir al campo, al Prado, al Soto,
Finge mil melancolías,
Pasa las noches y días
En temerario alboroto.
Yo me declaro, sobrina.
¡Vivan Lisardo y Riselo! —
¡Leonor!

ESCENA X

LEONOR. — DICHAS.

LEONOR. Señora...
TEODORA. ¿ Dirélo ?
BELISA. Traza, ordena y imagina
Lo que quisieres de mí.
TEODORA. Quiero escribir un papel
Á Riselo, porque en él
Sepa cuanto piensa aquí
Prudencio, y porque mañana
Con Lisardo esté en el Prado,
Donde quede concertado
Dar con la esperanza vana
De aqueste Otavio en el suelo,
Aunque tenga más poder ;
Que tu serás su mujer,
Como me quiera Riselo.
BELISA. Y ¡ cómo si te querrá!
Déjame besar tus pies.
TEODORA. Este es mi propio interés.
Leonor á llevarle irá;
Que si no lo entiendo mal,
No quiere mal al Doctor.
BELISA. También es mujer Leonor,
Y Leonor quiere á su igual.
Ven y escribe, por tu vida ;
Mi desdicha le encarece.
TEODORA. Voy. (*Vase.*)

ESCENA XI

BELISA, LEONOR.

BELISA. Leonor, ¿ qué te parece
Desta hipócrita fingida ?
LEONOR. Que aunque te dió pesadumbres
Mientras no supo querer,

Has de tener bien que hacer
En enmendar sus costumbres.

BELISA. Tuvo al principio templanza;
Pero en fin vino á caer;
Que al son de amor no hay mujer
Que no haga una mudanza. (*Vanse.*)

Calle.

ESCENA XII

LISARDO, RISELO.

RISELO. Anda desesperada, y justamente,
Con estos celos que le doy, Marcela.

LISARDO. ¿De quién lo sabe?

RISELO. De la misma gente.
La fama es ave y por los aires vuela.

LISARDO. Desdicha ha sido.

RISELO. Y grande inconveniente
Para seguir la empresa qua os desvela;
Porque por vos cualquiera cosa haría,
Hasta perder la misma sangre mía;
Mas á Marcela, vive Dios, Lisardo,
Que aunque quiera, no puedo ni es posible.
Ando con vos de visitarla tardo,
Y por venganza, que es mujer terrible,
Á un marquesote, á un mocetón gallardo
Ha dado franca entrada su imposible
En casa, donde al sol que la pasea
Puso el honor dragones de Medea.
Mandadme acometer cien escuadrones,
Mandadme detener los altos vuelos
De las aves, que tocan los balcones
De la luna, y se estrellan en los cielos;
Y no sufrir en estas ocasiones
De Marcela rigor, de un hombre celos;
Que servir á Teodora sin mi gusto,
Por el vuestro, Lisardo, fuera justo;
Pero verme olvidado de Marcela,

Celoso de Florencio, y desdeñado,
No lo puedo sufrir.

LISARDO. Ya se rebela
Tu cielo, amor, contrario á mi cuidado.
Celos os da Marcela con cautela,
Por lo que de Teodora le han contado;
Vos lo tomáis de veras, y de modo,
Que si vos la dejáis, lo pierdo todo.
¡Pluguiera á Dios, Riselo, que yo hubiera
Otro amigo llevado!

RISELO. Yo me holgara,
Ó que para serviros libre fuera.
¿Abrieron?

LISARDO. Sí.

RISELO. Mi muerte se declara.
Florencio es este. De allá sale.

LISARDO. Espera.
No le has de hablar.

RISELO. Mi desventura es clara.

LISARDO. El hombre no es culpado, no es tu amigo.

RISELO. ¡Cuánto mal me ha venido de ir contigo!
(*Retíranse.*)

ESCENA XIII

FLORENCIO Y GERARDO, *sin reparar en* — LISARDO Y RISELO.

FLORENCIO. (*Á Gerardo.*) Parece que se ablanda.

GERARDO. ¿Quién lo duda?
Asiste; que asistiendo, estoy seguro
Que has de rendirla.

FLORENCIO. La porfía muda
El áspero rigor de un monte duro.
Como Riselo á verla un mes no acuda,
No dudes que tendré lo que procuro.

GERARDO. Riselo quiere bien á su beata.
Ya es mercader, que en estameñas trata.
Tratar solía en telas y diamantes;
Ó se ha perdido, ó quiere andarlo todo.

FLORENCIO. Pues yo pienso con prendas semejantes

Hallar, Gerardo, á mi remedio el modo.
Y porque en el amor son importantes,
Mas que ser Salomón, Narciso y Godo,
Hoy de Guadalajara en la gran puerta,
Haré un empleo en lo que siempre acierta.

GERARDO. ¿ Qué sacarás ?

FLORENCIO. Catorce ó quince varas
Del mejor terciopelo de Toledo
Y un corte de Milán de flores raras
Ó de rica labor, si hallarle puedo;
Con esto y cien doblones de á dos caras,
No pienso á la de nadie tener miedo.

GERARDO. Cuadróme.

FLORENCIO. Es linda cosa, en estos tiros,
Trocar en seda y oro los suspiros.
(*Vanse Florencio y Gerardo.*)

ESCENA XIV

LISARDO, RISELO.

RISELO. Mucho he sufrido por ti.

LISARDO. No es ocasión de perderte;
Que bien puedes de otra suerte
Remediar que no entre aquí.

RISELO. Si ella está determinada,
¿ Qué remedio puede haber ?

LISARDO. ¿ Posible es que una mujer
Esté ya tan olvidada?
Llama; que siendo forzoso,
Yo le diré la verdad.

RISELO. Paréceme una ciudad,
Muro, foso y contrafoso.
Paréceme ya, Lisardo,
Que aquesta puerta ha de ser
Tan fuerte, que es menester
Para rompella un petardo.
Parécenme las ventanas
Troneras llenas de tiros.

LISARDO. Con menos de dos suspiros
Apostaré que la allanas.

RISELO. (*Llamando.*) ¡ Ah de casa !

ESCENA XV

MARCELA, *á una ventana.* — DICHOS.

MARCELA. ¿Quién es?
RISELO. Yo.
MARCELA. ¿Yo no más? ¡Grande palabra!
RISELO. Abre, mis ojos.
MARCELA. ¿Que abra?
RISELO. Luego ¿no has de abrirme?
MARCELA. No.
RISELO. (*Á Lisardo.*) ¿Qué os parece?
LISARDO. Abre, Señora;
Mira que vengo yo aquí.
MARCELA. Errados venís.
LISARDO. ¿Yo?
MARCELA. Sí;
Que no vive aquí Teodora.
Cerca de San Sebastián
Vive esa dueña de honor,
Con su poco de color
Y sus tocas de azafrán.
Es mujer de escapulario
Con mas botes de virtudes,
Aguas, hierbas y saludes
Que hay en cas de un boticario.
Es, diferenciando el centro
De aquella exterior esfera,
Ermitaña por defuera
Y demonio por de dentro.
Nunca sin imagen viene;
Mas es de la Concepción,
Adonde hace oración
Cierto devoto que tiene.
Su santidad ha llegado
(Que bien se puede decir)
Á que ya se va á vivir
Á Atocha, al Soto y al Prado.
Tiene una niña á que enseña
Todas estas devociones,

Con ciertas opilaciones,
Que anda en vísperas de dueña;
Tan blanda, aunque toma acero,
Que no hay cera que la iguale.
Habla, mira, escribe y sale
Á ver cierto caballero.
Ésta hallarán donde digo;
Porque aquí sólo hallarán
Mujer que quiere galán
Que menos quiera á su amigo.
(*Quítase de la ventana.*)

ESCENA XVI

LISARDO, RISELO.

RISELO. ¿Entróse?
LISARDO. ¡No, sino el alba,
Cuando andaba entre las coles!
RISELO. Alba para mí, y aun soles.
LISARDO. La intención, Riselo, os salva,
No temáis, pues que no habéis
Hecho ofensa á esta señora.
Llamad, decid que á Teodora
En vuestra vida veréis;
Que ya ni quiero á Belisa
Ni en mi vida la veré.
RISELO. Esperad; que aunque se fué
Tan furiosa y tan aprisa,
Sin que perdáis vuestro bien
He de procurar el mío. —
¡Ah de casa!
LISARDO. Es desvarío.
RISELO. ¿No responden?
LISARDO. No habrá quién.
RISELO. ¡Ah de casa!

ESCENA XVII

BELTRÁN. — DICHOS.

BELTRÁN. En busca vuestra
Ando más ha de dos horas.
LISARDO. ¿Dirás, Beltrán, que ésta ignoras?
BELTRÁN. Este papel traigo.
LISARDO. Muestra.
BELTRÁN. No es para ti; que Leonor
Me le dió para Riselo.
RISELO. De Teodora. ¡Buen consuelo!
Abre, Marcela.
BELTRÁN. ¡Ah, Señor!
RISELO. Que no hay señor; quita allá.
LISARDO. Lee, Riselo, por Dios.
RISELO. ¡Bien me aconsejáis los dos!
Si acaso acechando está
Por la ventana Marcela,
Y el papel me ve leer...
LISARDO. Para picarla, ha de ser
La mejor treta y cautela.
Lee, no seas tan tierno.
RISELO. ¿Qué no haré por ti, Lisardo?
LISARDO. Ver abrir el cielo aguardo.
BELTRÁN. Yo ver abrir el infierno.
RISELO. *(Lee.)* « Otavio pide á Belisa
» Por mujer. »
LISARDO. Muerto soy ya.
RISELO. *(Lee.)* « Y Prudencio se la da. »
LISARDO. ¿Tanto mal y tan aprisa? *(Toma la carta y lee.)*
« Yo, mi bien, te quiero bien,
» Y lo procuro estorbar;
» Que con él se ha de casar,
» Y yo contigo. »
RISELO. ¿Con quién?
BELTRÁN. Contigo dice.
RISELO. ¿Conmigo?
LISARDO. ¡Ay, Riselo! echa de ver
Que hallarás otra mujer,

Y no hallarás otro amigo.

RISELO. Lo mismo te digo yo.

LISARDO. Yo quiero á Belisa más.
Tú en la posesión estás
De tu deseo, y yo no.

RISELO. Espera : hablaré con ella,
Y diréle la verdad;
Por dicha, por tu amistad
Sufrirá burlarme della. —
¡ Ah Marcela ! ¡ Ah mi señora!
Oye una palabra.

ESCENA XVIII

MARCELA, *que sale de su casa.* — DICHOS.

RISELO. ¡ Ah cielo !

MARCELA. ¿ Ya no te he dicho, Riselo,
Que no vive aquí Teodora ?

RISELO. Oye, mi bien, y sabrás
La verdad.

MARCELA. ¿ Verdad en ti ?

RISELO. Lisardo, mi amor le di.

MARCELA. ¡ Qué buen testigo me das !

LISARDO. Marcela, Teodora fué
De aquel mi amoroso encanto
El gigante, y entre tanto
Que le defendió, no entré.
Pedí á Riselo venciese
Con amor su hipocresía.
Esto con ella fingía
Para que lugar me diese.
Sucedió con gran ventura.
Si la engaña, ¿ qué te ofende ?

MARCELA. ¿ No se entretiene y pretende ?

LISARDO. Sí, pero ¿ á cuál hermosura ?

MARCELA. Quita allá; que cualquier cosa,
Aunque fea y despreciada,
Si es mucho tiempo tratada,
Viene á parecer hermosa.
Yo no entiendo esas quimeras

Mil cosas hay, si te burlas,
Que se comienzan de burlas,
Y que se acaban de veras.
Id en buen hora los dos:
De mí no os podéis quejar;
Que yo no voy á buscar
Á Riselo.

RISELO. ¡Bien por Dios!

MARCELA. Cuando yo á buscarle fuera,
Era bien satisfacerme;
Mas si él piensa hablarme y verme,
Ha de ser desta manera:
Que me ha de llevar mañana
Adonde el acero toma
Esa fraila de Mahoma,
Esa galga con cuartana,
Envuelta en manta de jerga,
Y le ha de decir allí
Que muere, que pena aquí,
Come, viste, vive, alberga,
Y que ha sido todo engaño
Cuanto le ha dicho hasta agora.

LISARDO. ¡Medraré por Dios, Señora,
Con ese buen desengaño!
¡Bien se hará mi casamiento
Con Belisa de ese modo,
Cuando mi edificio todo
No tiene otro fundamento!
Tú ¿no ves que es gran crueldad
Echarme á perder así?

MARCELA. Piérdame Riselo á mí;
Que más le va en tu amistad;
Que á mí, pues él me desecha,
No faltará quien me estime.

RISELO. Eso hace que me anime
Á proseguir mi sospecha.
¡Ah, Marcela! bien se ve
Que aqueste achaque has buscado,
Pues habiendo asegurado
Con tanta verdad mi fe,
Y sabiendo que es ficción
Todo el amor de Teodora,

Y que mi alma te adora,
Sales con esta invención.
¡Oh! ¡cómo te ha estado bien,
Para que entre y salga aquí
Florencio, y tratarme á mí
Con este injusto desdén,
El hacer yo la amistad
Que en esto á Lisardo hago!
Tú has dado, Marcela, el pago
Que merece mi verdad.
Entre Florencio en buen hora. —
Vamos, Lisardo; que ya
Querer de veras será
Lo que fué burla en Teodora.
¡Vive Dios, que no has de verme
En tu vida más!

MARCELA. Y yo
¿Moriréme de eso?

RISELO. No.

MARCELA. Pues ¿qué mal piensas hacerme?

RISELO. El tiempo te lo dirá. —
Ven, Lisardo.

LISARDO. Espera un poco.

RISELO. No hay esperar.

MARCELA. Vete, loco.

RISELO. ¿Loco? Muy cuerdo soy ya.
Teodora tiene secretos
Que me despiquen de ti.

MARCELA. Y Florencio ¿para mí
No sabrá algunos concetos?
Váyase vuesamerced
Con su egipciaca señora,
Y mire que desde agora
Me hagan los dos merced
De no llegar á esta calle;
Porque donde entra Florencio
Ha de haber honra y silencio,
Y lo merece su talle.

RISELO. ¡Esto sufro! Fuera digo. (*Saca la daga.*)
Mataréla.

MARCELA. ¡Ay Dios! (*Vase.*)

LISARDO. Detente.

ESCENA XIX

LISARDO, RISELO, BELTRÁN.

BELTRÁN. Entróse y cerró.
RISELO. ¡ Que intente
Tal desvergüenza conmigo !
Las puertas le romperé.
LISARDO. Por Dios, que mires su honor.
BELTRÁN. ¿ Qué es lo que intentas, Señor ?
RISELO. Estoy sin seso ; no sé,
De la una parte el amigo
Mayor que tuve en mi vida
Á seguirle me convida,
Y finalmente le sigo ;
Por otra, aquesta mujer,
Que adora el alma tres años...
En extremos tan extraños
¿ Qué medio podré tener ?
LISARDO. El medio es dejarme á mí,
Pues á mí no me perdéis ;
Que más vuestro me tendréis
Con lo que ha pasado aquí.
RISELO. Eso no, por mil mujeres,
Aunque reviente, aunque muera.
Pero ¡que esta injusta quiera,
Viendo que á Belisa quieres,
Y que finjo con su tía,
Escaparse por aquí ! —
Abre, fuera.
LISARDO. ¿ Estás en ti ?

ESCENA XX

MARCELA, *á la ventana.* — RISELO, LISARDO Y BELTRAN, *en la calle.*

MARCELA. ¿ Oye, amigo?
RISELO. ¡ Ah, prenda mía !

MARCELA. Á esa su dama encubierta,
Á esa su fraila Teodora,
Voy á escribir que me adora
Y que me quiebra la puerta.
(*Quítase de la ventana.*)

RISELO. Acabóse; yo soy muerto,
Ella está determinada.

LISARDO. Dejalda; que está enojada.
Y de una cosa os advierto:
Que con no la ver dos días,
Os ha de buscar, Riselo.

RISELO. Por verme tierno, recelo
Burla de las ansias mías.
(*Sale á la ventana Marcela.*)

MARCELA. ¿Oye, Señor? Á los dos
Advierto que son engaños;
Porque si se está dos años,
No le buscaré, por Dios. (*Vase.*)

LISARDO. Oye.

RISELO. Escucha.

BELTRÁN. Grandes necios
Los dos con Marcela estáis;
Que en fin ocasión le dais
Para mayores desprecios.
Habla y escribe á Teodora;
Que aunque blasone, verás
Si llora y lo siente más
Que lo ríe y burla agora.

MARCELA. (*Asomándose.*) ¿Oye, señor picarón?
No haya miedo que ansí sea,
Aunque un siglo no me vea;
Que tengo honor y razón. (*Vase.*)

BELTRÁN. Á caballero nos tira:
Arma detrás, y dispara.

RISELO. La ventana la repara:
Su desenfado me admira.
Pues de aquesta vez me voy.

LISARDO. Bien harás; que es mucho enfado.

RISELO. Hoy á Marcela he dejado:
Mira si tu amigo soy. (*Vanse.*)

Sala en casa de Prudencio.

ESCENA XXI

OTAVIO; SALUCIO, *vistiéndole.*

OTAVIO. Dame la capa y la espada.
SALUCIO. Ponte la trenza del cuello.
¿Quieres espejo?
OTAVIO. Me enfada,
En no siendo el ángel bello
De mi esposa y prenda amada.
SALUCIO. ¿Qué capa?
OTAVIO. La de color.
SALUCIO. ¿Dónde vas tan de mañana?
Mira que el alba, Señor,
Áun no llama á la ventana
Con el primer resplandor.
OTAVIO. Habla bajo; que he sentido
Que Belisa se levanta,
Y su dulce voz oído:
No por diligencia tanta
Pierda el favor pretendido.
Y aunque entre rojo arrebol
El alba apenas se ría
En nuestro cielo español,
No digas que no es de día
Después que ha salido el sol.
SALUCIO. Luego ¿quiéresla seguir?
OTAVIO. Tengo unos pocos de celos,
Y tras el sol quiero ir.
SALUCIO. ¡Celos tienes en los cielos
De ver al alba reir?
OTAVIO. Si los tuvo Endimïón
De la luna, al fin mujer,
¿Por qué con más afición
No los puedo yo tener
Del sol en esta ocasión?
Todas aquestas mañanas,
Que tan de mañana asoma

El sol por estas ventanas,
Es el acero que toma
Armas contra mí tiranas.
Armado de acero sale
Contra mí el sol de los cielos;
Y aunque en armas no le iguale,
Contra el poder de mis celos
Ninguna fuerza le vale.
Yo voy á ver dónde va;
Que después que en nombre está
De mi esposa, este cuidado,
Justo ó injusto, me ha dado.

SALUCIO. Con justa causa te da.
Al principio te advertí.
Bien puede ser que este acero
No se vista contra ti.

OTAVIO. Saberlo, Salucio, quiero.
¿Salieron?

SALUCIO. Pienso que sí.

OTAVIO. Pues déjalas trasponer,
Y en su seguimiento vamos.

SALUCIO. Sospecho que te han de ver.

OTAVIO. No harán; que hay hierbas y ramos,
Y yo me sabré esconder.

SALUCIO. Aun no llevan escudero.

OTAVIO. Sígueme; que saber quiero
Si tiene algún desafío
Quien sale con tanto brío
Al campo llena de acero. (*Vanse.*

El Prado.

ESCENA XXII

LISARDO, RISELO, Y BELTRÁN, *con capas de color.*

LISARDO. Frescos vientos de Madrid,
Que las mañanas y tardes
Venís de las altas sierras
Á refrescarle y bañarle,

Traed de sus pardas nubes
Algunos toldos que tapen
Estos tapetes de flores,
Que al alba las hojas abren.
Venid bañados de aljófar,
Ó destas fuentes tomadle,
Con que mojando las plumas,
Bañéis en perlas el aire;
Que si crece el sol que sale,
Volveráse la niña, dirá que es tarde.

RISELO. Vientos, que habéis levantado
Tan extrañas tempestades
En el mar de mis amores,
Que me anegan sus pesares;
Vientos, que con la fortuna
Misma, de amigo tan grande,
De la calle de Marcela
Me trajistes á su calle;
Vientos, por quien ya perdí
Que me vea y que me hable:
Templad la furia del día,
Y en pardas nubes bañalde,
Que si crece el sol que sale,
Volveráse la tía, dirá que es tarde.

BELTRÁN. Vientos, que en Madrid soléis
Llevar de sus sucias calles
Más liquidámbar y algalia
Que hay en treinta Portugales;
Pues sois tan claros y puros,
Que no hay cosa que le dañe,
Respeto de vuestra fuerza
Amorosa y saludable,
Cubrid con un garabito,
Hasta que su furia pase,
La cara del sol, y en Indias
Tenga la fiesta con Dafnes;
Que si crece el sol que sale,
Volveráse mi tollo, dirá que es tarde. (*Vanse.*)

ESCENA XXIII

MARCELA, *tapada*; OTAVIO, SALUCIO.

MARCELA. Suplico á vuesamerced
Me deje ir sola.

OTAVIO. Quisiera
Sólo que se descubriera,
Y me hiciera gran merced.

MARCELA. No me puedo descubrir;
Que vengo á ver cierta cosa.

OTAVIO. ¿Estáis por dicha celosa?

MARCELA. Mis celos vengo á seguir.

OTAVIO. Encontrado nos habemos;
Que á lo mesmo vengo yo;
Y pues amor nos juntó,
Las desdichas nos contemos.

MARCELA. Yo vengo á ver si aquí viene
Un hombre á ver una dama
Que toma acero, y que es fama
Que alguna blandura tiene.

OTAVIO. Yo vengo á ver si otra sale
Á pasear cierto acero,
Ó á hablar algún caballero.

MARCELA. ¡Que así el amor nos iguale!
¡Que así nos mate á los dos
Con un mismo acero!

OTAVIO. El mío
Me mata de agudo y frío.
¿Cómo os hiere y mata á vos?

MARCELA. A mí me mató el acero
Porque á la sazón que ardía,
Se templó en el agua fría
Y mudó el temple primero.

SALUCIO. (*Á su amo.*) Dos damas vienen allí.
Pienso que las tuyas son.

MARCELA. Si son vuestras, mi pasión
Y la vuestra andan allí
En el yugo de los celos
Arando enojos, sembrando

Penas; y pues van llegando,
Así os remedien los celos,
Que me las dejéis hablar.
OTAVIO. Bien podéis; que yo no tengo
Licencia de hablarlas.

ESCENA XXIV

TEODORA, BELISA, LEONOR, *por un lado; por otro,* LISARDO, RISELO Y BELTRÁN. — DICHOS.

BELISA. Vengo
Llena de enojo y pesar
De lo que habemos tardado.
TEODORA. Allí están: hablarlos puedes.
MARCELA. (*Á las damas.*) Dios guarde á vuesas mercedes,
Que así vuelven cielo el Prado.
BELISA. Mejor se dirá por vos
Y ese tallazo gallardo.
RISELO. Una tapada, Lisardo, (*Ap. á él.*)
Se llega á hablar con las dos.
LISARDO. ¿Quién será?
RISELO. No sé; sospecho
Que estorbo nos ha de hacer.
BELISA. No me puedo detener;
Que traigo acero en el pecho.
Suplícoos me deis lugar.
MARCELA. Tengo que hablar, reina mía,
Con vuestra señora tía.
TEODORA. ¿Á mí me queréis hablar?
MARCELA. Á vos.
TEODORA. ¿Sobre qué?
MARCELA. Allí enfrente
Ciertos hidalgos están.
TEODORA. Ya los veo.
MARCELA. Aquel galán,
Que la mira tiernamente,
Es mi marido.
TEODORA. Pues bien,
Guárdeosle Dios; que es gallardo.
MARCELA. Sé que da gusto á Lisardo

Fingiendo quererla bien;
Yo porque tenga lugar
De hacer mejor este embuste,
Mientras que Belisa guste,
Le doy de que os pueda hablar.
Ayer le cerré mi puerta;
Fué á verme y hallóla así;
Á sus lágrimas abrí.
De milagro no estoy muerta;
Que hubo daguita y querer
Romper una celosía.
Y aunque mil firmas tenía,
Y puedo ser su mujer;
Por serviros, y que vea
Madrid (que lo nuevo agrada)
Una hipócrita casada,
Le dejo que os hable y vea.
Esto me ha traído al Prado;
No contiene más la historia:
Aquí gracia y después gloria.

TEODORA. ¡Qué mal habéis predicado!
Y advertid que ni Lisardo
Habló jamás con Belisa,
Como algún necio os avisa,
De quien la venganza aguardo;
Ni el hábito que profeso
Es para burlas de amor,
Porque bien sabe el Señor
Cuán lejos va el alma deso.
Él encamine la vuestra
Á su servicio.

MARCELA. ¡Oh qué bien!
Que ya os conozco, y también
Él me lo cuenta, y me muestra
Vuestros muy necios papeles.

TEODORA. Vos lo sois tanto, que fuera
Mejor que oído no hubiera
Disparates tan crueles.
Alguna debéis de ser
Destas de guadamecí.

MARCELA. ¡Jesús! ¡Vos habláis ansí!
Aun no lo puedo creer.

Besad la tierra, rezad
Un rosario.
BELISA. Quedo, quedo ;
Que á no tener justo miedo
De otra mayor libertad,
Yo castigara la vuestra.
MARCELA. Paso, señora Belisa.

ESCENA XXV

FLORENCIO, GERARDO. — DICHOS.

FLORENCIO. (*Á Gerardo.*) Por dónde vino me avisa.
GERARDO. ¿ No ves el perro de muestra ?
FLORENCIO. Alto, Riselo está allí :
No estará la perdiz lejos.
TEODORA. Tomaré vuestros consejos ;
Harélo, Marcela, ansí.
BELISA. ¿ Cómo hablas de esa suerte ?
TEODORA. (*Ap. á Belisa.*) ¡ Ay, Belisa ! he visto á Otavio.
RISELO. (*Ap. á Lisardo.*) ¿ Quién es, Lisardo, tan sabio,
Que á sufrir celos acierte ?
Agora acabo de ver
Á Florencio ; y la señora
Que está hablando con Teodora,
Marcela debe de ser.
Tu negocio va perdido
Y el mío está por el suelo.
LISARDO. ¡ Habrá más fortunas, cielo !
MARCELA. Pues con esto me despido ;
Que allí he visto un caballero,
Y con él me quiero ir.
TEODORA. No tengo más que os decir
De que ser muy vuestra espero.
MARCELA. ¡ Florencio mío !
FLORENCIO. Señora,
Mira que está allí Riselo.
MARCELA. Solo por ti me desvelo.
RISELO. (*Ap.*) ¡ Vive el cielo, que le adora !
¿ Esto tengo de sufrir ?

OTAVIO. (*Á Salucio*). Pues á nadie habla mi esposa,
Paréceme justa cosa
Irla á hablar.

SALUCIO. Bien puedes ir.

OTAVIO. ¡Belisa mía!

BELISA. ¡Señor!.....

LISARDO. (*Ap. á Riselo*) ¡ Qué bien á entrambos nos fué!
¿Es su primo aquel?

RISELO. No sé;
Sólo siento mi dolor.

SALUCIO. Señora Leonor...

LEONOR. Amigo...

SALUCIO. ¿Al campo tan de mañana?

LEONOR. Tomo acero.

SALUCIO. Pues, hermana,
No tenga aceros conmigo,
Que soy muy su servidor.

BELTRÁN. (*Ap.*) ¡ Buena mañana de mayo,
Que aun trajo el primo un lacayo
Para que hablase á Leonor!

FLORENCIO. Ven, Marcela; por aquí
Entrarás á ver la huerta
Del señor Duque.

MARCELA. ¿Está abierta?

FLORENCIO. Llega; que pienso que sí. —
Llama al alcaide, Gerardo.

GERARDO. Yo voy. (*Vase.*)

MARCELA. (*Ap.*) ¡Cuán bien, justo cielo,
Me vengaste de Riselo!
(*Vanse Marcela y Florencio.*)

ESCENA XXVI

BELISA, TEODORA, LEONOR, OTAVIO Y SALUCIO, *en un lado; en otro,* LISARDO, RISELO Y BELTRÁN.

RISELO. No me detengas, Lisardo.

LISARDO. Pues yo sufro que esté Otavio
Con Belisa desta suerte,
Sufre tú.

RISELO. ¿Puede haber muerte
Que se compare á mi agravio?
¡Nunca yo viera á Teodora!
TEODORA. (*Á Belisa.*) Vamos á ver estas fuentes,
Si cansada no te sientes.
BELISA. (*Ap. á su tía.*) No podrán todas agora
Templar mi fuego.
TEODORA. Y á mí,
¿Qué templanza me da el cielo?
¿Es bien hecho que Riselo
Me haya engañado por ti?
BELISA. ¿No puede ser que, celosa,
Haya esta mujer mentido?
TEODORA. Ni él ha de ser mi marido,
Ni tú de Lisardo esposa.
(*Vanse Teodora, Belisa, Otavio, Leonor y Salucio.*)

ESCENA XXVII

LISARDO, RISELO, BELTRÁN.

RISELO. ¡Buenos habemos quedado!
LISARDO. ¡Gentil madrugada ha sido!
Aun con Beltrán no he podido
Dar á Leonor un recado.
BELTRAN. ¿Que aun no me pudo este agravio
Perdonar? Basta, silencio.
RISELO. ¡Juntos Marcela y Florencio!
LISARDO. ¡Juntos Belisa y Otavio!
BELTRÁN. ¡Juntos Leonor y Salucio!
RISELO. ¿Con mi enemigo, traidora?
LISARDO. ¿Con un extraño, Señora?
BELTRÁN. Vil, ¿con un hombre tan sucio?
RISELO. ¿Que requebrándose van
Marcela y Florencio?
LISARDO. ¡Ah Dios!
BELISA. ¡Que vayan juntos los dos!
¿Qué me aconsejas, Beltrán?
BELTRÁN. Oíd.
LISARDO. Di presto.

BELTRÁN. El sol arde :
Una exclamación decid
Á los aires de Madrid,
Porque en las nubes aguarde ;
Que si crece el sol que sale,
Volveráse la niña, dirá que es tarde.

ACTO TERCERO

Sala en casa de Prudencio.

ESCENA PRIMERA

PRUDENCIO, TEODORA.

PRUDENCIO. Hoy he sabido del curial de Roma
Que la dispensación, Teodora, vino,
Y la pienso tener antes que coma.
TEODORA. Abrevió tu cuidado su camino.
PRUDENCIO. Cuando una cosa del honor se toma
Á cargo, y mucho más por tal sobrino,
Todo se abrevia, facilita y hace.
TEODORA. Merece amor.
PRUDENCIO. Del que le tengo nace.
Estoy de que se acerque el casamiento,
Por vivir de Belisa descuidado,
Con Otavio, Teodora, muy contento ;
Pero hame puesto un miedo en gran cuidado.
TEODORA. ¿Cómo?
PRUDENCIO. Si miro esta muchacha atento,
Después de haberla, como ves, curado,
Con más opilación que antes la veo ;
Que no está sana de sus males creo.
¿De qué ha servido el médico, el jarabe,
El paseo, el acero y las mañanas
De todo un mes? Ó el médico no sabe,
Ó son al mal las medicinas vanas :

No me parece el médico hombre grave.
Tras esto, á mil señoras cortesanas
Que por Belisa me preguntan, digo
Su nombre... Esto es hablar claro contigo.
No le conoce nadie, ni en la Corte
Hay médico Beltrán : yo con aquesto,
Por lo que al bien de nuestro honor importe,
Más bien los ojos en Belisa he puesto;
Y si no es que haber ido me reporte
Con ella tú, cuyo consejo honesto,
Severidad y santidad son ciertas,
Dijera mil malicias encubiertas.
Crece la opilación, y opilaciones
No están jamás en rostros colorados.
Opilada y color...

TEODORA. ¿En eso pones
Tu pensamiento?

PRUDENCIO. Hablemos declarados.
Yo he sospechado destas estaciones,
Sotos, huertas, paseos, quintas, prados,
Que alguna vez que te dormiste, hermana,
Dejó Belisa el coro de Diana.
Madrugabas, Teodora, y desvelada
En lo fresco del campo dormirías;
Que en lo demás, si tu virtud me agrada,
Te lo dirán las alabanzas mías.

TEODORA. La blanca edad, á quien la verde enfada,
Y siempre pone á su inocencia espías,
Siempre Prudencio es maliciosa, y piensa
En la mayor bondad mayor ofensa.
Belisa, de tu hermana acompañada,
¿Pudiera en solo un átomo ofenderte?
Juzga del cielo la armonía parada,
Sin que su movimiento la concierte;
Dormidos luna y sol, y la estrellada
Máquina fija en la coluna fuerte
De sus dos ejes; que antes que pudiera
Dormir Teodora, el tiempo se durmiera.

PRUDENCIO. Calla; que hay varas de Mercurio sabio
Que aduermen ojos de Argos veladores.

TEODORA. No los hubiera en mí para tu agravio;
Mis ojos fueran siempre vencedores.

PRUDENCIO. Conmigo mismo no moviera el labio
En materia de honor; á los mayores
Se perdonan mil cosas, y contigo
Hablo como al mayor deudo y amigo.
Por la dispensación partirme quiero,
Y efetuar el casamiento, hermana,
Si no le estorba aqueste negro acero.
¡ Nunca saliera la primer mañana! (*Vase.*)

TEODORA. Corrida estoy. Lo mismo considero
Que está Belisa, y no es sospecha vana.
Pienso que me burló con el anzuelo
De los amores falsos de Riselo.

ESCENA II

BELISA. — TEODORA.

BELISA. Aguardando estaba aquí
Á que mi padre se fuese.

TEODORA. ¡ Ay, sobrina! no te pese
De que esto te diga ansí.
Tu padre está sospechoso
De verte más opilada
Tras el acero... ó la espada
De nuestro honor generoso.
Vino la dispensación,
Y conmigo se declara
En que dice que repara
En tu negra opilación.
Y no es mucho, porque yo,
Casi en lo mismo reparo.
¿ Qué tienes? Háblame claro,
Dime si amor te burló.
Los hombres saben muy bien
Negociar con humildad,
Fingen grande honestidad,
Sólo quieren que les den
Una mano; pero asida,
No se les suelta la presa
Hasta que el honor confiesa

Que está la guarda perdida.
Informóse del doctor,
Y no hay tal doctor Beltrán,
De que sospechas le dan
Que se atreven á tu honor.
Sólo le ha tenido á raya
Ver que yo contigo fuí;
Mas dice que me dormí,
Y que no importa que vaya.
Y en esto tiene razón;
Que harto dormida vivía
Cuando la sirena oía
Del mar de mi perdición.
¡Buen sueño los dos me echastes
En Riselo! bien dormí
Mientras liviana creí
Lo que los tres concertastes!
Bien sé que porque os reñía
Con tan loco desatino,
Me apartastes del camino
De la virtud que seguía.
Dejé luego (¡ay! ¡nunca fuera!)
Mis devociones, ¡traidores!
Y á vuestros locos amores
Dí más lugar que quisiera.
Oratorios y rosarios
Troqué en papeles, tan necios
Cuanto muestran los desprecios
Y ven los fines contrarios.
Luego traté de casarme
Yo, que del mundo el imperio
Por el menor monasterio
No trocara sin trocarme.
Veis aquí de qué sirvió:
Yo sin Riselo engañada,
Y aun pienso que tú burlada.
¡Ay, si me engañase yo!

BELISA. Tía de mis ojos,
Escúcheme atenta,
Pues de mis desdichas
Le han dado sospechas.
Aquel mancebito

Que me vió en la iglesia
De San Sebastián,
Me tiró mil flechas :
Dellas con los ojos,
Dellas con terceras,
Unas en palabras
Y otras en promesas.
Á la Trinidad,
Porque me valiera,
Me fuí desde entonces
Domingos y fiestas.
Debió de ser ángel,
Pues se vino á ella,
Y para mirarme
Se puso más cerca.
De carne nacimos,
No somos de piedra ;
Si las siguen mucho,
Ríndense las fieras.
Del bronce más duro,
Si al fuego le llegan,
Hacen mil figuras
Por la blanda arena.
De un mármol que nace
Dentro de una sierra,
Hacen una ninfa
De una fuente bella :
¿ Qué mucho, Señora,
Que se muestre tierna
Á ruegos de un hombre
La mayor flaqueza ?
Por poder hablarle
(¡ Nunca yo pudiera !)
Me fingí opilada,
Pálida y enferma.
Hizo el caballero
Que á curar viniera
Beltrán, su lacayo,
Mi amorosa pena ;
Y que aquel su amigo
Fingiese quererla,
Porque nos dejase

Proseguir la empresa.
Diérame un jarabe
De coral y perlas
El Doctor fingido,
Y con oro á vueltas.
Pensaba mi padre
¡ Oh qué mal lo piensa !
Que tomaba acero,
Apio y otras hierbas.
Salí todo el mayo,
Cuandó el alba alegra
Las primeras flores
De la primavera,
Á Atocha y al Prado,
En cuyas carreras
Bullían los aires
Con las hojas nuevas.
Un día que al Soto,
El Soto que riega
Manzanares claro,
Fuimos sin sospecha.
Ella con Riselo
Por las alamedas
Se apartaron juntos
Un tiro de piedra...
— No de piedra, tía,
Tiro de ballesta,
Pues amor entonces
Disparó sus flechas. —
Beltrán con Leonor,
Sobre la ribera,
En los escondrijos
Que las zarzas cercan,
En blancas toallas
Ponían la mesa
Para que almorzasen
Las pobres enfermas.
Lisardo entre tanto,
Porque no riñera,
Sólo me decía
Palabras honestas ;
Pero como estaban

Las flores risueñas
Llenas de rocío
Del aurora fresca,
Por aquestos lados
La frescura mesma
Se me entró de suerte,
Como yo soy tierna,
Que mi opilación
Creció de manera,
Que jamás me he visto
Tan pesada y necia.
La dispensación
Mal venida sea;
Que quien ama á otro,
Todo lo desprecia.
Suplícole, tía,
Dilate las fiestas,
Hasta ver si acaso
Este bulto mengua.
Por lo menos, tía,
Cinco meses sean;
Que bien habrá cuatro
Que pisé las hierbas.

TEODORA. ¿Con qué paciencia, Belisa,
Podrá escucharte Teodora?
¡Con eso vienes agora!

BELISA. Tía, amor tratado en misa
Será en servicio de Dios.
Lisardo será mi esposo.

TEODORA. ¿Cómo, siendo ya forzoso
No hablaros jamás los dos?
La dispensación venida,
Y Otavio hasta aquí engañado,
Harán que tu padre airado
Os quite á los dos la vida.

BELISA. Pues ¿puédome yo casar
Con aqueste inconveniente?

TEODORA. No; mas medio conveniente
¿Cómo te puede faltar?

BELISA. ¿Qué medio puedo tener.

TEODORA. Dilatar el casamiento,
Y en pariendo, en un convento

Tu libertad recoger,
Adonde sirviendo á Dios
Hagas penitencia desto.

BELISA. Yo negociaré más presto
Que nos juntemos los dos,
Y entre tanto fingiré
Tal dolor de corazón,
Y de aquesta opilación
Tantos extremos haré,
Que padre y primo me dejen
Por cosa inútil.

TEODORA. Quien ama
Y aventura vida y fama,
No quiere que le aconsejen.
Haz lo que quisieres; yo
No pienso ayudarte más.

BELISA. Yo sé, tía, que lo harás.

TEODORA. Yo sé, sobrina, que no.

BELISA. Si no lo hicieres, diré
Que tú fuiste la tercera
Para que yo me perdiera.

TEODORA. ¿ Qué dices ?

BELISA. Que por ti fué.

TEODORA. ¿ Comienza ya la locura ?

BELISA. ¡ Qué terrible opilación !
Parece que el corazón
Salir del pecho procura.
Llámenme luego un doctor.

TEODORA. Al fin, te ayudo.

BELISA. Querría...

TEODORA. ¿ Qué tienes ?

BELISA. Señora tía,
De aquí aquí tengo el dolor. (*Vanse.*)

Calle.

ESCENA III

LISARDO, RISELO.

RISELO. Cuando más pienso que estoy,
Lisardo, libre y contento.
Y que deste pensamiento
Mas lejos huyendo voy,
Entonces de los cabellos
Me arrastra, y sin resistencia
Del alma, con más violencia
Vengo á sus puertas por ellos.
Si esta fuera una mujer
Menos diestra y entendida,
Pasara segura vida;
Pero ¿cómo puede ser,
Si apenas le doy enojos,
Cuando de aquel mismo estilo
Ya me ha herido por el filo
Con un Florencio en los ojos?
¿Cómo la veré? que muero,
Si os digo verdad.

LISARDO. Muy bien;
Que conmigo su desdén
No tendrá rigor tan fiero.
Dejadme á mí negociar;
Que en mis cosas sois discreto,
Y yo en las vuestras.

RISELO. Efeto
De amor.

LISARDO. Yo quiero llamar.

RISELO. Llamad; que no hay golpe ahí
Que no sienta el corazón.
¿Sale?

LISARDO. Sí, chapines son.

RISELO. En el alma lo sentí.

ESCENA IV

MARCELA. — DICHOS.

MARCELA. ¡Jesús! ¿Quién llama? ¿Quién es?
LISARDO. Yo soy, Marcela.
MARCELA. ¡Oh Lisardo!
¿Dónde queda aquel gallardo?
LISARDO. ¿Preguntas por lo que ves?
MARCELA. ¡Ah sí! No le había visto.
¿Qué buena venida es esta?
¡Vosotros aquí!
LISARDO. La fiesta
Pasada...
MARCELA. (*Ap.* Apenas resisto
La risa; que no hay contento
Como ver un loco amante
Con invención semejante
Declarar su pensamiento.)
¿Qué hay de la fiesta pasada?
LISARDO. Que un bizarro pretensor
De vuestro amor (que á su amor
Por dicha habéis dado entrada),
En una conversación
Mostró un papel de Riselo,
Haciendo burla, y recelo
Que puede ser ocasión
De una desgracia notable.
Merced á los dos haréis
De que los demás me deis
Y que en esto no se hable;
Que no es razón que de un hombre
Como Riselo, y que ha sido
De vos tan favorecido,
Y que ya tuvo este nombre,
Anden papeles así;
Que de amor no le hay discreto
Fuera del mismo sujeto.
MARCELA. Lisardo, ¡esa treta á mí!
¡Yo papel suyo, que ya

Hasta memorias quemé!
Eso ya pasó, ya fué;
Y pues acabado está,
¿ Para qué puede ser bueno
Volverlo á resucitar?

RISELO. (*Ap.*) La mujer me ha de matar.
Estoy de cólera lleno:
El juego me ha visto. ¡ Ah cielo!
¡ Qué poco sabe un rendido!

LISARDO. Bien sabes que te ha querido
Y que te quiere Riselo.
No te digo que le quieras,
Mas que sus prendas no des,
Y no te quejes después
Si esta burla para en veras;
Que si le aprietas, por Dios,
Que te haga algún pesar.

MARCELA. ¿ Acabáis de concertar
Este enredillo los dos?
¿Qué pesar me puede hacer;
Que está el cuitado temblando?

RISELO. ¡Qué bien dices, confirmando
Que ya no debes de ser
Mi fuego, pues tiemblo á ti!
Que si á ti me calentara,
Claro está que no temblara.

MARCELA. No lo entiendes bien ansí.
Tiemblas del hielo, Riselo,
Que has visto en mí para ti;
Porque, habiendo tanto en mí,
Es fuerza temblar del hielo.
Mas ¿cómo vuelves acá,
Si no soy tu fuego yo?
Cuénteme el caso. ¿ No halló
Lo que imaginaba allá?
¿No me dijo que tenía
Teodora grandes secretos
Para despicar discretos?
¿Qué ha sido, por vida mía?
¿Hallóla tonta? ¿Qué vió?
¿No es limpia? ¿Qué le ha pedido?
¿Cánsale el verse querido?

¿Qué defetillos la halló?
¿Es flaca, es mal hecha, es fría?
Cuénteme todo el suceso:
Ya soy buena para eso.

LISARDO. ¡Qué notable picardía! (*Ap.*)
Dios nos libre del estado
En que está agora Riselo.

MARCELA. ¿No habla?

RISELO. (*Ap.* ¡Que quiso el cielo
Que un socarrón despejado,
Atrevido picarón,
Burlador de cuantas vía,
Se halle atajado este día
Á manos de su traición!)
¿Soy yo? Sospecho que no,
No es posible, hasme trocado.
¡Ay, Marcela! Hoy has vengado
Mil mujeres.

MARCELA. ¿Yo?

RISELO. Tú.

MARCELA. ¿Yo?

RISELO. Tú pues.

MARCELA. Luego ¿mil mujeres
Le quieren? Hanle engañado.
Majadero confiado,
¿Con eso engañarme quieres?
No estás seguro de mí,
¡Y de mil lo estás!

LISARDO. Es más
Tu rigor que mil: ya estás
Vengada; esto basta ansí.
Por no te dar pesadumbre
Nunca más habló á Teodora.
Marcela, el hombre te adora,
Tú eres de sus ojos lumbre.
Hágase aquesta amistad
Con protestación...

MARCELA. No quiero,
Si no me jura primero
Que me ha de tratar verdad.

RISELO. ¿Cuándo yo no la traté?
¿Cuándo tu esclavo no fuí?

MARCELA. Hinque la rodilla aquí,
Y diga ansí...

RISELO. Sí diré.

MARCELA. Tuyo soy.

RISELO. Tuyo soy.

LISARDO. Mira
Que eso parece conjuro.

MARCELA. Asegurarme procuro.

LISARDO. Tu imperio, Marcela, admira.

MARCELA. Ahora bien, bese la mano.

RISELO. ¿Mas qué quieres, como mona,
Que te haga buzcorona?

LISARDO. Abrácense, y quede llano
Por ciento y un año en paz,
Como la paz de Valencia. (*Abrázanse.*)

RISELO. ¡Qué me cuestas de paciencia,
Bellísima pertinaz!

ESCENA V

FLORENCIO, GERARDO. — DICHOS.

FLORENCIO. (*Ap. á Gerardo.*) Á buen tiempo hemos llegado.

GERARDO. La amistad se confirmó.

FLORENCIO. Por testigos nos llamó
De que ya se ha confirmado.

GERARDO. No hay que fiar en amantes
De largo trato y costumbre.

LISARDO. (*Á Marcela.*) No ha de haber más pesadumbre.

RISELO. Tocas, medias, cintas, guantes
Te quiero dar, prenda mía,
Mañana en cas de la Hermosa,
Y de una tela vistosa...

MARCELA. Téngase; que eso sería
Gasto excesivo.

RISELO. Mi bien,
Yo gusto desto.

MARCELA. Yo no.
Oiga lo que quiero yo.

RISELO. ¿Qué quiere ella que la den?

MARCELA. Doce varas de estameña

Para un hábito Francisco,
Con que me suba en un risco
Á ser fraila berroqueña,
Y un poco de tafetán
Para cierto escapulario.
Pero será necesario,
Si lo que pido me dan,
Pedir á Teodora el suyo,
Para que por su medida
Me le corten.

RISELO. En mi vida
Vi desgarro como el tuyo.

MARCELA. Ahora bien; yo os quiero dar
De merendar á los dos.

LISARDO. ¿Tienes algo?

MARCELA. Sí, por Dios.

RISELO. Pues dame de merendar;
Que ha tres días que por ti
Sólo he comido un capón,
Seis conejos y un jamón.

MARCELA. Con eso vienes ansí.

RISELO. ¿Estoy flaco?

MARCELA. Estás perdido.
No comen más seis tudescos.

RISELO. Sólo treinta huevos frescos
Para dormir he sorbido.
Hormiguillos y almendradas
No tienen número.

MARCELA. Bien.

RISELO. Olvídanseme también...

MARCELA. Qué?

RISELO. Tres ó cuatro empanadas.

MARCELA. ¡Mirad lo que hay que fiar!

RISELO. Pues ¿cuál amante lo fué,
Que por celoso que esté,
Se acostase sin cenar?

(*Vanse Marcela, Lisardo y Riselo.*)

ESCENA VI

FLORENCIO, GERARDO.

GERARDO. Feos habemos quedado.
FLORENCIO. Pues yo he pensodo un remedio,
Que, si de mi mal no es medio,
Es para quedar vengado.
GERARDO. ¿ Cómo ?
FLORENCIO. Este Lisardo adora
Á Belisa...
GERARDO. Así es verdad.
FLORENCIO. Y por amor ó amistad
Este Riselo á Teodora.
Quiero pedirla á Prudencio
Por mujer, y tú también
Pide á Teodora.
GERARDO. Harto bien.
FLORENCIO. Pues con cuidado y silencio ;
Que yo les daré un pesar
Con que me dejen la presa.
GERARDO. Venganza terrible es esa.
FLORENCIO. Amor enseña á vengar, (*Vanse.*)

Portal de casa de Prudencio.

ESCENA VII

BELTRÁN, *de criado* ; LEONOR.

BELTRÁN. No quiero satisfaciones.
¡ Vive Dios, que el forastero
Es el que priva !
LEONOR. No quiero
Gastar contigo razones,
Que eres un desatinado
En llegando á estar celoso.
BELTRÁN. Ladrón de casa es forzoso

Que tope lo bien parado.
Este lacayo de Otavio
Vive en tu casa, Leonor;
Cobrándole vas amor,
Bien me lo dice mi agravio.
En el Prado ¿no te vi
Hablar, Leonor, con Salucio?

LEONOR. ¿Yo con un hombre tan sucio?

BELTRÁN. Todas lo decís ansí.
Yo estuve á todo presente,
Y por testigo te aplico
La fuente del Abanico:
Mira si es harto corriente.

LEONOR. ¡Plega á Dios que si le quiero,
Que jamás tenga ventura!
¿Ese andrajo, esa basura?

BELTRÁN. ¡Ay, Leonor, que es forastero,
Y no hay forastero malo!
Porque en efeto se va,
Y así lo poco que da
Se tiene por más regalo.

LEONOR. ¡Ay, Beltrán, que mi señor
Y Otavio vienen allí!

BELTRÁN. Súbete arriba.

LEONOR. ¡Ay de mí!

BELTRÁN. Temblando estoy de temor. (*Vase Leonor.*)

ESCENA VIII

PRUDENCIO, OTAVIO, SALUCIO. — BELTRÁN.

PRUDENCIO. ¡Un hombre en el portal!

OTAVIO. Llega, Salucio,
Mira quien está allí

PRUDENCIO. Con estos celos
Yo propio miraré quién es el hombre. —
¿Qué buscáis, gentilhombre en esta casa?

BELTRÁN. Señor, pasaba cierto forastero
De mi tierra, y estoy no bien vestido,
Y quísele esperar aquí escondido.

OTAVIO. (*Ap. á él.*) Prudencio...

PRUDENCIO. Otavio...
OTAVIO. Ó yo he perdido el seso,
Ó es aqueste el Doctor que visitaba
Á Belisa, mi esposa.
PRUDENCIO. ¡ Santo cielo !
Pues ¡ el Doctor en hábito lacayo !
BELTRÁN. ¿ Mandáis alguna cosa ?
PRUDENCIO. Oid un poco.
¿ No sois vos el Doctor?
BELTRÁN. Ya caigo en ello.
Tengo un hermano aquí que me parece.
Somos de la montaña y gente pobre :
Servía en Salamanca al doctor Soria,
Aprovechóse bien y graduóse
Por un colegio y vínose á la Corte.
Súpelo en Cangas, vine á que me hiciese
Algún bien ; y mirándome tan roto,
Negó que era su hermano, y yo, afligido,
Metíme, como veis, lacayo.
PRUDENCIO. Y ¿ cómo
Se llama ese Doctor ?
BELTRAN. Beltrán se llama.
PRUDENCIO. ¿ Y vos ?
BELTRÁN. Beltrán también, porque nosotros
De aquel famoso ciego descendimos
Que llevó por la puente de Alcolea
Los ciento y veinte ciegos.
OTAVIO. (*Ap. á Prudencio.*)
No me agrada.
PRUDENCIO. Ni á mí tampoco.
OTAVIO. Sea verdad, que el hábito
Mucho de lo que vi le diferencia;
Mas ¡ vive Dios, que el rostro, el habla, el talle
Que son del Doctor mismo !
PRUDENCIO. Pues, sobrino,
Yo quiero hablar con vos distintamente.
Mi sangre sois, y no mi yerno agora.
Aunque ha venido ya bula y licencia,
Sospechas traigo de mayor enredo.
Sacad la espada, y tú las manos ata
Á ese villano. (*Á Salucio.*)
BELTRÁN. ¡ Á mí ! ¿ Por qué, señores?

OTAVIO. No despegue los labios, si no quiere
Una lengua de acero, señor médico.
PRUDENCIO. Por el acero que le dió á Belisa,
Mereciera la paga con acero.
SALUCIO. Estése quedo el bellacón.
OTAVIO. Advierte
Que no está bien en el portal; arriba
Le puedes encerrar en tu aposento;
Que quiero examinarle.
BELTRÁN. ¿Por qué causa
Me tratáis desta suerte?
OTAVIO. ¡Oh falso médico!
PRUDENCIO. Di á quién sirves, villano.
SALUCIO. Vaya arriba,
Señor Doctor fingido.
PRUDENCIO. ¡Ay hija ingrata!
— Trae un hacha y tocino. (*Á Salucio.*)
BELTRÁN. ¿Soy yo negro?
OTAVIO. Mas te quiero por padre que por suegro.
(*Vanse.*)

Sala en casa de Prudencio.

ESCENA IX

BELISA, TEODORA.

TEODORA. Ya por la dispensación
Otavio y tu padre fueron.
BELISA. Tía, si entonces le dieron
Tanta pena al corazón,
Cuando venga ¿qué será?
Perder pienso los sentidos.
TEODORA. Amando ¿qué más perdidos?
Por mi mal lo supe ya.
BELISA. ¿Cómo, si en esta ocasión
Mi padre quiere obligarme,
Puedo, Teodora, casarme?
¡Ay terrible confusión!
¿Será bien decirle á Otavio

El estado de mi mal?
— Mas soy mujer principal,
Y mucho mi honor agravio.
¿Hablaré algún religioso
Que lo diga al padre mío?
— Mas temo algún desvarío
De su pecho riguroso.
¡Oh, nunca á Lisardo viera!
¡Nunca Beltrán me curara!
¡Nunca el acero tomara!
¡Nunca á Manzanares fuera!
Que donde van á lavar
Cuanto una Corte se viste.
Allí, honor, manchado fuiste.

TEODORA. Ya ¿de qué sirve llorar?

BELISA. ¡Oh, malditos los papeles,
Las ternuras, los amores!
¡Oh lisonjeros traidores!
¡Oh amigos falsos, crueles!
¿Qué será agora de mí?

ESCENA X

BELTRÁN, *asomándose á una ventana alta interior.* — DICHAS.

BELTRÁN. Ce, Belisa; ce, Teodora.

BELISA. ¿Quién nos llama?

BELTRÁN. Yo, Señora.

TEODORA. ¿Quién?

BELTRÁN. Beltrán.

BELISA. ¡Beltrán aquí!

BELTRÁN. Aquí por mi mal estoy.

TEODORA. ¡Tú en nuestra casa, Beltrán!

BELTRÁN. Siempre aqueste premio dan
Á los que son como soy.
Yo fuí no más de tercero;
Mas como ha llegado el fallo,
No habiendo yo sido el gallo,
Estoy en el gallinero.

BELISA. ¿Cómo te han subido ahí?

BELTRÁN. Halláronme en el portal
Con Leonor.
BELISA. ¡Qué desigual
Desdicha!
BELTRÁN. Mucho lo fuí.
Conocieron que yo era
El doctor que te curaba;
Y puesto que yo negaba
Con invención que pudiera
Servir en una comedia,
Adonde sólo se entiende
Lo que el poeta pretende
Para dos horas y media,
No me aprovechó; y ansí
Me ataron, y á este aposento
Me suben á dar tormento.
Doléos las dos de mí.
BELISA. ¡Perdidas somos, Teodora!
Todo se descubre,
TEODORA. ¡Ay cielo!
No digas lo de Riselo,
Beltrán.
BELTRÁN. ¿Cómo no, Señora?
¿No ves que soy un gallina?
TEODORA. Él me ha de echar á perder.

ESCENA XI

LEONOR. — DICHOS.

LEONOR. ¡Ay, Señora! ¿Qué has de hacer?
Tu remedio determina;
Que Otavio y tu padre airado
Un hacha encendiendo están
Para pringar á Beltrán.
BELTRÁN. ¡Que muera un hombre pringado,
No más de por ser doctor!
Cuando yo astrólogo fuera,
Esa pena mereciera;
Mas no por curar de amor: —
Belisa, de mí te duele.

BELISA. ¿Cómo te podré librar?
LEONOR. Por la puerta no hay tratar.
BELTRÁN. Pues ¿dónde quieres que vuele?
¿Nunca leíste la historia
De Fernán González?
BELISA. Sí.
BELTRÁN. ¿Y de la infanta que allí
Ganó tan alta memoria?
BELISA. Ya sé que con un vestido
De mujer librarle pudo;
Pero ponértele dudo.
LEONOR. Aquí una llave he traído
Que hace á aquel aposento.
BELISA. Pues quedaos las dos aquí;
Que he de sacarle de allí,
Aunque fuese por el viento.
(*Vase Belisa, y retírase Beltrán de la ventana.*)

ESCENA XII

TEODORA, LEONOR.

TEODORA. ¿Dónde aquella loca es ida?
LEONOR. Adonde la fuerza amor.
TEODORA. Mejor dijeras su honor,
Que importa más que la vida.
LEONOR. Y aun á ti, porque dirá
Lo que sabe de Riselo.

ESCENA XIII

PRUDENCIO, OTAVIO. — DICHAS.

PRUDENCIO. (*Ap. á Otavio.*) Que lo han sabido recelo.
Mas aquí Teodora está.
OTAVIO. Si ha de dar por fuerza voces,
¿Quién duda que han de saber
Todo lo que se ha de hacer?
PRUDENCIO. Ya es de noche: ansí te goces,
Que dejes hasta que sea

Más tarde la ejecución.

OTAVIO. Reviéntame el corazón,
Que la venganza desea.
Echa tu hermana de aquí. —
(*Recio.*) Tú, Leonor, ve á tus haciendas.
(*Vase Leonor.*)

PRUDENCIO. Teodora, puesto que entiendas
Lo que no entiendo de ti,
Déjame solo un momento.

TEODORA. Haz tu gusto, y ¡plega á Dios
Que no os resulte á los dos
En más pena y sentimiento!

PRUDENCIO. Ve con Dios, santa; que ya
Se sabe tu hipocresía.

TEODORA. Quien habla en la honra mía,
En la de fuera ¿qué hará?
¿Así te despeña Otavio,
Con años locos y pocos?

PRUDENCIO. Vete, y déjanos ser locos.

TEODORA. ¿Tú eres noble? ¿Tú eres sabio? (*Vase.*)

ESCENA XIV

SALUCIO. — PRUDENCIO, OTAVIO.

SALUCIO. Cuando estaba apercebida
El hacha, á la puerta llama
Un hidalgo, cuya fama
Es agora conocida
En toda la Corte. Abrí;
Que no lo pude excusar.
¿Ha de entrar?

PRUDENCIO. Bien puede entrar.
Pero su nombre me di.

SALUCIO. Florencio.

PRUDENCIO. No le detengas,
Ni el hacha mates: será
Para acompañarle.

SALUCIO. Ya
Entra.

ESCENA XV

FLORENCIO, GERARDO. — DICHOS.

PRUDENCIO. En hora buena vengas.
¿Qué novedad es aquesta?
¡Tú, Florencio, en esta casa!
FLORENCIO. Con razón te lo parece;
Mas mi padre, que Dios haya,
Que fué tan amigo tuyo,
De una edad y de una patria,
Me dejó la obligación
De servirte.
PRUDENCIO. ¿Qué es la causa
De venirme á ver de noche?
FLORENCIO. Que la vergüenza á la cara
Pusiese este velo negro.
Aquí conmigo te aparta.
PRUDENCIO. Cualquiera cosa que quieras,
Seguramente la trata
Delante de Otavio, que es
Hijo de mi hermano.
FLORENCIO. Estaba
Necio por no conocerle;
Que ser vuestra sangre basta. —
Tenedme por vuestro.
OTAVIO. Y yo
Lo mismo os ruego.
FLORENCIO. Quien ama
Dicen que tiene licencia
De hablar sin arengas largas.
Este caballero y yo,
Que es Gerardo de Navarra,
Que está haciendo en esta Corte
Los negocios de Tafalla,
Hemos visto algunos días,
Y muchos oído en fama,
La hermosura y la virtud
De Belisa y vuestra hermana;
Y aunque hubiera los terceros

Que era justo; porque agravia
Quien ama á su mismo amor
Si por sí mismo no habla,
Como veis, venido habemos.

PRUDENCIO. No digáis más; que quien pasa
Tan adelante en las obras,
No lo ha de hacer en palabras. —
Veis aquí, Otavio, los dos
Que mi honrada casa infaman;
Que como al Doctor ven preso,
Hales temblado la barba. —
Cierra esas puertas, Salucio.

OTAVIO. Muy bien has dicho. No salgan
Sin que averigües primero
El autor de tanta infamia.

GERARDO. Señores, ¿qué es lo que hacéis?

FLORENCIO. ¿Por qué sacáis las espadas,
Y con tan feas razones
Nos tratáis en vuestra casa?

OTAVIO. Agora sabréis lo que es. —
Ve presto, Salucio, llama
Al Dotor fingido.

SALUCIO. Voy. (*Vase.*)

ESCENA XVI

PRUDENCIO, OTAVIO, FLORENCIO, GERARDO.

FLORENCIO. Algún suceso os engaña
Á que nos tengáis por otros.

PRUDENCIO. Luego, ¿no es tuya la traza
Para engañar á Belisa,
Recogida un tiempo y casta,
Y á la hipócrita Teodora,
Con el que aquí te acompaña?
¿De fingir la opilación
Que ya en cuatro meses anda,
Y que un lacayo ó Beltrán,
Con gorra y con guantes de ámbar,
Se finja doctor, y mande
Que salga por las mañanas

Al Prado, con el acero
Que vida y honra me pasa ?
FLORENCIO. Éste que traigo ceñido,
Á mí me pase hasta el alma,
Si tal hice.
OTAVIO. ¿ Cómo no ?

ESCENA XVII

SALUCIO. — DICHOS.

SALUCIO. El hombre que preso estaba
(El Doctor digo ó lacayo),
Sin duda alguna almohaza
Las mulas de los demonios,
Porque ni parece en casa,
Ni se sabe de tu hija.
OTAVIO. ¿ De Belisa ? Otra desgracia.
PRUDENCIO. ¿ Mi hija falta con él ?
SALUCIO. Beltrán y tu hija faltan.
PRUDENCIO. Dame esa espada, sobrino ;
Otavio, dame esa espada.
Matar á mi hermana quiero.
OTAVIO. ¿ Qué culpa tiene tu hermana ?
FLORENCIO. Señores, ¿ queréis que os diga
Quién todo este daño os causa ?
Pues sabed que el uno dellos,
Que me ha quitado una dama,
Me obliga á venir aquí
Á quitarle, por venganza,
Á Belisa desta suerte.
Venid antes que se vayan ;
Que yo os diré dónde están.
OTAVIO. ¡ Caso extraño !
PRUDENCIO. ¡ Cosa extraña !
FLORENCIO. Seguidme.
PRUDENCIO. ¿ Quién es ?
FLORENCIO. Seguidme.
PRUDENCIO. Sobrino, tomemos armas.
OTAVIO. Prudencio, con tanto acero
Embotarán las espadas. (*Vanse.*)

Calle.

ESCENA XVIII

BELISA, *con capa, espada, sombrero y vaquero;* BELTRÁN, *de mujer y con manto.*

BELISA. ¡ Oh, lo que la noche encubre !
BELTRÁN. Gallarda vienes, por Dios.
BELISA. Trocado habemos los dos
El ser que el hábito cubre.
BELTRÁN. Yo llevo gentil galán.
BELISA. Yo llevo famose dama,
BELTRÁN. Aquí está Lisardo.
BELISA. Llama;
Que no te conocerán.
BELTRÁN. Tú has de llamar; que yo no.
BELISA. ¡ Ah sí ! que soy el que guardo.
¡ Ah de casa ! ¡ Ah, seor Lisardo !

ESCENA XIX

LISARDO, RISELO. — BELISA, *de hombre;* BELTRÁN, *de mujer.*

LISARDO. (*Dentro.*) ¿Llamaron?
RISELO. (*Dentro.*) Sí.
LISARDO. (*Saliendo.*) ? Quién es?
BELISA. (*Embozada.*) Yo.
LISARDO. ¿ Quién busca á Lisardo ?
BELISA. Aquí
Os espera cierta dama.
LISARDO. ¡ Dama á mí! ¿ Cómo se llama ?
BELISA. Eso no me toca á mí.
Habladla y sabréis quién es.
LISARDO. ¿Es Leonor?
BELTRÁN. (*Fingiendo voz de mujer.*) ¿ No me conoce?
LISARDO. Vuesamerced no se emboce.
¿ Cómo ha venido ?
BELTRÁN. En los pies.

ESCENA XX

RISELO, MARCELA. — DICHOS.

RISELO. (*Ap. á Marcela.*) Déjame, mi bien, que vea
Los que con Lisardo están.
MARCELA. Mujeres celos me dan.
¿Cosa que Teodora sea?
RISELO. ¿Teodora había de ser,
Hermana de un hombre grave?
MARCELA. Como de esos graves sabe
Amor humildes hacer.
RISELO. Hablando está con Lisardo.
No tengas celos de mí.
MARCELA. ¿Quién viene con ella?
RISELO. Aquí
Está un mancebo gallardo.
MARCELA. (*Á Belisa.*) ¡Ah, gentilhombre! ¿quién es
Esta encubierta señora?
BELISA. ¿Son celitos?
MARCELA. De Teodora.
BELISA. No es tan ligera de pies.
MARCELA. Pues ¿quién es aquesta dama
Con quien habla este galán?
BELISA. Doña Constanza Beltrán.
MARCELA. ¿Cómo?
BELISA. Este nombre se llama.
Es mujer de tanto punto,
Que si sale, lleva más
De algún caballo detrás.
MARCELA. La cantidad os pregunto.
BELISA. Pesará catorce arrobas.
MARCELA. (*Ap.*) No es muy bobo el escudero;
Mas desengañarle quiero
Que no está hablando con bobas.
BELISA. Si os digo la cantidad,
Un cuarterón más ó menos,
¿En qué os engaño?
LISARDO. (*Á Beltrán.*) Tan buenos
Ojos descubrid, mostrad

Los dos.

BELTRÁN. ¡No, sino los tres!

LISARDO. ¿No podéis ser tuerta?

BELTRÁN. ¡Ay Dios!

LISARDO. Ea, descubrid los dos.

BELTRÁN. ¡Jesús! Tiempo habrá después.

LISARDO. ¿No sabré yo la ocasión
Por que venís á buscarme?

BELTRÁN. ¿Qué puedo más declararme?
Digo que os tengo afición.

LISARDO. Pues ¿adónde me habéis visto?

BELTRÁN. En mi casa muchas veces.

LISARDO. ¡Que haya aquí tantos jueces!

MARCELO. (*Ap.*) ¿Es posible que resisto
Mi celosa condición
Sin descubrir esta dama?

BELISA. (*Ap.*) Dirá después que me ama
Lisardo: ¡oh linda afición!
Mirad si está entretenido
Con el lacayo enmantado.

LISARDO. (*Á Beltrán.*) Señora, ¿dónde os he hablado?
Dónde me habéis conocido?

BELTRÁN. ¡Ay! ¡qué desconocimiento!

LISARDO. Mucho lo debo de ser.

BELTRÁN. Yo os he dado de comer
Mil veces.

LISARDO. ¡Extraño cuento!
¿Vos á mí?

BELTRÁN. Sí, y aun por mí
Soléis andar á caballo,
Y aun otras cosas que callo,
Por no descubrirme aquí.
Por vos cierto padre viejo
No ha un hora que me pringaba

LISARDO. ¿Sois negra?

BELTRÁN. Soy vuestra esclava.
Dióme una dama el consejo
De que me viniese así,
Porque si no, ya tuviera
La panza como una cera.

LISARDO. ¡Ay Dios! ¡quién se hallara allí!

BELTRÁN. ¿Cómo hallar? Burla pesada

Os pudiera suceder.

LISARDO. Por Dios, que debéis de ser
La bella malmaridada.
¿Tenéis marido?

BELTRÁN. Si allí
Os halláis, Dios me confunda
Si no os pegan una tunda
De las más lindas que vi.

LISARDO. En obligación estoy
Á lo que por mí pasáis;
Mas como no os descubráis,
Desobligándome voy.

BELTRÁN. ¡Ay, Señor, qué disfavores
Tan notables que me hacéis!
Por Dios, que no me dejéis,
Si habéis de tomar amores;
Y pues tan bien os serví
Las mañanicas de mayo,
Si habéis de tomar lacayo,
No dejéis por otro á mí.

LISARDO. ¿Es Beltrán?

BELTRÁN. Pues ¿no lo ves?

LISARDO. ¡Hay tan extraña novela!

BELTRÁN. Calla, y burlaré á Marcela;
Que hay grandes cosas después. —
¡Ah, señor Riselo!

RISELO. ¿Á mí?

BELTRÁN. Á vos pues.

RISELO. (*Á Marcela.*) Con tu licencia.

MARCELA. (*Ap.*) ¿Tendré con esto paciencia?

RISELO. (*A Beltrán.*) Ya que habéis venido aquí,
Que os descubráis os suplico,
Porque aquella dama os vea.

BELTRÁN. No puedo.

RISELO. ¿Por qué?

BELTRÁN. Soy fea.

RISELO. No hay fea con tan buen pico.

BELTRÁN. Aun no lo sabéis muy bien;
Que no me habéis visto hablar.

MARCELA. (*Ap.*) ¿Téngome yo de matar
Porque éstos hablando estén?)
Fuera digo. ¡Vive Dios,

Que os habéis de descubrir!

BELTRÁN. ¿Á mí se me ha de decir
Tal desacato por vos?
¡Á la niña, á la beata,
Á la fraila del cordón!
¡Ay Jesús, qué tentación!
¡Que me tira, que me mata,
Que me destoca!

MARCELA. ¿Quién eres?

BELTRÁN. Beltrán soy.

MARCELA. ¡Beltrán!

BELTRÁN. Pues ¿quién?

LISARDO. A mí me burló también.

RISELO. Demonio en los burlas eres.
Cúbrete; que viene gente.

MARCELA. Meteos bien en el portal.

LISARDO. Acá vienen.

RISELO. Algún mal
Temo.

BELTRÁN. No huyas, detente.

ESCENA XXI

PRUDENCIO, OTAVIO, FLORENCIO, GERARDO, SALUCIO, *y* CRIADOS *armados.* — DICHOS.

FLORENCIO. Esta es la casa.

GERARDO. Aquí están.

FLORENCIO. Llama á esa puerta, Gerardo.

GERARDO. No hay que llamar; que á la puerta
Deben de estarte aguardando.

PRUDENCIO. ¿Quién va?

LISARDO. ¿Quién pregunta quién?

PRUDENCIO. Un hombre noble agraviado.

LISARDO. ¿Es Prudencio?

PRUDENCIO. Y sin prudencia.
¿Eres por dicha Lisardo?

LISARDO. Yo soy, Señor. ¿Á quién buscas?

PRUDENCIO. Á ti te busco, villano.

LISARDO. ¡Villano á mí! Si no fueras
De tu edad...

PRUDENCIO. El que es hidalgo

No hace infames los hombres
De mi sangre y de mis años.

LISARDO. ¿Qué te hice yo en mi vida?

PRUDENCIO. ¿Parécete poco agravio,
Después de haber á mi hija,
Como á ignorante, engañado,
Y con el fingido acero,
En las mañanas de mayo,
Puesto mi honor por el suelo,
Como salteador del campo;
Habiendo al Doctor fingido
Preso, y sabiendo su engaño,
Sacarla él mismo? Pues oye:
Caballero soy honrado:
Yo no he de traer justicia,
La que tengo son mis manos.
Para ti bien basto yo,
Y para Riselo Otavio;
Para los que están contigo,
Bastan Florencio y Gerardo.
Y si trajeres más gente,
Aquí me sobran criados,
Y yo solo basto á todos.

LISARDO. Si en servirla os hice agravio,
Por la parte de ser pobre
(Que en las demás os igualo),
Yo os daré satisfación
Dando á Belisa la mano;
Mas ¡vive Dios, que no sé
Dónde ó cómo la ha llevado
El hombre que vos prendistes!

OTAVIO. Pues, Lisardo, si estáis salvo
Del cometido delito,
Dad lugar á que, mirando
La casa, os dejemos libre.

LISARDO. Eso no puedo negarlo.

FLORENCIO. Señor, mírense primero
Los que miráis embozados.

RISELO. Yo soy Riselo, y quisiera,
Florencio, en lugar hallaros
Que os dijera si es bien hecho...

FLORENCIO. Y yo también tiempo aguardo

En que os diga si es Marcela
Vuestra.

MARCELA. ¿Para qué es cansaros,
Pudiéndolo yo decir,
Que es el mejor desengaño?

FLORENCIO. Habla pues; que, como sepa
Que es tu gusto, estoy pagado
De mi amor y mis deseos.

MARCELA. A Riselo doy los brazos.

RISELO. ¿Estás contento?

FLORENCIO. Sí estoy. (A Beltrán.)

OTAVIO. Señora, desembozaos.

BELTRÁN. ¿Á las mujeres por qué?

OTAVIO. Porque una mujer buscamos.

BELTRÁN. Pues sepan que yo soy hombre.

PRUDENCIO. Este es el doctor lacayo.

OTAVIO. ¿Mataréle?

PRUDENCIO. No; que importa
Que viva.

OTAVIO. Pues ¡tú con manto!
Di luego dónde llevaste
Á mi prima, ó por los labios
Te haré tomar el acero
Que á nuestras honras has dado.

BELTRÁN. Quedo, señores.

PRUDENCIO. ¿Qué es quedo?

BELTRÁN. Aunque me hagáis mil pedazos,
No diré donde la tengo,
Á fe de pobre asturiano,
Si no me dais la palabra
De que á Lisardo, mi amo,
Se la daréis por mujer.

PRUDENCIO. Eso es forzoso, y yo gano;
Que bien sabe mi sobrino
Que quien toma acero en mayo,
No estará para mujer
Hasta los fines de marzo.

BELTRÁN. Pues ésta es Belisa.

OTAVIO. ¿Quién?

BELISA. Yo soy, que á tus pies aguardo
Perdón.

PRUDENCIO. Antes que te mire,

Dale á Lisardo la mano;
Que á la santa que tu amor
Cubrió del hábito pardo,
Yo le daré un monesterio.

BELTRAN. ¿Y á Leonor?

PRUDENCIO. Tengo pensado
Dársela á un Doctor fingido.
Con esto á mi casa vamos,
Adonde cenando juntos,
Queden en paz los agravios.

LISARDO. Aquí acaba la comedia
En vuestro nombre, Senado,
Del *Acero de Madrid.*
Bésaos las manos BELARDO.

EL PREMIO DEL BIEN HABLAR*

PERSONAS

LEONARDA, *dama.*
DON JUAN DE CASTRO.
DON ANTONIO, *viejo.*
MARTÍN, *lacayo.*
DON PEDRO.
DOÑA ÁNGELA, *dama.*
FELICIANO.
RAMIRO, *huésped.*
RUFINA, *esclava.*
CAMILO, *criado.*
ACOMPAÑAMIENTO.

La escena pasa en Sevilla.

ACTO PRIMERO

Sala en casa de don Antonio.

ESCENA PRIMERA

LEONARDA, RUFINA

LEONARDA. ¿Doblaste el manto?
RUFINA. Ya vengo
De quitarte ese cuidado.

---

* En ésta, más que en ninguna otra pieza de LOPE, resplandece su galantería con las damas, de que he hablado en el prólogo del tomo I de esta colección. *El Premio del bien hablar*, como ha dicho un crítico, está fundado sobre este principio caballeresco :

...Es honrar á las mujeres
Deuda á que obligados nacen
Todos los hombres de bien.

Además, esta comedia encanta por la sencillez con que está escrita. En ella se cree que quiso LOPE ponerse á sí propio en escena, pues coinciden con las suyas las noticias de la vida del protagonista. La escena III, del tercer acto, parece que inspiró á Rojas la suya de cuentos y acertijos de *García del Castañar.*

LEONARDA. ¿ Dijiste, Rufina, á Hurtado
Que á la tarde salir tengo?
RUFINA. Ya, Señora, le prevengo
De que has de ver á doña Ana.
LEONARDA. ¿ Qué de juventud liviana
Que nos esperaba enfrente!
RUFINA. Servir pudiera de puente
Desde Sevilla á Triana.
Mas si en toda la ciudad
No hay tu talle, ¿ qué te admira?
LEONARDA. Más presumo yo que mira
Del oro la cantidad.
« Dineros son calidad »,
Dijo el cordobés Lucano;
Porque esto de padre indiano
Mueve más la juventud ;
Que á la nobleza y virtud
Pocos extienden la mano. —
¿ No estaba don Pedro allí,
Aquel mi gran pretendiente?
RUFINA. Aquel necio maldiciente
De su hermano entre ellos vi.
LEONARDA. ¡ Lo que hablaría de mí
Toda aquella mocedad
Con su necia libertad !
RUFINA. Allí estaba un caballero,
Al parecer forastero,
Con más seso y gravedad.
LEONARDA. En ninguno reparé,
Por si estaba allí mi hermano.
RUFINA. No estaba allí Feliciano ;
Que uno á uno los miré.
Pero el forastero fué
Quien me pareció mejor. (*Dentro ruido.*)
LEONARDA. Parece que oigo rumor...
Y cerca de nuestra casa.
RUFINA. Como esto en Sevilla pasa. —
Abre ese balcón, Leonor.
(*Á una esclava que está dentro.*)

ESCENA II

DON JUAN y MARTÍN, *con las espadas desnudas y las capas revueltas.* — DICHAS.

DON JUAN. Entra, y donde quiera sea.
LEONARDA. ¡Jesús!
DON JUAN. No os alborotéis.
RUFINA. ¿Cómo no? ¿Qué pretendéis?
LEONARDA. ¿Quién habrá que aquesto crea?
¿Hasta mi estrado os entráis?
¡Hola! *(Llamando.)*
DON JUAN. Si en venir huyendo
De la justicia os ofendo,
Vuestro respeto agraviáis.
Casa tan noble me ha dado
Licencia, y no me engañé,
Pues donde un ángel hallé,
¿Quién duda que fué sagrado?
Mandad que cierren la puerta.
LEONARDA. Rufina, corre.
RUFINA. Yo voy.
LEONARDA. Menos alterada estoy;
Que estuve de veros muerta. —
No cierren la de la calle;
Porque será dar sospecha. *(Vase Rufina.)*
DON JUAN. Que no fué cosa mal hecha
Os dice mi traje y talle.
MARTÍN. Señora, cuando yo fuera
Quien de esta manera entrara,
No es mucho que os espantara,
Y mala sospecha os diera;
Pero don Juan, mi señor,
Abona el haber pisado
Las barandas del estrado
De vuestro heroico valor.
Amparadle, pues oístes
Que su imagen os llamó. *(Vuelve Rufina.)*
RUFINA. Ya la gente que os siguió,

No sabe por dónde fuistes :
Toda en efeto se fué,
Y la calle está segura.

DON JUAN. ¡Á tal templo de hermosura,
Buscando amparo, llegué! —
Yo soy, gallarda Señora
(Como ya os lo dice el traje).
Forastero de Sevilla,
Corona de las ciudades,
Que en España, en toda Europa.
Gobierna el Rey, que Dios guarde;
Que, como naturaleza
Es de todos patria y madre,
Nací en Madrid, aunque son
En Galicia los solares
De mi nacimiento noble,
De mis abuelos y padres.
Para noble nacimiento
Hay en España tres partes :
Galicia, Vizcaya, Asturias,
Ó ya montañas se llamen. —
¡Qué turbado estoy, pues digo
En ocasión semejante
Cosas que os importan poco!
No os espantéis, perdonadme ;
Que por Dios, que no me turban
Pendencias ni enemistades;
El templo sí, y en su altar
La belleza de su imagen.
¿Qué os importa á vos saber
Que descienda de la sangre
Del conde de Andrada y Lemos.
Y que la causa dilate
De la presente desdicha,
Que os ha obligado á escucharme
En vuestro mismo aposento,
Donde el sol fuera arrogante?
Sabed que vine á Sevilla
Huyendo (mirad ¡qué alarde
De fortuna!) porque á un hombre
Castigué la lengua infame.
Hablaba mal de mujeres;

Y yo, que he dado en preciarme
De defenderlas, no pude
Sufrir que tan mal hablase.
Pasarme quise á las Indias;
Que dos heridas mortales
Ya le tendrán bien seguro
Que mal de mujeres hable.
Llegué á Sevilla, y la flota,
Como veis, aun no se parte;
Entre tanto me entretienen
Caballeros y amistades.
Hoy vine á la Madalena,
Y como algunos hallase
Á la puerta, me detuve;
Que ellos gustaron de honrarme.
No salió mujer de misa,
Á quien un don Diego, un áspid,
Helado para gracioso,
Para hablador ignorante,
No infamase en las costumbres,
No desluciese en el talle,
No afease en la hermosura,
No descubriese el amante.
Palabra no les decía
Que el alma no me pasase;
Que cuando se habla en corrillos,
No es afrenta que se hace
Al ausente, que no la oye,
Sino á los que están delante,
Porque es tenerlos por hombres
Que gustan de infamias tales;
Y hablar mal de los ausentes
Afrenta los hombres graves.
Salió una señora indiana
Con dueña, escudero y paje,
Y en viéndolo se tapó,
Dejando caer la margen
Del manto al pecho, en lo negro
Luciendo cinco cristales.
Como cuando el sol hermoso
Por nubes opuestas sale,
Así de sus ojos bellos

Luz por las puntas de Flandes.
Pero no templó su lengua;
Que luego dijo: « ¿Que trate
Mi hermano por interés
Con esta indiana casarse?
Que ¡vive Dios! que me han dicho
Que vendió en Indias su padre
Carbón ó hierro, que agora
Se ha convertido en diamantes:
Que puesto que es vizcaíno,
Para el toldo que esta trae
Son muy bajos sus principios.
¡Mal hayan Indias y mares! »
Yo, no pudiendo sufrir
Palabras tan desiguales
Al valor de un caballero,
Dije: « Vuesamerced hable
Como quien es; que desdice
De las palabras el traje;
Que es honrar á las mujeres
Deuda á que obligados nacen
Todos los hombres de bien,
Por el primer hospedaje
Que de nueve meses deben,
Y es razón que se les pague;
Que, puesto que son las lenguas
Espadas, para templarse
Quiso Dios que las pusiesen
En los pechos de sus madres. » —
« ¿Quién le mete en eso á él,
No conociendo las partes? »
Respondió descolorido.
Yo dije: « El ver que la infamen
Sin dar ocasión, y el ser
Hombre, que basta á obligarme,
Cuando no naciera noble. »
Replicó: « Pues oiga y calle,
Si no sabe quién soy yo,
Y que no es bien que se case
Mi hermano desigualmente. »
Respondí yo: « Los que saben
Que en Vizcaya á los más nobles

Se les permite que traten,
Con hábitos en los pechos,
No dicen razones tales;
Y, sin conocerla, digo
Que el ser mujer es bastante
Nobleza, y que no es honrado
Quien no las honra. » — « Dejadme
(Dijo entonces), mataré
Este necio, si es su amante. »
Repliqué : « No la conozco;
Pero lo que digo baste
Para hablar en su defensa.
Saca la espada, cobarde;
Que donde palabras sobran,
Temo que las obras falten.
Saca la espada, ¿qué esperas,
Pues no te detiene nadie? »
Pero ¡vive Dios! que apenas
Las dos se vieron iguales,
Cuando pienso que la indiana
Vino en forma de algún ángel,
Y le derribó en el suelo,
Sin que á tenerle bastasen
Cuantas espadas y amigos
Pretendieron ayudarle.
No espere mejor suceso
La lengua que las infame,
Ni menos que vida y honra
Quien las defienda y alabe.
Con esto quise tomar
La iglesia para librarme,
Y por la confusa gente
Tomé diferente calle.
Al revolver de la esquina
Vi estas casas principales,
Juzgué por ellas el dueño...
Es imposible engañarme.
Traigo una hermana conmigo,
Á quien doy tantos pesares,
Que este postrero, Señora,
Temo que la vida acabe.
Esto solamente siento.

Hasta que la noche baje,
Os suplico permitáis
Que en vuestra casa me ampare,
Para partirme á Sanlúcar,
Donde á las Indias me embarque,
Si pueden llevar el peso
De mis desdichas sus naves;
Que tan justa obligación
Hará que el alma os consagre
La tabla de este milagro.
Que con letras de oro en jaspe
Diga que pudo en Sevilla
Don Juan de Castro librarse,
Con doña Ángela su hermana,
De dos peligros tan grandes.
Y porque vea el pintor,
Cuando la tabla señale,
Cómo ha de poner la historia,
Y pues sois la hermosa imagen,
Yo me pongo de rodillas,
Para que así me retrate;
Que quien defiende á mujeres,
Bien es que piedad alcance.

LEONARDA. La ocasión en que os halláis
No da lugar á respuesta:
Vuestro valor manifiesta
Lo que hacéis y lo que habláis,
Esa mujer que obligáis,
Yo soy; y palabra os doy
Que mintió, porque yo soy
Nieta de tan noble abuelo,
Que por bien nacida, al cielo
Siempre agradecida estoy.
Es de mi padre el solar
El más noble de Vizcaya:
Que á las Indias venga ó vaya,
¿Qué honor le puede quitar?
Si le ha enriquecido el mar,
No implica ser caballero.
Quiso honrar ese escudero
Mi padre; mas no podrá;
Que esa espada es lengua ya

Con que diré que no quiero.
Eso de hierro y carbón
Es lenguaje maldiciente;
Pero, yo quiero, aunque miente,
Tener en esta ocasión
Ese trato y opinión,
Para que cuando le halle,
En aquella misma calle
Me sirva el hierro en su mengua
Para cortalle la lengua,
Y el carbón para quemalle. —
Pienso que viene mi hermano.
Rufina, escóndele presto.

DON JUAN. ¡ Bien haya el cielo, que ha puesto
Mi remedio en vuestra mano!

MARTÍN. Rufina, color indiano,
¿ No hay bodega ó palomar?

RUFINA. El pajar te quiero dar,
Y á tu amo mi aposento.

MARTÍN. Si comen, ¿ no habrá sustento?

RUFINA. Ya ¿ no te llevo al pajar? (*Llévalos.*)

ESCENA III

FELICIANO, DON PEDRO, CARRILLO. — LEONARDA.

FELICIANO. Esto se ha de hacer así.
No hay sino armarnos de presto.

LEONARDA. Dónde vas tan descompuesto?

DON PEDRO. ¿ Sabéis mi desdicha?

LEONARDA. Sí.

DON PEDRO. ¡ Ay, Leonarda, que espirando
Queda mi hermano don Diego!

LEONARDA. Quien tan locamente ciego
Vivió siempre murmurando,
¿ Qué mucho que muera así?

FELICIANO. ¡ Qué buen modo de consuelo!
Vamos de aquí.

DON PEDRO. Sabe el cielo
Qué represionnes le dí;
Mas era hermano mayor,

No me tocaba el castigo.

FELICIANO. Yo soy de don Pedro amigo,
Y tuve á don Diego amor.
Si hablaba mal, solo fué
De ruin gente; que la honrada
Siempre fué dél respetada.

LEONARDA. ¿Eso dices?

FELICIANO. Esto sé,
Y ¡vive Dios! que si esconde
La tierra este forastero,
Que le he matar.

DON PEDRO. No espero
Que habemos de saber dónde;
Que es Sevilla confusión;
Y si en monasterio está,
¿Quién, Feliciano, podrá
Matarle en esta ocasión?
Lo mejor será enviar
Á Sanlúcar dos soldados,
Para matarle pagados;
Porque éste se ha de embarcar,
Y no podrá conocellos.

FELICIANO. Vámosle á buscar agora;
Que es lo que importa.

DON PEDRO. Señora,
Pensé que esos ojos bellos
Enterneciera la muerte
De don Diego; y tan airados
Los hallo, que mis cuidados
Crecen con rigor más fuerte;
Que por doblar mis enojos,
Como á mi hermano un traidor,
Me mata con más rigor
La espada de vuestros ojos.
Que si no estáis ofendida....

FELICIANO. ¿De qué os aflige mi hermana?
No ha de amanecer mañana
Este villano con vida.
(*Vanse Feliciano, don Pedro y Carrillo.*)

ESCENA IV

DON ANTONIO. — LEONARDA.

D. ANTONIO. ¿Dónde va tu hermano así?
LEONARDA. Allá, con sus amistades,
Á ejecutar necedades,
Que te den cuidado á ti.
D. ANTONIO. Dicen que ha herido á don Diego
Un forastero don Juan.
LEONARDA. Los dos á buscarle van,
Uno necio y otro ciego.
D. ANTONIO. Pues ¡qué! ¿quiere Feliciano
Acabar mi vida ansí?
LEONARDA. Este don Pedro que aquí
Trujo á mi pesar mi hermano,
Queriendo que su mujer,
Como te lo ha dicho, sea,
En estas cosas le emplea.
D. ANTONIO. Algo le ha de suceder.
Siempre los malos sucesos
Vienen por malos amigos.
No tiene un padre enemigos
Como los hijos traviesos.
Matarán este don Juan,
¿Quién lo duda? Es forastero.
LEONARDA. Es valiente caballero,
Tendrá amigos; no podrán.
La causa de la cuestión
Fué decir mal de mujeres
Don Diego: pues ¿cómo quieres
Que le ayude la razón?
D. ANTONIO. Luego ¿el don Juan defendía
Las mujeres?
LEONARDA. Sí, Señor.
D. ANTONIO. Ese hombre tiene valor:
No hay cosa, Leonarda mía,
Más digna de un hombre honrado.
Ser quien le mató quisiera,

Así en las venas me altera
El humor, del tiempo helado.
Si supiera dónde estaba,
Favor le diera y dinero.
¡ Propia acción de caballero !
¿Quién lo bien hecho no alaba?
Voy á buscar á tu hermano,
Que es loco y rico. (*Vase.*)

ESCENA V

RUFINA. — LEONARDA.

RUFINA. Ya quedan
Adonde hallarlos no puedan.
LEONARDA. Solo temo á Feliciano.
¿ Dónde pusiste el criado?
RUFINA. Martín (que aqueste es su nombre)
Queda, por más tordo que hombre,
En el pajar enjaulado.
Pienso que ha de cantar bien ;
Porque aun apenas entró,
Cuando de comer pidió.
LEONARDA. Haz que de comer le den;
Que yo haré con gran secreto
La comida de don Juan.
RUFINA. Lástima los dos me dan.
LEONARDA. El caballero es discreto,
Y que me ha puesto, Rufina,
En notable obligación.
RUFINA. Por ella obliga á afición,
Y por la persona inclina.
Pidióme un libro.
LEONARDA. Hasme dado,
Rufina, grande contento.
Hoy sabrá mi nacimiento;
Que tú, sin mostrar cuidado,
Le darás mi ejecutoria,
Diciendo que aquí la hallaste
En un cofre mío.
RUFINA. Pensaste...

LEONARDA. Una sutil vanagloria.
Quiero que sepa que tengo
Sangre de un señor de España.
RUFINA. Si la vista no me engaña,
Á pensar que quieres vengo
Ser con él más que piadosa.
LEONARDA. ¿No te parece que fuera.
Quien á don Juan mereciera....
RUFINA. Di lo demás.
LEONARDA. Venturosa,
Sin temer tormenta ó calma?
Porque el bien hablar, Rufina,
Es una señal divina
De la nobleza del alma.

Cuarto en una posada.

ESCENA VI

DOÑA ÁNGELA, RAMIRO.

Dª ÁNGELA. No sé cómo he de tener
Paciencia en tan mal suceso;
Que, si no es perder el seso.
No me queda que peder.
RAMIRO. ¿No pudiera suceder
El matar á vuestro hermano?
Que fuistes dichosa es llano;
Que en dos males, es error
No agradecer el menor,
Y quejarse al cielo en vano.
Dª ANGELA. Conozco que mayor mal,
Huésped, suceder pudiera;
Que esto no me sucediera,
Fuera á mi inocencia igual.
¿Una mujer principal
En tierra extraña os admira,
Que sin amparo se mira?
RAMIRO. No me admira; que os engaña
Llamar esta tierra extraña.

Dª ÁNGELA. ¿Á qué mi remedio aspira?
RAMIRO. En Sevilla estáis, no estáis
En algún monte desierto.
¡Ay del que cerca del Puerto,
Si ya no es muerto, miráis!
En mi casa no temáis
Necesidad ni violencia.

ESCENA VII

FELICIANO, *y luego*, DON PEDRO Y CARRILLO.—DICHOS.

FELICIANO. (*Dentro.*) ¿Quién ha de hacer resistencia
Adonde hay tanta razón?
RAMIRO. Éstos los parientes son.
Dª ÁNGELA. Defienda Dios mi inocencia.
(*Salen Feliciano, don Pedro y Carrillo*)
FELICIANO. ¿Posaba don Juan de Castro,
Huésped, en aquesta casa?
RAMIRO. Aquí posaba, Señor;
Que á mí me pesa en el alma.
FELICIANO. ¿Tiene aquí ropa ó criados?
RAMIRO. No tiene más de esta dama.
FELICIANO. ¿Es acaso criada suya?
DON PEDRO. ¿Es su amiga ó es su hermana?
Dª ÁNGELA. Hermana por sangre soy,
De buena sangre heredada,
Que os suplico respetéis;
Y amiga, porque se llama
La amistad que es verdadera
Parentesco de las almas.
No fué por mí la cuestión,
Ni he sido parte ni causa
De vuestro disgusto y pena,
Aunque la mayor me alcanza.
Los hombres al fin son hombres,
Por mayores males pasan;
¡Ay de las pobres mujeres,
Que los hombres desamparan!
Aquí sí que es el dolor,
Y más cuanto más honradas;

Porque es el mayor peligro
El honor á quien le guarda.
Yo soy la muerta, yo sola
Á quien destruyen y matan,
Yo triste, que aun el valor
En tal desdicha me falta,
Entre vuestras armas sola,
Mujer entre mil espadas.
Dadme, señores, la muerte,
Yo me confieso culpada;
Que son sangre las desdichas,
Y de deudo á deudo pasan.
Mi fortuna dió los filos,
Y le sacó de la vaina
El acero de esta herida:
¿Qué aguardáis? Tomad venganza.

DON PEDRO. ¿Qué os parece de este llanto?
¡Vive Dios! Si no mirara...

FELICIANO. Callad, don Pedro, por Dios;
Que es bajeza esa palabra.
De lo que don Juan ha hecho,
¿Qué culpa tiene su hermana?
Esta moza, ¿está en las tierras
Donde con violentas armas,
Por una ofensa, un linaje,
Mujeres y amigos matan?
Aunque esta señora fuera
Culpada en esta desgracia,
¿No pudieran detener
La más violenta arrogancia
Dos perlas de aquellos ojos?

DON PEDRO. ¡Buen amigo! ¡Linda traza
De vengar un muerto hermano! —
(Feliciano habla bajo á doña Ángela.)
Ven, Carrillo; que si aguarda
Mi agravio tiernos requiebros,
Locas son mis esperanzas.

CARRILLO. Vamos por toda Sevilla. —
Déjale; que es una mandria. *(Ap. á don Pedro.)*
Yo apostaré que á estas horas
Le está ofreciendo su casa.
Vamos por los monasterios;

Que ¡ por la tribuna santa,
Que aunque esté en el refitorio,
Le he de dar cuatro mohadas!
(Vanse don Pedro y Carrillo.)

ESCENA VIII

DOÑA ÁNGELA, FELICIANO, RAMIRO.

FELICIANO. Señora, no tengáis pena,
Aunque es bastante la causa.
Por amigo de don Pedro
Acompañé su venganza.
Que entré soberbio os confieso...
— Y en viendo este talle y cara,
Amainé todas las velas.
Tengo sangre de Vizcaya :
Lo que dijere una vez
Será firme y sin mudanza.
Dadme licencia que os vea,
Y en esta ocasión os valga:
Que ¡vive Dios de poner
Un millón que hay en mi casa
Por vuestro servicio, y luego
Honor, sangre, vida y alma!
Dª ÁNGELA. El cielo os pague el consuelo.
FELICIANO. ¿Vuestro nombre?
Dª ÁNGELA. Angela.
FELICIANO. Basta.
No se engañó quien le puso. —
Huésped...
RAMIRO. Señor...
FELICIANO. Dos palabras. —
(Ap. á Ramiro.)
Con estos cincuenta escudos
Regalaréis esta dama
Mientras que vuelvo á Sevilla.
RAMIRO. ¿Cuándo volveréis?
FELICIANO. Mañana. *(Vase.)*

ESCENA IX

DOÑA ÁNGELA, RAMIRO.

RAMIRO. Cincuenta escudos me dió.
Dª ÁNGELA. Término de gente hidalga.
RAMIRO. ¡ Pesia tal ! Es rico y noble,
Puede comprar á Triana.
Una hermana tiene hermosa,
Para quien su padre guarda
Cien mil ducados de dote.
Dª ÁNGELA. La fortuna, mi madrastra,
Ha guardado para mí
Cien mil penas y desgracias. (*Vanse.*)

Teatro dividido : á un lado el cuarto de Rufina, á otro una pieza de paso.

ESCENA X

DON JUAN y MARTÍN, *en el cuarto de Rufina.*

DON JUAN. ¿ Cómo pasaste á verme ?
MARTÍN. Con licencia
De la mulata, que es la quinta esencia
De toda la discreta picardía
Que lo moreno de esta tierra cría.
DON JUAN. ¿ Has comido?
MARTÍN. ¿ Qué dices ? Treinta platos
Me trujo esta princesa de mulatos,
Y sirviendo la paja de manteles,
Comí mejor que en sillas ni doseles ;
Y para postre mano y paz de Francia,
Que, puesto que temiendo la fragancia,
La limpieza pastilla y no ser fea,
Disimular pudiera la grajea.
¿ Comiste tú ?
DON JUAN. Pedíle á la morena

Un libro por pasar mejor la pena
De tanta soledad; y ella, que ignora
Qué historias salen en la corte agora,
En vez de tanta prosa, verso y fama,
Me trujo la nobleza de su ama,
De mil colores y oro, y la he leído;
Con que tan bien estuve entretenido
Como con los donaires del Parnaso
Del Orfeo, del nuevo Garcilaso.
Es tanta, finalmente, su nobleza,
Que puede competir con su belleza.
Vino, Martín, tras esto la comida,
Guisada de la dama defendida,
Con tal regalo, olor, gusto y aseo,
Que sólo le ha faltado á mi deseo
El postre que te dió la mulatilla.

MARTÍN. ¡Qué bizarra es la gente de Sevilla!
Qué liberal! ¡Qué limpia y generosa!

DON JUAN. ¿No es Leonarda discreta? ¿No es hermosa?

MARTÍN. ¿Cómo discreta? Cicerón, Cervantes
Ni Juan de Mena, ni otro después ni antes,
No fueron tan discretos y entendidos.
Es una arpa templada en los oídos,
Es sentencia en favor por el Consejo,
Consonancia en cristal de vino añejo,
Son de doblón en mesa ó plata doble,
Cortés respuesta de persona noble,
Ruido de arroyuelo ardiendo Febo,
Soneto de don Luis, Séneca nuevo,
Con hambre los torreznos que se fríen,
Con tercianas las fuentes que se ríen,
Ó más sonoro que en la espalda suele
De los que azotan, á quien no le duele,
Ó en un falso testigo ó alcahueta,
El eco de la solfa de baqueta.
Pues en llegando á hablar de la hermosura,
Diana es fea, Filomena oscura,
La Doncella de Francia y la Doncella
De Dinamarca nones son con ella;
Porque el sol es muy lindo, y nos enfada
Por los caniculares, y esta agrada.
Quedémonos aquí, pues has topado

Las Indias sin la mar; que tú embarcado
Irás á tu aposento con Leonarda,
Y yo con la mulata, que me aguarda
En mi pajar, sin larga las escotas;
Porque, si aquí se encierran treinta flotas,
¿Que es menester buscar mayor tesoro?
Qué aun esta esclava, si la vendo, es oro.

DON JUAN. ¡Cómo piensas, Martín, lo que has soñado!
Bien parece que en paja te has echado.

MARTÍN. Sí; mas no la he comido; que me dieron
Naranjas, que la cólera rompieron;
Un pernil con las hebras como grana,
Que abriera á un hipocóndrico la gana,
Y á estar hecha en figura más perfeta,
De un cardenal pudiera ser muceta;
Una ave enamorada...

DON JUAN. ¿Enamorada?

MARTÍN. De tierna, derretida y bien asada.
Hubo su rabanito, oliva y queso,
Que pudieran venderse por el peso.
Con esto y diez tragazos de Cazalla,
Dije, poniendo aparte la toalla,
Los ojos ya del buen licor testigos:
« Muleta, ¿dónde están los enemigos? »

DON JUAN. ¡Ay, Martín! ¡Cómo todo me alegrara,
Si en Madrid á doña Ángela dejara!
Pero ver que es mi hermana, y que afligida
Ha de estar del peligro de mi vida,
No me permite gusto ni contento.

MARTÍN. Quedo; que está Leonarda en tu aposento.

ESCENA XI

LEONARDA, RUFINA. — DICHOS.

LEONARDA. Habréis pasado muy mal
De aposento y de comida.

DON JUAN. No la he tenido en mi vida,
Hermosa señora, igual.

LEONARDA. Dar un palacio real
A vuestro valor quisiera.

DON JUAN. Menos á mi intento fuera.

Por ser de esclava le alabo;
Que siendo yo vuestro esclavo,
Me disteis mi propia esfera.
Vine á mi centro en venir
Donde vuestra esclava vive;
Parece que me apercibe
De que os tengo de servir.
Si aquí os puedo ver y oir,
Toda mi ventura encierra,
Todos mis males destierra;
Porque, después de no estar
En el cielo, no hay buscar
Mayor descanso en la tierra.
Pero ¿qué ha de ser de mí,
Ya que en tal lugar estoy,
Si en siendo noche, me voy
De aqueste día en que os vi?
Si tan presto el bien perdí,
Fímera fué mi ventura:
No es bien el que poco dura;
Mas ¿quién, Señora, pensara
Que mis contrarios vengara
Vuestra divina hermosura?
Cuál es el muerto no acierto,
Bella Leonarda, á juzgar:
Si el no veros me ha de dar
La muerte, yo soy el muerto.
Pensé que llegaba al puerto
De mis desdichas, y llego
Donde á la muerte navego
Con tal tormenta y rigor,
Que quiere anegar amor
El alma en un mar de fuego.
¿Qué hice yo á vuestros ojos,
Que vengan mis enemigos,
Cuando los hice testigos
De mis lágrimas y enojos?
Juzgaréis que son antojos
Decirme que me desalma
Amor que me tiene en calma;
Pero vuestra discreción
Sabe que la obligación

Abre las puertas al alma.
Primero os amé que os vi :
¿Quién vió tan nuevo obligar?
Y no lo podéis negar,
Pues sabéis que os defendí :
Mirad cómo merecí
Favores antes de veros;
Pero fué para perderos,
Pues en viéndonos los dos,
No me defendí de vos,
Aunque supe defenderos.

LEONARDA. Señor don Juan, si tenéis
Determinado partiros,
Mal podré yo persuadiros
Contra lo que vos queréis;
Y basta que me dejéis
Con tantas obligaciones,
Sin decirme esas razones
Para más pena y dolor;
Que no le detiene amor
Á quien deja las prisiones.
Defenderme antes de verme
No fué amor, nobleza fué,
Ó condición vuestra en fe
De obligarme y conocerme;
Pero si fué defenderme
Nobleza, nobleza fué
El haberos defendido;
Con que diréis con razón
Que cumple su obligación
Beneficio agradecido.
Vos os vais porque queréis
Y algún deseo lleváis,
Pues porque queréis os vais,
Cuando quedaros podéis.
Al peligro anteponéis
El ángel que en la posada
Debe de estar lastimada.
Mirad ¡qué extraños desvelos.
Que os estoy pidiendo celos
Sin amar ni ser amada!
Dicen que la enfermedad

Tiene la espada desnuda
Cuando está la vida en duda,
Y en mí el ejemplo mirad:
Á matar la libertad,
La espada desnuda, entrastes,
Aunque piadosa me hallastes;
Pero el efeto que hicistes,
No os lo dije, pues os fuistes
Con más prisa que llegastes.
Id en buen hora á buscar
Esa dama venturosa,
Que estará tan cuidadosa
Como me habéis de dejar.
Mirad si queréis llevar
Alguna cosa de aquí;
Que os aseguro que fuí
Dichosa en que luego os vais;
Porque, si más os tardáis,
Me lleváredes á mí.

DON JUAN. Leonarda, si yo me voy,
Es por no daros enfado;
Que del ángel lastimado
Legítimo hermano soy;
Y el favor que me dais hoy
En el alma le imprimí:
Bien quisiera estarme aquí,
Si tuviera atrevimiento;
Porque este humilde aposento
Fuera cielo para mí.
El cuidado de mi hermana
Confieso que me le da.

LEONARDA. ¿Que es vuestra hermana?

DON JUAN. No está
Lejos, sabedlo mañana.

MARTÍN. ¿Para qué andáis por rodeos
Donde se os ven los enojos,
Pues por la boca y los ojos
Andáis trocando deseos?
Pensad la partida bien;
Que él se muere por no irse,
Y tú (si puede decirse)
Porque se quede también.

Por lo menos, ya que fuese
Prisión esta voluntad,
Hasta saber la verdad,
Responde á prueba, y estése.
Ea, ¿ qué os estáis mirando ?

DON JUAN. Por mí, yo me quedo aquí.

LEONARDA. Y yo ¿qué diré de mí?

MARTÍN. Di que lo estás deseando.

RUFINA. Y él ¿no tiene hermana allá?

MARTÍN. No, perra... Perla quería
Decir; que tú lo eres mía.

RUFINA. Tu hermano ha venido ya.

LEONARDA. Salgamos del aposento,
Y cierra tú.

DON JUAN. Adiós.

LEONARDA. Adiós.

RUFINA. En fin ¿ se quedan los dos?
Ó es amor ó atrevimiento.

(Leonarda y Rufina pasan á la pieza de paso, y don Juan y Martín se retiran á lo interior del cuarto de Rufina.)

ESCENA XII

FELICIANO. — LEONARDA Y RUFINA, *en la pieza de paso.*

LEONARDA. ¡ Feliciano!

FELICIANO. ¡ Hermana mía !

LEONARDA. ¡Cuánto me alegro de verte!
Que me has tenido con pena
De ver que tan loco fueses
Á acompañar otro loco.
¿ Qué ha sucedido? ¿Qué tienes?
¿Habéis hallado por dicha
Al forastero valiente?
¿ Mas que le habéis muerto?

FELICIANO. Yo,
Soy el que vengo á la muerte.

LEONARDA. ¡ Ay, cielos! ¿Estás herido?
¿Dónde? ¿Cómo?

FELICIANO. Espera, tente ;
Que es una herida invisible,

De que sola el alma muere.
LEONARDA. El alma ¿puede morir?
FELICIANO. De amor, hermana, ¿no puede?
LEONARDA. Pues ¿tú sabes qué es amor,
Que con gusto indiferente
Á ninguna quieres bien,
Y dices que á todas quieres?
FELICIANO. Como yo pienso, Leonarda,
Que mi dinero pretenden,
Guardo el alma y doy la bolsa,
Que es lo que ellas apetecen.
Dijéronnos la posada
De aquel don Juan, y cual suelen
Romper los aires los rayos,
Fuimos á cal de la Sierpe.
Entramos, pensando hallar
Prendas de don Juan, y enfrente
Estaba un retrato suyo
Con alma entre vida y muerte.
Una doña Ángela, un ángel,
Claro está, pues lo parece,
Con unas lágrimas tristes,
Que hicieran la noche alegre.
Las lágrimas te encarezco
Para que por ellas pienses
Cuál deben de ser los cielos
Que tales lágrimas llueven.
Pero si llorando y tristes
Nombre de cielos merecen,
¿Que serán con alegría
Ojos que tal gloria tienen?
Abrió por medio un clavel
(Ya quisieran los claveles
Tomar las perlas que vi),
Y dijo en razones breves
La desdicha en que se hallaba.
Habléla yo tiernamente;
Que no supo á tanto sol
El corazón defenderse.
Pesó á perlas mis palabras,
Enternecida de verme
De su parte en su desdicha;

Que á veces, Leonarda, mueve
Al llanto en las desventuras
El ver que alguno las siente.
Prometí darla favor:
Don Pedro enojóse y fuese;
Y aunque yo también me fui,
Diré la verdad, quedéme.
Dí para regalo suyo
Cincuenta escudos al huésped,
Que llevaba en un bolsillo.
Con esto he venido á verte,
Porque sepas que don Pedro
Puede buscar quien le vengue;
Porque yo pienso, Leonarda
(Y ríñeme como sueles),
Tener el ángel que digo
Por mi dueño para siempre.

LEONARDA. Lo que yo pienso reñirte
(Pues sabes que las mujeres
De ver otras en desdichas
Se lastiman fácilmente)
Es que á persona tan noble
Esa miseria le dieses,
Cuando le dabas el alma.

FELICIANO. Razón, mi Leonarda, tienes;
Mas ¿no ves que los que pesan,
Por miedo de los fieles,
Á lo principal añaden
Otra cosa diferente?
Así al alma puse el oro,
No porque valor hubiese,
Pero por cumplir el peso,
Aunque me pesa de verme
En peso tan desigual.
Si bien es un tiempo aqueste
Que á peso del oro hay almas,
Y almas que por él se pierden.
Ya lo dí... Corrido estoy.

LEONARDA. Poco el oro me parece
Para contrapeso de alma.

FELICIANO. No tuve más, ¿qué me quieres?

LEONARDA. En tal ocasión, hermano,

Y más si amor te enloquece,
Era lo cierto decir,
Como hombre cuerdo y prudente:
« Yo tengo en casa una hermana,
Que en esta ocasión os puede
Tener consigo, entre tanto
Que este negocio remedien
Ruegos, dineros y amigos. »

FELICIANO. Luego si yo la trujese,
¿La tendrías tú contigo?

LEONARDA. ¿Eso dudas? Luego ¿entiendes
Que tengo el alma de piedra?
Iré por ella si quieres;
Y si hay lugar en tristezas,
Le diré lo que mereces.

FELICIANO. ¡Ay, Leonarda de mis ojos!
Á tus pies quiero atreverme
Á pedirte que me obligues
Y que esta dama consueles.
Haz poner el coche y parte
A la calle, que parece
Que, estando á los pies de un ángel,
Entonces fué de la Sierpe.
Toma mi hacienda, mi vida,
Como sola el alma dejes,
Y esto porque no la tengo,

LEONARDA. Llama, Rufina esa gente,
Hoy, que el ángel de mi hermano
El coche en cielo convierte.

RUFINA. (*Ap. á Leonarda*). Basta, que estáis dos á dos.

FELICIANO. ¡Ay, Ángela, si te viesen
En esta casa mis ojos!

LEONARDA. (*Ap.*) ¡Ay, don Juan, cuánto me debes!

RUFINA. (*Ap.*) ¡Ay, Martín, si á mi color
Tal san Martín le viniese! (*Vanse.*)

ACTO SEGUNDO

ESCENA PRIMERA

DON JUAN Y MARTÍN, *en la pieza de paso.*

MARTÍN. Parece nuestra historia encantamento.
DON JUAN. No lo parece, si lo es.
MARTÍN. Al día
Abre las puertas con dorado aliento
La bella aurora, que las flores cría.
DON JUAN. Estaba (como digo) en mi aposento,
Cuando la noche el filo igual tenía
En la balanza con que pesa estrellas,
Más triste que ella suele estar sin ellas.
Pensaba sólo en mi querida hermana,
Cuando oigo abrir la puerta, y que Rufina
Me dice que Leonarda, más humana,
Hablarme en su aposento determina.
Voy tras la esclava como sombra vana,
¡Mira tú con qué luz mi error camina!
Y asido de su enfaldo, á escuras llego
Á la esfera bellísima del fuego.
Una bujía en una cuadra ardía,
Y con vislumbre trémula enseñaba
Lo que en la cuadra bien compuesta había,
Donde una cama de oro y seda estaba.
En ámbar el aliento se embebía,
Que por las cuatro partes respiraba:
Allí yo te confieso que, suspenso,
Llegar mi dicha por la posta pienso.
« ¿Qué os detenéis? (me dice la mulata).
Corred, cobarde, esa cortina luego. »
Y descubriendo un cielo de oro y plata,
De una hermosa mujer me abrasa el fuego.
Yo, cuando pienso que Leonarda trata
De algún yerro de amor, que es siempre ciego,
Conozco que es doña Ángela, mi hermana,
Y fuése en humo mi esperanza vana.

« ¿ Qué es esto (dije), dulce hermana mía ? »
Y como con su rostro me juntaba,
Sentí que huésped en la cama había;
Que Leonarda de celos suspiraba.
Martín, yo te confieso el alegría
Que ver mi hermana en tal lugar me daba :
Pero que en parte me pesó, pues creo
Que fuera más dichoso mi deseo.
Después de hablar con ella más de un hora,
Le dije : « ¿ Cómo este lugar tomaste,
Pues era de Leonarda, mi señora ?
¿ Tan presto el noble término olvidaste ? »
« Mandóme (respondió) mudarle agora,
Para poder hablar cuando llegaste :
Pasa de la otra parte, porque puedas
Agradecer lo que obligado quedas. »
« Yo escucho desde aquí » (dijo Leonarda),
Y detúveme yo cobardemente ;
Pero ella, presumiendo de gallarda,
Remitió mi temor á su accidente.
Fingió que el animal, el que acobarda
Más las mujeres, se atrevió á su frente.
Ya ves con qué donaire fingiría
El miedo, que era entonces osadía.
Ya desvía las trenzas, ya la ropa,
Ya del cuello los cándidos cambrayes,
Ya se vuelve á cubrir con lo que topa,
Mezclando alegre risa en dulces ayes.
Yo, viendo mi fortuna viento en popa,
Le dije al corazón : « No te desmayes, »
Cuando la luz á ruego suyo inclina,
Aunque mulata su color, Rufina.
Sueltos en crespos rizos sus cabellos,
Ondas de la tormenta del espanto,
Puso risueña en mí los ojos bellos,
No viendo el animal que temía tanto.
Rescaté el alma entre las luces dellos,
Y finjo por la colcha, que levanto,
Que pasa el animal y que le veo :
Y era lo que pasaba mi deseo.
No ha visto el mismo amor desde que miente
(Que desde que nació mentir sabía)

Tan bien fingido espanto, y accidente
Más bien trazado para dicha mía.
Y fuélo grande estar su hermano ausente
(Porque á acostarse le conduce el día),
Que nos pudiera oir; mas la ventura,
Cuando ella quiere, todo lo asegura.
El rostro bajo á la bordada orilla
De la cama, por ver si hallaba el rastro,
Y hallé una desmayada zapatilla,
Que le faltaba el alma de alabastro.
¡ Bien haya la limpieza de Sevilla !
Porque, por vida de don Juan de Castro,
Que el más grave señor hacer pudiera
La limpia zapatilla bigotera.
Con esto á mi aposento vuelvo, y digo
Á mi fortuna mil requiebros, tales,
Que desde agora á no sentir me obligo
Por tales bienes los mayores males.
No ha sido el sueño de mi bien testigo;
Que apenas en los fúlgidos umbrales
Del cielo puso el pie la blanca aurora,
Cuando me halló como me ves agora.

MARTÍN. ¡ Suceso extraño y último sosiego
De tu temor ! Más breve fué mi historia.
Por la mulata á la cocina llego,
Que andaba en esos pasos de tu gloria.
Dormía echado en el umbral del fuego
Un mastín que pudiera andar la noria.
Siento roncar, y paso á paso aplico
La humilde boca al temerario hocico.
Pero apenas la boca en él repara
Que olía á pepitoria, y no á camuesas,
Cuando ladrando me agarró la cara,
Y en los carrillos me estampó las presas.
Pues ¡ luego mi fortuna en eso para !
Quiero correr, tropiezo en dos artesas,
Y doy en la espetera con la frente,
Despertando los gatos y la gente.
Cuál me salta á la cara, cuál me agarra
Por una pantorilla, pierdo el tino,
Muero en el puerto, y sin hallar la barra,
Por embocar la puerta desatino.

¿Qué galgo con cencerro ó con guitarra,
Sacudiendo la cola, huyendo vino
Por las Carnestolendas, como salgo?
Las manos dejo y de los pies me valgo.
Pero ya que salí de la cocina,
Huyendo del ladrante seguimiento,
Por ir al aposento de Rufina,
De los servicios caigo al aposento.
¡Oh, bien haya, don Juan, la luz divina,
De cuanto vive lustre y ornamento!
Pues con ella á tus ojos he llegado
Oloroso, mordido y arañado.

DON JUAN. Gente suena; aquí te esconde
Hasta que sepas quién es.

MARTÍN. ¿Tengo de hablarte después?

DON JUAN. Mi soledad te responde.
(*Vase al cuarto de Rufina.*)

MARTÍN. Muy bien te puedes estar;
Que es Leonarda, mi señora.

ESCENA II

LEONARDA. — MARTÍN.

LEONARDA. Martín...

MARTÍN. Pareces aurora
En la luz y el madrugar.
Querrás andar en tu casa.
Indiana en fin.

LEONARDA. Otro fin
Me ha despertado, Martín,
Que de hacienda de Indias pasa.

MARTÍN. Dígolo porque tenéis
Fama de ser miserables,
Por los trabajos notables
Que en tierra y mar padecéis.
Pero ¿qué te ha levantado?

LEONARDA. Un desasosiego injusto.

MARTÍN. ¿Es disgusto?

LEONARDA. No es disgusto;
Que no hay gusto con cuidado.

MARTÍN. No será pena de amor;
Que dan gusto sus desvelos.
LEONARDA. No le puede haber con celos.
MARTÍN. De celos es la mayor.
Pero ¡celos tú! ¿De quién?
LEONARDA. Mis celos son testimonio
De que se ha vuelto demonio
Mi amor.
MARTÍN. No lo entiendo bien.
LEONARDA. ¿Qué nombre le puedo dar,
Si tengo de un ángel celos?
MARTÍN. ¿De eso nacen tus desvelos?
LEONARDA. Si me ha querido engañar
Don Juan, por haber pensado
Que le he de ayudar mejor,
Engáñase; que el amor
No paga bien, engañado.
Doña Ángela no es su hermana.
MARTÍN. Es por Dios, y no es razón
Que juzgues de su intención
Por una apariencia vana.
LEONARDA. Yo sé que su dama es,
Y que lo quiere encubrir;
Y á mí no me ha de mentir
Por tan pequeño interés.
No me va la vida á mí
En tener mi libertad:
Él sabe mi calidad;
Tan buena como él nací.
Yo regalaré su dama;
No por eso ha de pensar
Que es mejor aventurar
El crédito de mi fama.
Ella es muy linda, por Dios,
Y en él muy bien empleada:
Ya la he visto despojada;
Bien se pagaron los dos.
Hasta verla, tuve en duda
La voluntad y la vida:
Desvelos me dió vestida,
Celos me ha dado desnuda.
No es cosa para sufrir;

Que celos antes de amor
Es como necio acreedor,
Que firma sin recebir.
Dile que no me hable más
En lo que habemos tratado.

MARTÍN. Si mi señor te ha engañado,
No vuelva á Madrid jamás.
¡Plega á Dios que un ignorante
Me lea, ilustre señora,
Perversos versos un hora,
Y un mal músico me cante,
Y que algún falso deudor
De esos mohatreros viejos,
Por audiencias y consejos
Haga pedazos mi honor!
¡Plega á Dios que sea creída
La primera información,
Y quítenme la opinión;
Que sin opinión no hay vida!
Que me vendan mis parientes
Y me olviden mis amigos,
Y que á mil falsos testigos
Nazcan otros tantos dientes.
Que sirva á señor ingrato,
Y si hubiere lugar, quiero
Que me tire un candelero
Á quien pidiere barato.
Que se aficione á capones
Mi dama por voces vanas,
Y si tuviere tercianas,
Me curen por sabañones.
Que compita con bonete,
Y me atruene un bachiller:
Que hable grueso mi mujer,
Y mi criado en falsete.
Que me ensucien una aldaba
Cuando por llamar la tuerza,
Y que me casen por fuerza;
Que con voluntad bastaba.

LEONARDA Ya te conozco, Martín,
Para tordo eres mejor.
Yo entendí que tu señor

Miraba otro blanco y fin.
Lo dicho dicho, no hay más.
MARTÍN. Oye, Señora, detente,
Escucha.
LEONARDA. Vete, insolente.
MARTÍN. ¿De esa manera te vas? (*Vase Leonarda.*)

ESCENA III

FELICIANO. — MARTÍN.

FELICIANO. ¿Qué es esto?
MARTÍN. (*Ap.*) Perdióse todo.
FELICIANO. ¿Quién sois? Y ¿qué hacéis aquí?
MARTÍN. Señor, yo vine... yo fuí...
FELICIANO. Quien se turba de ese modo
Bien claro dice quién es.
MARTÍN. Soy cajero, y he vendido
Unas randas que he traído,
Como lo sabréis después.
Si algunas voces he dado,
Por mi dinero será.
FELICIANO. Y la caja ¿dónde está?
MARTÍN. Aquí en frente la he dejado,
De donde agora pasé.
FELICIANO. Y ¿á quién las habéis vendido?
MARTÍN. Si á vuestra mujer ha sido
Ó vuestra hermana, no sé...
Y aquí estaba una esclavilla,
La cual Rufina se llama.
FELICIANO. No es mi mujer esa dama.
MARTÍN. Yo sé poco de Sevilla.
FELICIANO. ¿De que nación?
MARTÍN. Turco soy.
FELICIANO. ¿Turco?
MARTÍN. Digo, de Turín.
FELICIANO. ¿Piamontés?
MARTÍN. Sí, piamontín.
(*Ap.* En grande peligro estoy.)
FELICIANO. ¿De qué país del Piamonte?
MARTÍN. De Illescas.

FELICIANO. ¿De Illescas? ¿Cómo?
MARTÍN. Tal miedo de veros tomo;
Porque yo soy de Belmonte.
FELICIANO. No me agradáis. — ¡Ah Leonarda!

ESCENA IV

LEONARDA. — DICHOS.

LEONARDA. ¿Es Feliciano?
FELICIANO. Yo soy.
MARTÍN. ¡Gracias á los cielos doy!
Nunca su socorro tarda.
Á vuestra merced ¿no he dado
Unas randas, de que espero
En esta puerta el dinero?
LEONARDA. Unas randas le he comprado.
FELICIANO. Perdonad, hombre de bien.
MARTÍN. Las sospechas, caballero,
Perdono, mas no el dinero.
FELICIANO. Pagaros quiero también.
Venid, amigo. (*Vase*).
LEONARDA. Martín,
Escuchad.
MARTÍN. ¿Qué me mandáis?
LEONARDA. Que á verme siempre vengáis.
MARTÍN. Pensé que dábamos fin
Á nuestros cuentos, por Dios;
Pero más ventura fué,
Pues descubierto podré
Hablar, Señora, con vos. (*Vase.*)

ESCENA V

LEONARDA.

Á las perlas del alba descogían
Pintadas hojas las abiertas flores,
Cuando en alegre paz dos ruiseñores
Su nido sobre un álamo tejían.

Pero en el tiempo que coger querían
El fruto de sus cándidos amores,
Llegaron otros dos competidores,
Que cuanto fabricaban deshacían.
Las pajas de que ya vestido estaba,
Bañaron en cristal los arroyuelos
De una fuente que el álamo bañaba.
Así fueron mis ansias y desvelos,
Cuando pensé que nido fabricaba.
Tal fin promete amor, principio en celos.

ESCENA VI

DOÑA ÁNGELA. — LEONARDA.

D.ª ÁNGELA. ¿Estás sola?
LEONARDA. ¿No lo ves?
D.ª ÁNGELA. Mi hermano, Leonarda mía,
Á asegurarte me envía,
Para que de mí lo estés.
Suplícate que me des
Crédito, por desagravio
De tu amor; que no es tan sabio
Amor, que á no ser su hermana,
Fuera la riqueza humana
Parte á sufrir un agravio.
Y mucho lo estoy de ti
En no haberte parecido
Aquello mismo que he sido
Desde el día en que nací.
¿Por qué presumes de mí
Que, si yo fuera su dama,
Aventurara tu fama,
Infamando tu nobleza?
Porque no hay mayor bajeza
Que ser tercero quien ama.
Mas ¿de qué sirven rodeos?
Para más seguridad,
Pagaré con voluntad
De tu hermano los deseos,
Como de honestos empleos

No excedan, ni se levante
Más que á ser cortés amante :
Mira tú si puede haber
Para celos de mujer
Seguridad semejante.

LEONARDA. Doña Angela, en tiempo breve
No puede haber mucho amor;
Esto ha sido que el honor
Se previene á lo que debe.
Cuando una mujer se atreve
Á amar, mire los sujetos
Causa de iguales efetos;
Que examinar el valor
Antes de tener amor
Es prevención de discretos.
Nunca aventuran la fama
Tan presto nobles mujeres :
Si, como su hermana eres,
Fueras, Ángela, su dama,
¿Qué nobleza no se infama
Amando lo que es ajeno?
Ya tengo tu amor por bueno,
Ya con mis celos acabo,
Tu satisfacción alabo
Y mi sospecha condeno.
Si á mi hermano favoreces,
Daré favor á tu hermano;
Que ya sabe Feliciano
Lo que vales y mereces.
La fortuna muchas veces
Ofrece mil ocasiones;
Si á las Indias te dispones,
Aquí es mejor que te pares,
Sin andar por altas mares
Peregrinando naciones.
Aficionéme de ver
Que sacase un caballero
En mi defensa el acero
Sólo porque soy mujer.
Ángela, no he menester
Dineros, sino contento,
Ayuda mi pensamiento;

Que, fuera de mi nobleza,
No hay en las Indias riqueza
Que iguale tu casamiento.

D.ª ÁNGELA. Yo, Señora, haré tu gusto,
Fuera de ser de mi hermano.

LEONARDA. Daba á don Pedro la mano
No con pena ni disgusto;
Pero ya querer es justo
Á quien defiende mi honor.

ESCENA VII

RUFINA. — DICHAS.

RUFINA. Don Antonio, mi señor,
Viene con don Pedro á hablarte. —
Escóndete. (*Á doña Ángela.*)

D.ª ÁNGELA. ¿Si es casarte?

LEONARDA. No hay obediencia en amor. (*Vase doña Ángela.*)

ESCENA VIII

DON ANTONIO, DON PEDRO. — LEONARDA, RUFINA.

D. ANTONIO. ¿En tal peligro queda?

DON PEDRO. No parece
Que una hora puede dilatar la vida;
Mengua el valor y el accidente crece:
Mi casa queda toda reducida
Á sola mi persona.

D. ANTONIO. Si en vos queda,
Será más aumentada que perdida.

DON PEDRO. Bastante hacienda y mayorazgo hereda
Quien sólo quiere ser esclavo vuestro,
Cuando esta dicha el cielo me conceda.

D. ANTONIO. Vos conocéis el justo amor que os muestro.
Aquí está mi Leonarda, que en su gusto
Sabéis, don Pedro, que se mueve el nuestro.
Leonarda, sin respuesta, sin disgusto

Hoy se ha de hacer este concierto; hoy quiero
Que lo que quiero yo tengas por justo.
Es don Pedro tan noble caballero,
Que quiero honrar mi casa de la suya.
Doyle, sin joyas tuyas, en dinero
Cuarenta mil ducados, aunque es tuya
Mayor parte después : dale tu mano,
Para que la escritura se concluya.
Mayorazgo he fundado en Feliciano.
Ya sabes que es razón. Diez mil de renta
(Gracias á Dios) le quedan á tu hermano.
Quien la nobleza y las virtudes cuenta,
Tiene por dote de mayor decoro
Lo que la vida y la opinión aumenta.

D. PEDRO. Si llevo en mi Leonarda tal tesoro,
¿No me basta saber que es prenda mía?
¿Qué valor con su fe merece el oro?

LEONARDA. Estimo vuestra noble cortesía,
Señor don Pedro, aunque yo estaba ajena
De que la dicha que decís tenía.
Esto sólo os respondo.

D. ANTONIO. No condena
La vergüenza jamás estas acciones.
Vamos adentro, no la demos pena.

D. PEDRO. (*Ap. á don Antonio.*) No voy contento yo de sus ra-
Disgusto me parece que ha sentido. [zones.

D. ANTONIO. Fingen disgusto en estas ocasiones.

D. PEDRO. Poco dichoso con Leonarda he sido.

D. ANTONIO. Aquel encogimiento fué forzoso.

D. PEDRO. Aun no fuí de sus ojos admitido.

D. ANTONIO. Vos lo seréis cuando seáis su esposo.

D. PEDRO. Dadme licencia que después la vea.

D. ANTONIO. Dueño sois de esta casa.

D. PEDRO. ¡Venturoso,
Padre y señor, quien tanto bien posea!
(*Vanse los dos.*)

LEONARDA. ¿Quién pensara que tan presto
Tuvieran fin semejante
Mis pensamientos altivos?

RUFINA. ¿Puede mi señor forzarte?

LEONARDA. Puede quitarme la vida.

ESCENA IX

DON JUAN, MARTÍN. —LEONARDA, RUFINA.

DON JUAN. Déjame, necio.
MARTÍN. ¿Qué haces?
DON JUAN. ¿Qué tengo de hacer? Morir.
MARTÍN. Pues ¿de esa manera sales?
LEONARDA. ¿Qué es esto, don Juan?
DON JUAN. Perderme.
LEONARDA. ¿Adónde vas?
DON JUAN. Á matarme.
LEONARDA. ¿Por qué, Señor?
DON JUAN. Por tu gusto.
LEONARDA. ¿Gusto? ¿De qué?
DON JUAN. De casarte.
LEONARDA. ¿Oíste á mi padre?
DON JUAN. Sí.
LEONARDA. Pues ¿qué dijo?
DON JUAN. Que me mates.
LEONARDA. Yo ¿qué respondí?
DON JUAN. Tibiezas.
LEONARDA. Y ¿don Pedro?
DON JUAN. Necedades.
LEONARDA. Sosiégate.
DON JUAN. ¿Cómo puedo?
LEONARDA. ¿Dí yo el sí?
DON JUAN. Bastó callarle.
LEONARDA. Necio estás.
DON JUAN. Soy desdichado.
LEONARDA. Y yo mujer.
DON JUAN. Eso baste.
LEONARDA. Háblame bien.
DON JUAN. Estoy muerto.
LEONARDA. Escucha.
DON JUAN. ¿Qué he de escucharte?
LEONARDA. Eso es locura.
DON JUAN. Es por ti.
MARTÍN. (*Ap.*) Parecen representantes
Que saben bien el papel.

LEONARDA. Martín, así Dios te guarde,
¿Siente don Juan lo que dice?
MARTÍN. ¿Si lo siente? ¡Qué donaire!
Pues vesle salir sin seso,
¿Y preguntas disparates?
DON JUAN. Ea, Martín, á embarcar.
MARTÍN. ¿Cómo quieres que me embarque,
Si he empleado mi dinero
En holandas y cambrayes?
Soy de esta casa cajero;
Pesquéle quinientos reales
Á Feliciano, y pretendo
Tratar en Italia y Flandes.
DON JUAN. Digo que te embarques luego.
MARTÍN. ¿Dónde tengo de embarcarme?
DON JUAN. Dentro del mar de mis ojos.
MARTÍN. Notables sois los amantes.
DON JUAN. Mas no; que corre tormenta,
Y era forzoso anegarte.
LEONARDA. Ve, Rufina, al corredor
Porque puedas avisarme. —
Tú, Martín, lince has de ser
En la puerta de la calle;
Que quiero hablar libremente.
RUFINA. Yo voy.
MARTÍN. Y yo á ser alcaide. (*Vanse los dos criados.*)

ESCENA X

LEONARDA, DON JUAN.

LEONARDA. Don Juan, las ingratitudes
Ofenden las voluntades:
Mucho en poco tiempo debes
Al alma que supo amarte.
¿Cuál hizo más de los dos?
¿Tú en quererme, ó yo en dejarme
Engañar de los requiebros,
Cosa á los hombres tan fácil?
¿Qué mudanza has visto en mí?
¿Qué es lo que dije á mi padre?

¿Qué te obliga á hacer locuras?
¿Puede por fuerza casarme?
No puede; y más, que te busca
Feliciano por mil partes,
Obligado á defenderte
Por mi inclinación notable
Al servicio de tu hermana.
Por Dios, don Juan, que repares
En la pena que me das.

DON JUAN. No sé cómo puedo hablarte
Con las desdichas presentes,
Porque es razón que me alcancen.
¡Que quien escucha, oiga mal!
Lo que escuché fué bastante
Para temer la caída
De mi fortuna mudable.
Si tu padre, prenda mía,
Con resolución tan grande
Quiere casarte, ¿qué importa
Que tú con tu hermano trates
Resistir su voluntad?

LEONARDA. No hayas miedo que me case
Con don Pedro, don Juan mío;
Que si de mi hermano sabes
Que desea conocerte,
No será mi padre parte
Para casarme por fuerza.

DON JUAN. ¡Qué notables tempestades
Corre esta pobre barquilla
En dos tan breves instantes!
¿Es posible que en dos días
Cosas por un hombre pasen,
Que aun en dos años parecen
Imposibles de contarse?
Mil veces en mi aposento
Pienso que puedo engañarme,
Porque me niego á mí mismo
Ser tan presto y ser verdades;
Ó por lo menos que duermo
Y que sueño disparates,
Por más que los accidentes
Concierten las amistades.

Entré, Señora, en tu cuadra;
Vi con doña Ángela un ángel,
Y por unas celosías
De cabellos descuidarse
Blanco marfil mal ceñido
De lágrimas orientales.
Vi dos manzanas de nieve,
Escritas de azul esmalte,
Y dije : « ¡Bien haya el árbol
Donde tales frutos nacen! »
Luego vi encubrirse todo,
Quedando sólo en cristales
Unos rayos que tenían
Breves grillos de diamantes.
Vine con esto más loco,
Olvidéme de mis males;
Que no esperados placeres
Olvidan grandes pesares.
Prometíme de tener
Dueño que el mundo envidiase,
Rico, noble, hermoso, ilustre,
De alto valor, de alta sangre,
En pago de la defensa
Y alabanzas inmortales
Que me deben las mujeres,
Honras, virtudes, linajes,
Desde que ceñí la espada,
No sufriendo que afrentasen
Mujer ninguna á mis ojos;
Lo cual me ha costado cárcel,
Heridas, perder la patria,
Envidias, enemistades,
Oficios, cargos, hacienda,
Hasta que púde obligarte
Con lo que sabes, Señora,
Que te ha obligado á ampararme.
Y apenas quise salir
(No á dejar mis soledades,
Sino por ver si te vía),
Cuando el sueño se deshace,
Oigo decir que te casas
Y oigo decir que me maten.

LEONARDA. Don Juan, un hombre valiente
¿Tan tiernos extremos hace?
Mirad que entrastes muy bravo,
Para salir tan cobarde,
¿Qué seguridad queréis
Para que con vos me case?

DON JUAN. Una firma suele ser
Firmeza de amor constante.

LEONARDA. Voy á escribir un papel.

DON JUAN. Y ¿firmarásle?

LEONARDA. Esperadme.
Mal conocéis las mujeres
Con amor.

DON JUAN. El cielo os guarde. (*Vase Leonarda.*)

ESCENA XI

DON JUAN.

Fortuna, que á Sevilla me trujiste,
Huyendo del rigor en que me hallaste,
¿En qué mar á las Indias me embarcaste,
Que con tal brevedad me enriqueciste?
Mas no es el fin del bien que le conquiste,
Si de la posesión te descuidaste,
Pues para más tristeza me alegraste;
Que no hay alegre bien si el fin es triste.
No me des dichas para no gozallas,
No me des glorias para no tenellas,
Ni el breve bien que en esperanzas hallas;
Que no pudiendo asegurarse dellas,
Parece que es más dicha no alcanzallas
Que vivir con el miedo de perdellas.

ESCENA XII

FELICIANO. — DON JUAN.

FELICIANO. ¿Quién es?

DON JUAN. (*Ap.*) ¡Notable desdicha!

FELICIANO. ¿Qué es lo que mandáis aquí?
DON JUAN. (*Ap.* Aunque perderla temí,
Muy breve ha sido mi dicha.
Aquí no hay otro remedio
Sino decir la verdad;
Que será temeridad
Perder lo que hay de por medio.)
¿Sois Feliciano?
FELICIANO. Yo soy.
DON JUAN. Á vos os busco.
FELICIANO. ¿Á qué efeto
Me buscáis?
DON JUAN. Yo soy don Juan
De Castro y Portocarrero.
FELICIANO. ¿Sois el que á don Diego hirió?
DON JUAN. Soy el que ha herido á don Diego.
FELICIANO. Saco la espada.
DON JUAN. Esperad,
Y sabréis á lo que vengo.
FELICIANO. Vos á matarme vendréis.
DON JUAN. Oidme, Señor, os ruego,
Dos palabras.
FELICIANO. Ya os escucho,
Aunque es por cierto respeto.
DON JUAN. ¿Sabéis (que sí lo sabréis)
Que reñimos bueno á bueno
Don Diego y yo?
FELICIANO. Bien lo sé.
DON JUAN. Pues según eso, ¿qué debo
Entre caballeros nobles?
FELICIANO. De todo estoy satisfecho.
DON JUAN. Eso es cuanto á la herida;
Porque á vos, que no á don Pedro,
Doy esta satisfación.
FELICIANO. El término os agradezco.
DON JUAN. Donde he estado retirado,
Ha una hora que me dijeron
Que la señora Leonarda
Con noble y piadoso pecho
Trujo á doña Ángela aquí;
Yo, como en fin forastero,
No conociendo las partes,

Con el honor que profeso,
Por las tapias de la huerta
Desamparé el monasterio,
Y aventurando la vida,
Á ver quien la trujo vengo.
Entré loco por la casa;
Pero en sabiendo los dueños,
Os pido humilde (que es justo)
Perdón de mi atrevimiento.
Suplícoos que la amparéis
Hasta que me vaya al Puerto;
Que en casa tan principal
Pienso que la puso el cielo.
Con esto y vuestra licencia
Al monasterio me vuelvo,
Y si saliere justicia
(Cosa que volviendo temo),
Las manos me han de valer;
Que á los pies poco les debo.

FELICIANO. Puesto que yo soy amigo
De don Pedro y de don Diego,
Lo soy más de la verdad
Y del valor de los pechos.
Á estas horas puede ser
Que esté don Diego muriendo.
Ya que por tan justa causa
En peligro os habéis puesto,
No habéis de salir de aquí,
Porque no es justo, ni quiero,
Sino es que yo os acompañe;
Que si de Leonarda el celo
Fué amparo de vuestra hermana,
También obligado quedo
Por ella, por vos, por mí
Y por Leonarda, á teneros
En mi casa hasta que vais
Seguro á Cádiz ó al Puerto.
¿Haos visto alguno en mi casa?

DON JUAN. Ninguno.

FELICIANO. Pues mi aposento,
Sin que lo entienda mi hermana
Ni mi padre, daros quiero.

DON JUAN. Echaréme á vuestros pies.
FELICIANO. Aquel es el cuarto nuevo.
Ésta es la llave. Tomad,
Id aprisa, cerrad presto,
Y advertid que hay una puerta
Por donde, si no habláis quedo,
Os puede escuchar mi hermana.
Por eso andad con silencio;
Que á sus aposentos sale.
DON JUAN. Mil años os guarde el cielo;
Que desde hoy prometo ser
Para siempre esclavo vuestro. (*Vase.*)

ESCENA XIII

FELICIANO.

¿Qué pudo imaginar mi pensamiento
Que del alma viniese á la medida,
Como hallar á don Juan, en cuya vida
Estriba de mi amor el fundamento?
Cuando temí, para mayor tormento,
Mi muerte en el rigor de su partida,
De los cabellos la ocasión asida
Dispone á dulce fin mi atrevimiento.
Ya estaba el alma sin tener sosiego,
Vestida de mortal desconfianza;
Pero valióme la esperanza luego.
Ella es el bien, mientras el bien se alcanza;
Que, como el árbol es materia al fuego,
Así vive el amor con la esperanza.

ESCENA XIV

LEONARDA. — FELICIANO.

LEONARDA. (*Ap.*) Como mi hermano ha venido,
Don Juan se escondió.
FELICIANO. Leonarda,
¿Qué hay de nuevo?

LEONARDA. Que me aguarda
Un mal también prevenido.
Con don Pedro está firmando
Mi padre las escrituras.
FELICIANO. En voluntades seguras
¿Quién puede temer, amando?
LEONARDA. Si tú no temes, yo sí;
Que hacer ese casamiento
Estorba mucho tu intento.
FELICIANO. Leonarda, después que vi
Á doña Ángela, que adoro,
Sin saber quién es don Juan,
Mil pensamientos me dan,
Cuyos efetos ignoro.
¿Quieres á don Pedro bien?
¿Quieres casarte?
LEONARDA. No hay cosa
Cual una pregunta ociosa,
Con que más penas me den.
FELICIANO. No te puedo encarecer
Lo que me alegra escucharte;
Porque á serlo solo es parte
Querer tú ser su mujer.
Éste ha de ser enemigo
De doña Ángela, si muere
Su hermano; pues quien lo fuere
¿Cómo puede ser mi amigo?
¿Tengo de tener cuñado
Que á doña Ángela persiga?
LEONARDA. Feliciano, amor te obliga
De un ángel bien empleado.
Por ti no quiero casarme;
Que también á mí me dan,
Sin conocer á don Juan,
Pensamientos de guardarme.
Sin saber por qué, me guardo
De lo que los dos intentan.
FELICIANO. Por tu vida, que me cuentan
Que es el hombre más gallardo
Que ha venido de Castilla;
Que en un monasterio está,
Donde á visitarle va

Lo más noble de Sevilla.
¿Quieres que vaya por él,
Para que á su hermana vea?

LEONARDA. Claro está que lo desea;
Mas ¿como vendrás con él?

FELICIANO. En un coche con recato.
(*Ap.* Honor, no es esto ofenderos;
Que antes es ennobleceros
Lo que con Angela trato.)

LEONARDA. Busca á mi padre, y dirás
Esto que sabes de mí.

FELICIANO. Yo voy. Advierte que aquí
Esa palabra me das.

LEONARDA. De don Juan digo que soy,
Si tú quieres que lo sea,
Aunque nunca á don Juan vea.

FELICIANO. Loco por Ángela estoy. (*Vase.*)

LEONARDA. ¡Bueno es ir por él agora,
Y dentro de casa está!
Vivid esperanza ya.—
¿Oyes, Rufina?

ESCENA XV

RUFINA. — LEONARDA.

RUFINA. Señora...

LEONARDA. Abre ese aposento, y llama
Á don Juan.

RUFINA. En él entré
Denantes, y no le hallé.
Hice despacio la cama;
Y como vi que no vino,
Fuíme.

LEONARDA. ¿Dónde puede estar?
Que no habiendo otro lugar,
Pareciera desatino.
¡Ay de mí! ¿Si se partió
Temiendo mi casamiento?

RUFINA. Pues él no está en mi aposento,
Lo mismo imagino yo.

LEONARDA. Él se fué desconfiado.
¿Qué haré? ¡Muerta soy! ¡Ay cielos!
¡Extraña fuerza de celos!

RUFINA. Si se fué, ¿qué te ha llevado,
Que, los ojos de agua llenos,
Haciendo extremos estás?

LEONARDA. Del alma lleva lo más,
Del cuerpo lleva lo menos.

ESCENA XVI

DOÑA ÁNGELA, MARTÍN. — DICHAS.

D.ª ÁNGELA. Leonarda...

LEONARDA. Angela...

D.ª ÁNGELA. ¿Qué es esto?

LEONARDA. Don Juan es ido. Estoy loca.

D.ª ÁNGELA. ¿Don Juan?

LEONARDA. Con causa tan poca,
Que se echa de ver cuán presto
Olvida quien presto quiere.

MARTÍN. No era muy poco temer
Ser de don Pedro mujer,
Para que su muerte espere.

D.ª ÁNGELA. No me puedo persuadir
Que me dejase mi hermano,

LEONARDA. Pues que te ha dejado es llano,
Para dejarme morir.

MARTÍN. Él no salió por la puerta.

LEONARDA. Sí salió; que siendo bien,
Cuando se va, no le ven.

MARTÍN. Tu hermano viene.

LEONARDA. ¡Estoy muerta!

ESCENA XVII

FELICIANO. — DICHOS; *después*, DON JUAN.

FELICIANO. Ángela, para alegraros
Os traigo lo más que puedo:

Dad los brazos á don Juan.

D.ª ÁNGELA. ¿Don Juan, mi hermano?

LEONARDA. ¿Qué es esto?

(*Sale don Juan.*)

FELICIANO. En un coche con amigos
Le saqué del monasterio.

D.ª ÁNGELA. ¿Cómo no hablas, hermano?

DON JUAN. Porque enmudece el contento
Que viene sin esperanza.
Mucho á estos señores debo,
Pues en tan grave desdicha
Tanta merced nos han hecho.
¿Es la señora Leonarda?

LEONARDA. Yo soy, á servicio vuestro.

DON JUAN. No sólo os beso los pies,
La tierra que pisan beso.

LEONARDA. En extremo he deseado,
Señor don Juan, conoceros;
Que por allá habréis sabido
Lo que á doña Ángela quiero.

DON JUAN. Sé la merced que la hacéis,
Digna de tan nobles pechos.
Ya mi desgracia supistes.
Con razón temo á don Pedro,
Que es quien pretende matarme.
(*Ap.* Mas ya me ha muerto de celos.)

LEONARDA. ¿Mataros? No lo creáis:
No matará, si yo puedo;
Que hay muchos en esta casa
Que pretenden defenderos.

DON JUAN. Como el señor don Antonio
Le quiere para su yerno,
De que os doy el parabién,
Con justa razón le temo.

LEONARDA. Pues no temáis; que he de ser
(Aunque por padre le tengo)
De quien quisiere mi hermano,
Que solamente obedezco.

FELICIANO. Yo te casaré, Leonarda,
Y no será con don Pedro.

LEONARDA. Mil veces te doy los brazos,
Y el pensamiento agradezco.

FELICIANO. ¿ Parécete bien ?
LEONARDA. Sí, hermano.
MARTÍN. Abrace vusté al cajero
De casa.
DON JUAN. Con mucho gusto.
MARTÍN. Randas y cambrayes vendo.
Si hay bodas, no hay que sacar
De cal de Francos; que tengo
Ciertas holandas, sutiles
Más que el propio pensamiento.
Comencé sin una blanca,
Y á la primer flota pienso
Enviar cuarenta fardos,
Y tresdoblando el dinero,
Cargar dos naves que valgan
Siete mil y cuatrocientos.
Luego compro mi lugar
Y en un coche me paseo,
Miro grave y hablo culto
Y quito el sombrero á dedos.
Tres cosas hacen los hombres
Y los levantan del suelo :
Las armas, letras y el trato.
Armas no las apetezco,
Viendo mil soldados mancos
Sopones de los conventos;
Letras no las aprendí ;
Trato desde aquí comienzo.
Fortuna, pues eres dama,
Cuatro moños te prometo
Y diez naguas de algodón,
Con que estés gorda tan presto,
Que encubras, por lo estofado,
Las cantimploras del suelo.
RUFINA. Mi señor viene.
FELICIANO. Don Juan,
Volveos al monasterio
Que sabéis ; que cada día
Ir á buscaros prometo ;
Y fiad de esta palabra.
DON JUAN. Honráis un esclavo vuestro. —
Adiós, señora Leonarda. —

Adiós, Ángela.
D.ª ÁNGELA. Los cielos
Os libren, don Juan.
LEONARDA. Y os guarden
Para lo que yo deseo.

ACTO TERCERO

ESCENA PRIMERA

DON ANTONIO, FELICIANO.

FELICIANO. Cuando don Pedro salía
(Que por su causa no entré),
Escuché que te decía :
« Padre y señor »; con que fué
Cierta la sospecha mía.
D. ANTONIO. Pues ¿ qué sospechas ?
FELICIANO. Sospecho
Que habrás casado á Leonarda.
D. ANTONIO. Tratado está, no está hecho.
Como ser su esposo aguarda,
De tu amistad satisfecho,
Entra por *padre y señor*
Más humilde que un deudor ;
Porque cuantos se han casado
De esta manera han entrado,
Ó sea interés ó amor ;
Pero apenas pasa un mes,
Cuando es suegro y dél se afrentan,
Y por cualquiera interés
Entre las cosas le cuentan
Que se aborrecen después.
Pésales de ver que vive,
Como de heredar los prive,
Y dicen que un siglo dura.
FELICIANO. Don Pedro á tanta ventura
Justamente se apercibe ;

Pero no se la darás,
Á lo menos con mi gusto,
Pues desobligado estás.

D. ANTONIO. ¿ Has tenido algún disgusto
Con don Pedro ?

FELICIANO. Yo jamás.

D. ANTONIO. Pues dóysela yo por ti,
Cuya amistad con exceso
No es de gusto para mí,
Y ¡ agora sales con eso !
¿ No es tu amigo ?

FELICIANO. Señor, sí,
Y á otros muchos preferido.

D. ANTONIO. No, Feliciano : los dos
Habéis reñido ; ¿ qué ha sido ?

FELICIANO. Amigos somos, por Dios ;
No habemos los dos reñido.

D. ANTONIO. ¿ Hay pendencia ? ¿ Hay amenaza ?
¿ Habló mal de ti en ausencia ?
Que hay amigos de esa traza :
Lisonjean en presencia,
Y murmuran en la plaza.
Por mujer debió de ser ;
Alguna te habrá quitado.
No niegues.

FELICIANO. ¡ Yo ! ¿Qué mujer ?

D. ANTONIO. Pues ¿ cómo hoy te causa enfado
Lo que abonabas ayer ?

FELICIANO. Porque mayorazgo era,
Presumiendo que muriera
Su hermano, y vive y está
Fuera de peligro ya,
Y que le dieras quisiera
Mejor marido á Leonarda.

D. ANTONIO. La palabra ¿no se guarda ?

FELICIANO. Digo, Señor, que es muy justo ;
Pero el no ser con su gusto
Me detiene y acobarda.

D. ANTONIO. Pues ¿qué gusto es menester ?
¿ Tengo yo de obedecer
Á Leonarda, ó ella á mí ?
Yo le conocí por ti,

Por ti será su mujer.
Galas y joyas previno,
De mi palabra fiado,
Y cumplirla determino.

FELICIANO. Temor notable me ha dado.
D. ANTONIO. ¿De qué?
FELICIANO. De algún desatino.
D. ANTONIO. ¿Quién le ha de hacer?
FELICIANO. Mi hermana.
D. ANTONIO. ¿Tu hermana?
FELICIANO. Veráslo presto.
D. ANTONIO. Pues fúndese en ser liviana,
Y tú necio y descompuesto;
Y casaréme mañana.
FELICIANO. Pues has llegado á decir
Disparate semejante,
No te quiero persuadir.
D. ANTONIO. Salte allá fuera, ignorante.
FELICIANO. No es ignorancia sufrir. (*Vase don Antonio*).

ESCENA II

FELICIANO.

En gran confusión me siento.
Don Juan está en mi aposento,
Yo por su hermana perdido,
Y don Pedro prevenido
Al injusto casamiento.
¡Qué cortos plazos le dan
Al mal! y el bien ¡cómo tarda!
Todos en peligro están.
Mas ¡ay cielos! ¡si Leonarda
Quisiera bien á don Juan! *Vase.*)

Habitación de Leonarda.

ESCENA III

DON JUAN, DOÑA ÁNGELA, LEONARDA, MARTÍN.

LEONARDA. ¿ Entrarás muy triste aquí ?
D.ª ÁNGELA. Agravias su voluntad.
DON JUAN. Confieso la soledad
Del tiempo que estoy sin ti;
Pero luego que te veo,
Vence la satisfación
Cuanto á la imaginación
Está pidiendo el deseo.
D. ÁNGELA. El cuarto de Feliciano
De suerte compuesto está,
Que en él consolar podrá
Sus soledades mi hermano.
Tiene muy ricas pinturas
Y escritorios excelentes.
DON JUAN. Son de unos ojos ausentes,
Ángela, sombras obscuras.
Abrí la puerta y pasé
Al de Leonarda; que aquí
Amanece para mí
El sol que anoche se fué.
¿ Cuál hombre, de cuantos trata
Favorecer la fortuna,
Acostada vió la luna
En su círculo de plata ? —
¿No es verdad, Martín?
MARTÍN. Señor,
La luna es húmeda y fría,
Y comparalla sería
Con Leonarda, poco amor.
Cada mes su condición
Hace trecientas mudanzas,
Que para tus esperanzas
Contrarios efetos son.
¿ De qué le sirve crecer

Á quien luego ha de menguar?
Quien cuartos pudo inventar,
¿Pudo ser buena mujer?
Demás, que fué gran bajeza
Trocar en cuartos su plata
Por premio, ofendiendo ingrata
Su misma naturaleza.
El cerro del Potosí
Ha hecho lo que ha podido;
Que hablemos en él os pido,
Y no haya cuartos aquí.

LEONARDA. ¿Cómo podré entretener
Á don Juan mientras se esconde?

MARTÍN. Lo que el amor te responde
No quiero yo responder.

LEONARDA. Pero jugando ó hablando
Habrá de ser.

MARTÍN. Pues contemos
Cuentos, porque no podremos
Entretenernos bailando;
Que si no, yo y la mulata
Sabemos un gateado,
Que capona y rastreado
Son cuartos, y estotro plata.

DON JUAN. Si llega tan dulce día
Que yo tenga libertad,
Veremos tu habilidad.

LEONARDA. Pues comienza, Angela mía. (*Siéntanse los tres.*)

D.ª ÁNGELA. Yo no sé cuento ninguno;
Pero también entretienen
Cosas varias: y así, os quiero
Hacer de un pleito jüeces.
Había un hombre de bien,
Gran defensor de mujeres,
Que tenía cierta hermana
Que le acompañaba siempre.
Llamábase el hombre Otavio,
La dama Olimpia, y dos veces
Se vieron, por defenderlas,
Cerca de prisión ó muerte.
Defendió una dama un día,
Y ella también le defiende;

Enamóranse los dos,
Los dos casarse pretenden.
El hermano de esta dama
Vió á la hermana del ausente,
Enamoróse también,
Y ella dicen que le quiere.
En fin, por temor de Otavio,
Á decirlo no se atreve.
Agora os ruego, señores,
Que me digáis cómo puede
Vivir Olimpia, si amor
Difícilmente se vence.

LEONARDA. ¿Queréis que responda yo?

D.ª ÁNGELA. Claro está que lo deseo.

LEONARDA. Pues haga Olimpia el empleo
Á que Otavio la obligó,
Pues que la enseña á querer;
Y los hermanos trocados
Quedarán en paz casados

DON JUAN. ¿Qué puedo yo responder?

MARTÍN. ¡Brava cifra! ¡Pesia tal!
¡Qué enigma tan encubierta!
Si la quiere descubierta
Leonarda. ¿qué dicha igual?

LEONARDA. Si quiero, y le pediré
Las albricias á mi hermano.
Pero oid un sueño.

MARTÍN. En vano
Sueñas; ya no hay para qué.

LEONARDA. La madre de las tinieblas
En la silla de su imperio
Daba las puertas al hurto
Y las llaves al secreto;
Estaban todas las cosas
En un profundo silencio,
Hasta la envidia dormía
(No hay más encarecimiento),
Cuando soñé que en un prado
Estaba sola durmiendo,
Á cuyas flores servía
De abanillo el manso viento,
Y que vino un pardo azor,

De un águila negra huyendo,
Que se amparaba en mis brazos,
Y que por tenerle en ellos
Desperté, y vi que me había
Llevado del pecho abierto
El corazón en las uñas.
¿Qué podrá ser este sueño?

MARTÍN. Notables andáis de cifras.
Que no lo entiende, os prometo,
Uno de aquestos que saben
Castellano como griego.
Declaraos un poco más,
Y lo que decís sabremos.

DON JUAN. Si te llevó el corazón,
Paloma andaluz, durmiendo
El pardo azor de Castilla,
Hago testigo á los cielos
Que te dejó toda el alma.

MARTÍN. ¡Oh qué fin para un soneto!
Nueva manera de amor,
Seguidillas en requiebros.
Azor de Castilla,
Paloma andaluz;
¡Quién los viera, madre,
Comer alcuzcuz!

DON JUAN. Éste está borracho ya.

MARTÍN. ¡Pluguiera á Dios!

LEONARDA. Di tu cuento.

D.ª ÁNGELA. ¡Á gentil entendimiento
Encomendado se ve!

MARTÍN. ¿Tan linda te ha parecido
La cifra que nos dijiste?

D.ª ÁNGELA. Yo me entendí.

MARTÍN. ¿Sí entendiste?
Pues todos te han entendido.

DON JUAN. ¡Ay, mi Leonarda! Si viera
Á doña Ángela casada
Con tu hermano, y que empleada
Mi vida y alma estuviera
En tus méritos divinos.
¡Qué vida fuera la mía!
La fuerza de esta alegría

Me hace pensar desatinos.
Esta ciudad generosa
Fuera mi patria : saliera
Al alba; pero no fuera
Á buscar jazmín y rosa
Al campo, sino á mi lado,
Porque lo hallara en tu cara;
Y yo en tus ojos hallara
Luz serena y sol dorado.
Viera regalada mesa
Tan alegre al mediodía,
Que de tanta dicha mía
Aun á mí propio me pesa.
Cuando la noche en su abismo
Cerrara el cielo español,
Durmiera yo con el sol,
Antípoda de mí mismo.
¿ Qué príncipe, qué señor
Tan descansado viviera?

MARTÍN. Por Dios, que no le dijera
Tal requiebro un labrador.

DON JUAN. Pues ¿qué le puedo decir?

MARTÍN. Grosero amador estás.
Aqui no has hablado más
Que de comer y dormir.

DON JUAN. ¿ Sabes tú más?

MARTÍN. Si, en verdad.

DON JUAN. ¿ Eres tú culto, por dicha?

MARTÍN. Eso fuera por desdicha,
Que no por habilidad.
Dejo las cosas divinas,
A que un hombre está obligado
Después que se ha levantado :
Ya, Señor, las imaginas.
Pero después de comer,
¿ No era justo regalar
Tu esposa, y ver el lugar?
Que una mujer quiere ver.

DON JUAN. Bien es, Martín, que me riñas.
Los deseos me engañaron.

MARTÍN. ¿ Por qué piensas que llamaron
Á las de los ojos niñas?

Porque fué su condición
Ver cuanto pasa, y también
El desear cuanto ven;
Que así las mujeres son.
Llevémosla á cal de Francos;
Que mil mujeres ha habido
Que, por no ver lo encogido,
No dan limosna á los mancos.
Llevémosla por el río
En un encerado barco;
Que una ventana con marco
Hará triste el humor mío,
Vea el sábalo salir
Del agua á la blanca arena,
De lama y de conchas llena,
Y entre las redes bullir.
Vea cómo se alborota,
Preso del cáñamo y plomo
En otro elemento, y cómo
La ñudosa red azota.
Vaya en el coche también
Por el campo de Tablada;
Que una mujer festejada
Sabe que la quieren bien,
Ó á la comedia; que algunas
Saben dejar los chapines,
Si hay rótulos buratines
Con su ramo de aceitunas.
Vaya á esas huertas vecinas,
Vea frutas, corte flores;
Que no todos los amores
Se cubren de las cortinas.
Siempre fué mi parecer
Que el que es discreto, don Juan,
Nunca ha de ser más galán
Que de su propia mujer.

ESCENA IV

RUFINA, *alborotada.* — DICHOS.

RUFINA ¡Ay, Señora! ¿Cómo estás
Con descuido tan notable?
Que tu hermano y mi señor
Riñeron sobre casarte.
Jura que esta noche misma
Ha de ser. Mira qué haces;
Que están las joyas en casa,
Ricas telas y diamantes,
Y el sastre á la puerta, muerto
Por dividir en mil partes
Primaveras y tabíes.

MARTÍN. Ya no saldremos las tardes
Por sábalos.

LEONARDA. Aun no puedo
Mover la lengua.

DON JUAN. Ni hables,
Pues has gustado, Leonarda,
De engañarme y de matarme.

LEONARDA. ¡Yo engañarte, mi señor!
¿Cómo puedo yo engañarte,
Si me ha de costar la vida
El no sufrir que me case?

MARTÍN. Lo que más siento, Rufina,
Es saber que el sastre aguarda
Á echar por esos tabíes,
Como por cerros y valles,
Aquella santa tijera,
Que tales milagros hace.
Cuando la perdida España
Se ganó de los alarbes,
Mandó Pelayo salir
Á todos los oficiales.
Que saldrían respondieron
De buena gana los sastres
Á pelear con los moros
Cuando un pendón acabasen,

Para que van allegando
Pedazos chicos y grandes;
Pero, con haber mil años,
No hay remedio que le acaben
Y puede llegar á Roma
Si los pedazos juntasen.

DON JUAN. Yo no sé mejor remedio.
Di á tu hermano y á tu padre
Lo que don Diego decía;
Que si tal infamia saben,
Y que por eso le hirieron,
No es posible que te casen.

LEONARDA. Eso ya estuviera hecho,
Don Juan, si fuera importante;
Mas si llega á su noticia,
¿Cómo no te persüades
Que los han de hacer pedazos?

DON JUAN. Pues ¿qué importa que los maten,
Á trueco de verte libre?

LEONARDA. Eso es locura.

DON JUAN. Pues dame
Algún remedio, que muero,
Más que nunca viva nadie.

RUFINA. Tu padre

LEONARDA. Escondeos los dos.

DON JUAN. ¿Quién habrá que no se canse
De tanto esconder?

D.ª ÁNGELA. Quien tiene
Amor.

DON JUAN. No hay amor que baste.

(*Vanse don Juan, doña Angela, Martín y Rufina.*)

ESCENA V

DON ANTONIO. — LEONARDA.

D. ANTONIO. ¡Cómo, Leonarda! ¿Es posible
Que á ver las joyas no sales,
Siendo propio en las mujeres
Con las galas alegrarse?
Mira que están los criados

De don Pedro para darte
Tal presente, que es razón
Que le agradezcas y alabes.
¿Qué es esto? ¿No me respondes?

LEONARDA. Señor, por no declararme,
No te respondo.

D. ANTONIO. Bien dices;
Que, puesto que te declares,
Has de hacer mi voluntad,
Porque engendrarte y criarte
Me ha dado este imperio en ti.

LEONARDA. ¿Hacen el alma los padres?

D. ANTONIO. No, sino el cuerpo; que el alma
Dios la infunde.

LEONARDA. Si en tres partes
Se divide el alma, y una
Es la voluntad, ¿no sabes
Que no es tuya, sino mía?
Que aun Dios no quiso quitarme
La libertad, con ser Dios.
Fuera de esto, que es bastanto,
El bien que se da una vez,
No fué de nobles quitalle.
Si el cuerpo me diste, ¿es bien
Que como á dueño le mandes?
Ya es mío, pues me le diste:
Mira que es en hombres graves
Pedir lo que dan, bajeza.

D. ANTONIO ¿Hay libertad semejante?
Mas ven acá; que no quiero,
Como era justo, enojarme.
¿Cuál es mejor casamiento?
¿Que con extraño te cases
Ó con el que más conoces?
¿No es mejor, hija, emplearte
En quien puedas tú decir,
Por conocerle y tratarle,
Que está dentro de tu casa?

LEONARDA. Suplícote que repares
En la palabra que has dicho.

D. ANTONIO. ¿Cómo?

LEONARDA. Yo quiero casarme

Con quien en tu casa vive.
D. ANTONIO. Agora quiero abrazarte
Y echarte mi bendición,
Y á los dos, Leonarda, alcance. (*Vanse.*)

Habitación de Feliciano.

ESCENA VI

DON JUAN, DOÑA ÁNGELA, MARTÍN.

MARTÍN. En efeto ¿nos vamos?
DON JUAN. No es posible
Aguardar á que venga el nuevo esposo.
D.ª ÁNGELA. Culpo, don Juan, tu condición terrible.
DON JUAN. ¿ Cuál hombre tan aprisa fué dichoso ?
D.ª ÁNGELA. Queriéndote Leonarda, es imposible
Darle la mano.
DON JUAN. Un padre es poderoso.
MARTÍN. No hay padre en voluntades de mujeres.
DON JUAN. ¿ Qué viento no mudó sus pareceres?
MARTÍN. Y ¿dónde quieres ir?
DON JUAN. Quiero embarcarme,
Pues fuera de peligro está don Diego.
Aquí puedes, doña Ángela, esperarme,
Que á despedirme de Leonarda llego,
Pues, porque así es razón, quiero forzarme.
No se queje de mi — Tú, parte luego,
Y apercibe la ropa que trujiste.
MARTÍN. Yo voy. (*Vanse don Juan y Martín*)

ESCENA VII

DOÑA ÁNGELA. (*Ap.*)

Yo quedo enamorada y triste.
Pasa la mar el mercader que aspira
Á enriquecer, y por la extraña tierra
De su querida patria se destierra :

Ni el frío teme ni el calor admira.
Del bien gozoso que en su gloria mira,
En alta nave la riqueza encierra;
Y sin temer del elemento guerra,
Las ondas rompe, por llegar suspira.
Mas cuando ya la patria se la daba,
Corre tormenta en el vecino puerto,
Y halló la muerte cuando no pensaba.
Así por este mar del mundo incierto
Contenta mi esperanza navegaba;
Perdonóla la mar, matóla el puerto.

ESCENA VIII

DON ANTONIO. — DOÑA ÁNGELA.

D. ANTONIO. ¿Quién se queja y habla aquí?
D.ª ÁNGELA. (*Ap.*) Ya me ha visto: ¡qué desgracia!
D. ANTONIO. Mujer de tan buena gracia
¡En mi casa vive así!
¿Quién sois?
D.ª ÁNGELA. Señor...
D. ANTONIO. No os turbéis.
D.ª ÁNGELA. Señor, de vuestro valor
Bien puedo fiar mi honor.
D. ANTONIO. Seguramente podéis.
D.ª ÁNGELA. Don Juan de Castro es mi hermano;
Por la herida de don Diego
Vino á su posada luego,
Con don Pedro, Feliciano.
Piadoso me trujo aquí.
D. ANTONIO. (*Ap.*) Agora entiendo la historia.
Dª. ÁNGELA. (*Ap.*) Esperanzas de mi gloria,
Paciencia, que ya os perdí.
D. ANTONIO. (*Ap.* No de balde Feliciano
El casarse defendía
Su hermana.) Y ¿aquí os tenía?
Dª. ÁNGELA. No me ha tocado una mano.
D. ANTONIO. De tan principal mujer
Estoy yo muy satisfecho.
Vuestro hermano ¿qué se ha hecho?

D.ª ÁNGELA. (*Ap.* ¿Qué tengo de responder?)
Á Sanlúcar fué, Señor.
D. ANTONIO. (*Ap.*) Encerrarla quiero aquí.
D.ª ÁNGELA. ¿Qué queréis hacer de mí?
D. ANTONIO. Asegurar un temor.
No temáis; que en mi aposento
Estaréis más recogida.
D.ª ÁNGELA. (*Ap.*) ¡Ay esperanza perdida!
Cobrad vida y nuevo aliento.
D. ANTONIO. Entrad; que os quiero cerrar.
D.ª ÁNGELA. Como no salga de aquí,
Ya no es prisión para mí.
D. ANTONIO. ¿Qué decís?
D.ª ÁNGELA. Que quiero entrar. (*Éntrase.*).
D. ANTONIO. Por Dios, que no ha de salir
Hasta que case á Leonarda.

ESCENA IX

RUFINA. — DON ANTONIO.

RUFINA. Don Pedro, Señor, te aguarda.
D. ANTONIO. (*Ap.*) Agora puedo decir
Que está seguro mi intento,
Pues quitada la ocasión
Se pondrá en ejecución
De Leonarda el casamiento. (*Vase.*)

ESCENA X

MARTÍN, *con la ropa.* — RUFINA.

MARTÍN. ¿Puedo entrar?
RUFINA. Puedes entrar.
MARTÍN. Vengo, Rufina, ¡ay de mí!
Á despedirme de ti,
Hechos los ojos un mar,
Un mar de llanto y enojos.
RUFINA. Ya veo yo, Martín amigo,
La tormenta que contigo

Están corriendo tus ojos.

MARTÍN. ¡Ay, ay, ay!

RUFINA. El ay, ay, ay
Ha mucho que ya pasó.

MARTÍN. ¿No lloras, Rufina?

RUFINA. ¿Yo?
¿Acuérdase del Cambray,
Con qué pescó los quinientos?
Pues dígame, ¿qué me dió?

MARTÍN. ¿Qué había de darte yo?

RUFINA. Por lo menos los docientos.

MARTÍN. Esos no te faltarán;
Pero mira que nos vamos.

RUFINA. Mujeres sólo lloramos
Cuando se van los que dan.

MARTÍN. Sí; pero huélgome aquí
De que nacieses mulata;
Que aunque no quieras, ingrata,
Te pondrás luto por mí.
¿Que no te mueva á piedad
Haber besado el mastín?
Eres su parienta al fin,
Usas la misma crueldad.
¿Cuál hombre pasó en el mundo
La noche que yo pasé?
De la cocina rodé
Al sótano más profundo.
Tú sabes donde dormí,
Cercado con mil cuidados
De orinales vidrïados.

ESCENA XI

LEONARDA, DON JUAN. — Dichos.

D. JUAN. El confiarme de ti
Ha de ser para mi daño.

LEONARDA. No hayas miedo que lo sea.

DON JUAN. En fin ¿quieres que te crea?

LEONARDA. Tú sabes que no te engaño.

DON JUAN. ¿Dónde doña Ángela está,

Martín?

MARTÍN. ¿No está con Leonarda?

LEONARDA. Conmigo no.

MARTÍN. Pues aquí
La dejé mientras juntaba
La ropa.

DON JUAN. Y tú ¿no la has visto,
Rufina?

RUFINA. ¿No puede en casa
Andar doña Ángela libre?

MARTÍN. Si con Leonarda no estaba,
No hay aposento en que esté.

DON JUAN. Habla, Leonarda, ¿qué aguardas?
¿Hame llevado tu hermano,
Como sabe que te casas,
Á mi hermana? ¡Bueno quedo
Sin la suya y sin mi hermana!
¡Vive Dios, que si esto fuese,
Que pienso que tal infamia
Me obligaría!...

LEONARDA. Don Juan,
Paso, y con dignas palabras
De quien eres y quien soy.

DON JUAN. ¿Qué palabras hay honradas
Donde no lo son las obras?

LEONARDA. Mira que conmigo hablas,
Y que si eres defensor
De las mujeres, y tratas
Mal mi respeto, diré
Que las mujeres engañas.

DON JUAN. Leonarda, si esta traición
Procede de vuestra culpa,
Bien sabes que me disculpa
Mi honor y buena opinión;
Porque no será razón,
Donde es la ofensa tan llana,
Que tengas defensa humana,
Pues muy atrevida quieres
Que defienda las mujeres
Y no defienda mi hermana.
¿Sería buena defensa
Que, por defenderte á ti,

Me hiciese tu hermano á mí
En el honor esta ofensa?
Cuando tú te casas, ¿ piensa
Que ha de merecer su mano?
Pues no quiera Feliciano
Que vuestra casa alborote;
Que, aunque pobre, tiene en dote
Ser quien es, y yo su hermano.
Mi hermana ha de parecer;
Porque, en llegando á mi honor,
No hay hermosura ni amor
Por quien le deje ofender.
No he defendido mujer
Con más razon en mi vida.
Dámela, si eres servida;
Basta que, de mí adorada,
Quedes, Leonarda, casada,
No doña Ángela perdida.
Mira tú si á tu hermosura
Igual respeto he guardado,
Pues la espada no he sacado
Para hacer una locura.
Mi honor puesto en aventura,
Y ¡ yo tan cuerdo y discreto!
Pondré la furia en efeto,
Aunque le pese á mi amor;
Que no es bien perder mi honor,
Por no perderte el respeto.

LEONARDA. Tente, espera; que no sé
Que pueda haberte ofendido
Feliciano, y si esto ha sido,
Satisfacerte podré.
Yo misma te vengaré,
Yo seré tuya si quieres;
No te vayas, no te alteres.
Ángela me toca á mí,
Porque he aprendido de ti
Á defender las mujeres.
Si yo soy tuya, no es bien
Que de mi hermano te quejes;
Cuando la tuya le dejes,
Conmigo quedas también.

Seré tuya aunque me den
Mil muertes; cierra los labios,
Mi bien; que los hombres sabios
Cuando se ven agraviar,
Aunque mueran por callar,
No publican los agravios.
Á mi padre, al mundo, al cielo
Diré que soy tu mujer.

DON JUAN. Martín, ¿qué tengo de hacer
Entre tanto fuego y hielo?

MARTÍN. ¿Qué puede darte recelo
En tanta seguridad?

DON JUAN. ¿No sería necedad?

MARTÍN. No, sino razón prudente;
Que si alguna mujer miente,
Veinte mil tratan verdad.
Aman, quieren y aventuran,
Cantan, bailan y entretienen,
Solicitan, van y vienen,
Limpian, regalan y curan.
Nuestro descanso procuran;
Por ellas hay tanta historia
Que guarda eterna memoria:
La casa en que no hay mujer
Como limbo viene á ser,
Ni tiene pena ni gloria.
Lisonja te hago en decir
Que las quieras y las creas,
Porque yo sé que deseas
Honrallas hasta morir.
Sin mujeres no hay vivir;
Que aun Dios vió que convenía
Darle á Adán su compañía;
Que el más valiente que ves,
Lloró, en naciendo, á sus pies,
Pensando que las perdía.

DON JUAN. Ahora bien, aunque no tenga
En toda mi vida honor,
Quiero que mi justo amor
Espada y mano detenga.
Don Pedro á casarse venga,
Tu palabra quiero ver;

Que si supe defender
Mujeres, en esta ofensa
Será la mayor defensa
Fiar mi honor de mujer.
Que sólo su defensor
Aquél puede ser llamado
Que su honor les ha fiado;
Y su enemigo mayor
Quien no les fía su honor.
Yo pongo en ti mi esperanza:
Bueno es hacer confianza
De mujeres principales;
Que hacerlas todas iguales
Es la más necia venganza.
Cuánto les debo me acuerdo,
Puesto que conozco ya
Que algún maldiciente habrá
Que no me tenga por cuerdo.
Con justa causa me pierdo
Y me obligo á defendellas;
Que más quiero yo por ellas
Quedar contento de amallas
Y engañado por honrallas,
Que libre por ofendellas.
(*Vanse don Juan y Rufina.*)

MARTÍN. ¿Puede haber mayor valor?
LEONARDA. Él verá si le hay en mí.

ESCENA XII

FELICIANO. — LEONARDA, MARTÍN.

FELICIANO. ¿Estaba don Juan aquí?
LEONARDA. Yo detuve su furor,
Asegurando su honor
Por excusarte la muerte.
FELICIANO. ¿Cómo hablas de aquesa suerte?
LEONARDA. Pues ¿cómo tengo de hablarte,
Si has querido aventurarte
Á infamarme y á perderte?
FELICIANO. ¿Qué es lo que dices, Leonarda?
LEONARDA. Que por no verte perder,

Tengo de ser su mujer.
FELICIANO. Lo mismo pretendo; aguarda.
LEONARDA. Ya la traición te acobarda:
¿No era al principio mejor?
¡Á un hombre de tal valor
Á su hermana le has quitado,
Habiéndote confiado
Liberalmente su honor!
FELICIANO. ¡Yo quitado! ¿Estás en ti?
LEONARDA. Di dónde la tienes, presto.
FELICIANO. En tu aposento la he puesto,
Desde entonces no la vi;
Y sospechoso de mí,
Don Juan se la habrá llevado.
Y pues ya te has declarado,
Yo le tengo en mi aposento,
Porque solamente intento
Verme de su hermana honrado.
LEONARDA. ¿Tú has escondido á don Juan?
FELICIANO. En mi cuarto le he tenido,
Y él á su hermana ha escondido
Porque á don Pedro te dan;
Que ya juntándose están
Sus deudos para venir
Á casarse.
LEONARDA. Tú has de ir
Á darle satisfación.
FELICIANO. Antes de hacerle traición,
Quiero mil veces morir. (*Vase.*)

ESCENA XIII

LEONARDA, MARTÍN.

LEONARDA. Pues di, Martín, ¿á qué efeto
Don Juan con esta mentira
Culpa á mi hermano? Eso ¿mira
Á mi defensa y respeto?
¿Cuál hombre noble y discreto
Tal hubiera imaginado?
¿Dónde, Martín, la has llevado?

Tú la tienes, esto es cierto,
Y que ha de costarte muerto
La vida que me has quitado.

MARTÍN. Esto solo me faltaba.

LEONARDA. ¿Dónde está? Dímelo presto;
Que te sacaré los ojos,
Si no me lo dices luego.

MARTÍN. Mira que nos ha engañado
Feliciano, y que es enredo;
Que don Juan trata verdad.

LEONARDA. No lo creo.

MARTÍN. ¿No lo creo?
¡Plega á Dios, si la he llevado,
Que vuelva á darme otro beso
El mastín de la cocina,
Y que entre gatos y perros
Pase otra noche tan mala!
Pero déjame entrar dentro;
Que quiero hablar á don Juan. (*Vase.*)

LEONARDA. ¿Qué fin tendrán mis sucesos?

ESCENA XIV

DON ANTONIO. — LEONARDA.

D. ANTONIO. Paréceme que te burlas
De mi obediencia y respeto.
Tres recados te he enviado
De que ya viene don Pedro.
¡Bien agradecida estás,
Que aun sus joyas no te has puesto!
¿Qué tristezas son, Leonarda,
Estas que afligen tu pecho?
¿No basta ser gusto mío?
¿No basta que yo lo quiero?
¿En qué andáis los dos hermanos?
¿Queréis acabarme presto?
¿No basta que diga un padre:
« Dada la palabra tengo »?
No ha menester una hija
Saber cuál hombre, cuál dueño

Su padre le quiere dar;
Que hay tal diferencia en esto,
Que ella escoge con los ojos,
Y él con el entendimiento.
Sólo que te diga yo,
Que sólo tu bien deseo:
« Cásate con quien hallares
Dentro de aquel aposento, »
Basta para obedecerme,
Y para saber que acierto.

LEONARDA. Pues esa es tu voluntad,
Digo, Señor, que obedezco. (*Vase.*)

ESCENA XV

DON PEDRO, *galán;* ACOMPAÑAMIENTO. — DON ANTONIO.

DON PEDRO. Vengo á servirte y honrarme,
Señor, con todos mis deudos.
Dame tus pies.

D. ANTONIO. Con los brazos
Sale á recebirte el pecho.

D. PEDRO. ¿Adónde está Feliciano?
¡Qué poca ventura tengo!
¡No honrarme en esta ocasión!

D. ANTONIO. Yo y Feliciano tenemos
Cierto disgusto.

D. PEDRO. ¿Soy yo
La causa? ¿No está contento
De ser mi cuñado? ¿Ya
Este nombre y parentesco
Le ha quitado el de mi amigo?

D. ANTONIO. Vais de la ocasión muy lejos.
Hele escondido una dama,
Y con este pensamiento,
Lo que siente por amor,
No lo dice por respeto.

D. PEDRO. ¿Cómo no viene Leonarda?

D. ANTONIO. Entremos en su aposento;
Que ya debe de aguardar.

ESCENA XVI

Alzan el tapiz de una puerta y vese á DON JUAN Y LEONARDA, *dadas las manos.* — DICHOS.

D. ANTONIO. ¡Válgame el cielo! ¿Qué es esto?
D. JUAN. Es que estoy con mi mujer,
Y de la mano la tengo.
D. PEDRO. Pues si la tienes casada,
¿Cómo, don Antonio, has hecho
Á un caballero esta burla?
D. ANTONIO. ¿Yo burla? ¡Viven los cielos,
Que ha de morir el traidor!
LEONARDA. Paso, Señor; que no pienso
Que se dejará matar,
Y yo disculpada quedo,
Pues me mandaste casar
Con quien en este aposento
Hallase. Yo hallé á don Juan;
Lo que mandaste obedezco.
D. ANTONIO. ¿Hay tal maldad? ¡Feliciano!
¡Feliciano!
D. PEDRO. Si don Pedro
Es el agraviado, él basta.
D. ANTONIO. Mi aposento me han abierto.

ESCENA XVII

Alzan por la otra parte el tapiz de otra puerta y vese á FELICIANO Y DOÑA ÁNGELA, *de las manos.* — DICHOS.

FELICIANO. Abríle yo con razón,
Las tiernas voces oyendo
Que mi mujer daba en él.
D. ANTONIO. ¿Qué mujer? Traidor, ¿qué has hecho?
DON JUAN. Siendo la mujer mi hermana,
Yo Castro y Portocarrero,
No hay que preguntar quién es.
Si la herida de don Diego

Fué riñendo en ocasión
Como honrado caballero,
Y él me pudo herir á mí,
Bien sabéis que no le ofendo;
Pero si estáis ofendidos...

DON PEDRO. Señor don Juan, yo no siento
Más herida que perder
La esperanza y el deseo.
Pero no se pierda todo.
Dadme los brazos; que quiero
Ser vuestro amigo y de todos.

DON JUAN. Honrad, Señor, vuestro yerno;
Que, aunque pobre, tiene sangre
Del conde de Andrada y Lemos.

D. ANTONIO. Cien mil ducados de dote
Os quiero dar, porque al *Premio*
Del bien hablar demos fin.

DON JUAN. No le deis sin que primero
Salgan Martín y Rufina.

ESCENA XVIII

Salen de las manos MARTÍN Y RUFINA, *vestidos de novios de graciosidad.* — DICHOS.

MARTÍN. Aquí, Senado discreto,
Están Rufina y Martín;
Que nunca salgo de perros.

RUFINA. Yo he menester un padrino.

MARTÍN. Á mis bodas, caballeros,
Convido para mañana,
Si no es que antes me arrepiento.

POR LA PUENTE, JUANA*

PERSONAS

DON DIEGO, *galán*.
EL MARQUÉS DE VILLENA.
DON FERNANDO.
BENITO, *labrador*.
ESTEBAN, *gracioso*.
EL REGIDOR.
DOÑA ISABEL, ó JUANA.
DOÑA ANTONIA, *dama*.
INÉS, *criada*.
CRIADOS. — CRIADAS.
MÚSICOS.
MOZOS. — BARQUEROS.

La escena es en Olías, en Toledo y extramuros de esta ciudad.

ACTO PRIMERO

Portal de la casa de Benito, en Olías.

ESCENA PRIMERA

DOÑA ISABEL, BENITO.

BENITO. Templad, Señora, el dolor;
Que no estáis en tierra extraña.
D.ª ISABEL. ¡Ay huésped! que no hay montaña
Como una ausencia de amor,
Donde el claro resplandor
Del sol nunca ha hecho espejos
La plata de sus reflejos,
Ó donde la arena abrasa

* Aunque en esta comedia no se encuentran episodios que compliquen la fábula ni situaciones nuevas y extraordinarias que exciten la admiración del auditorio, esta misma sencillez del plan y la bondad de los caracteres, unido al interés del asunto, avaloran esta pieza de LOPE. Tal es, en resumen, el juicio que mereció á los editores de una colección publicada en Madrid, que reprodujo el señor Ochoa en la suya de París.

Á la soledad que pasa,
Estando el alma tan lejos.
¡Triste de mí! que el criado
Que fué á buscar al ausente,
Que os he dicho tiernamente
Que es dueño de mi cuidado,
Cobarde ó desesperado,
No ha vuelto; y aunque temer
No pude venirme á ver
En más desdichas que estoy,
Soy mujer y sola estoy;
Que basta decir mujer.
Desta forzosa partida
No me puedo arrepentir,
Porque fué forzoso huir
Para no perder la vida;
Pero sola y afligida,
Lejos de mi patria amada,
¿Qué podré hacer, desdichada?
Que nunca mujer ninguna
Venció su adversa fortuna,
De lo que quiso apartada.
Seguí á un noble caballero,
Con quien me pensé casar;
Fuéme forzoso dejar
La patria, que agora espero;
Fiéme de un escudero
De mi casa, y no volvió;
El que amaba, y se partió,
No sabe que estoy aquí:
Mirad ¿qué será de mí,
El huyendo, ausente yo?
Como dió el Emperador
Al rey francés libertad
Para irse en paz y amistad
De Madrid con tanto amor,
Me ha dado, huésped, temor
Que no se fuese tras él
Á Francia; aunque pienso que él
Mejor con Carlos se iría,
Donde esperan cada día
La portuguesa Isabel.

BENITO. Dicen que á Sevilla viene,
Adonde se ha de casar;
Si allá le vais á esperar,
Mucha paciencia os conviene.
Mi casa, Leonarda, tiene,
Gracias á Dios, donde estéis.
Mejor es que aquí esperéis;
Que pasando cada día
Gente de la Andalucía,
Nuevas de don Juan tendréis.
No os vais á perder así;
Porque jamás la hermosura
Pudo caminar segura;
Que lleva peligro en sí.
Conmigo estaréis aquí,
Y con mi hija, que os ama.
Buena mesa y limpia cama
No os falta: tened paciencia.

D.ª ISABEL. Si no hay tan secreta ausencia
Que no la sepa la fama,
Temo con justa razón
Que en tan público lugar
Me pueda la gente hallar,
Que ha salido de León.

BENITO. ¿Para qué, Señora, son
Los ejemplos que han dejado
Muchos, que se han disfrazado
En hábitos diferentes,
Y en mayores accidentes
Vidas y honor han gozado?

D.ª ISABEL Vamos donde el tiempo baje
Mi soberbia y mi locura,
Por ver si mudo ventura
Con la mudanza del traje;
Que no hay más cruel linaje
De mal, que abatirse en él,
Pues en mi suerte cruel
Pienso, que, siendo Leonarda,
Su furia no me acobarda,
Y soy la misma Isabel. (*Vanse.*)

Sala en casa de don Fernando, en Toledo.

ESCENA II

DOÑA ANTONIA, DON DIEGO.

DON DIEGO. Esto, mi señora, os ruego :
No tengo más que advertiros.
D.ª ANTONIA. Que se ofrezca en que serviros
Estimo, señor don Diego.
DON DIEGO. Pero sin que os cause pena.
D.ª ANTONIA. Pues ¿de qué tenerla puedo?
DON DIEGO. Hoy me dicen que á Toledo
Llega el marqués de Villena,
Porque ya en Sevilla queda
Casado el Emperador.
Hacedme aqueste favor,
De que yo servirle pueda;
Que quiero servir aquí,
Inclinado á esta ciudad,
Después que la libertad,
Patria y amistad perdí.
D.ª ANTONIA. Es Toledo la mejor,
Ó el ser mi patria me engaña;
Que bien sé yo que en España
Hay otras de igual valor :
Y de no poder vivir
En la propria, que dejastes,
Mucho en venir acertastes
Adonde os podrán servir;
Que sabe honrar calidades,
Estimar merecimientos,
Conocer entendimientos
Y agradecer voluntades.
El Marqués es señor mío,
Y mi hermano don Fernando
Le sirve : un mozo que, cuando
Conozcáis su talle y brío,
Le cobraréis afición.
DON DIEGO. ¿Es mozo el Marqués también?

D.ª ANTONIA. Mozo, galán y de quien
Se tiene satisfación
Para la paz y la guerra.
DON DIEGO. El apellido me ha dado
Inclinación y cuidado,
Después que dejé mi tierra.
D.ª ANTONIA. ¿Sois Pacheco?
DON DIEGO. Y deudo suyo,
Aunque nacido en León.
D.ª ANTONIA. Desdichas del tiempo son.
De vuestra persona arguyo
Toda virtud y valor.
DON DIEGO. Siempre la fortuna es ciega.
D.ª ANTONIA. Desde que os hablé en la Vega,
Os cobré notable amor.
DON DIEGO. Mil veces los pies os beso.
D.ª ANTONIA. Vos merecéis afición.
DON DIEGO. Haréisme decir que son
Mis buenas dichas exceso
De las malas que he pasado.

ESCENA III

INÉS. — DICHOS.

D.ª ANTONIA. ¿Qué rumor es este, Inés?
INÉS. ¡Ay, mi señora! El Marqués
Á visitarte ha llegado.
D.ª ANTONIA. (*Á don Diego.*) Salid á ese corredor,
Porque cuando pase os vea.
DON DIEGO. (*Ap.*) Temor llevo de que sea
Ausencia muerte de amor. (*Vase*).

ESCENA IV

EL MARQUÉS, DON FERNANDO, ESTEBAN *y* CRIADOS
— DOÑA ANTONIA, INÉS.

D.ª ANTONIA. De príncipes tan humanos
Es esta grandeza igual.

MARQUÉS. La hermosura celestial
Rindió Césares romanos.
Llegad, Fernando, abrazad
Á vuestra hermana.
D. FERNANDO. Señor,
Con el vuestro no hay amor;
Que es de mayor calidad.
D.ª ANTONIA. ¿Viene vuestra señoría
Con salud?
MARQUÉS. Quien llega á veros,
Muy mal podrá responderos,
Porque es la vuestra la mía.
D.ª ANTONIA. ¿No habláis, Esteban?
ESTEBAN. No tengo
Prosa de ausencia estudiada,
Y os hallo á vos bien tocada,
Con que muy contento vengo;
Que la mujer, aquel día
Que no hay disgusto ó desdén,
Se lleva en tocarse bien
La salve y el alegría.
Cuando no está el frontispicio
De una mujer adornado,
El moño bien asentado,
Y cada cosa en su quicio;
Cuando es jaspe de culebra
Á las diez de la mañana,
Ó anda el diablo en Cantillana,
Ó la semana se quiebra.
MARQUÉS. No le ha quitado el humor
La jornada de Sevilla.
ESTEBAN. Quien vió del Betis la orilla
Y á Carlos emperador
Casarse con Isabel,
¿Qué contento no traerá?
MARQUÉS. ¿No preguntáis cómo está
Fernando?
D.ª ANTONIA. Yo sabré dél
Más de espacio la jornada;
La vuestra quiero saber,
Si lo puedo merecer
Por ausente y desvelada.

MARQUÉS. Ya sabes, hermosa Antonia,
Como fué preso el de Francia
En Pavía, y remitido
Á Madrid, corte de España.
El ejército imperial,
Terror por estas batallas
De los confines del mundo,
Glorioso yace en Italia.
Yo, que venir á Toledo,
Adonde tengo mi casa,
Deseaba, como quien
Ha días que della falta,
Después que en su santa Iglesia
Rendí las debidas gracias,
Vine á verte, hermosa Antonia;
Que al fin de ausencia larga
Debes oirme, así vivas,
Estas amorosas ansias:
En Palacio largos días,
Tristes noches en la cama,
Y en cuidados siempre tristes
Imaginaciones varias;
Poco gusto con amigos,
Ninguno en fiestas y galas,
Desconfianzas de ausencias
Y temores de mudanza;
Faltas del bien que tenía
(Que toda la ausencia es faltas),
Pensamientos de tu olvido,
Y memorias de tus gracias.
Con esto pretendo, Antonia,
Supuesto que no me pagas,
Que conozcas que me debes;
Que para mis penas basta:
Porque, á quien el bien desea,
Cualquiera breve esperanza,
Mientras dura, le da vida,
Y mientras vive, le engaña.
D.ª ANTONIA. En cuantas cosas como éstas
Dice vuestra señoría,
Ninguna como este día
Mentiras tan bien dispuestas.

Ansias, fatigas, temores,
Memorias y soledades,
Como son nuevas verdades,
Quieren parecer amores.
Mas yo los conoceré
En que le quiero pedir
Una merced, por decir
Que les dí crédito y fe.
Un caballero leonés
Me pide que le reciba
En su servicio.

MARQUÉS. Así viva,
Que puede ser él marqués
Y yo su criado, el día
Que sois vos quien lo ha mandado.
Entre yo á ser su criado.

Dª. ANTONIA. ¡ Qué discreta cortesía !

ESCENA V

DON DIEGO. — Dichos.

DON DIEGO. Don Diego Pacheco está,
Gran Señor, á vuestros pies.

MARQUÉS. Si es Pacheco y es marqués,
Yo puedo servirle ya.
Alzad del suelo ; no á mí,
Pedid las manos á Antonia.

D.ª ANTONIA. ¡ Jesús ! Esa ceremonia
No ha de permitirse aquí.
Volved al Marqués, don Diego.

DON DIEGO. Déme vuestra señoría
Las manos.

MARQUÉS. Desde este día,
Que me recibáis os ruego,
Don Diego, en vuestro servicio.

ESTEBAN. (*Ap.*) ¡ Cuál anda el pobre criado,
Vergonzoso y bazucado !
¿ Querrán que pierda el jüicio?

MARQUÉS. Ahora bien, ya que es forzoso,
Mi camarero seréis.

DON DIEGO. En mí un esclavo tendréis.
D. FERNANDO. ¡ Buen camarero!
ESTEBAN. ¡ Famoso!
MARQUÉS. Aunque es volverme á partir,
Me voy, con vuestra licencia.
D.ª ANTONIA. Vengada estoy de mi ausencia;
Mas quiero veros salir.

(Vanse el Marqués, doña Antonia; don Fernando, Inés y los criados.)

ESCENA VI

DON DIEGO, ESTEBAN.

ESTEBAN. ¿ Oye, señor camarero?
DON DIEGO. ¿ Mandáis algo?
ESTEBAN. Dar indicio
De ofrecer á su servicio
Cuanto soy y cuanto espero.
Vuesamerced ha venido
Á una casa de las grandes
De España ; no habrá más Flandes
De cómo será servido.
DON DIEGO. ¿ Quién duda que será gente
De grande ingenio y valor?
ESTEBAN. Es mayordomo mayor
Un hidalgo impertinente;
Guarda su hacienda al Marqués,
Y no se pierde la suya;
Ni dé, ni tome, ni arguya
Con él antes ni después.
El hermano desta dama
Que aquí la salva le hizo,
Sirve de caballerizo,
Buen hijo y de buena fama;
Y aunque ella es la discreción
Y al Marqués de amor abrasa,
Me juran que por su casa
Nunca pasó Salomón.
Caballo tiene el Marqués,
Que me ha dicho en puridad

Que sabe más, y es verdad;
Pero es gallardo y cortés.
De lo que es el secretario,
No sé qué pueda decir.
Deste le conviene huir.

DON DIEGO. ¿Por qué?

ESTEBAN. Es discreto ordinario,
Que es ordinario discreto:
La gente más enfadosa
Del mundo y más peligrosa;
Que de uno y otro conceto
Son mártires todo el día
De su mismo entendimiento,
Sin discrepar un momento
De aquella filatería.
Huya destos; que es crueldad
Sufrir su conversación;
Que matan con discreción,
Como otros con necedad.
Aunque para otros efetos
Le hable y le tenga en pie,
Cuando más seguro esté,
Le dirá treinta sonetos.
Sabe un poco de latín
(Que de pensarlo me angustio),
Con que dice que Salustio
Fué sastre y Tulio rocín.
Peca en peregrinidad,
Propio ingenio de español,
Sabiendo que se honra el sol
De ser todo claridad.
Murióse en esta jornada
El camarero á quien hoy
Sucede; y palabra doy
Que era en menear la espada
La misma destreza el hombre.
Los demás oficios son
Buena gente y de opinión;
Que no es bien que aquí los nombre.
Los pajes, si á luz los saco,
El mejor de veintidos
Yo soy, y soy ¡vive Dios!

Un grandísimo bellaco.
DON DIEGO. Señor Esteban, yo quedo
Contento y agradecido
De que me haya recebido
El de Villena en Toledo.
Sabré, con la información,
Que solo he de ser amigo
De don Fernando.
ESTEBAN. Testigo
Soy de su buena intención.
Antiguamente hubo un dios
De la amistad...
DON DIEGO. ¡ Qué discretos
Pajes !
ESTEBAN. Y éste sus precetos
Redujo también á dos.
DON DIEGO. ¿ Cuales son ? Porque de hoy más
Esos dos precetos sigo.
ESTEBAN. Defender siempre al amigo,
Y no ofendelle jamás.
DON DIEGO. Ahora bien, desde hoy os quiero
Por maestro. Á ver la casa
Voy.
ESTEBAN. Por sus cimientos pasa
Tajo humilde, prisionero
De la casa de Villena,
Del gran Pacheco y Girón.
De lo que es conversación,
No tengáis, don Diego, pena;
Que yo soy lindo fistol,
Y os enseñaré en Toledo
Gustos que gocéis sin miedo,
Claros como el mismo sol.
No doncellas, que después
Dan burlas y piden veras;
Que en habiendo zurcideras,
Engañarán á un francés.
No casadas: de sus brazos
Para siempre me despido,
Donde á un puntapié el marido
Hace la puerta pedazos.
Viudazas, viudazas sí;

Que debajo del decoro
Monjil, hay diamantes y oro;
Que no está el difunto allí.
Verdad es que aquesta Inés
De doña Antonia, me trae
Sin seso; pero no cae
Con el debido interés;
Y aunque el Marqués, mi señor,
Gusta de mis desatinos,
El gastar por los caminos
Ha menester más favor.
Juega el hombre: cuando hay juego,
¿Qué hacienda no se aventura?

DON DIEGO. Aquí la tiene segura,
Siendo amigo de don Diego.

ESTEBAN. Soy su esclavo.

DON DIEGO. Pues conmigo
Venga, y verá lo que pasa.

ESTEBAN. No habéis menester en casa
Más que á Esteban para amigo.
Soy el alma del Marqués.

DON DIEGO. Pues temo que se condene.

ESTEBAN. No hará; que Villena tiene
Llena el alma de quien es. (*Vanse.*)

Calle en Toledo.

ESCENA VII

DOÑA ISABEL *de labradora;* BENITO.

BENITO. Esta es, Señora, la imperial Toledo,
Que el Tajo de cristal á sus pies tiene,
Y parece que en sombras se detiene.

D.ª ISABEL. No sé cómo ese monte no se espanta
De sí mismo y mirar grandeza tanta
En esa luna líquida que tiene
Por grillos de sus pies.

BENITO. De Cuenca viene
Tajo á prendelle con cadenas de oro.

Nunca su nombre ilustre mudó el moro.
Es su iglesia mayor imagen viva
Del cielo, que al gobierno sucesiva
De Pedro reconoce solamente.

D.ª ISABEL. Sus damas, caballeros y su gente
Me han obligado el gusto de manera,
Que en tan noble ciudad vivir quisiera,
Aunque fuera sirviendo en este traje;
Que ya no puede haber cosa que baje
Mi fortuna á lugar más abatido.
Temo que un hombre bárbaro ofendido
Me busque y halle; y si escondida quedo,
Benito, en este traje y en Toledo,
Muy ajustado viene con mi intento,
Teniendo con quietud gusto y contento.

BENITO. El Regidor, que en nuestra aldea tiene
Hacienda, me parece que os conviene.
Su hija doña Antonia es la más bella
Dama deste lugar; si estáis con ella,
No os hará falta discreción ninguna.
Con esto burlaréis vuestra fortuna,
Y veréis un ingenio soberano.

D.ª ISABEL. No hubiera para mí remedio humano
Como vivir donde decís agora,
Y más si es tan discreta esa señora.
Vamos: sabré, Señor, adonde vive;
Que dichosa seré si me recibe.

BENITO. Eso es muy fácil, porque me ha pedido
Que le busque una moza labradora.
Mas no podréis, porque me acuerdo agora
Que había de lavar y amasar.

D.ª ISABEL. Digo
Que á lavar y amasar también me obligo.
Si me agrada esa Antonia.

BENITO. Hay otro enredo:
Que un mozo, de los bravos de Toledo,
Es su hermano también; mas no os dé pena;
Que pienso que está ausente el de Villena,
Y es su caballerizo.

D.ª ISABEL. Que esté ausente
Ó presente, ¿qué importa? Cuando intente
Algún atrevimiento, ¿soy yo boba?

¿No le sabré pegar con una escoba,
Y si jugar quisiere de otra pieza,
Rompelle con un plato la cabeza?

BENITO. Y ¿cómo has de llamarte?

D.ª ISABEL. ¿Cómo? Juana.
Tú el arca, huésped, me traerás mañana,
Y al Regidor dirás que soy de Olías.

BENITO. Por el secreto que en mi pecho fías,
Te ofrezco eterno amor.

D.ª ISABEL. Vamos; que creo
Que abriendo voy la puerta á mi deseo;
Y cuando llego á ver en tal bajeza
Mi valor, mi persona y mi nobleza,
Pienso que no le dejo cosa alguna
Que le pueda vengar de mi fortuna. (*Vanse.*)

Sala en casa de don Fernando.

ESCENA VIII

DOÑA ANTONIA, DON DIEGO.

D.ª ANTONIA. ¡No entráis con malos alientos
De servir y de medrar!

DON DIEGO. Señor que llega á fiar
Amorosos pensamientos,
Ya dice que sus intentos
Muestran indicios de amor,
De hacer merced y favor.

D.ª ANTONIA. Vos le tenéis merecido:
Pero para mí no ha sido
Sino desprecio y rigor.

DON DIEGO. Señora, yo entré á servir
Á un príncipe, que en grandeza
Igualaba su nobleza:
No tengo más que decir.
Siéndome forzoso huir
De mi patria, hallé mi amparo
En vos; que fué mi reparo
(Y era justo, Antonia bella)

Que la luz de tal estrella
Me guiase á sol tan claro.
Desde que en la Vega os vi,
Y atrevido llegué á hablaros,
Propuso el alma adoraros,
Y puso su centro allí;
Que de mi patria salí,
Como quien ya se destierra,
Para servir en la guerra
A Carlos; pero ya estoy
Donde asegurando voy
Las desdichas de mi tierra.
Y luego aquel mismo día
Que el Marqués me recibió,
Al momento me habló
En el amor que os tenía:
Con que, así como decía
Su pensamiento, iba el mío
Desechando el mucho brío
Con que os amaba y quería.
Venció al amor el temor,
Y dí la esperanza al viento.
(*Ap.* ¡Vive Dios, que en esto miento;
Que nunca la tuve amor!
Y del que tengo en rigor
Me está matando en ausencia.
¡Ay, mi Isabel! ¿Qué paciencia
Podré pedir á los cielos?
Que con amor siempre hay celos,
Y con celos no hay paciencia.)
Dióme las joyas que os dí,
Tabíes y primaveras
Que os trujese, y tan de veras
En su amor le conocí,
Que de su casa salí,
Prometiendo la mudanza;
Que desde la confianza
Que hizo de mi valor,
Salió dueño mi temor,
Y despidió la esperanza.

ANTONIA. Don Diego, desde aquel día
Que el Marqués me quiso bien,

No le traté con desdén,
Y su amor entretenía;
Pero, como presumía
De mi amor lo que es razón,
Temblaba de mi opinión:
Y así, del mundo me guardo,
Y á un príncipe tan gallardo
No le he mostrado afición.
Si vos me queréis, yo haré
Que el Marqués no se disguste
De que os quiera, y antes guste
De que yo la mano os dé;
Que de su grandeza sé
Que ha de volver por mi honor.
Siempre fué casto su amor;
Que son, donde no se alcanza,
Principios de la esperanza
Pensamientos de señor.

DON DIEGO. Vos lo decís harto bien;
Pero yo lo haría muy mal,
Si á dueño tan principal
Le fuera traidor también.
Y aunque no lo diga bien,
Tengo, Antonia, por muy cierto
Que tendrá el odio encubierto;
Y señores con enojos
Más despiden con los ojos
Que con rigor descubierto.
Hacer que el Marqués lo quiera
Lo tengo por imposible,
Si él se promete posible
Lo que por mi boca espera.
Querelde, pues persevera
En amaros; que es rigor
Casarme si os tiene amor;
Que no estará bien casado
Marido que fué criado
Donde hubo galán señor. (*Vase.*)

ESCENA IX

EL REGIDOR, DOÑA ISABEL, BENITO.—DOÑA ANTONIA.

REGIDOR. Pienso que te ha de agradar,
Que yo lo estoy por extremo,
La criada que ha traído,
Antonia, nuestro casero. —
Llegad, no estéis temerosa, (*Á doña Isabel.*)
Conoced á vuestro dueño.
D.ª ISABEL. Dadme, Señora, las manos.
D.ª ANTONIA. ¡Qué linda persona! Cierto
Que te agrada con razón.
BENITO. En toda la Sagra, creo
Que no hay moza de su talle,
Brío, limpieza y aseo.
D.ª ANTONIA. ¿Cómo os llamáis?
D.ª ISABEL. ¿Yo, Señora?
D.ª ANTONIA. Vos pues.
D.ª ISABEL. Á servicio vuestro,
Juana.
BENITO. Sí, Señora, Juana;
Que era mi padre su abuelo.
Murió, y huérfana quedó:
¡Á fe que viene de buenos!
Crióla el cura, su tío;
Está grande, y los mancebos
Del lugar son con las mozas
Como los tordos; que en viendo
Colorear mal maduras
Las guindas, andan en celo
Hasta que las dan picadas,
Si se descuidan los dueños.
Por eso la traigo acá.
D.ª ANTONIA. Hicistes como discreto;
Que Juana es gallarda moza,
Dispuesta y de lindo cuerpo.
¿Y el sobrenombre?
D.ª ISABEL. Ó JUANA. De Illescas.

BENITO. Sí, señora; que su abuelo
Se llamó Pedro de Illescas,
Y Juan de Illescas, el viejo,
Fué tío de Alonso Aguado;
Que, Señora, el parentesco
De los Illescas no es
La alcuña de mi abolengo.

D.ª ANTONIA. ¿Qué haciendas sabéis hacer?

JUANA. Las que por allá sabemos:
Lavar, masar y hacer red.

D.ª ANTONIA. Del buen talle me contento.
Regalar quiero á Benito.

REGIDOR. Y yo también darle quiero
Un vestido, que se ponga
Las fiestas.

BENITO. Los pies le beso.
(*Vanse doña Antonia y el Regidor.*)

ESCENA X

JUANA, BENITO.

JUANA. ¿Oye, tío? traiga el arca.

BENITO. Al otro mercado vuelvo.

JUANA. Si allá viniere mi primo,
Diga que estoy en Toledo. (*Vase Benito.*)

ESCENA XI

JUANA.

Sale la nave próspera y bizarra
De Flandes con inquietas banderolas,
Y sin temor de caminar á solas,
Las áncoras del puerto desamarra.
Entra en el golfo, deja atrás la barra;
El mar se altera, y en dos horas solas,
La deja el viento entre las pardas olas,
Como granizo helado á verde parra.
Mas, siendo entonces su furor ensayos,

Viendo que nace el sol, y hay más bonanza,
En ánimo se truecan sus desmayos.
  Así, viendo del cielo la mudanza,
Adoro los celajes de sus rayos,
Siendo al temor alivio la esperanza.

ESCENA XII

INÉS. — JUANA.

INÉS. ¿ Sois vos la recién venida?
JUANA. Y ¿vos quien sirve esta casa?
INÉS. Soy quien se huelga de veros
Tan compuesta y aliñada,
Que la que se fué, tenía
El traje como la cara.
Vos seáis muy bien venida.
JUANA. Vos seáis muy bien hallada.
INÉS. Vos habéis tenido dicha
Y elección muy acertada.
Á casa venís, que creo
Que os hallaréis bien pagada
Del trabajo y del servicio.
JUANA. ¿ Es de condición muy brava
La señora doña Antonia?
INÉS. Es un ángel, una santa :
Á nadie en toda su vida
Dijo una mala palabra.
Casa, en fin, donde no hay
Señora mayor; que basta
Para que puedan vivir
Con libertad las criadas.
JUANA. Cierto que lo tengo á dicha,
Ya que salgo de mi casa.

ESCENA XIII

DON FERNANDO. — DICHAS.

D. FERNANDO. Inés...
INÉS. Señor...

D. FERNANDO. Esa ropa
Viene de larga jornada.
INÉS. ¡Gracias á Dios, que ya tengo
Quien me ayude á jabonarla!
D. FERNANDO. ¿Quién?
INÉS. Juana, recién venida.
D. FERNANDO. Por Dios, que es tan buena Juana,
Que puede lavar al Rey.
JUANA. ¿Quién es éste?
INÉS. Hijo de casa.
JUANA. ¿De casa ó del Regidor?
INÉS. ¡Del Regidor! ¡Qué ignorancia!
JUANA. Como yo vengo de Olías,
No sé de Toledo nada. —
Señor, aquí, ya lo veis,
Vengo á servir.
INÉS. Perdonalda;
Que no sabe más agora.
JUANA. La ropa, mande sacarla;
Que quien allá lavó anjeo,
Tendrá por guantes la holanda.
D. FERNANDO. Si las almas se vistieran
Camisas, bella aldeana,
Lavar tus manos pudieran
Las camisas de las almas.
JUANA. ¡Ay, lo que ha dicho Señor!
¡Hola, Inés! ¿úsase en Francia
Traer las almas camisas?
INÉS. Dícelo porque le agradas;
Que son encarecimientos
De verte las manos blancas.
JUANA. Como yo vengo de Olías,
No sé de Toledo nada.
D. FERNANDO. Á ver, Juana, esas patenas.
¡Bravos corales y sartas!
JUANA. Hágase allá: ya lo entiendo.
¿Piensa que soy ignoranta?
D. FERNANDO. (*Ap.* ¡Que diese naturaleza
Á tal hermosura y gracia
Tan rústico entendimiento?)
Oye, espera, tente, para.
JUANA. Estése quedo, Señor.

D.FERNANDO. ¡ Qué arisca que es la villana !
JUANA. ¿ Yo morisca ? ¡ Malos años !
Cristiana vieja y muy rancia.
D.FERNANDO. Que no digo sino arisca.
JUANA. Pregunte en toda la Sagra.
Qué gente son los Illescas.
INÉS. No sé quién ha entrado en casa.

ESCENA XIV

ESTEBAN. — Dichos.

ESTEBAN. ¿ Está don Fernando aquí ?
D. FERNANDO. ¿ Qué hay, Esteban ?
ESTEBAN. Que te llama
El Marqués, mi señor.
D.FERNANDO. Voy. (*Vase.*)
ESTEBAN. Mira que en el patio aguarda.
(*Vase don Fernando.*)

ESCENA XV

JUANA, ESTEBAN, INÉS.

ESTEBAN. Pues, Inés, ¿ no hay más hablar ?
¿ Toda la lealtad se acaba
En habiendo ausencia ?
INÉS. Yo
No hablo á quien no me habla.
ESTEBAN. Hablar y abrazar, Inés.
INÉS. ¿ Qué me trae de la jornada ?
ESTEBAN. ¿ Es poco traerme á mí ?
INÉS. Es de la jornada nada.
JUANA. (*Ap.*) Por donde quiera que voy,
Hallo amor, ¡ Brava abundancia !
No pienso que hay en el mundo
Otra cosa más usada.
Los retirados y graves
¿ De qué se admiran y espantan ?
Si ignoran cómo nacieron,

Es temeraria ignorancia.
Así se conserva el mundo.

ESTEBAN. ¿ Quién es aquesta villana,
De tan lindo talle y brío ?

INÉS. Salga fuera, noramala,
Y no sea bachiller ;
Que es recién venida á casa.

ESTEBAN. Labradora de sentidos,
Pespuntadora de entrañas,
Ojos de brillante espejo,
Que mirando te retratas,
Linda del cabello al pie,
Honra ilustre de la Sagra,
Por el delantal famosa,
Y por el sayuelo hidalga:
¿ Labras vidas ó heredades ?
Que pienso que tus pestañas
Son agujas de tus ojos,
Pues que con sus niñas labras.
Vuelve esa cara. ¡ Ay, qué linda !
¡ Vive Dios que tiene estampa
De coger almas con queso,
Como eres toda de natas !

INÉS. (*Ap.*) ¿ Esto sufro ?

JUANA. Diga, Inés :
¿ Es también hijo de casa
Este señor barbipollo ?

ESTEBAN. Esto ¿le parece falta?
¿ Es mejor cuatro bigotes,
En cuyas espesas ramas
Haya soto de conejos?
Porque yo no sé que valgan
Más que para ser escobas,
Barrer y regar la cara.

JUANA. Como yo vengo de Olías,
No sé de Toledo nada.

INÉS. Señor viene.

JUANA. ¡ Á la cocina!

INÉS. Sube esa escalera, Juana.

ESTEBAN. (*Ap.*) Juana me ha muerto, señores.
Reñí con ella sin armas.
¡ Qué virotazo me ha dado! (*Vase.*)

ESCENA XVI

JUANA, INÉS.

INÉS. ¡Ah traidor! ¿así me pagas
Tanto amor, tanta amistad? —
Juana, ¿es esta buena entrada?
JUANA. No temas, Inés; que soy
Un cuerpo que anda sin alma,
Una cifra no entendida,
Una escritura borrada,
Una sombra que anda en pena,
Y una pena en sombras tantas,
Que sólo un sol, que está ausente,
Puede con su lumbre clara
Descifrarle y darle vida,
Gloria, gusto y esperanza.
INÉS. No te entiendo.
JUANA. Ni es posible.
INÉS. Loca me pareces, Juana.
JUANA. Como yo vengo de Olías,
No sé de Toledo nada.

ACTO SEGUNDO

Galería en casa del Marqués.

ESCENA PRIMERA

EL MARQUÉS, DON DIEGO.

DON DIEGO. Las fábulas de Ovidio á pensar llego
En lo que vienes refiriendo agora.
MARQUÉS. Desde este corredor miré, don Diego,
Á Venus transformada en labradora.
Parece el agua entre sus manos fuego;
Le da el Tajo cristal, y ella le dora;

Que, si á sus manos cándidas se atreve,
Las doradas arenas vuelve nieve.
Muchas veces, don Diego, entretenido,
Mirando el Tajo, que mi casa baña,
He visto damas, músicas he oído,
Que es en Toledo la mejor de España;
Pero en el instrumento referido,
La labradora, que Sirena engaña,
Con voz tan celestial cantó de suerte,
Que estatua de sus manos me convierte.

DON DIEGO. Mujer de tales prendas y tal brío,
¡Lava, de la manera que refieres,
Con instrumento tan helado y frío!
Me obligas que presuma que la quieres.

MARQUÉS. El talle, el aire, el gusto, el modo, el brío,
Dan sangre y calidad á las mujeres,
No hay en el gusto más razón que el gusto;
Que aquello es justo con que yo me ajusto.
Conviene la igualdad al casamiento,
Á los estados, no á los accidentes.

DON DIEGO. Amor es un primero movimiento,
Que nace de igualar inconvenientes.
Bien pueden confirmar el casamiento
Dos personas de estados diferentes.
Mas ¿qué quieres hacer? que si te agrada,
Mejor es pobre y fácil que endiosada.

MARQUÉS. (*Llamando.*) ¡Estebanillo! ¡Esteban!

ESCENA II

ESTEBAN. — DICHOS.

ESTEBAN. Señor...

MARQUÉS. Dame
Un arcabuz: salir al Tajo quiero.

ESTEBAN. ¿Quieres, Señor, que alguna gente llame?

DON DIEGO. El desengaño con la vista espero.
(*Vase Esteban.*)

MARQUÉS. Cuando viéndola cerca me desame,
Más contento tendré que considero.

DON DIEGO. Las distancias desmienten á los ojos.

No son de tu valor claros despojos.
(Vuelve Esteban.)

ESTEBAN. Aquí está el arcabuz.

MARQUÉS. Toma, don Diego,
Ese arcabuz.

DON DIEGO. Dos bandas de palomas
Andan por esas peñas, aunque luego
Del verde monte suben á esas lomas.

MARQUÉS. Vamos á ver si en tal desasosiego
Se templará la llama de mi fuego. *(Vanse.)*

Orillas del Tajo.

ESCENA III

JUANA, INÉS, OTRAS CRIADAS, MÚSICOS, MOZOS.

INÉS. Pon la ropa en ese suelo;
Que aquí habemos de bailar.

JUANA. No me mandes alegrar;
Que más cuidado recelo.

INÉS. Deja agora tus tristezas;
Que los músicos se irán.

JUANA. Otro día volverán.

INÉS. ¡ Qué cansada estás, si empiezas !
No te entiendo : una vez eres
Entendida y cortesana,
Y otra, rústica villana.

JUANA. Soy de tornasol. ¿ Qué quieres ?

INÉS. Que mudes de tornasol.

JUANA. No ha de tener mi tristeza
En ningún color firmeza,
Hasta que torne mi sol.

INÉS. ¿ Qué sol ni qué disparate?
Ponte aquesas castañuelas.

ESCENA IV

ESTEBAN, EL MARQUÉS, DON DIEGO. — DICHOS.

ESTEBAN. (*Dentro.*) Quita al alcón las pigüelas,
Será del viento acicate;
Que de palomas fregonas
He visto una banda allí.
MARQUÉS. (*Dentro.*) ¿Quieren bailar?
DON DIEGO. (*Dentro.*) Señor, sí.
(*Salen el Marqués, don Diego y Esteban.*)
JUANA. Mira que hay muchas personas.
¡Hola, Inés! dime, ¿quién es
El de la banda y cadena?
INÉS. Es el marqués de Villena.
JUANA. ¡Válgame Dios! ¿el Marqués?
Toquen, y vaya de joya.
MARQUÉS. Ya no lleva aqueste río
Nieve pura y cristal frío,
Sino reliquias de Troya.
(*Cantan los músicos, y bailan Juana, Inés, las criadas y mozos.*)
MÚSICOS. *Por el río de mis ojos*
Nadando quiero pasar;
Las olas de mis enojos
Dicen que me han de anegar.
Cuando el ausencia porfía,
¿Quién vencerá su aspereza?
Nadando va mi tristeza,
Por llegar á su alegría;
Y nunca puedo alcanzar
Mis deseados despojos:
Las olas de mis enojos
Dicen que me han de anegar.
MARQUÉS. ¿Hay tal nadar y tal río,
Tales olas, tal donaire?
ESTEBAN. Si esto nada por el aire,
Con tales brazos y brío,
¿Qué nadará por la tierra?
MARQUÉS. Quedaos vosotros aquí.
JUANA. ¡Hola! ¿Viene el Marqués?

INÉS. Sí.
ESTEBAN. (*Ap.*) Si él la tira, no la yerra.
MARQUÉS. (*Llegándose á Juana.*) Por el alto corredor,
De donde veo este río,
Vi, labradora, ese brío,
Que en dama fuera mejor.
Cuanto me agradaste allá,
Lo confirmé aquí, de suerte
Que sin seso vengo á verte.
JUANA. Inés, burlándose está.
INÉS. Claro es eso.
MARQUÉS. Vete, Inés, (*Ap. á ella.*)
Con mis criados un poco.
INÉS. Sí haré; que he visto aquel loco. —
Juana, entretén al Marqués.
MARQUÉS. ¿Juana en efeto os llamáis?
JUANA. Para lo que le cumpliere.
MARQUÉS. Del nombre *Juana* se infiere
La gracia con que matáis;
Porque, al revolver la luz
De esos ojos, no hay despojos
Que no maten vuestros ojos.
JUANA. Aténgome al arcabuz.
MARQUÉS. Y ¿de adónde sois?
JUANA. No sé
Si se lo diga.
MARQUÉS. Decid.
JUANA. Al gigante de David
Quite vuesasté la G.
MARQUÉS. ¿De Olías sois?
JUANA. Acertó.
¡Han vido! ¿Quién se lo dijo?
MARQUÉS. Amor, que, en tus ojos fijo,
Luz de tu patria me dió.
Puede ser que la belleza
Supla un rudo entendimiento.
(*Ap.* De que me agrade me afrento;
Que es en un noble bajeza.)
JUANA. Quedo, quedo; que no es tanta
La ignorancia.
MARQUÉS. ¿De qué modo?
JUANA. Bien, Señor, lo alcanzo todo,

Y la corte á nadie espanta.
Yo no volviera por mí,
Como vuestra ofensa fuera
Del entendimiento afuera;
Por mi entendimiento sí.
El interior aposento
Afrenta quien le desalma;
Y así, es volver por el alma
Defender mi entendimiento.

MARQUÉS. ¿Cómo hablaste rudamente,
Y agora con discreción,
Pues ya tus palabras son
En estilo diferente?

JUANA. Soy de un lugar rudo parto;
Pero para juegos breves
Tengo...

MARQUÉS. ¿Qué?

JUANA. Dos treinta y nueves,
Y el que yo quiero descarto.

MARQUÉS. No es mala la fullería.
De suerte que ¿el juego entablas
En dos lenguas y en dos hablas?

JUANA. Me sucede como haría
Con cierto mal importuno
Aunque no es para villanas,
Tengo el gusto con cuartanas:
Huelgo dos, y callo el uno.

MARQUÉS. No sé si puedo entender
De tu estilo y tu presencia
Que es segura tu inocencia.

JUANA. Pues ¿en qué lo echáis de ver?

MARQUÉS. Ahora bien, espera aquí. (*Llégase á don Diego, á quien habla aparte.*)

JUANA. (*Ap.*) ¡Esto me faltaba agora!

MARQUÉS. Don Diego, esta labradora
Me tiene fuera de mí.
Háblala, y di que me vea;
Que quiero mudarla el traje. (*Llégase á Inés, y habla aparte con ella.*)
Tú, Inés, vete, y ese paje
Viento de sus pasos sea.
Esto sin réplica.

INÉS. Adiós.
MARQUÉS. (*Ap. á Inés.*) No le digas á tu ama
Palabra.
INÉS. ¡Qué mala fama
Tenemos!
MARQUÉS. (*Á don Diego y Juana.*) Hablad los dos.
(*Vanse todos, menos Juana y don Diego.*)

ESCENA V

JUANA, DON DIEGO.

DON DIEGO. Discreta y bella serrana,
El Marqués manda que os hable.
JUANA. ¡El Marqués á mí! ¿Por qué?
Idos con Dios y dejadme.
DON DIEGO. ¡Cielos! ¡Qué es esto que veo!
JUANA. Ojos, ¿sufrís que me engañe
La imaginación? ¿Qué es esto?
¡Don Juan!
DON DIEGO. ¡Tú en aqueste traje!
JUANA. Siguiéndote, señor mío.
DON DIEGO. Habla, pues, no te recates...
— No nos vean abrazar;
Que demostraciones tales
Arguyen conocimientos,
Dicen amistades grandes.
JUANA. Con el nombre de Leonarda
Peregriné los umbrales
Que hay desde León á Olías;
Allí paré, y á buscarte
Envié á Leonardo, y viendo
Que en diluvios de pesares
Fué cuervo, salí yo misma.
DON DIEGO. Bien dices: la oliva traes
En esa amorosa boca.
Dame, reina de las aves,
La paz en el arco hermoso
De los divinos celajes
Que en tus ojos amanecen;
Que yo, por lo que tú sabes,

Iba por servir á Carlos,
Que en Italia, Francia y Flandes
Tiene guerras de envidiosos,
De sus blasones esmalte.
Serví con nombre fingido
Á un príncipe, que en la sangre
Y valor, no reconoce
Al Macedonio Alejandre.
Don Diego Pacheco soy,
Aunque soy don Juan del Valle,
Como tú, Leonarda agora,
Doña Isabel de Nevares.
Mas ¡ay de mí! que no hay dicha
Segura por todas partes;
Que para comprar placeres,
Es la moneda pesares.
Quiere el Marqués, mi señor,
Que en sus amores te hable,
Que su voluntad te diga,
Que su tercero me llame.
Señora de mi señor
Quiere que pueda llamarte;
Que, como el sol, aunque tenga
Obscuras nubes delante,
Por entre pardos resquicios
Con rayos dorados sale,
Así el sol de tu nobleza
Por entre toscos celajes
Descubre los rayos bellos
De tu generosa sangre.
No sé qué habemos de hacer.

JUANA. Agravio, don Juan, me haces
En no confiar de mí
Lo que las mujeres valen
En las adversas fortunas;
Que son diamantes amantes.
Las entrañas de los montes
No crían tan duros jaspes.
¿Qué bronce, como su pecho,
Corresponde incontrastable
Á los golpes de la lanza,
Ni qué firmeza hay tan grande

Como una mujer que quiere?
Vete, y dile que no trate
De vencer con intereses
Ledas firmes, nobles Dafnes.
Y pues le sirves, y puedes
Entrar á verme y hablarme,
No quiero que aquí nos vean,
Aunque el dejarte me mate.
Adiós, mi sola verdad.

DON DIEGO. Adiós, destas venas sangre,
Alma deste firme pecho :
Vive en sus brazos constante. (*Vase.*)

ESCENA VI

ESTEBAN. — JUANA.

ESTEBAN. ¿Fuése don Diego?

JUANA. Ya es ido.

ESTEBAN. No le he contado al Marqués
Que te había conocido,
Juana, temiendo después
Tu desengaño y mi olvido.
Entre los puros cristales
Y arenas de oro del Tajo,
Sobre peñas desiguales,
Con rostro sereno y bajo
Lavaba el amor pañales.
Ya riendo, ya llorando,
Ya torciendo, ya contando
Á Inés sus pasados cuentos,
Camisas y pensamientos
Vile á Juana estar lavando.
Con más belleza y traición
Que pasando el mar Europa,
Entre canción y canción
Acepillaba la ropa
Con el dichoso jabón.
Las manos de blancas natas,
De lavar y ser ingratas,
No se quejaban á Inés,

Viendo que estaban los pies
En el río y sin zapatas.
El agua en cercos y enredos
Se los lava y se los besa;
Y como se estaban quedos,
¿Quién fuera arena traviesa
Que le anduviera en los dedos?
Juana, el rostro levantando,
Miróme, y fuíme acercando,
De suerte que mi intención
Dije con el corazón,
Y díjela suspirando:
« Tú pues, que mi muerte tratas
Con tus ojos homicidas,
Con que el alma me arrebatas,
Di, Juana, ¿por qué me olvidas?
Di, Juana, ¿por qué me matas? »

JUANA. Esteban, yo soy amiga
De Inés, y no es bien se diga
Que le he sido desleal:
Mira que le pagas mal
Lo que te quiere y te obliga.
Vete á servir á tu dueño;
Que de no hacerla traición,
Mi palabra y fe te empeño;
Y fuera desta ocasión,
Otro amor me quita el sueño.
Cojo la ropa, y adiós. (*Vase.*)

ESCENA VII

ESTEBAN.

¡Juana! ¡Juana! Mala tos
Te le quite. — Fuentes, ríos,
Ayudad mis desvaríos;
Que quiero quejarme en *vos*.
Ea, ninfas de Helicona,
Hoy tenéis nueva corona
De laurel; que en vuestro polo

Muere amando un paje Apolo
Por una Dafne fregona. (*Vase.*)

Sala en casa de don Fernando.

ESCENA VIII

DOÑA ANTONIA, DON FERNANDO.

D.ª ANTONIA. ¡De esa manera lo dices!
¿Tú eres hombre de valor?
D.FERNANDO. Prueba, Antonia, qué es amor,
Porque no te escandalices.
D.ª ANTONIA. Sí; pero un hombre, Fernando,
De tu obligación, es justo
Que ponga en sujeto el gusto,
Digno de sus ojos.
D.FERNANDO. Cuando
Viene amor por accidente,
No se le da á la elección
Voto, como en la razón,
Que es calidad diferente;
Y, Antonia, yo me resuelvo
En que me muero por Juana.
D.ª ANTONIA. Tienes alma tan tirana,
Que las espaldas te vuelvo. (*Vase.*)
D.FERNANDO. No digas tal; que es locura;
Aunque ya á tan necia vienes,
Que puedo pensar que tienes
Envidia de su hermosura.

ESCENA IX

DON DIEGO. — DON FERNANDO.

DON DIEGO. En vuestra busca, Fernando,
Vengo con grande contento.
D.FERNANDO. Pedidme albricias á mí,

Pues que mi gusto es el vuestro.
DON DIEGO. Hallé una joya perdida.
D. FERNANDO. Por muchos años y buenos.
Pues venís con tanto gusto,
No era de pequeño precio.
DON DIEGO. Era un hermoso diamante,
Sortija de un casamiento,
Que podrá ser que algún día...
D. FERNANDO. Enseñádmele.
DON DIEGO. No puedo;
Que le he dejado á guardar;
Mas enseñarle prometo.
¿Qué os hacíais?
D. FERNANDO. Aquí estaba
Dando esperanzas al viento,
Y riñendo con mi hermana.
DON DIEGO. Son diferentes efetos.
D. FERNANDO. Quiero enseñaros la causa. —
¡Juana!... (*Llamando.*)

ESCENA X

JUANA. — DICHOS.

JUANA. ¡Señor!...
D. FERNANDO. Dadme luego
Un jarro de agua: las manos
Manché de tinta escribiendo.
JUANA. Voy por fuente, agua y toalla. (*Vase.*)

ESCENA XI

DON DIEGO, DON FERNANDO.

D. FERNANDO. ¿Qué os dicen mis pensamientos?
¿Ríñeme bien doña Antonia?
¿Haréis burla de mí y dellos?
DON DIEGO. ¡Burla! ¿Por qué, si no he visto
Más airoso talle y cuerpo
Que el de aquesta labradora,

Aunque perdone Toledo?
D. FERNANDO. Para que me deis disculpa
Os la enseño; que no quiero
Que la alabéis.
DON DIEGO. Bien seguro
Podéis estar de mis celos.

ESCENA XII

JUANA, *con agua, toalla y fuente.* — DICHOS.

JUANA. (*Á don Fernando.*) Bien puede vuesamerced
Lavarse; que viene fresco
Tajo bañado de plata,
Desde el aljibe riendo.
DON DIEGO. (*Ap.*) Mal podré tener paciencia,
Pues á cuantas partes llego,
Hallo quien quiere á Isabel:
Si en León ¡ airados cielos!
Por dama airosa y gallarda;
Por labradora, sirviendo.
¿ Á cuál hombre dió el amor
Tanta manera de celos?
D. FERNANDO. Echa nieve de esas manos
Para que temple mi fuego.
JUANA. ¡ Nieve! ¿Soy yo Guadarrama?
¿Soy nube ó helado cierzo?
D. FERNANDO. ¿Parécete que un desdén
No tiene fuerza de hielo?
JUANA. Yo no entiendo aquesas cosas.
D. FERNANDO. Yo sí, Juana; que me muero
Por esas niñas hermosas,
Echa más agua.
JUANA. Estáos quedo.
Pues que ya os habéis lavado,
Tomad la toalla luego;
Que me aguarda á quien le pesa.
DON DIEGO. (*Ap.*) Y de suerte, que sospecho
Que estoy rogando á mis ojos
No crean lo que están viendo.

ESCENA XIII

INÉS. — DICHOS.

INÉS. ¡Con qué espacio, Juana, estás!
¿Déjasme á mí?...
JUANA. ¿Qué te dejo?
INÉS. Cuanto hay que hacer hoy en casa.
JUANA. ¿Piensas, Inés, que me huelgo
De estar aquí?
D. FERNANDO. Deja, Inés,
Que la conozca don Diego;
Que le he dicho sus donaires.
JUANA. Las ignorancias que tengo,
Llama donaires, Señor.
INÉS. Con ese entretenimiento
¡Se hará muy bien la comida!...
Vendrá Señor, y tendremos
Pesadumbre por tu gusto. *(Vase.)*

ESCENA XIV

JUANA, DON DIEGO, DON FERNANDO.

JUANA. Ya, señor don Diego, quedo
Para que os burléis de mí;
Que ha dado á mi costa en esto
Don Fernando, mi señor.
DON DIEGO. ¡Burlas, Juana! No lo creo.
De veras habla Fernando,
Y que tú respondes, pienso,
Con las mismas á su amor.
JUANA. ¿Qué es amor?
DON DIEGO. Amor es fuego.
JUANA. ¡Fuego de Dios en amor!
¿Eso quiere un hombre cuerdo
Que tenga mujer ninguna?
DON DIEGO. Luego, tampoco, sospecho,
Sabrás qué es celos.

JUANA. Yo no.
DON DIEGO. Celos son bastardo efeto
De amor, celos es locura
En que da el entendimiento,
Celos es desamor propio,
Celos es vivir temiendo
Que aquello que un hombre adora,
Quiere ó mira á otro sujeto,
Por ausencia ó por mudable
Condición.
JUANA. ¿ Celos es eso?
Pues, don Diego, en vuestra vida
Los tengáis; que son de necios.
Tened amor y no más;
Que vuestros merecimientos
Son tales, que por mi voto
No tenéis de qué tenellos.
DON DIEGO. Con esas seguridades
Nos engañan por momentos
Las mujeres.
JUANA. ¿ Qué mujeres ?
Porque en eso hay más y menos.
D. FERNANDO. Cese, don Diego, por Dios,
La plática; que sospecho
Que os debéis de enamorar.
DON DIEGO. Que ya lo estoy os confieso.
¿Quiéreos mucho?
D. FERNANDO. ¿ Qué es querer?
Tiene de diamante el pecho,
Tiene de mármol el alma,
Tiene el corazón de acero.
DON DIEGO. Pues yo pensé que os quería.
D. FERNANDO. Vamos, y os iré diciendo
Los lances que me han pasado.
DON DIEGO. (*Ap.*) Muriéndome voy de celos.
(*Vanse don Diego y don Fernando.*)

ESCENA XV

JUANA.

Cuando el sujeto que se quiere y ama,
Muestra tibieza y vive sin cuidado,
Es darle celos la razón de estado
De amor que más provoca, incita y llama.
Canta con celos en la verde rama
Del olmo el ruiseñor, que vió en el prado
Á quien sigue su prenda enamorado,
Y más cuando ella finge que desama.
Contenta estoy, con poca diligencia,
En ver que despertaron mis desvelos
Al dueño de mi amor por competencia.
Muera á cuidados, mátenle recelos;
Porque, cuando hay tibieza por ausencia,
El remedio mejor es darle celos.

ESCENA XVI

DOÑA ANTONIA. — JUANA.

D.ª ANTONIA. Huélgome de hallarte aquí;
Que á solas hablar deseo
Contigo.
JUANA. Que tienes, creo,
La satisfación de mí
Que siempre te merecí.
D.ª ANTONIA. La satisfación me obliga
Á que mi pasión te diga.
Escúchame, Juana.
JUANA. Escucho.
D.ª ANTONIA. El amor me obliga á mucho.
JUANA. Tu criada soy y amiga.
D.ª ANTONIA. Quiero un secreto pedirte.
JUANA. Aquí á tu servicio estoy.
D.ª ANTONIA. Tengo un mal, Juana, en que doy,
Difícil de persuadirte.

. . . .[1]
Que es un infierno de fuego.
¿Conoces este don Diego,
Amigo de don Fernando?

JUANA. Agora estaban hablando
Los dos, y se fueron luego.

D.ª ANTONIA. Ese, de cuanto hay en mí
Es dueño, que adoro y quiero.

JUANA. (*Ap.*) ¡Ah celos, qué mal agüero
Fué alabarme de que os dí!

D.ª ANTONIA. Agora has de hacer por mí.
¿Sabes su casa?

JUANA. ¿No es
En la casa del Marqués
(*Ap.* ¡Ay ingrato dueño mío!),
Que es la que cae hacia el río,
Adonde me lleva Inés?

D.ª ANTONIA. Es casa tan conocida,
Que no la puedes errar.
Un papel le has de llevar,
Juana; que le va la vida
Á mi esperanza perdida.

JUANA. ¿Á quién, Señora?

Dª. ANTONIA. Á don Diego.

JUANA. Pensé que al Marqués...

Dª. ANTONIA. Y luego
De mi parte le dirás...

JUANA. Basta, no me digas más.

Dª. ANTONIA. Esto, mi Juana, te ruego.

JUANA. Eso, mi ama, haré yo....
(*Ap.* Aunque de muy mala gana.)

Dª. ANTONIA. Pues entra y daréte, Juana,
El papel. (*Vase.*)

ESCENA XVII

JUANA.

¡Qué presto halló
Castigo quien se burló!

---

[1] Falta el quinto verso de esta décima.

Paciencia para sufriros,
Amor. ¡Ay, tristes suspiros!
Celos, no costéis tan caros;
Que cuanto me agrada el daros,
Me entristece el recebiros. *(Vase.)*

Galería en casa del Marqués.

ESCENA XVIII

EL MARQUÉS, DON DIEGO.

MARQUÉS. ¡Buena respuesta has traído!
DON DIEGO. No he visto tal condición.
MARQUÉS. Siempre esta resolución
Gente rústica ha tenido.
DON DIEGO. Con sus iguales se entienden;
Que, indignas de prendas tales,
De los hombres principales
Bravamente se defienden.
Tus razones la cansaron,
Tus promesas la ofendieron,
Tus dádivas no rindieron
Ni tus dichas alcanzaron;
Finalmente, he sospechado
Que vencer esta mujer
Más difícil ha de ser
Que romper un monte helado.
MARQUÉS. Mira, don Diego, quien ama
No se ha de cansar tan presto.
DON DIEGO. Antes bien un pecho honesto
Obliga cuando desama.
MARQUÉS. Si aquesta mujer me amara
Al instante que me viera,
Por mucho que la quisiera,
Por mujer vil la dejara.
Vuelve á hablarla; que rogando
Y prometiendo, ha de ser
Conquistar una mujer,

Que no huyendo y despreciando.
Háblala de parte mía,
Y no te canses de hablar;
Que no se ha de conquistar
Una mujer en un día. (*Vase.*)

ESCENA XIX

DON DIEGO.

¡Por qué de partes me asalta
La fortuna! ¿Qué paciencia
Ha de tener mi prudencia,
Ó qué desdicha me falta?
Si no es dejando esta tierra,
¿Cómo he de poder vivir?
Pienso que he de proseguir
De Carlos Quinto la guerra.
Pasarme á Italia es mejor,
Pues tan mal nos va en España. —
No podré, si me acompaña
En cualquiera parte amor.
Pero cansado y ausente,
¿Quién me lo puede estorbar?

ESCENA XX

JUANA. — DON DIEGO.

JUANA. (*Ap.*) Dicha he tenido en hallar
Á mi enemigo presente.
¡Que esté solo y en tal puesto!
Mas burlóse amor conmigo.
¡Qué tarde se halla un amigo
Y un enemigo ¡qué presto!
DON DIEGO. ¿Quién es?
JUANA. La que ya no es.
DON DIEGO. ¡Oh qué gracia!
JUANA. ¿Es mucha?
DON DIEGO. Es tanta,

Que por mujer no me espanta.
En fin, ¿buscas al Marqués?

JUANA. ¿Qué Marqués?

DON DIEGO. El que está aquí,
Y despreciábasle allá.

JUANA. Este papel te dirá
Si vengo á buscarte á ti.

DON DIEGO. ¡Papel para mí! ¿De quién?

JUANA. De tu dama.

DON DIEGO. Tú lo eras
Antes que á buscar vinieras
Á quien te obliga tan bien.

JUANA. Dejémonos de porfías.
Toma el papel.

DON DIEGO. ¿Tienes seso?

JUANA. Toma... y responde.

DON DIEGO. Confieso
Las obligaciones mías;
Pero en poniendo los pies
Adonde estás, se acabaron;
Pues en efeto buscaron
Livianamente al Marqués.
¡Qué presto que te mudaste!
Yo debía hacerlo así,
Pues para venir aquí,
Á doña Antonia burlaste.
Yo aseguro que dirías
Que traerías el papel,
Para negociar con él
Lo que para ti querías.
Y aun le harías escribir
Lo que ella no imaginaba;
Porque si al Marqués amaba,
Pudiera tu amor decir
Que á un tiempo engañaba á tres,
Y aun á cuatro, pues amando,
Tú engañabas á Fernando,
Á mí, á Antonia y al Marqués.

JUANA. ¿Ha dicho vuesamerced?

DON DIEGO. Poco para tal traición.

JUANA. Pues oiga por caridad,
Pues callé mientras habló.

DON DIEGO. Yo ¿ qué tengo que escuchar ?
JUANA. ¡ Qué malas señales son
El meter el pleito á voces !
Calle, pues callaba yo.
Doña Antonia, mi señora,
Me ha contado la afición,
Que vuesamerced olvida
Por el Marqués, su señor ;
Cómo la quiso en llegando
Á Toledo, y que los dos
Se hablaron algunas veces
En dulce conversación ;
Pero que después, sirviendo,
El respeto le guardó
Que debe un buen escudero,
Que non sabe mentir, non.
Si es vuesamerced marqués,
Pues por él le dejo yo,
Este marqués he buscado,
Éste fué á quien tuve amor,
Y éste es á quien ya no quiero :
Y así, con gran devoción
Le hago una reverencia,
Dejo el papel y me voy.
Si le he dado pesadumbre,
Diga, dándome perdón :
« Mensajero sois, amigo,
Non merecéis culpa, non. »
DON DIEGO. Tente, escucha.
JUANA. ¿ Que me tenga ?
Déjeme ir ; que, por Dios,
Que es poca el agua del Tajo
Para que lave su error.
DON DIEGO. Oye, Isabel.
JUANA. ¿ Qué Isabel ?
DON DIEGO. La que adoro.
JUANA. Juana soy.
Suélteme...
DON DIEGO. Tente.
JUANA. El vestido
Que mi desdicha me dió.

ESCENA XXI

EL MARQUÉS. — DICHOS.

MARQUÉS. ¿Qué es esto?
DON DIEGO. Que no hay remedio
Que te quiera esta mujer.
Demonio debe de ser.
JUANA. Á no estar vos de por medio,
Nos matábamos aquí
Como cochinos, pardiez.
MARQUÉS. ¡Tú en mi casa!
JUANA. Alguna vez
Este corredor subí,
Y no he tenido advertencia
De entrar acá, hasta que agora
El mandallo mi señora
Me dió ocasión y licencia.
Vengo á buscar á Fernando;
Que le queremos cortar
Unas camisas: y al dar
El primer paso temblando,
Sale estotro escuderón,
Y dice que yo he de ser
Vuestra mujer. ¿Qué mujer?
Las de mi patria no son
Mujeres para Girones,
Ni Villenas ni Pachecos;
Son de Illescas y Mazuecos,
Toribios, Sanchos y Antones.
Quédese, Señor, con Dios;
Que el escudero algún día
Me pagará la porfía
Que hemos tenido los dos.
Yo le cogeré en mi casa.
DON DIEGO. Pues yo ¿qué ofensa te he hecho?
Bien sabes, Juana, mi pecho.
JUANA. Ya sé todo lo que pasa.
MARQUÉS. Juana, yo estimo tu honor.
Si don Diego te habló en mí,

La culpa tuve; que fuí
Quien le declaró mi amor.
Entra; que quiero mostrarte
Mi casa y darte un regalo.

JUANA. ¡Á fe, que no fuera malo
Dar celos á Durandarte!
Pero soy mujer de bien,
Y por esto me voy luego.

MARQUÉS. Tente. — Detenla, don Diego.

DON DIEGO. Tente, escucha.

JUANA. ¿Vos también?
Pues por vos me voy mijor.

DON DIEGO. Oye una palabra, Juana.

JUANA. ¡Vos á mí! (*Vase.*)

MARQUÉS. ¡Fuerte villana!
Ya es tema lo que fué amor. (*Vanse.*)

Sala en casa de don Fernando.

ESCENA XXII

DOÑA ANTONIA, ESTEBAN.

D.ª ANTONIA. Tanto olvido en el Marqués
No debe de ser sin causa.

ESTEBAN. Con esta joya me envía:
¡Así todos me olvidaran!

D.ª ANTONIA. Memoria quiero, y no joyas.

ESTEBAN. Desa manera se llaman.
El que regala se acuerda,
El que olvida no regala.

D.ª ANTONIA. No ver ni hablar ¿es regalo?

ESTEBAN. Como á mí me regalaran,
Mas que nunca me quisieran.

D.ª ANTONIA. Pedir al galán la dama
Algo de su gusto, es cosa
Que obliga á servirla y darla.

ESTEBAN. Sí; que una dama á un galán
Que truchas le presentaba,

Le pidió un trucho una vez,
Diciendo que le cansaban
Las truchas hembras; y el triste
Anduvo cuatro semanas
Buscando un trucho varón.

D.ª ANTONIA. Y ¿hallóle?

ESTEBAN. Dos trujo en agua,
Y dijo que las guardasen,
Porque después en la casta
El macho conocería
Viendo la trucha preñada. —
Pero ¿qué me quieres dar,
Y contaréte la causa
Del descuido del Marqués?

D.ª ANTONIA. Una cadena mañana.

ESTEBAN. ¡Mañana!

D.ª ANTONIA. Pues ¿es muy tarde?

ESTEBAN. No, Antonia; mas, pues aguardas
Á mañana, yo también
Quiero aguardar á mañana.

D.ª ANTONIA. ¡Lindo bellacón te has hecho!
¡Inés, Inés! (*Vase Esteban.*)

ESCENA XXIII

INÉS. — DOÑA ANTONIA; *después*, JUANA.

INÉS. ¿Qué me mandas?

D.ª ANTONIA. ¿Vino Juana?

INÉS. Ya ha venido. (*Sale Juana.*)

D.ª ANTONIA. ¿Qué hay de mis sucesos Juana?

JUANA. Malas nuevas,

D.ª ANTONIA. ¿Cómo así?

JUANA. Hallé aquel hombre en la sala,
Dí el papel; tomó el papel,
Y á las primeras palabras
Cruzó la cara á las letras.

D.ª ANTONIA. ¿Cómo á las letras la cara?

JUANA. Rasgándole en mil pedazos,
Y diciendo: « Si vuestra ama
Porfía, iréme á la guerra;
Que favor y merced tanta

Como me hace el Marqués,
Con traiciones no se pagan.
Hoy me ha dado mil escudos
Y un caballo, que envidiaran
Los del sol, á no ser de oro;
Que vale á peso de plata. »
Con esto me despedí;
Pero diciéndole airada:
« Cuando los hombres no quieren,
Notables achaques hallan. »

D.ª ANTONIA. No te escucho más.
JUANA. Espera.
D.ª ANTONIA. No quiero escucharte nada;
Que no escucha libertades
Quien tiene sangre en el alma. (*Vase.*)

ESCENA XXIV

JUANA, INÉS.

JUANA. ¿Qué dices de aquesto, Inés?
INÉS. ¿Qué quieres que diga, Juana?
JUANA. ¡Dichoso es este don Diego!
Todas le quieren.
INÉS. Bien basta
Por ejemplo doña Antonia.
JUANA. ¡Ay, quién de ti se fiara!
INÉS. ¿Tienes tú, Juana, también
Tu poco de amor?
JUANA. Estaba
Segura, y diéronme celos.
INÉS. ¡Qué mala pedrada!
JUANA. Mala.
Yo tengo, Inés de mis ojos,
Dos vestidos en el arca,
Y quiero que los saquemos,
Porque me dicen que bajan
Estas tardes á la Vega
Muchos galanes y damas.
Allí quiero ver mis celos,
Y tú sabrás quién los causa;
Sabrás tú mi pensamiento,

Y yo sabré quien me mata.
Pero esto con gran secreto.

INÉS. En razón de secretaria
Soy dinero de avariento,
Soy noche, bosque y montaña :
Soy pobre humilde que asiste
Adonde señores hablan ;
Soy libro que no se vende,
Que es la cosa que más calla;
Y para decirlo en breve,
Soy necesidad honrada.

JUANA. Pues tomaremos dos mantos
Con ricas ropas y sayas;
Que quiero ver en secreto,
Si el que dices te acompaña...

INÉS. Está segura de mí.

JUANA. Quiero ver si un hombre habla
Con una mujer que temo.

INÉS. ¿Y luego?

JUANA. Sacarle el alma.

ACTO TERCERO

ESCENA PRIMERA

INÉS y JUANA, *de damas, con mantos.*

INÉS. Esta es la Vega de Toledo, Juana,
Que doña Juana fuera bien llamarte.
No acabo de mirarte y de admirarte.
¡Qué lindo talle y qué persona tienes!

JUANA. Cuando me muero yo, ¡de burlas vienes!
¡Ay Inés! esto hacen galas y oro.
No hay cosa que les dé mayor decoro
Que vestir ricamente, á las mujeres.
Cuando estas graves y damazas vieres,
Atribuye á las galas la hermosura.

INÉS. Si ellas no tienen la primer ventura,

Que es el nacer hermosas, no lo creas,
Por más diamantes que en sus cuellos veas,
¿Es posible que tú villana fuiste?
JUANA. Tú misma agora, Inés, te respondiste,
Pues yo te he parecido gran señora
Con las galas, naciendo labradora.
INÉS. Mi ama es ésta: cúbrete.
JUANA. No acierto.
Que es de mis celos la ocasión advierto.

ESCENA II

DOÑA ANTONIA, UNA CRIADA. — DICHAS.

D.ª ANTONIA. Aquí quiero sentarme; que esta tarde
Hace la Vega su vistoso alarde
De la hermosura y galas de Toledo.
JUANA. (*Ap. á Inés.*) Inés, que nos conozcan tengo miedo.
INÉS. Pues no le tengas, porque estás de suerte,
Que yo me admiro cuando llego á verte.
CRIADA. ¡Bellas damas! Parecen forasteras.
D.ª ANTONIA. ¡Ah señoras hermosas!...
INÉS. (*Ap. á Juana.*) ¿Qué te alteras?
D.ª ANTONIA. ¿Quiérennos dar de tanto sol un rayo?
JUANA. Vuesamerced lo pida al mes de mayo.
D.ª ANTONIA. ¿Son de Toledo?
JUANA. ¿Para qué le importa?
D.ª ANTONIA. ¡Qué bravos filos! Bravamente corta.
JUANA. Pues advierta que somos sevillanas.
D.ª ANTONIA. Quite dos letras y serán villanas.
JUANA. (*Ap á Inés.*) ¿Si nos ha conocido?
INÉS. Calla, necia.
JUANA. Y ella, que tanto del valor se precia,
Enséñenos la cara por su vida;
Porque viene muy larga y mal prendida.
D.ª ANTONIA. Esa culpa será de las criadas.
JUANA. ¿Criadas tiene?
D.ª ANTONIA. Muchas, tan honradas,
Que pueden ser sus amas.
JUANA. No lo crea...
Y mire ese galán que la pasea.

ESCENA III

DON DIEGO. — DICHAS.

D. DIEGO. (*Ap.*) Al campo saco las tristezas mías
Por ver si las venciese en desafío.
JUANA. (*Ap. á Inés.*) Inés, este es aquel ingrato mío.
INÉS. Luego ¿don Diego fué quien te dió celos?
D.ª ANTONIA. ¡Oh don Diego! llegad.
D. DIEGO. ¡Inmensa dicha!
¿Vos en la Vega?
JUANA. (*Ap. á Inés.*) ¡Qué mayor desdicha!
INÉS. Pues ¡tú, de mi Señora, estás celosa!
JUANA. Dí en esta necedad.
D.ª ANTONIA. Menos dichosa
Me prometí la tarde: pues os veo,
No tengo que pedir á mi deseo,
Aunque correspondéis ingratamente.
D. DIEGO. ¡Serviros, si el Marqués os quiere tanto!
JUANA. (*Ap. á Inés.*) Estoy, Inés, por descubrir el manto,
Y hacer un desatino.
INÉS. Espera un poco.
JUANA. No hay celos cuerdos, si el amor es loco.

ESCENA IV

EL MARQUÉS, ESTEBAN. — DICHOS.

MARQUÉS. ¿Es aquél don Diego?
ESTEBAN. Él es,
Y no está mal ocupado.
INÉS. (*Ap. á Juana.*) Juana, el Marqués ha llegado.
JUANA. ¿Qué habemos de hacer, Inés?
INÉS. Que si has visto lo que quieres,
Nos vamos á casa luego.
MARQUÉS. ¿Quién hablará con don Diego?
ESTEBAN. No sé; pero dos mujeres
Bizarras están allí.
D.ª ANTONIA. Venid, don Diego, hasta el río.

Por ingrato os desafío,
Ya que á la Vega salí.

D. DIEGO. ¿Qué mayor satisfacción
Os puedo dar que el Marqués?

D.ª ANTONIA. No hay satisfacción, después
Que me habéis muerto á traición,
Ni es el reñir excusado.

D. DIEGO. Si es desafío español,
¿Quién ha de partir el sol,
Si llevo al sol enojado? (*Vanse los dos y la criada.*)

ESCENA V

EL MARQUÉS; JUANA É INÉS, *tapadas;* ESTEBAN.

MARQUÉS. (*Á Juana.*) Dé vuesamerced lugar,
Señora tapada, á ver
Si tan bizarra mujer
Tiene más con que matar
Que con tal donaire y brío.

JUANA. (*Ap.*) ¡Esto es bueno para mí,
Llevándome el alma allí
Aquel enemigo mío!

ESTEBAN. (*Á Inés.*) Suplico á vuesamerced
Se quite la sobrevaina,
Y no dé heridas con vaina.

INÉS. Allá, paje, entretened
Con mujeres enfaldadas
Vuestra cansada persona.

ESTEBAN. Y ¿no puede ser fregona
Alguna de las tapadas?

MARQUÉS. (*Á Juana.*) Merezca, no por quien soy,
Sino solo en cortesía,
Ver amanecer el día.

JUANA. Con tanta desgracia estoy,
Que no puedo responderos.

MARQUÉS. La quietud habéis perdido.
Decid, ¿quién os ha ofendido?
Si en algo puedo valeros,
Os podéis de mi servir.

JUANA. Podéis hacerme merced

De dejarme... (*Hace que se va.*)

MARQUÉS. Detened
El paso; que habéis de oir,
Pues matáis.

JUANA. ¡Tan de repente
Parézcoos bien!

MARQUÉS. Y muy bien.

JUANA. ¡Que cuanto los hombres ven
Quieran bien tan fácilmente!

MARQUÉS. Yo á nadie quiero.

JUANA. Mirad
Qué condición es la vuestra,
Si bien ponéis en la nuestra
Antojos de liviandad,
Pues hoy en sola una casa
Queréis bien á dos mujeres.

MARQUÉS. Mujer notable, ¿quién eres?
¡Dos mujeres!

JUANA. Eso pasa:
Y tan desiguales son,
Que son señora y criada.

MARQUÉS. Por Dios, que estáis engañada.

JUANA. Pero tenéis condición
De señor, que, harto y cansado
De la perdiz, apetece
La vaca; y así, parece
Que os da doña Antonia enfado,
Y Juana os regala el gusto.

MARQUÉS. ¡Vive Dios, que he de saber
Quién eres!

JUANA. Una mujer.
Hacerme fuerza no es justo.

ESTEBAN. (*Á Inés.*) ¿Oye, señora tapada
Menos desdenes.

INÉS. Ataje
La manopla, señor paje,
Ó habrá coz y bofetada.

ESTEBAN. ¿Eres haca? que no creo
Que eres mujer. Pero advierte
Que soy paje de alta suerte,
Y que en señoras me empleo.
No tuve sarna en mi vida,

Ni he tomado punto á media.

INÉS. Bien la condición remedia;
Que, desde Adán procedida,
Tienen sarna original.

ESTEBAN. ¡Vive Dios, que te he de ver!

INÉS. Mire que hay una mujer
Que no le ha querido mal,
Y no quiero que me arañe.

ESTEBAN. ¿Qué importa, si la aborrezco?

INÉS. Pues yo soy, y quien merezco,
Perro, que tu amor me engañe. (*Descúbrese.*)

ESTEBAN. ¡Vive el cielo, que es Inés!
¿Hay tal cosa? Tente, para.

INÉS. No pienso dejarte cara.

MARQUÉS. ¿Qué es eso, Esteban? ¿Quién es?

ESTEBAN. Inés, Señor, disfrazada.

MARQUÉS. (*Á Juana.*) Y tú, ¿quién eres, mujer?

JUANA. Si Inés se ha dejado ver.
¿De qué sirve estar tapada?
Juana soy: cáteme aquí. (*Descúbrese.*)

MARQUÉS. ¡Qué dices! ¿Hay cosa igual?
¡Ay donaire celestial!...
¿Á matar sales así?
¿Tú eres labradora?

JUANA. Pues.
Anda acá, Inés; no nos riñan.

MARQUÉS. ¿Desta manera se aliñan
Villanas?

JUANA. Anda acá, Inés.

MARQUÉS. Espera: en mi coche irás.

JUANA. ¿Qué coche ni qué cochino?
¿Queréis torcer el camino
(Ya me entendéis lo demás)
Y zamparme en vuestra casa?

INÉS. Vamos, Juana.

JUANA. Inés, camina.

MARQUÉS. Labradora peregrina,
Si tosco sayal me abrasa,
¿Qué sirven almas de seda? (*Vanse Juana é Inés.*)

ESCENA VI

EL MARQUÉS, ESTEBAN.

MARQUÉS. ¿Has visto, Esteban, mujer
Más bella?
ESTEBAN. No puede ser
Que ser más hermosa pueda.
MARQUÉS. ¡Hay tan notable invención
De enamorar y matar!
ESTEBAN. ¡Que no puedas conquistar
Su villana condición!
MARQUÉS. Si enamorarme pretende
Desta suerte, ¿qué he de hacer?
Algo hay en esta mujer
Que se mira y no se entiende. (*Vanse.*)

Sala en casa de don Fernando.

ESCENA VII

DON DIEGO, DOÑA ANTONIA.

D.ª ANTONIA. Del haberme acompañado
Estoy muy agradecida,
En mi esperanza perdida
Por el engaño pasado.
D. DIEGO. No hay amor desengañado
Que quiera más, si no alcanza
Á entretener la esperanza:
Con que me obligo á creer
Que no hay distancia en mujer
Del amor á la mudanza.
Pues para no ser ingrato
Á la merced que me hacés,
Pedid licencia al Marqués,
Y veréis que no dilato

El casarme, siendo ingrato
Al favor que me otorgáis;
Que si licencia alcanzáis,
Al mismo punto veréis
Que la posesión tenéis,
Sin que esperanza tengáis. (*Vase.*
D.ª ANTONIA. Perdida esperanza mía,
¡Albricias! que ya os hallé.

ESCENA VIII

JUANA. — DOÑA ANTONIA.

JUANA. ¿Cuando don Diego se fué,
Quedas con tanta alegría?
¿Qué habéis tratado los dos?
D.ª ANTONIA. ¡Ay Juana! Mi casamiento.
JUANA. Muy justo fué tu contento.
Yo se lo pediré á Dios.
D.ª ANTONIA. Yo te prometo casar
Con un oficial honrado.
JUANA. En fin, ¿queda concertado?
D.ª ANTONIA. No falta más de tratar
Mi dicha con el Marqués,
Yo le voy á ablhar; que es justo
Que esto sea con su gusto.
Lo demás sabrás después. (*Vase.*)

ESCENA IX

JUANA.

Aquí se acabó mi vida,
Aquí dió fin mi tragedia,
Aquí en sombra mi esperanza
Con triste luto y sangrienta
Dió fin al acto postrero.
No hay que aguardar, pues ya queda
Todo abrasado el teatro,
Y la campaña desierta.

Aquí fué Troya, aquí mi suerte ordena
Que tenga vida yo para más pena.
¡ Oh cuántas veces, amor,
Te dije yo que tuvieras
Más respeto á la razón !
Mas tú ¿qué razón respetas?
¿Quién dijera que don Juan
Pagar ingrato pudiera
Tan grandes obligaciones,
Tanto amor, tantas finezas?
¡ Ah, nunca yo te amara ni te viera,
Alma de mármol, corazón de piedra !
¿Qué habemos de hacer? Morir,
Y no aguardar á que vean
Mis ojos lo que ya saben;
Pues sea mi muerta ausencia.
¿Volveremos á la patria?
No; que hay venganzas en ella,
De quien traté con desprecio,
Por amar quien me desprecia.
¡ Ah cielos ! ¿ quién podrá tener paciencia ?
Que en infinito amor no hay resistencia.

ESCENA X

INÉS. — JUANA.

INÉS. ¿ De qué das voces, Juana?
JUANA. De desdichas.
Inés, á Dios te queda;
Que, puesto que villana,
Cubre tosco sayal alma de seda.
Yo voy por mis vestidos.
Por dicha los que ves fueron fingidos.
INÉS. ¿ Adónde vas ? Detente.
JUANA. Por la puente de Alcántara á esas peñas
Desesperadamente.
INÉS. Tu nobleza conozco por las señas.
Más que pareces eres.
JUANA. Hay hombres deshonor de las mujeres;
Pues ¿cuál no fuera buena,

Si no nos encantaran el oído ?
INÉS. Dime, por Dios, tu pena.
JUANA. No quieras más de que mi historia ha sido
Confusa Babilonia.
Don Diego se ha casado con Antonia.
INÉS. ¡ Casado !...
JUANA. Allá en el río
Debieron de tratarlo aquesta tarde.
Voyme, voyme : no fío
De mis ojos paciencia tan cobarde.
¿ Qué aguardo ? ¡ Fuego, fuego !
Antonia se ha casado con don Diego. (*Vase.*)
INÉS. ¡ Fuése desesperada !

ESCENA XI

DOÑA ANTONIA. — INÉS.

D.ª ANTONIA. ¿ Qué es esto, dime, Inés ?
INÉS. Agora creo
Que la villana honrada
Celosa espía fué de su deseo.
Dª. ANTONIA. ¡ Cómo, celosa !
INÉS. Juana
Está sin seso desde ayer mañana.
Sin duda no es grosera,
Con el traje que trae de labradora ;
Que tener no pudiera
Tales vestidos, á no ser señora,
De que iba ayer cargada,
Y anduvo por la Vega disfrazada.
Celos son de don Diego,
Porque hoy en la Vega le has hablado.
D.ª ANTONIA. Agora sí que llego
Á creer el respeto mal guardado.
Mil sospechas tenía :
Tal vez me hablaba bien, y tal fingía.
¡ Que no la detuvieras !
INÉS. Agora sale : síganla. ¿ Qué esperas ?
D.ª ANTONIA. ¿ Qué haré ?
INÉS. Que consideres...

Dª.ANTONIA. ¡ Qué cobardes nacimos las mujeres !
¿ Si se va con don Diego ?
INÉS. Pues ¿ eso dudas ?
D.ª ANTONIA. Siempre amor es ciego.
Sólo para engañarme
Trató del casamiento : todo ha sido
Con palabras burlarme.

ESCENA XII

DON FERNANDO. — DICHAS.

D. FERNANDO. ¿ Qué es esto, doña Antonia?
D.ª ANTONIA. Que se ha ido
La infame labradora,
Y mis vestidos se ha llevado agora.
D. FERNANDO. ¡ Juana con malas manos,
Teniéndolas tan buenas!
INÉS. ¡ Linda flema!
D. FERNANDO. ¡ Pensamientos villanos !
Que diera yo para vencer su tema
Más joyas que ha llevado,
Sólo porque escuchase mi cuidado.
Pienso que solamente
Pudiera ser bastante esta bajeza
Para que el fuego ardiente
Que ha encendido en mi pecho su belleza,
Sus rigores templara.
¡ Tan malas manos con tan linda cara !
D.ª ANTONIA. Mientras que das al viento
Exclamaciones vanas y amorosas,
Seguirla quiero.
D. FERNANDO. Intento
Que se ajuste á mis penas tan forzosas ;
Que pienso que la lleva
Un falso amigo que no sale á prueba.
D.ª ANTONIA. Yo quiero acompañarte.
INÉS. Sin duda que los dos pasan la puente.
Dª. ANTONIA. Daré á mi padre parte.
D. FERNANDO. De ninguna manera. Brevemente
Saquen el coche, hermana.

D.ª ANTONIA. (*Ap.*) ¡ Ay, ingrato don Diego !
D. FERNANDO. ¡ Ay, bella Juana !
(*Vanse.*)

Orillas del Trajo.

ESCENA XIII

EL MARQUÉS, DON DIEGO y ESTEBAN; *después*, MÚSICOS. *En el río una barca muy enramada y compuesta, y en ella*, BARQUEROS.

MARQUÉS. Llegue la barca á la orilla.
DON DIEGO. Ya va llegando la barca.
MARQUÉS. Á la isla pasar quiero,
Que el Tajo aprisiona en plata.
¿ Los músicos ?
DON DIEGO. Ya han venido.
(*Salen los músicos.*)
Gran gente la puente pasa :
Todos son de Andalucía.
La barca toca á la playa.
MARQUÉS. Entren todos. ¡ Buena viene!
Como en Sevilla la enraman,
Mas no de naranjos verdes,
Para pasar á Triana
Tantas damas y galanes,
Viernes de entre Pascua y Pascua.
Quédate, Esteban, aquí,
Porque si don Pedro baja,
Digas que pasé á la isla,
Y vendrá por él la barca.
(*Entran en la barca el Marqués, don Diego y los músicos.*)
Cantad por el río vosotros ;
Que hace linda consonancia
El viento por esos olmos,
Por esas peñas el agua.
Moved á espacio los remos...
— Aquella ¿no es Juana ? — ¡ Juana !...
¿ Dónde vas ?

ESCENA XIV

JUANA. — DICHOS.

JUANA. (*Ap.*) ¡ Cielos !... ¿ Qué es esto ?
Dentro de una barca pasan
Don Juan y el Marqués el río.
MARQUÉS. (*Á un barquero.*) Acosta, acosta ; no vayas
Tan aprisa ; da la vuelta. —
¡ Juana !... ¡ Juana !...
JUANA. ¿ Quién me llama ?
MARQUÉS. (*Ap. á don Diego.*) ¡ Vive Dios, que es ocasión,
Don Diego, para llevarla
Donde no la valgan bríos
Ni condiciones villanas. —
(*Á Juana.* El Marqués soy : llega, llega.)
DON DIEGO. (*Ap.*) ¡ Ay Dios ! ¿ Si podré avisarla ?
¿ Con qué ocasión le diré
El peligro que la aguarda ?
JUANA. (*Ap.* Esta es famosa ocasión
Para que tome venganza
De don Diego.) ¡ Ah, seor Marqués !
¿ Quiere llevarme ?
MARQUÉS. Entra, salta.
DON DIEGO. Señores músicos, ¿ saben
La letra que agora se canta :
Por la puente Juana ;
Que no por el agua ?
LOS MÚSICOS. Sí sabemos.
DON DIEGO. Sepan que es
Al propósito extremada.
JUANA. (*Ap.* Muy bien entiendo á don Diego ;
Mas soy mujer, y agraviada.
Hoy me vengo de sus celos.)
Entro. (*Pasa á la barca.*)
MARQUÉS. (*Á los barqueros.* Pues moved las palas),
Y vosotros id cantando (*Á los músicos.*)
Eso de *la puente, Juana.*
MÚSICOS. (*Cantando.*) *Por la puente, Juana ;*
Que no por el agua. (*Aléjase la barca.*)

ESCENA XV

ESTEBAN.

Partieron. No hay blanco cisne
Que con las cándidas alas
Rompa el cristal, como el barco
Cercos de frígida plata.
Donde no hay agua no hay fiesta.
¡ Cómo vuelan y se apartan
Unas olas de otras olas !
Fiestas aquestas se llaman.
Con todo, me ha dado pena
Que Juana con ellos vaya.
Casta ha partido ; mas creo
Que no volverá tan casta. —
Don Fernando y doña Antonia
Son los que del coche bajan.

ESCENA XVI

DON FERNANDO, DOÑA ANTONIA. — ESTEBAN.

ESTEBAN. ¿ Adónde bueno, señores ?
D. FERNAN. ¡ Oh Esteban ! Viene mi hermana
Á buscar por esta puente,
Donde las mujeres lavan,
Aquella Juana fingida,
Que, con sus rudas palabras,
Era ladrona famosa.
ESTEBAN. ¡ Ladrona ! Mucho te engañas ;
Si por dicha no lo dices
Porque lo fué de las almas.
D.ª ANTONIA. Si me lleva mis vestidos,
¿ Será por ventura honrada ?
ESTEBAN. No sé ; pero si ella hurta,
Sus ojos son llaves falsas,
Con el Marqués pasa el río,
Como otra Europa robada ;

Que como en *Marqués* hay *mar*,
En mar de Marqués se embarca.
Aquel barco con Europa
Tiene al toro semejanza,
Si no lo es don Diego.

D.ª ANTONIA. ¿Quién?

ESTEBAN. El que á los dos acompaña.

D.ª ANTONIA. Pues ¿va allí don Diego?

ESTEBAN. Sí,
Y porque vuelve la barca
Por don Pedro, y no ha venido,
Dadme licencia que vaya
Á ver estos desposorios. (*Vuelve la barca.*)

D.ª ANTONIA. No se harán, si la villana
No me vuelve mis vestidos.

ESTEBAN. Entrad, si queréis hallarla.

D.ª ANTONIA. ¿Quieres, Fernando?

D. FERNANDO. ¿Pues no?
(*Á un barquero.* Acosta; que de una falsa
Amistad tengo una queja,
Y pienso así averiguarla.)

ESTEBAN. Entren, y verán la isla
Mejor del Tajo, y á Juana,
Que, pudiendo por la puente,
Quiso pasar por el agua.
(*Éntranse en la barca y vanse en ella.*)

Isleta del Tajo.

ESCENA XVII

EL MARQUÉS, DON DIEGO.

MARQUÉS. ¿No desembarca Juana?
¿Cómo ha venido con tan gran tristeza?

DON DIEGO. Volvió nieve la grana
Que esmalta de su rostro la belleza,
Luego que tus amores
Turbaron con el miedo sus colores.

MARQUÉS. Pues ¿de qué tiene miedo?
DON DIEGO. De haberse puesto en tal peligro.
MARQUÉS. Y ¿fuera
Más justo que en Toledo,
De la manera que la vi, sirviera?
¿No ha sido más dichosa?
DON DIEGO. Está, de verse indigna, temerosa:
MARQUÉS. Mira, don Diego: el día
Que un hombre á una mujer le dice amores,
Cesó la cortesía
Y el respeto debido á los señores;
Porque sujeto queda
Á que tratarle mal, si quiere, pueda.
Juana será estimada
De ti y de mí, y de todos mis criados
Servida y regalada.
La primavera destos verdes prados,
De flores guarnecidos,
Envidiarán la tela á sus vestidos.
Sus joyas serán tales,
Que se conozca en ellas mi deseo.
No ha de traer corales
Más que en su rostro.
DON DIEGO. De tan alto empleo,
¿Qué menos su belleza
Pudo esperar, Señor, de tu grandeza?
MARQUÉS. Entreten esa gente,
Mientras que voy, don Diego, á persuadilla;
Que ver cuán tristemente
Sale del barco á la arenosa orilla
Vergonzosa y cobarde,
Muestra que se arrepiente; mas ya es tarde.
(*Vase.*)

ESCENA XVIII

DON DIEGO.

Desdichas, que habéis llegado
A tal extremo conmigo,
Que vengo hasta á ser testigo

De mi deshonra, forzado:
¿Á cuál hombre en tal estado
Habéis puesto como á mí,
Pues, pudiendo hablar aquí
Por el honor que me toca,
Me cierra él mismo la boca,
Ingrata Isabel, por ti?
Si agora al Marqués hablara,
Y quién era le dijera,
Claro está que quien es fuera,
Y su nobleza mostrara.
Claro está que la dejara;
Pero si yo la advertí
Cuando en la puente la vi,
Y ella á mi pesar entró,
Bien se ve que le estimó,
Y que me aborrece á mí.
Cuando, porque me entendieses,
Desentendida tirana,
Dije: *Por la puente, Juana,*
Para que el peligro vieses,
¿Era honor tuyo que fueses
Por el agua á darme enojos?
Fuertes fueron tus antojos;
Que los hombres advertidos
Pueden disculpar oídos,
Mas no lo que ven los ojos.
Perdiendo el jüicio estoy,
No de verme despreciado,
Sino de llegar á estado
Que deje de ser quien soy.
¿Cómo mil quejas no doy
De tanto agravio á los cielos?
¡Qué buen pago á mis desvelos!
¡Hasta cerrarme los labios!
Mas bien es que sufra agravios
Quien tuvo paciencia en celos.
Ya le tomará las manos,
Ya le dirá amores tiernos...
— ¡Qué de maneras de infiernos!
¡Qué de agravios inhumanos!
¿Cuándo inventaron tiranos

Tormentos de más rigores,
Que ver que tú le enamores,
Y él te diga amores ya ?
— ¡ Amores, dije !... ¡ Ojalá !
¡ Que fuera decirla amores !
Pensamientos me han venido
De echarme desesperado,
Tajo, en ese espejo helado,
De abrasado y de corrido.
Defiende, agravio, el sentido ;
Que, como amor es furor,
No sabe tener valor :
Advierte que un hombre honrado,
Después de estar agraviado,
No es justo que tenga amor.

ESCENA XIX

DON FERNANDO, DOÑA ANTONIA, ESTEBAN. — DON DIEGO.

ESTEBAN. Aquí está solo don Diego.
D.ª ANTON. Pues ¡sólo en esta ocasión !
ESTEBAN. Que le habléis con discreción,
Y no con enojo, os ruego ;
Que estará cerca el Marqués.
D. FERNAN. Don Diego, ¿qué soledad
Es ésta ?
DON DIEGO. Si la amistad
Para tales tiempos es,
Dejad á un hombre afligido,
En lugar de acompañarme ;
Que estoy cerca de matarme,
De una mujer ofendido.
D. FERNAN. ¡ Mujer !... ¿ Aquí no sois vos
El dueño de quien decís ?
DON DIEGO. Pues á vengaros venís
De mis agravios los dos,
Escondeos conmigo aquí ;
Que viene huyendo de un hombre
Que el respeto de su nombre

Me obliga á tratarla así.
ESTEBAN. Bien será que no nos vea,
Supuesto que es el Marqués;
Que tiempo tendrá después
Doña Antonia, si desea
Vengar sus celos.
Dª. ANTONIA. Aquí
Hay árboles más espesos.
DON DIEGO. Presto veréis mis sucesos.
¡Qué agravios pasan por mí! (*Escóndense.*)

ESCENA XX

EL MARQUÉS, JUANA.

JUANA. No tiene el mundo poder.
Advierta vueseñoría
Que es injusta su porfía.
MARQUÉS. ¿No eres mujer?
JUANA. Soy mujer.
MARQUÉS. ¿Eres labradora?
JUANA. No.
MARQUÉS. Pues ¿quién?
JUANA. No quiero decillo.
MARQUÉS. Pues ¿qué intentas?
JUANA. Encubrillo.
MARQUÉS. ¿Hasta cuándo?
JUANA. ¿Qué sé yo?
MARQUÉS. ¿Sabes dóndes estás?
JUANA. Muy bien.
MARQUÉS. ¿Quién te ha de valer?
JUANA. Mi honor.
MARQUÉS. Es necedad.
JUANA. Es valor.
MARQUÉS. Soy quien soy.
JUANA. Y yo también.
MARQUÉS. Amor me obliga.
JUANA. Y á mí.
MARQUÉS. ¿De quién?
JUANA. De quien me burló.
MARQUÉS. ¿Es hombre rústico?

JUANA. No.
MARQUÉS. Pues ¿es caballero?
JUANA. Sí.
MARQUÉS. ¿Tiene calidad?
JUANA. Y mucha.
MARQUÉS. ¿Es mi igual?
JUANA. No es vuestro igual.
MARQUÉS. ¿Es principal?
JUANA. Principal.
MARQUÉS. Declárate más.
JUANA. Escucha.
Señor marqués de Villena,
Invictísima corona
De Girones y Pachecos,
Cuyas hazañas heroicas
Escribe en papel la fama,
Que no hay tiempo qne las borra;
Que son diamantes las letras,
Y bronce eterno las hojas:
Yo soy de León de España,
Que justamente se honora
De aquellos primeros reyes
Que de la nobleza goda
Quedaron, para castigo
De los bárbaros, que agora
Sólo viven por reliquias
De las pasadas historias.
. . . . [1]
. . . . [2]
Neutrales están mis deudos;
Que quiera á don Juan me estorban.
Había llegado el mes
Que prados y campos borda:
Aquéllos viste de nieve,
Éstos de flores y rosas.
Bajaban los arroyuelos
Á guarnecer con las olas
De pasamanos de plata
Las márgenes arenosas.
Yo, con ocasión injusta

1, 2. Parece que faltan versos aquí, y no pocos. J. E. H.

De enfermedades; que toman
Más la ocasión que el acero
Tal vez voluntades mozas,
Á hablar á don Juan salía
Para excusar mi deshonra;
Que quiere amor que el deseo
Á la razón se anteponga.
Supo don Sancho estos días [1];
Y una mañana lluviosa,
Que para que no saliera
Parece qne el alba llora,
Llegó más presto... ¡Ay de mí!
¡Que aun me matan sus congojas!
Que celos madrugan mucho,
Porque duermen pocas horas.
Salió de unos verdes ramos,
Y asiéndome de la ropa,
Que no del alma, á escucharle
Mis pies turbados reporta.
Oigo amorosas razones,
Si puede ser que las oiga
Quien, mirando á quien le habla,
Está pensando otra cosa.
Pero cuando ya atrevido,
Más intenta que razona,
Puse mi rostro en defensa
Con palabras afrentosas;
Que los hombres atrevidos,
Cuando á su gusto se arrojan,
Para entrar á sus deseos
Tienen por puerta la boca.
En este tiempo don Juan,
Con espacio, libre asoma:
Que quien anda de ganancia
No le despiertan congojas.
Luego que mira el suceso,
Como es razón, se alborota:
Pierden el color entrambos,

1. No se dice en esta relación quién era don Sancho; prueba de que faltan versos arriba. También se echan menos en otras partes de la comedia. J. E. H.

Yo entonces el alma toda.
Así toros de Jarama
Alzan las frentes celosas,
Vierten por la boca espuma,
Fuego por los ojos brotan;
Así en el arena escarban,
Brío enamorado cobran,
Y los llama al desafío
La palestra polvorosa,
Como sacan las espadas
Don Juan y don Sancho, y doblan
Las capas que al brazo envuelven:
Mi presencia los provoca.
El estar favorecido
(Que pienso que en esto importa)
Dió más ventura á don Juan;
Que olvidados tienen poca.
Íbale mal á don Sancho;
Yo, como algunas personas
Que están viendo á los que juegan,
Que del uno se aficionan,
Deseaba que ganase
Don Juan, esperando ¡ ay loca!
Más desdichas de barato
Que estos olmos tienen hojas.
Cayó don Sancho, y don Juan
Luego la mano me toma,
Y á un pueblo suyo me lleva.
No hay secreto que se esconda:
Huye á la justicia un día;
Sígole yo, triste y sola,
Luego con un escudero,
Que en Olías me despoja
De joyas y de consuelos,
Y con engaños me roba.
Mudo el traje, y en Toledo
Sirvo humilde labradora,
Donde me veis, y decís
Que mi talle os aficiona.
Decís que me hable don Diego,
Á quien doña Antonia adora,
Esa dama toledana,

Que era entonces mi señora.
Ese don Diego es don Juan,
Que deste nombre se adorna
Por serviros y encubrirse :
Tanto el peligro le exhorta.
De celos desatinada,
Para vengarme á mi costa
Entré en la barca esta tarde :
Confianza peligrosa,
Pero justa, en la nobleza
De vuestra persona heroica,
Que no ha de degenerar
De sus magnánimas obras,
Sino ayudarme á cobrar,
Como quien es honra y gloria
De Villenas y Girones,
Mi ser, mi vida y mi honra ;
Por título, por señor,
Por grande, por hombre sobra,
Pues soy mujer, y mujer
Que os ha contado su historia.

MARQUÉS. Cuando no fuerais mujer
De tan notoria nobleza,
Por el talle y la belleza
Mi favor debéis tener.
Yo os he de favorecer ;
Que os debo, y es cosa llana,
El volver por tan liviana
Causa en mi noble opinión,
Como tener afición
Á una rústica villana.
Bien el alma me decía,
Pues se ha visto en el efeto,
Que había mayor conceto
Donde la vuestra vivía.
Tendréis este mismo día
Á don Juan. — ¡ Hola, criados,
Gente !

JUANA. Estarán descuidados.

MARQUÉS. ¡ Hola, Esteban !

ESCENA XXI

ESTEBAN. — DICHOS; *después*, DON DIEGO.

ESTEBAN. Aquí estoy.
MARQUÉS. Llama á don Diego. (*Sale don Diego.*)
DON DIEGO. Yo soy
Dueño de tantos cuidados.
MARQUÉS. ¿Estábades escondidos?
ESTEBAN. Sí, Señor, porque obligaba
La desdicha de don Juan.
DON DIEGO. Confiado en la palabra
Que has dado á doña Isabel,
Llego á tus pies.
MARQUÉS. No te engañas.
DON DIEGO. ¿Cómo me puedo engañar,
Cuando aquí me desengañas
Con tu divino valor?
MARQUÉS. Esteban, testigos llama
De la palabra y la fe
Que, por más fuerza, jurada
Quiero que quede á Isabel.

ESCENA XXII

DON FERNANDO, DOÑA ANTONIA. — DICHOS.

D. FERNANDO. Aquí estamos yo y mi hermana,
Que con otro pensamiento,
Que nos dió bastante causa,
Pasamos sin tu licencia.
D.ª ANTONIA. Señor, cuánto amor engaña,
Tu misma disculpa tiene,
Que para mayores basta.
MARQUÉS. Pues si sabéis ya los dos
Las historias y desgracias,
Que os habrán movido el pecho,
De don Juan y desta dama,
Hasta acabarlas del todo

Tendrán mi amparo en mi casa,
Y con veinte mil ducados
De dote, quiero pagarla
La confianza que tuvo.

JUANA. Fué muy justa confianza
En tan divino valor.

DON DIEGO. Y aquí *Por la puente, Juana*,
Da fin en servicio vuestro.
Dadnos perdón de las faltas.

LA ESCLAVA DE SU GALÁN[1]

PERSONAS

DON JUAN, *estudiante.*
DON FERNANDO, *padre de don Juan.*
DON ANTONIO.
LEONARDO, *caballero.*
PEDRO, *gorrón.*
ALBERTO.
ELENA, *dama.*
RICARDO.
FINEA, *esclava.*
INÉS, *criada.*
FABIO, *lacayo.*
FLORENCIO.
UN NOTARIO.
ACOMPAÑAMIENTO.

La escena es en Sevilla.

ACTO PRIMERO

Sala en casa de doña Elena, en el barrio de Triana, á vista del Guadalquivir.

ESCENA PRIMERA

ELENA, DON JUAN.

ELENA. Esto se acabó, don Juan.
DON JUAN. No es ese lenguaje tuyo,
Y de ese término arguyo
Que mal consejo te dan.

1. Los autores de los juicios de las comedias de LOPE, que he citado en la nota de la página 267 de este tomo, sin embargo de su rigorismo clásico, encuentran en *La esclava de su galán* suficiente mérito para decir de ella, que, á haberse meditado su combinación dramática, sería una de las seis obras del gran poeta que no *pecaron contra el arte gravemente.*
Apreciándose esta comedia con más amplio criterio se encuentra, sin distingos, que es una de las mejores de Lope.

ELENA. Eso de argüir es bueno
Para escuelas.
DON JUAN. ¿Novedad?
Elena, tu voluntad
Sin argumentos condeno.
ELENA. Supongo que la he tenido.
DON JUAN. ¡Qué mala suposición!
ELENA. Pues yo, don Juan, ¿qué lición,
Qué facultad he leído?
DON JUAN. Aguardo la consecuencia.
ELENA. Habla como para mí.
DON JUAN. ¿Qué puedo hablar para ti
Con tan cansada licencia?
ELENA. ¿Quieres que la tome yo,
Y te diga lo que siento?
DON JUAN. Prosigue; que estoy atento.
ELENA. Pues ¿has de enojarte?
DON JUAN. No.
ELENA. Yo soy hija, don Juan, de un hombre indiano,
Hidalgo montañés, muy bien nacido;
Dióme su luz el cielo mejicano,
Que fué para nacer mi patrio nido;
Mas la fortuna, resistida en vano,
Por sucesos que ya los cubre olvido,
Le trujo á España con alguna hacienda,
Ó persuadido de su amada prenda.
Divídese Sevilla, como sabes,
Por este ilustre y caudaloso río,
Senda de plata, por quien tantas naves
Le reconocen feudo y señorío.
Es esta puente, de maderos graves,
Sin pies que toquen á su centro frío,
Mano que las dos partes divididas
Por una y otra orilla tiene asidas.

El carácter de la heroína está muy bien desenvuelto y presenta situaciones interesantes. « El hombre apacible y bueno, que sabía amar; que conocía toda la ternura, toda la energía y los sacrificios de que es capaz una mujer enamorada, pudo solo imaginar el personaje de Elena. » Casi todos los demás caracteres son también bastante interesantes y la obra está escrita con versificación fluida y armoniosa digna de Lope.

Hizo elección mi padre de Triana,
Patria de algún emperador romano,
Para vivir · la causa fué una hermana,
Ó por no se meter á ciudadano.
Finalmente, pagó la deuda humana
Con su mujer el venerable anciano.
Dejándome, ni rica, ni tan pobre,
Que el sustento me falte ni me sobre.
Aquí he vivido con tan gran recato,
Que se puede escribir por maravilla,
Pues lo es que de Triana (verdad trato)
Pasé dos veces solas á Sevilla.
Pienso que ansí mi condición retrato,
Pues habiendo de aquesta á aquella orilla
Paso tan breve á dividir sus olas,
Á Sevilla pasé dos veces solas.
Una, con gran razón, á ver la cara
Del sol de España, que nos guarde el cielo;
Porque, estando en Sevilla, se agraviara,
Si no la viera, la lealtad y el celo.
Otra, por ver la máquina tan rara
Del monumento, la mayor del suelo;
De suerte que fuí á ver cuánto se encierra
De grandeza en el cielo y en la tierra.
Mas, como siempre en los mayores días
Las desventuras suelen ser mayores,
Tú, que tan libre como yo venías,
Viste en mí la ocasión de tus errores.
Seguísteme á Triana, y las porfías
De tus paseos, escribiendo amores,
Aunque rasgué con justo enojo algunos,
Mostraron lo que vencen importunos.
Yo te escribí (para decirlo en breve),
Y yo también te amé, porque entendía
Que al casamiento que al honor se debe,
Tu amor el pensamiento dirigía.
Con esto, el necio mío ya se atreve
Á darte entrada como á prenda mía :
Entras con libertad, y en este medio
Hallo que es imposible mi remedio.
Dicen que vale cinco mil ducados
La prebenda eclesiástica que tienes,

Y que ya de tu padre los cuidados
No se extienden á más de que te ordenes.
Si tú pensaste que, sin ser casados,
Porque á Triana de Sevilla vienes,
Tengo yo de perder el honor mío,
Mal consejo te dió tu desvarío.
Ayer lo supe, y ese mesmo día
Vino mi tío de Jerez, que estimo
Por padre, el cual dispensación traía
Para casarme luego con mi primo.
Y como yo tu ingratitud sabía,
Á darle el sí con lágrimas me animo,
Y hoy parte por su hijo y por mi esposo,
Porque dentro de un mes será forzoso.
¿Cuál hombre noble hubiera entretenido
Una mujer de prendas con engaños,
Habiendo de ordenarse? Con que han sido
Claros de tu maldad los desengaños.
¿Pensásteme burlar, mi honor vencido?
Pues si gastaras infinitos años
En locuras de amor, no me vencieras,
Si Ulises fueras, si Narciso fueras.
Yo estoy, don Juan, resuelta; y es más justo,
Como estado tan alto, que te ordenes;
Porque es razón y es de tu padre gusto.
De renta cinco mil ducados tienes.
Yo perdono el engaño, aunque fué injusto;
Ya no esperes de mí sino desdenes;
Que un pecho de traiciones ofendido
Volando pasa desde amor á olvido.

DON JUAN. Elena, ¡á tantas verdades
¿Qué respuesta darte puedo,
Pues que todas las concedo
Sin poner dificultades?
Mas ¿por qué te persüades
Que mi verdad te engañó,
Pues cuando te quise yo,
Ni la prebenda tenía,
Ni más que amarte sabía,
Que es lo que amor me enseñó?
Mi padre alcanzó después
La renta, de que yo estaba

Seguro, cuando buscaba,
Mi bien, no más interés
Que merecer esos pies.
Dios sabe si lo sentí;
Y si parte no te dí,
Fué porque no quise, Elena,
Que partiéramos la pena,
Que era sola para mí.
Pasó adelante mi amor,
Encubriendo mi desdicha,
No empeñándote á más dicha
Que algún honesto favor;
Pero si por ser traidor,
Tomas venganza en casarte,
Bien puedes desengañarte
De que amor ha permitido
Que me hubiese sucedido
Con que poder obligarte.
¿Ves la renta, y ves también
De mi padre el justo enojo?
Pues de todo me despojo,
Aunque mil muertes me den.
¿Será entonces querer bien,
Ó mentira, si me obligo
Para cumplir lo que digo?
Mira si es prueba de fe,
Pues todo lo dejaré,
Y me casaré contigo.
¿Puede hacer mayor fineza
Un hombre por lo que adora?
¿Creerás entonces, Señora,
Lo que estimo tu belleza?
Dirás tú que es más riqueza
Ser, Elena, mi mujer;
Y sabré yo responder
Que aun el propio ser perdiera,
Si, no siendo, ser pudiera
Que fuera tuyo sin ser.
Pues quien dejara por ti
El propio ser en que vive,
No hará mucho en que se prive
De lo que es fuera de sí.

Yo voy á hablar desde aquí
Á quien licencia nos dé.

ELENA. Detente.

DON JUAN. Ya no podré.

ELENA. ¿Qué intentas?

DON JUAN. Tú lo verás.

ELENA. Loco estás.

DON JUAN. No puedo más.

ELENA. Mira tu honor.

DON JUAN. ¿Para qué?

ELENA. ¡Tanta renta! ¿No es error?...

DON JUAN. ¿No has visto un niño que viene,
Á dar un doblón que tiene
Porque le den una flor?
Pues haz cuenta que mi amor
(Que amor en nada repara,
Como el ejemplo declara,
Si lo que ve le contenta)
Es niño, y deja la renta
Por el clavel de tu cara. (*Vase.*)

ESCENA II

ELENA.

Aunque es verdad que yo también deseo,
Quiero tanto á don Juan, que me ha pesado
De que quiera emprender, precipitado,
Esta locura por mi humilde empleo.
Pero el grande peligro en que me veo,
Amando amada, sin tomar estado,
Animando el temor, templa el cuidado,
Y me parece que mi bien poseo.
¡Gran fineza de amor! Pero cumplida,
Tantas desdichas pueden ofrecerse,
Que en dejar á don Juan me va la vida.
Mejor es apartarse que ofenderse;
Que una mujer que quiere y es querida,
¿En qué puede parar sino en perderse? (*Vase.*)

Una calle de Sevilla.

ESCENA III

DON FERNANDO, DON ANTONIO.

D. ANTONIO. Como si fuera mía, me ha pesado.
D. FERNAN. Pues á mí no me da mucho cuidado.
Hacienda tengo, gracias á los cielos.
D. ANTONIO. ¡Que no puedan armadas ni desvelos
Contra aquestos rebeldes holandeses!
D. FERNAN. Ayudan los ingleses;
Mas no siempre suceden sus fortunas
Con tal prosperidad; que si hay algunas
En su favor, nuestro descuido ha sido.
D. ANTONIO. El Draque muerto ya, quien es vencido
Basta que agora á la memoria aplique.
D. FERNAN. Mas cerca en Puerto Rico el conde Enrique,
Sin otras mil vitorias...[1]
D. ANTONIO. En Cádiz y el Brasil, ¿qué os han tomado?
D. FERNAN. Diez mil pesos serían, y han quedado,
Gracias á Dios, cien mil, y solamente
Para don Juan, mi hijo.
D. ANTONIO. Nadie siente
Bien de vuestra elección, siendo tan rico.
D. FERNAN. Á la Iglesia le aplico,
Y trato de ordenalle brevemente,
Por causas que me obligan,
Que no á todos es bien que se les digan.
Tiene de renta cinco mil ducados
Que vale la prebenda, y mis cuidados
La llegarán á diez, á lo que creo.
D. ANTONIO. El estado es tan alto, que su empleo
No puede ser mayor; pero quisiera
Que vuestra casa sucesión tuviera
Dilatada á los nietos.
D. FERNAN. Este intento

1. Sobra este hemistiquio ó septisílabo: probablemente faltará algo aquí. J. E. H.

Nace de aborrecer el casamiento.
D. ANTONIO. ¿Por qué razón? ¿No es cosa justa?
D. FERNAN. Y tanto,
Que es sacramento santo;
Pero, pues sois mi amigo, estad atento;
Que quiero y es razón satisfaceros.
D. ANTONIO. Y yo escucharos más que reprenderos.
D. FERNAN. Pasé á las Indias mozo y con hacienda;
Casé con una dama, y aunque hermosa,
Cansóme, Antonio, como propia prenda;
Que en conquistar mi amor no fué dichosa.
Llevando pues la edad suelta la rienda,
Me enamoré de una criolla airosa,
Y no muy linda : así en el mundo pasa,
Por lo feo dejar lo hermoso en casa.
Esto de los conjuros que sabía,
Aunque es necia disculpa de casados,
De suerte enloqueció mi fantasía,
Que el depósito fué de mis cuidados.
Tuve en ella á don Juan; que no tenía
Hijos de mi mujer ; con que elevados
Quedaron mis sentidos; que es locura
Que quien todo lo acaba, no la cura.
D. ANTONIO. Admiración me ha causado
Que bastardo sea don Juan.
D. FERNAN. ¿Qué pierde, rico y galán,
Si el Rey le ha legitimado?
D. ANTONIO. ¿Qué hace agora?
D. FERNAN. Pasando
Está en mi huerta.
D. ANTONIO. ¡Estudioso
Mancebo!
D. FERNAN. Es tan virtüoso,
Que siempre le estoy rogando
Deje el estudio, y porfía
Que agora debe de ser,
Porque presto ha de tener
Un acto de teología.
¡Caso extraño, maravilla
Rara, que este mozo sea
Tan honesto, que no vea
Una mujer en Sevilla,

Habiendo tanta hermosura!
En esto no me parece.

ESCENA IV

LEONARDO. — DICHOS.

LEONARDO. (*Dentro.* Justo parabién merece,
Y ha sido mucha cordura.) (*Sale.*)
Estoy, señor don Fernando,
Enojado con razón.
¿Cómo en tan grande ocasión
Nos olvidáis, despreciando
La amistad y vecindad?
D. FERNAN. De la plata que he perdido
Daros cuenta, hubiera sido
Pesadumbre, y no amistad.
LEONARDO. De la plata no sé nada:
Pésame si os alcanzó
Parte; lo que digo yo
Es cosa en razón fundada,
Pues que casando á don Juan,
Lo hacéis con tanto secreto.
D. FERNAN. Si es burla, ¿para qué efeto?
LEONARDO. ¡Burla, y él y Pedro están
Pidiendo que, por temor
Vuestro, licencia le den,
Sin que se amoneste!
D. FERNAN. ¡Bien!
¡Gracioso engaño!
LEONARDO. Y mayor
El no lo creer ansi,
Pues al juez han informado
Que le mataréis, airado,
Si lo sabéis.
D. FERNAN. ¡Don Juan!...
LEONARDO. Sí.
D. FERNAN. ¿Vísteslo?
LEONARDO. Si no lo viera,
¿Os lo viniera á decir?

ESCENA V

DON JUAN, PEDRO. — DICHOS.

DON JUAN. (*Ap. á Pedro.*) En fin, ¿mandó recibir
Nuestra información?
PEDRO. (*Ap. á don Juan.*) Espera;
Que está mi señor aquí.
No entienda lo que tratamos;
Que en grande peligro estamos;
Que si lo sabe, ¡ay de ti!
D. FERNAN. Don Juan...
DON JUAN Señor...
D. FERNAN. Yo pensé,
Hijo, que pasando estabas
En la huerta.
DON JUAN. De allá vengo:
Tanto deseo que salga
Este acto de teología
Para tu honor y mi fama.
D.FERNAN. ¡Bien dices! Bien se confirma
Con el cuidado que andas
De casarte, pues que ya
Secreta licencia sacas!
PEDRO. (*Ap.*) ¡Zape!
DON JUAN. ¡Yo, Señor! ¿Qué dices?
PEDRO. (*Ap.*) ¡*Vivit Dominus*, que estaba,
Cuando *intravimus per portam*,
Soplaverunt en la sala!
D.FERNAN. Hijo, no recibas pena,
Ni las colores te salgan
Al rostro; que en dar estado,
Mucho los padres se engañan,
Contra el gusto de los hijos.
Dime, por Dios, si te casas;
Que cien mil ducados tengo,
Tu padre soy. ¿Por qué causa
Fías tu secreto á un mozo,
Y de tu padre te guardas?
¿Hay otra luz en mis ojos,

Ni otros ojos en mi cara?
DON JUAN. ¡Señor!...
D. FERNAN. No te turbes, di.
PEDRO. (*Ap. á don Juan.*) Confiesa, Señor: ¿qué aguardas?
Advierte que dice que eres
Oculorum de su cara.
DON JUAN. Señor, si verdad te digo,
Por tu gusto me ordenaba.
Yo no soy para la Iglesia.
Cásome con una dama
Virtüosa y bien nacida,
Aunque pobre.
D. FERNAN. ¡Esas palabras
Han salido de tu boca,
Sin que yo te saque el alma!
¡Fuera! (*Saca la espada.*)
LEONARDO. ¡Estáis en vuestro seso!
¡Para vuestro hijo espada!
D. ANTONIO. ¡Señor don Fernando!...
D. FERNAN. ¡Fuera!
PEDRO. (*Ap.*) *Cogivitur* en la trampa.
LEONARDO. Tenéos.
D. FERNAN. ¿Qué he de tenerme?—
¡Vil bastardo! ¿así se hallan
Cinco mil ducados? Fuera.
PEDRO. ¿Bastardos los padres llaman
Los que ellos hacen? Que estotro,
Como él le hiciera en su casa,
¿Que le costaba salir
Mas por mujer que por dama?
DON JUAN. Señor, pues quisiste bien,
Cuando sin disculpa andabas
Con la madre que me diste,
¿Por qué mis años infamas?
¿Tengo yo culpa de ser
Bastardo?
PEDRO. *Veritas* clara.
D. FERNAN. Ahora bien: por los presentes,
Con la infame vida escapas.
Vete de Sevilla luego;
Que la hacienda que pensaba
Dejarte, al primer convento

La dejaré por mi alma. —
¡Hola! Echadle esos vestidos
Y libros por la ventana. —
Idos, pícaro. (*Á Pedro.*)

PEDRO. Señor,
Yo no me caso.

D. FERNAN. Si á casa
Volvéis, yo os haré colgar
De una reja.

PEDRO. *¿Qua de causa?*
¿Soy yo pierna de carnero?

D. FERNAN. Ea, los bastardos vayan
Al rollo de Ecija.

PEDRO. ¡Yo!
¿Mas que también me levanta
Que nos hizo á los dos juntos?

LEONARDO. Mirad, Señor, que se para
Gente á escuchar vuestras voces.

D. ANTONIO. Entráos, Señor; que ya basta.

(*Vanse don Fernando, don Antonio y Leonardo.*)

ESCENA VI

DON JUAN, PEDRO.

PEDRO. ¡Buenos quedamos!

DON JUAN. ¿Qué quieres?
Como eso los hombres pasan
Por amor.

PEDRO. Si fuera amor
Persona, como es fantasma,
¡Qué de veces me le hubiera
Dado dos mil cuchilladas!
¡Al rollo de Ecija á un hombre
Que mañana se ordenaba
De vísperas! *¡Vivit Dominus,*
Que ha de ir á Roma!

DON JUAN. Eso pasa.

PEDRO. ¿Qué habemos de hacer?

DON JUAN. Morir.

PEDRO. Las puertas cierran.

DON JUAN. Cerradas

Debe de tener también,
Quien las cierra, las entrañas.

PEDRO. ¡Qué cerca estás de llorar!

DON JUAN. Pues ¿de eso, Pedro, te espantas?
Ayer un coche y criados,
Casa, hacienda, padre y galas,
Y hoy ¡cerradas estas puertas!

PEDRO. Presto se abrirán, si llamas,
Con decir que te arrepientes,
Y que te ordenen mañana.

DON JUAN. Aunque mil muertes me diesen,
De proseguir no dejara
El casamiento de Elena.

PEDRO. Desde la Elena troyana,
Por herencia les quedó
Quemar Troyas, perder casas,
Mas quiero darte un consejo.

DON JUAN. ¿Cómo?

PEDRO. Deja la sotana,
Y viste galas y plumas;
Finge que te vas á Italia,
Y entra á pedirle la mano;
Que es padre, y le hará en el alma
Cosquillas la ausencia.

DON JUAN. He visto
Gran crueldad en sus palabras.

PEDRO. No creas en esas furias.
Pídele la mano, y saca
Por fuerza una lagrimilla,
Que se la moje al tomalla;
Que tú le verás más tierno
Que una cocida patata.

DON JUAN. Y ¿si no puedo llorar?

PEDRO. Lleva la valona untada,
Ó la mano, con cebolla,
Y haz que te limpias, que basta
Para que llores seis días.

DON JUAN. ¡Oh Elena! ¡oh bien empleada
Pena! ayude tu hermosura
El ánimo; que desmaya
Ver lo que pierdo por ti.

(*Arrojan vestidos, libros y otras cosas por una ventana.*)

PEDRO. Ya arrojan por las ventanas
Tus vestidos.
DON JUAN. ¡Bravo enojo!
PEDRO. Anda la mar alterada,
Y aligeran el navío. —
Voy á buscar mi sotana.
DON JUAN. ¡Ay Dios! ¡si se han de perder
De doña Elena las cartas
Y una cinta de cabellos!
PEDRO. ¡Qué joyas!
DON JUAN. Joyas del alma.
PEDRO. Cierto que hay almas buhoneras,
Pues andan siempre cargadas
De cintas y de papeles.
DON JUAN. ¡Ay, mi Elena!
PEDRO. ¡Ay, mi sotana
DON JUAN. ¡Ay, papeles!
PEDRO. ¡Ay, gregüescos!
DON JUAN. ¡Ay, mis cintas!
PEDRO. ¡Ay, mi cama!
DON JUAN. Quien supiere qué es amor,
Apruebe mis esperanzas;
Quien no, diga que estoy loco,
Pues quedo con sola el alma. (*Vanse.*)

Otra calle de la ciudad.

ESCENA VII

SERAFINA y FINEA, *con mantos*; RICARDO.

SERAFINA. No me habéis de acompañar.
RICARDO. La vida, señora mía,
Podéis, no la cortesía,
Aborreciendo, quitar.
SERAFINA. No son las calles lugar
Para tratar casamientos.
RICARDO. Si se han de dar á los vientos
Por vuestro injusto rigor,

¿Desde dónde irán mejor
Á sus propios elementos?

SERAFINA. Dejadme pasar.

RICARDO. Teneos,
Y no recibáis enojos;
Que, por vida de esos ojos,
De no hablar en mis deseos.

SERAFINA. ¿Pues en qué?

RICARDO. Vuestros empleos
Serán materia sin mí.

SERAFINA. Y ¿qué me diréis ansi?

RICARDO. Que estáis muy mal empleada.

SERAFINA. Y ¿estuviera mejorada
En vos?

RICARDO. Presumo que sí.
No porque no haya en don Juan
Muy grandes merecimientos;
Vuestros altos pensamientos,
. . . . [1]
Mirad vos ¡qué fin tendrán
Con quien mañana se ordena!
Pues ¿qué loco amor condena
Una mujer principal,
Á que se quede tan mal,
Que se quede con su pena?
Toda acción se comprehende
Del fin, falso ó verdadero;
Todo discreto, primero
Mira el fin de lo que emprende.
Quien lo que espera no entiende,
Disculpa tiene del daño,
Porque esperó con engaño
Donde el fin oculto está;
Mas ¿qué disculpa tendrá
Quien ama con desengaño¿

SERAFINA. Yo, Ricardo, ya que os veo
Conmigo tan declarado,
Que en vez de vuestro cuidado
Me decís mi propio empleo,
Satisfaceros deseo.

1. Falta un verso para la décima.

Don Juan se crió conmigo,
Fué su padre gran amigo
Del mío, y lo es de Leonardo,
Mi hermano...

RICARDO. Más causa aguardo.

SERAFINA. ¿Qué mayor de la que digo?
Creció el amor con la edad
Pueril: ¿quién imaginara
Que tan presto comenzara
Su oficio la voluntad?
Al principio fué amistad
Simple y honesta ignorancia;
Pero la perseverancia
Juntó las cosas distantes,
Y desde amigos á amantes
No hay un paso de distancia.
Queríame bien don Juan,
Pagábale yo también;
Pero en medio de este bien
(Que bienes presto se van),
Ó fué, como era galán,
Admitido de otra dama
Cuyas perfecciones ama,
Ó yo le desagradé;
Que aunque él lo niega, yo sé
Que me aborrece y desama.
Hágole seguir de día
Y de noche... ¡Caso extraño,
Que no tome el desengaño
Quien tanto hallarle porfía!
Ni en casa de amiga mía
Largas visitas dilata,
Ni con sus amigos trata,
Ni le han visto hablar ni ver
En calle ó campo mujer;
Y con tibiezas me mata.
Muerta entre tantos desvelos,
Sin saber qué puede ser,
Soy la primera mujer
Que tiene celos sin celos.
Asegura mis recelos
Con regalarme y jurar,

En oyéndome quejar;
Pero en materias penosas,
No hay cosas más sospechosas
Que el jurar y el regalar.
Aquí viene la elección
De su padre, y aquí viene
Pensar que el amor no tiene
Amistad con la razón.
Bien sé que mi pretensión
Ningún fin puede tener,
Pero ¿quién ha de poder
Amando dejar de amar,
Si hay tantas leguas que andar
Desde amar á aborrecer?
Esta, pues habéis querido
Saberla, fué la ocasión.
Pude amar por la razón,
Ricardo, que habéis oído;
Pero no dar al olvido
Tantos años de amistad;
Que hay mucha dificultad
En mudar el pensamiento
Cuando está el entendimiento
Sujeto á la voluntad.

RICARDO. Habéisme favorecido;
Que un discreto desengaño
Nunca hizo tanto daño
Como hace un favor fingido.
Yo voy muy agradecido
Al bien que el daño me ofrece;
Mirad ¡qué premio merece
Quien le tiene por favor,
Y si agradeciera amor
Quien desengaño agradece!
Con esto palabra os doy
(No de no amaros, pues veo
Ejemplo en vuestro deseo,
Y desengañado estoy),
Mas de no hablaros desde hoy
En mi necia voluntad,
Ni estorbar vuestra amistad:
Quered á don Juan; que es justo,

Porque no hay amor con gusto
Donde no hay dificultad.
Que si venganza quisiera,
¿Qué mayor que ver que amáis
Donde el amor que empleáis
Ni fin ni remedio espera?
Rogaré al tiempo que quiera
Templar esta ardiente llama,
Obligando á quien os ama
Los méritos que tenéis,
Aunque licencia me deis
Para querer á otra dama. (*Vase.*)

ESCENA VIII

SERAFINA, FINEA.

SERAFINA. ¡Cortés caballero!
FINEA. Tanto,
Que lástima le he tenido.
Fuerte desengaño ha sido.
SERAFINA. Toma, Finea, este manto;
Que no es tiempo de mirar
En lo que no puede ser.
FINEA. Notable cosa es querer.
SERAFINA. Más notable es olvidar.

ESCENA IX

LEONARDO. — DICHAS.

LEONARDO. Serafina...
SERAFINA. Hermano mío,
¿De dónde?...
LEONARDO. Vengo, admirado
De dos cosas, con razón,
De casa de don Fernando.
La primera, que se casa
Don Juan.
SERAFINA. ¿Qué don Juan?
LEONARDO. ¿No es raro,

Sin causa, el dudar el nombre ?
SERAFINA. Decir que se casa, es caso
Tan extraño, que no es mucho
Dudar qué don Juan, Leonardo.
LEONARDO. Don Juan, su hijo.
SERAFINA. ¿Es posible ?
LEONARDO. Debajo de hábitos largos
Suele haber poco jüicio.
¡ Qué bien su padre ha empleado
Lo que le cuesta el ponerle
En un estado tan alto !
Loquillo, ignorante, en fin,
Un mozuelo enamorado,
Que arroja hacienda y honor
Y estudio de tantos años,
Por lo que mañana creo,
Y aun hoy, estará olvidado,
Si lo tuviese esta noche,
Como en el alma, en los brazos.
Lo segundo que me admira,
No es el ver el padre airado,
Porque es grande la ocasión,
Pero el ver que llegue á tanto,
Que después de haber querido
Matarle, desesperado,
Ha hecho, con grande nota,
Por las ventanas abajo
Echar su ropa y vestidos,
Sus libros, y cuanto hallaron
Ser del pobre caballero. —
Parece que te ha pesado.
SERAFINA. Pues ¿á quién no ha de pesar,
Ni con más razón, que á entrambos,
Que nos criamos con él?
LEONARDO. Entra; que quiero que vamos
Á hablarle esta tarde juntos,
Si vive, porque ha quedado
De cólera casi muerto.
SERAFINA. Hasta agora fué mi daño
Un imposible de amor;
Ya es mayor, pues es agravio.
Porque ¿quién podrá sufrir

Los celos, desengañado?
Que el amar un imposible
No ha menester desengaño. (*Vanse.*)

La calle primera.

ESCENA X

DON JUAN y PEDRO, *de soldados, con bandas y plumas.*

DON JUAN. Ya vengo como tú quieres.
PEDRO. Y como el tiempo lo manda.
Esto de plumas y banda
Es hechizo de mujeres.
Mucho se ha de holgar Elena.
DON JUAN. Mi padre, quisiera yo.
¡ Ay, mi casa! ¡ Quien te vió
De tantas riquezas llena,
Solamente para mí,
Y agora te ve cerrada!...
PEDRO. ¡ Qué! La cólera pasada,
Todo ha de ser para ti.
DON JUAN. No me des á conocer,
Pedro, un hombre tan airado,
Que mató, mal informado,
Su desdichada mujer.
PEDRO. ¿ Mal informado?
DON JUAN. ¿ Pues no?
PEDRO. ¡ Bien haya, amén, pues lo eres,
Quien sabe honrar los mujeres!
DON JUAN. ¿ Nací de las piedras yo?
PEDRO. ¡ Oh sabrosos animales!
No es hombre el que os tiene en poco.
DON JUAN. Yo á lo menos estoy loco.
PEDRO. No todas nacen iguales;
Pero como no sean brujas,
Destas que andan á chupar,
Que es menester preguntar
Si son de pierna y de agujas...
—Y consuélete, don Juan,

De cuanto puedes perder,
Que más perdió por mujer,
No habiendo más de una, Adán.—
¡Qué virtuosas, qué santas
Disculpan aquella culpa!
Por Dios, que tiene disculpa
Quien se pierde donde hay tantas.

DON JUAN. Ea, acaba de llamar.

PEDRO. Á mí, echaránme, Señor,
Yo tomaría que olor,
Aunque no fuese de azar;
Pero temo algún cascote.

DON JUAN. Pues ¿para qué me he vestido?

PEDRO. Un cuento viejo ha venido
Aquí á pedir de cogote.
Juntáronse los ratones
Para librarse del gato,
Y después de un largo rato
De disputas y opiniones,
Dijeron que acertarían
En ponerle un cascabel;
Que andando el gato con él,
Guardarse mejor podían.
Salió un ratón barbicano,
Colilargo, hociquirromo,
Y encrespando el grueso lomo,
Dijo al senado romano,
Después de hablar culto un rato:
«¿Quién de todos ha de ser
El que se atreva á poner
Ese cascabel al gato?»

DON JUAN. Ya entiendo; que haber venido
Ha sido, Pedro, invención,
Y el llamar la ejecución.

PEDRO. ¿No tienes apercebido
El llanto para la mano,
Cuando te la dé á besar?

DON JUAN. Por eso no ha de quedar,
Si mi padre es hombre humano.

PEDRO. Di que su esclavo serás.

DON JUAN. Póngame un clavo, una argolla.

PEDRO. Si no tiene harta cebolla

La valona, pondré más.
DON JUAN. ¡Ah de casa! — ¡Qué ocasión
Hoy en la calle perdimos!
PEDRO. Muy emplumados venimos
Para pródigo y lechón.
Tú, ni en vestido ni en cara,
Tu papel puedes hacer;
Que yo bien puedo tener
Plaza en cualquiera piara.

ESCENA XI

DON FERNANDO. — Dichos.

D. FERNAN. ¿Quién es?
DON JUAN. Un hombre, Señor,
Que ya no merece nombre
De tu hijo, pues es hombre
Que no mereció tu amor.
Voy á Flandes á morir
Entre fieros enemigos,
Pues que no supe entre amigos
Y en tu obediencia vivir;
Y aun ¡ojalá que en Triana
Me matara una pistola!
D. FERNAN. No es tu desvergüenza sola
La que hiciste con sotana.
Y que de plumas presumas...
. . . .
. . . .
. . . . [1]
Con éstas puedes volar,
Porque ya quedas de suerte,
Que sólo pueden valerte
Por la tierra ó por la mar.
Vete, y en tu vida creas
Que me has de volver á ver.
DON JUAN. ¡Oh qué presto has de saber
La muerte que me deseas!

1. Redondilla de la cual sólo hay un verso. J. E. H.

Pero siquiera, Señor,
Porque me has criado, mira
Que no es nobleza la ira,
Y el perdonar es valor.
Sólo te pido la mano :
Merezca tu bendición.

D. FERNAN. Donde no se da perdón,
Es la bendición en vano.

DON JUAN. Pues ¿es posible, Señor,
Que me dejas ir así?

D. FERNAN. Y tú ¿parécete á ti,
Que me has dejado mejor?

DON JUAN. No era yo para el estado
Que tú me querías dar.

D.FERNAN. Ni yo para transformar
Un sacerdote en soldado;
Que si de ti no me vengo,
Es porque, aunque no lo fuiste,
Basta que serlo pudiste,
Para el respeto que tengo.
Clérigo te imaginé,
Y de haberlo imaginado,
Ya tienes algo sagrado,
Con que luego te dejé.
Vete, y no pares aquí,
Ni sepa tus desvaríos.

DON JUAN. Ojos, no parecéis míos,
Pues no me vengáis de mí.

PEDRO. *(Ap. á su amo.)* Dale cebolla; que ya
Parece que se enternece

D. FERNAN. ¡Qué poco el llanto merece
Con quien ofendido está!

DON JUAN. En fin, ¿me dejas ansí?

D. FERNAN. Esto es hecho.

DON JUAN. ¡Qué rigor!

PEDRO. *(Ap. á su amo.)* Dale cebolla, Señor.

D. FERNAN. Vete, pródigo.

PEDRO. Y á mí,
¿No me oirás, por tu cochino,
Hablando con reverencia?

D. FERNAN. Mas ¿que incitas mi paciencia
Para hacer un desatino?

DON JUAN. ¡Cuán de otra suerte aquel padre
De familias recibió
Su hijo!

D. FERNAN. Y lo hiciera yo;
Mas no es posible que cuadre
Aquí la comparación;
Que aquel vino arrepentido.

PEDRO. Sí; mas no le has parecido
En la debida porción.

D. FERNAN. Tenía parte en su hacienda,
Y esa no tiene don Juan.

PEDRO. ¡Señor!...

D. FERNAN. Quedo, ganapán.

PEDRO. Dale cebolla. (*Ap. á su amo.*)

D. FERNAN. No entienda
Que ha de ver más esta casa. (*Vase.*)

ESCENA XII

DON JUAN, PEDRO.

DON JUAN. Fuése.

PEDRO. Nada aprovechó;
Mas señas le he visto yo,
Y todo en efeto pasa.
Otros hijos se han casado.

DON JUAN. Sí; pero la bendición
Del padre, y que haya perdón,
Es desgracia haber faltado.
Ello ha de ser con su gusto,
Porque ansí lo manda Dios.

PEDRO. Pues volvámonos los dos;
Que yo sé también que es justo.

DON JUAN. ¿Y Elena?

PEDRO. En Triana está
Labrando una verde manga
Para el venturoso día
Que casados juguéis cañas.

DON JUAN. Camina, Pedro, á la puente,
Y pasemos á Triana;
Que grandes resoluciones

No quieren grandes tardanzas.
PEDRO. En fin, ¿te casas?
DON JUAN. ¿Qué quieres?
Tengo la palabra dada.
PEDRO. Otros tienen dadas obras,
Y no cumplen las palabras.
DON JUAN. ¡Qué villano estuvo! ¡Ay, cielo!
PEDRO. Antes no, pues que le dabas
Cebolla, y nunca la quiso.
DON JUAN. Camina, Pedro, á Triana. (*Vanse*).

Sala en casa de doña Elena.

ESCENA XIII

ELENA, INÉS.

ELENA. Las sombras de mi temor
No me dejan alegrarme
Con cuanto dices que viste.
INÉS. Propia condición de amantes.
Quitas el crédito al bien,
Con que dejas de gozarle,
Mientras le admites dudoso.
ELENA. ¿Que viste, Inés, esta tarde,
Para tanta dicha mía,
Á don Juan mudado el traje?
INÉS. Digo que le vi con plumas.
Mira si puede mudarse
En más diferente forma
Quien era ayer estudiante.
ELENA. ¡Ay, Dios! ¿Si ya la fortuna
Se mostrase favorable
Á mis deseos? Mas temo
Que al mejor tiempo me falte;
Porque, como no son justos,
No dejan asegurarme
En esperanzas que duren,
Sino en penas que me maten.
¿Quién ha de pedir al cielo

Que deje, para casarse,
Un hombre tan alto estado,
Tanta renta, honor tan grande?
¡Oh amor, que solo reparas
En tu gusto! ¿por qué haces
Cosas injustas? Dirás
Que fué disculpa bastante
El haber nacido ciego.

INÉS. ¿Llamaron?

ESCENA XIV

DON JUAN, PEDRO. — DICHAS.

DON JUAN. Entra, y no llames.
PEDRO. ¿Tomas ya la posesión?
DON JUAN. Vengo, mi señora, á darte
Satisfación de la fe
Con que supiste obligarme.
Vesme aquí, si por ventura
Asegurar deseaste
La esperanza de ser tuyo
Para que ya no se alaben
Cuantos hicieron finezas,
Que fueron con esta iguales.
¿Qué importa que desde Abido,
Leandro el Estrecho pase?
¿Qué mar se iguala al enojo
De un noble y airado padre?
Sacando yo la licencia,
Elena, para casarme,
Probando que no tendría
Efeto con publicarse,
No faltó quien se lo dijo. —
Aquí no es justo cansarte
Con pintar tigres, leones,
Y otras fieras semejantes:
Sacó la espada; no pudo,
Por los presentes, matarme,
Y porque llevaba yo
Dos ángeles, que me guarden.

Cerró las puertas, en fin,
Y mandó que me arrojasen
Por las ventanas mi ropa.
Yo, pretendiendo probarle,
Tomé el traje en que me ves,
Y para partirme á Flandes
Le pedí la bendición;
Mas fué tan inexorable,
Que no la pude alcanzar.
Mas déjame que le alabe
De una cosa, que, en sus iras,
Me ha parecido notable.
No me ha echado maldiciones,
Como muchos padres hacen
Neciamente, porque á muchos
Quiere Dios que les alcancen.
Esto me ha dado consuelo
Y esperanza de gozarte
En paz, dulce prenda mía;
Que algún día haremos paces.
Es justo acuerdo, y es fuerza,
Por algún tiempo ausentarme
De Sevilla y dar lugar
Á que este suceso pase,
Porque el mayor dura un mes :
Al fin del cual, á casarme
Volveré á Sevilla alegre.
Tú en tanto mira que pagues
Esta fe, este amor... No puedo
Pasar, mi bien, adelante.

PEDRO. Andamos con la cebolla
Tan tiernos, que en todas partes
Lloramos sin ocasión.

ELENA. Pensé, don Juan, alegrarme
Con verte, y estoy más triste,
Habiéndote visto, que antes.
Todo el discurso fué alegre
Hasta llegar á ausentarte,
Porque ¿ dónde habrá paciencia,
Que para tu ausencia baste?
Siento perderte de vista,
No presumiendo que engañes

Una mujer que te adora;
Porque, para no casarte,
No era menester dejar
La riqueza de tu padre,
La dignidad de tu oficio,
Dando lugar á que hable
Toda esta ciudad de ti.
Pero si es fuerza dejarme,
Dime dónde vas, mi bien.

DON JUAN. El amor, Elena, es grande,
Que mi padre me ha tenido;
Y aunque éste puede templarse
Con el agravio, es muy cierto
Que mi ausencia ha de obligarle
Á notable sentimiento,
Con que piadoso me llame.
Iré á la corte, y allí
Escribiré por instantes
Al mayor amigo suyo,
Para que el perdón me alcance.
Vuelvo á firmar la palabra
De ser tuyo; y porque es tarde
Para pasar atrevido
Con las postas por su calle,
Solo te pido...

ELENA. Detente,
Mi señor; que es agraviarme
Pedirme fe ni memoria,
Porque primero que falte
Á tantas obligaciones,
Se verán las altes naves
De ese río en las estrellas,
Y que las estrellas bajen
Á ser de sus aguas peces;
Y rompidos los cristales
Del cielo, caerán sus polos,
Dividido el sol en partes.
¿Qué mujer debe en el mundo
Amar tanto, aunque llegase
Á perder por ti mil vidas?

PEDRO. En fin, Inés, hoy se parten
Soldados los que ayer fueron

Pacíficos estudiantes.
Así va el mundo.

INÉS. ¡Ah! ¡qué mano,
Picarón, pensarás darte
En aquel Madrid, con plumas?

PEDRO. ¿Con plumas? ¡Qué disparate!
Mal conoces sopalandas.
Gorrón echaba yo lances
Famosos; que donde quiera
Se cuelan los deste traje.
Á dos veces de ver plumas,
Lo que no pasa se sabe:
Échanse mucho de ver.
Mas ya mi amo se parte.
¿Has de tener fe en ausencia?

INÉS. Antes, Pedro, que me falte,
Estará el sol donde suele;
Porque ¿quién podrá quitarle
De donde le puso Dios?

PEDRO. ¡Estas sí que son verdades!

DON JUAN. Mi bien, yo me voy. Adiós;
Que partirme apriesa nace
De que este tiempo que pierdo,
Para la vuelta se alargue.

ELENA. El cielo vaya contigo, —
Pedro, mira que regales
Á don Juan.

PEDRO. Sin ti, Señora,
No habrá regalo que baste.
¿Que mandas para Madrid?

ELENA. Que acuerdes, si me olvidare,
Á don Juan.

PEDRO. No me lo digas,
Ni tanta firmeza agravies.

ELENA. Abrázame, Pedro.

PEDRO. Tente;
Que harás que don Juan me abrase
Para quitarme el abrazo.

ELENA. Celosa quedo y cobarde.

INÉS. ¿De qué?

ELENA. De ver que se pone
El sol, que en mis ojos sale;

Que un Madrid y aquellos años,
¿Qué lealtad quieres que guarden?

ACTO SEGUNDO

Calle en Sevilla.

ESCENA PRIMERA

DON JUAN, LEONARDO, PEDRO.

LEONARDO. Antes fuera maravilla
Venir con menos cuidado.
DON JUAN. Enojos de un padre airado
Me sacaron de Sevilla,
Y vuélvenme los deseos
De la ocasión, á saber
Qué fin puedo prometer
Á mis dudosos empleos;
Para que vos, á quien tiene
Respeto por amistad,
Rompáis la dificultad
Que á mis desdichas previene.
LEONARDO Yo no sé cómo ha de ser[1],
Don Juan, que podáis volver[2]
Eternamente á su agrado[3],
Porque después que á la corte
Os fuisteis, se ha procurado;
Pero con su pecho airado
No hay medio humano que importe;
Antes, hablándole, jura,
Que un esclavo ha de buscar,
Á quien le piensa dejar
Su hacienda.
DON JUAN. ¡Extraña locura!

1, 2, 3. Combinación rara de tres versos entre dos redondillas: los dos primeros son pareados y el tercero consuena con el segundo de la redondilla siguiente. J. E. H.

Hágame su esclavo á mí.

PEDRO. No, sino á mí; que podrá
Con más propriedad.

DON JUAN. ¿Que está
Tan airado?

LEONARDO. Ayer le vi
Con tal determinación.
Mas ¿cómo fué, me decid,
En Madrid?

DON JUAN. Llegué á Madrid,
Leonardo, en buena ocasión
Para entretener los ojos,
Que el alma no era posible,
Mientras airado y terrible
Ejecuta sus enojos...

PEDRO. Tu padre, Señor.

DON JUAN. ¡Ay, triste!
Leonardo, adiós; no me vea.
(*Vanse don Juan y Pedro.*)

ESCENA II

DON FERNANDO, FABIO. — LEONARDO.

D. FERNAN. No te espantes que no crea
Lo que dices. ¿Tú le viste?

FABIO. Digo, Señor, que le vi.

D. FERNAN. Basta, Leonardo; que Fabio
Dice que para mi agravio
Está aquel villano aquí.

LEONARDO. Aquí está; que le han traído
Pobreza y enfermedad.
No cerréis á la piedad,
Como el áspid, el oído;
Que ya toca en vuestro honor
Favorecer á don Juan.

D. FERNAN. ¡Gentil favor le darán
Su maldad y mi valor!
Id con Dios, porque en llegando
Á hablarme por él, me pierdo.

LEONARDO. Vos, como prudente y cuerdo,

Veréis, señor don Fernando,
Lo que en esto habéis de hacer;
Yo entre tanto (y perdonad)
Cumpliré con mi amistad
En no dejarle perder.
Á mi casa lo he traído;
Allí le pienso curar.

D. FERNAN. Haréisme un grande pesar,
Y que no lo hagáis os pido;
Que estáis muy cerca de mí:
Ó mudaréme, por Dios.

FABIO. La vecindad de los dos,
¿Qué ofensa te hace á ti?

D. FERNAN. ¿No podrá ser que le vea
Alguna vez?

FABIO. Ya, Señor,
Es ese mucho rigor. (*Vanse.*)

Sala en casa de don Fernando.

ESCENA III

ALBERTO, *de soldado;* DON FERNANDO, FABIO.

ALBERTO. (*Ap.*) No habrá en el mundo quien crea
Esta determinación;
Mas es fuerza aventurarme.

D. FERNAN. Mira quién viene á buscarme.

FABIO. Soldados pienso que son.

ALBERTO. Soy, Señor, un capitán
De un navío.

D. FERNAN. (*Ap.*) Mas ¿que viene
Á decir que me conviene
Favorecer á don Juan?

ALBERTO. Habiendo sabido que
Andáis buscando un esclavo
De tantas partes, que pueda
La tristeza consolaros
De un hijo que habéis perdido,

Ó que ha dado en ser soldado,
Traigo una esclava, que creo
(No siendo fuerza obligaros
Á ser esclavo) que tiene
Prendas, que no las ha dado
El cielo á mujer ninguna.
(*Ap.* Amor siempre ha sido engaño.)

D. FERNAN. Esclavo buscaba yo;
Pero tampoco reparo,
Siendo ella tal, en que sea
Esclava.

ALBERTO. Es tal, que no hallo
Á qué poder compararla
Si no es al precio, que es tanto,
Que dice bien su valor.

D. FERNAN. ¿Es negra?

ALBERTO. Por ningún caso
Tratara yo en esa hacienda.

D. FERNAN. ¿Mulata?

ALBERTO. Tampoco.

D. FERNAN. Aguardo
Qué sea.

ALBERTO. Es india oriental,
Á quien los moros han dado
Su seta en aquellas tierras,
Que ahora van conquistando
Valerosos portugueses.
En Malaca la trocaron
Á perlas, y un mercader
La trujo á España del Cabo
De Buena-Esperanza, y yo
La compré siendo soldado
Del castillo de Lisboa. —
Entra, Bárbara.

ESCENA IV

ELENA, *de esclava, con un clavo en la barba.* — DICHOS.

D. FERNAN. Es retrato
De aquella reina de Persia...

ELENA. Dadme, Señor, vuestras manos.

D. FERNAN. Hija, no estéis en la tierra.
La fortuna os hizo agravio.
¡ Notable mujer !

FABIO. ¡ Famosa!

D. FERNAN. Adoptaban sus esclavos
Los romanos como á hijos,
Sus apellidos dejando
Y su casa en ellos; yo
Pensaba hacer otro tanto,
Por cierto enojo que tengo ;
Pero, puesto que me agrado
De la esclava, haré lo mismo.
¿ Es el precio ?

ALBERTO. Mil ducados.

D. FERNAN. Bien dijistes que en el precio
Se vería, y se ve claro,
Su valor.

ALBERTO. No os espantéis ;
Que donde son más baratos,
Me los han dado por ella.
Tiene entendimiento raro,
Por comenzar por el alma ;
El cuerpo estáisle mirando :
No tengo qne encarecerle,
Los ojos son desengaño.
Por virtüosa la vendo;
Que á haber sido lo contrario,
No era precio para ella
El tesoro veneciano.
Canta, baila, cuenta, escribe,
Y es, con notable regalo,
Milagrosa conservera.
Esto podéis ver de espacio,
Si queréis que aquí la deje.

D. FERNAN. (*Á Elena.*) ¿ Cómo os llamáis?

ELENA. Yo me llamo
Bárbara, y no por gentil,
Porque este nombre cristiano,
En la nave que venía,
Con el bautismo sagrado
Me dió mi primero dueño,
Temeroso de los rayos

De una tempestad, que tuvo
La nave en peligro tanto,
Que haber librado las vidas
Fué del bautismo milagro,
Sin esto, junto á los Cafres,
Dimos en unos peñascos,
Que sirvieron de rodelas
Á las flechas de sus arcos.
Como echó su hacienda al mar
Aquel mercader indiano,
Guardóme para la tierra,
Donde le fué necesario
Remedialla con venderme.

D. FERNAN. ¿Cómo, Bárbara, ese clavo
Os puso en la barba?

ELENA. Fué
Presumir, amenazando,
Rendir mi pecho á su gusto;
Y como sé que le traigo
En defensa de mi honor,
Lunar de mi honor le llamo;
Que como ponen blasones
Los que empresas acabaron,
Puso por armas mi honor
Hierro negro en campo blanco.

D. FERNAN. ¡Qué bien dicho! Yo lo creo.
Ahora bien, cuando me agrado
De una cosa, pocas veces
En el dinero reparo.
Vuestro amo primero ¿en cuánto [1]
Al capitán os vendió? [2]

ELENA. Señor, mientras es mi amo

1, 2. En la edición antigua que nos ha servido de original, se hallan aquí estos dos versos que no forman sentido:

Que no vos, Señor, en cuánto
Os las vendió el Capitan?

En el tomo 2.º de *Comedias escogidas de Lope* (Madrid, 1826) se imprimió:

Decidme, Señora, ¿en cuánto
Os compró este capitan?

No puedo contradecirle;
Después que me hayáis comprado,
Os lo diré como á dueño.

D. FERNAN. ¡Que discreción!

ALBERTO. Si llegamos,
Cuando os agrade, al concierto,
Sean quinientos ducados;
Que me costó cuatrocientos.

D. FERNAN. Esos daré yo.

ALBERTO. Subamos
Á contarlos, todo en plata.

D. FERNAN. Y en oro podéis contarlos,
Porque es dar oro por oro.

ALBERTO. Ya es vuestra. (*Ap.* ¡Suceso extraño!)

D. FERNAN. Bárbara, no á ser mi esclava
Quedáis; que con vos aguardo
Cobrar el amor de un hijo
Inobediente é ingrato.

ELENA. Pues, Señor, haré yo cuenta
Que por él traigo este clavo;
Que sirviendo en su lugar,
Esclava seré de entrambos.

(*Vanse don Fernando y Alberto.*)

ESCENA V

ELENA.

Esta amorosa pasión,
Con que se me abrasa el pecho,
Pues hierros dorados son,
Por una fineza ha hecho
Esclavo mi corazón.
Con darle á don Juan, no huyo
De confesarle por suyo;
Mas puede decir, después
Que de dos dueños lo es:
Esclavo soy, pero ¿cúyo?
Aunque si dadas están,
Cúyo ha de ser preguntando,
Mi fe y lealtad, les dirán

Que no soy de don Fernando,
Sino esclava de don Juan.
Verdad es que él me compró,
Y que el amor me vendió;
Pero cuando en mí reparen,
Si cúya soy preguntaren,
Eso no lo diré yo.
Porque de concierto están
La fe y el amor en mí,
Que si tormento me dan,
Sólo he de decir que fuí
La esclava de su galán.
Como el corazón obró
Lo que don Juan le obligó,
Le digo al alma: « Prometo
De guardar siempre el secreto
Que cuyo soy, me mandó. »
Soy tan leal corazón,
Que sabiendo que ha perdido
Por mí hacienda y opinión,
Secretamente he querido
Pagarle tanta afición.
Porque, como restituyo
La deuda, el amor arguyo;
Mas ¿cómo se encubrirá?
Porque nadie me verá
Que no diga que soy suyo.

ESCENA VI

FABIO. — ELENA.

FABIO. Haciendo están la escritura:
Entra, Bárbara; que quiere
Verte el escribano.

ELENA. (*Ap.* Hoy muere
Mi libertad, y asegura
La eterna fama que adquiere.)
Informarme he menester
De algo, si en casa quedo,
De la familia, y saber,

Porque errar términos puedo,
Con quién los debo tener.
¿Hay señora?

FABIO. No hay señora.

ELENA. ¿Hijos?

FABIO. Uno.

ELENA. ¿Edad?

FABIO. Mancebo.

ELENA. ¿Qué estado?

FABIO. Estado de nuevo,
Porque cierta pecadora
Le ha puesto en los ojos cebo.
Cerca de clérigo estaba,
Y quiere casarse.

ELENA. El nombre...

FABIO. Don Juan.

ELENA. Ya lo imaginaba.
¿Es galán?

FABIO. Es gentilhombre.

ELENA. Peligro corre la esclava.

FABIO. No corre; que no está en casa.

ELENA. ¡Cómo!

FABIO. Su padre le echó,
No más de porque se casa.

ELENA. ¿Por eso?

FABIO. ¿Es poco?

ELENA. ¿Pues no?
Como eso en el mundo pasa.
¿Quién hay más?

FABIO. La cocinera
Y un ama que la crió.

ELENA. ¿Es muy vieja?

FABIO. Es hechicera.

ELENA. Vos, ¿quién sois?

FABIO. Aquí entro yo.
Soy señor de la cochera.

ELENA. Sois hombre muy importante.

FABIO. Y otras veces voy mejor,

ELENA. ¿Cómo?

FABIO. Con plaza de infante,
Soy víspera de señor,
Porque estoy siempre delante.

Desde que os vi, con deseo
Estoy, por vida de entrambos,
De ministrar himeneo.

ELENA. ¡Miráisme con ojos zambos!

FABIO. Son señas de regodeo.

ELENA. Entrad, y tened la mano.
Porque os daré... (*Dale.*)

FABIO. Ya es después.

ELENA. Yo nc aviso más temprano.

FABIO. Así me trataba Inés.

ELENA. Pues tened respeto, hermano,
Porque yo respondo así.

FABIO. Yo me despido de ti.

ELENA. (*Ap.*) Buenas mis locuras van.
Yo me vendo por don Juan:
Amor, ¿qué quieres de mi? (*Vanse.*)

Sala en casa de Leonardo.

ESCENA VII

SERAFINA, DON JUAN, PEDRO.

SERAFINA. ¿Pensarás que te agradezco
Que á mi casa hayas venido,
Si necesidad ha sido?

DON JUAN. Eso y mucho más merezco.

SERAFINA. ¡Tú casarte, y no conmigo!

DON JUAN. Cuando venir presumí,
Bien imaginé que en ti
Tuviera un grande enemigo;
Mas para desengañarte,
No hallé camino mejor.

SERAFINA. Responde mi necio amor
Que ninguna cosa es parte,
Pues tú me engañas á mí,
Y quieres otra mujer,
Tanto, que te obliga á ser,
Lo que estoy mirando en ti. —
Pedro, aunque tú me has vendido

También como tu señor,
¿Qué me dices de un traidor,
Que hasta el honor ha perdido?
Pero ¿qué puedes decirme?

PEDRO. Amaina, Señora, amaina;
Vuelve la espada á la vaina;
No mates hombre tan firme;
Que siendo tú la mujer
Con quien se quiere casar,
¿Cómo te puedes quejar?

SERAFINA. ¿Yo soy?

PEDRO. Pues ¿quién ha de ser?
¿Hate dicho á ti tu hermano
Quién es la mujer, ó hay hombre
Que sepa siquiera el nombre?

SERAFINA. Luego ¿yo me quejo en vano?

PEDRO. Pues ¿no está claro que ha sido
La jornada y la invención
Sólo por esta ocasión?

SERAFINA. Amor la culpa ha tenido
Del enojo que ha causado.
Mi desconfianza fué
La causa; que no pensé,
De verle tan descuidado,
Que era por mí la fineza. —
Don Juan, mi desconfianza
No dió por tanta mudanza
Créditos á la firmeza.
Perdonad el recebiros,
Con tan injusto desdén.

DON JUAN. Cuéstame el quereros bien,
No deseos y suspiros,
Como suele suceder,
Sino hacienda, honor y vida.

SERAFINA. Vos veréis ¡qué agradecida
Soy, si soy vuestra mujer!

DON JUAN. Pues ¿por quién pudiera yo
Hacer fineza tan rara?

SERAFINA. De mis dichas lo dudara,
De mis pensamientos no.
Mi hermano pienso que viene.
No puedo agora decir

Lo que habré de remitir
Al alma, que dentro os tiene.
En ella y el corazón,
Como en secreto lugar,
Los dos podremos hablar
Desta peregrinación
Con que me habéis obligado.
Vuestra eternamente soy. (*Vase.*)

ESCENA VIII

DON JUAN, PEDRO.

DON JUAN. Necio, ¿qué has hecho? Ya estoy
Metido en mayor cuidado
Con decir á Serafina
Que es ella con quien me caso.
PEDRO. Si esta mujer es el paso
Por donde tu amor camina
Al fin de su pretensión,
No fué engañarla locura;
Que pudiera por ventura
Hacer en esta ocasión
Que su hermano, por quien ya
Corren estas amistades,
Pusiera dificultades
En lo que tratando está.
Ni se pudiera vivir
Aquí, con este enemigo.
DON JUAN. Y si hablándola, me obliga
Á lo que no he de cumplir,
¿Parécete que son cosas
Que poco, después, fatigan?
PEDRO. Pues ¿á qué escritura obligan
Dos palabras amorosas?
DON JUAN. Bien dices; que desde aquí
Habemos de negociar.
Mas ¿cuándo piensa llegar
Esta noche para mí?
Muero por ir á Triana,
Muero por ver á mi Elena.

PEDRO. Basta un mes de injusta pena.
Dejemos para mañana
Ir á Triana, Señor;
Porque si esta noche vas,
Á Serafina darás
Sospechas de ajeno amor.

DON JUAN. ¿Eso dices? Si pensara
No vella, estando en Sevilla,
Tuviera por maravilla
Que la vida me durara
Hasta que el alba saliera,
¡Ay, noche! ven, porque el sol,
Dejando el polo español,
Cubra la antártica esfera.
Deja, sol, que el negro manto
Pueda tu rostro eclipsar;
Que aunque temieras la mar,
No te detuvieras tanto.
Embarca tu resplandor,
Que ver la noche me niega:
Con mis lágrimas navega;
Que soy todo un mar de amor.
Vete; que no he menester
Celajes de tu mañana;
Que está mi aurora en Triana,
Y ella me ha de amanecer. —
Vamos, Pedro.

PEDRO. Tente un poco.

DON JUAN. ¿No es de noche?

PEDRO. En tu sentido:
¡Tanta es la luz que ha perdido
Quien está de amores loco!

DON JUAN. Pues di, ¿no tengo razón?
No es hermosa y virtüosa?

PEDRO. Virtud, sobre ser hermosa,
Es la mayor perfección,
Y así será justo empleo,
Pero con mucho jüicio.

DON JUAN. Pues es para su servicio,
Ayude Dios mi deseo. (*Vanse.*)

Sala en casa de don Pedro.

ESCENA IX

DON FERNANDO, ELENA.

D. FERNAN. Tan contento estoy de ti,
Bárbara, que desde hoy
Eres lo mismo que soy.
ELENA. Cuanto ha sido contra mí
Hasta agora la fortuna,
Le perdono justamente
(Si no es que de nuevo intente
Deste bien mudanza alguna),
Pues piadosa me ha traído
Á servir á un caballero
De quien mi remedio espero.
D. FERNAN. Bárbara, mi dicha ha sido,
Y pues que lo siento así;
Se ve lo que te he fiado.
Todas las llaves te he dado.
Rige y gobierna por mí
Criados, casa y hacienda :
Tanto de tu entendimiento
Y virtud estoy contento.
Y porque tu pecho entienda
Que es lo menos que te fío,
Óyeme atenta, y sabrás
Lo que á mí me importa más,
Todo el pensamiento mío.
Yo tengo un hijo.
ELENA. Ya sé
Todo el suceso, Señor;
Que me lo dijo Leonor
El día que en casa entré.
D. FERNAN. Éste pues, inobediente,
Estando para ordenarse,
Dió en que había de casarse,
Y ausentóse cuerdamente ;
Que pienso que le matara.
Ha vuelto á Sevilla ya,

Y en cas de un vecino está,
Que á mi disgusto le ampara.
Entre todos los enojos
Que me ha dado este rapaz,
Anda amor metiendo paz,
Porque es la luz de mis ojos.
Yo finjo que le aborrezco,
Y nadie sabe de mí
Lo que he fiado de ti.

ELENA. Dios sabe que lo merezco.

D. FERNAN. Quiero (porque me han contado
Que viene enfermo y perdido)
Que tú, como que has querido,
Viéndome con él airado,
Cuidar de su enfermedad,
Como á tu propio señor
Le veas, y de mi amor
Sustituyas la piedad.
Las llaves tienes, y tienes
Discreción: en regalarle
Te ocupa, sin declararle
Que por mí, Bárbara, vienes,
Sino por tu obligación;
Que sé que en viendo á don Juan
Tan entendido y galán,
Dirás que tengo razón.
No hay mozo en toda Sevilla
(No lo digo como padre)
Más gallardo; fué su madre
En Méjico maravilla,
Y muy principal mujer;
Que á ser legítimo amor,
Más tiene de su valor,
Que de mí puede tener.
Lo primero has de llevar
(Esto sin nombrarme á mí)
Unas camisas, que aquí
Quedaron por acabar.
Y toma en este bolsillo
Cincuenta escudos; que está
Pobre, y no los hallará
Sobre prendas en Sevilla.

Pienso que me has entendido.
ELENA. Y ¡cómo, Señor! Muy bien;
Y de camino también
Con el alma agradecido
La confianza que hacéis
Desta humilde esclava vuestra.
En lo demás, bien se muestra
Que piadoso procedéis
Como padre, imitación
Del verdadero desvelo.
D. FERNAN. Si tú con discreto celo
(Pues se ofrecerá ocasión)
Le pudieses persuadir
Que dejase de casarse,
Y que volviese á ordenarse,
No le dejes de advertir
Lo que ganará conmigo.
ELENA. Señor, ¿cómo podré yo,
Sabiendo qne no bastó
Tu enojo ni tu castigo?
Pero en fin, yo te prometo
De hablarle en esto, y muy bien.
D. FERNAN. Haz, Bárbara, que te den
Las camisas en secreto,
Que ya acabadas están.
Y si en este amor reparas,
Yo sé que me disculparas,
Si hubieses visto á don Juan.
Y quiero que se te acuerde,
Mirándonos á los dos,
Que siente Dios, con ser Dios,
Un hijo que se le pierde.
ELENA. ¿Ha de ir alguno conmigo?
D. FERNAN. Fabio, que te enseñará
La casa, que cerca está. (*Vase.*)

ESCENA X

ELENA.

¡Alabo, ensalzo y bendigo
La piedad que usas conmigo,

Cielo, en aquesta ocasión!
Parece que el corazón
Me miraba don Fernando.
Y que dél fué trasladando
Mi propria imaginación.
¡Que podré ver á don Juan,
Después de tan larga ausencia!
¡Que dineros y licencia
De regalarle me dan!
Parece que ya se van
Declarando en mi favor
Los cielos, pues el rigor
Piadoso de un padre airado
Da cuidado á mi cuidado,
Y añade amor á mi amor.
Agora os satisfaréis,
Ojos, que sin luz estáis,
Y á ver vuestra gloria vais,
De lo que llorado habéis.
Hoy vuestro dueño veréis,
Y siempre licencia os dan.
Tercero para don Juan
Es hoy quien más me aborrece,
Pues me dice y encarece
Que es gentilhombre y galán.
¡Con la gracia que me hablaba
En las que don Juan tenía,
Como que yo no sabía
Que me cuestan ser su esclava!
Lo mesmo que deseaba
Me ofrecía liberal,
Porque con suceso igual
Sea mi ejemplo testigo
De que suele un enemigo
Hacer bien, por hacer mal. (*Vase.*)

Calle.

ESCENA XI

FLORENCIO, RICARDO.

FLORENCIO. No siempre puede amor lo que imagina.
RICARDO. Juré no ver, Florencio, á Serafina,
Después de ver tan claro desengaño;
Y aunque pensé que fuera por mi daño,
Un milagro de amor ha sucedido,
Que fué, con otro amor, quedar vencido.
FLORENCIO. Si tiene alguna cura
La locura de amor, es la hermosura
De otra mujer, y ansí dijo un poeta,
Aunque es pasión que tanto nos sujeta,
Para vencer amor querer vencelle.
RICARDO. No pienso yo ponelle
Remedio tan violento;
Pero andando con este pensamiento,
Vi una mujer adonde puso el cielo
Dos estrellas de fuego en puro hielo,
Un talle tan gallardo, honesto y grave,
Un mirar tan süave,
Un andar tan gracioso,
Y en cada parte un todo tan hermoso,
Que vivo sin sentido.
Mas todo lo que oís, y fué el olvido
De aquel pasado amor, pues ya me abrasa,
Se encierra en una esclava desta casa.
FLORENCIO. ¡ Esclava!
RICARDO. Sí.
FLORENCIO. ¡ Qué bajo pensamiento!
RICARDO. Sin verla, no culpéis mi entendimiento.
FLORENCIO. ¿ Es africana?
RICARDO. Es india, y justamente,
Que siendo sol, viniese del Oriente.
FLORENCIO. ¡ Mal gusto, y en que el vuestro desatina,
Dejar el serafín de Serafina
Por una esclava bárbara!

RICARDO. Su nombre,
Florencio, es ese, y porque no os asombre
Mi pensamiento justo...
— Miradla allí, disculparéis mi gusto.

ESCENA XII

ELENA, FABIO, *con un azafate.* — DICHOS.

FABIO. Ésta es la casa.
ELENA. ¿Que tan cerca era?
FABIO. ¿Quisieras tú que al Alameda fuera?
La devoción de san Trotón ¿te obliga?
ELENA. Nunca salgo de casa.
FABIO. Pues, amiga,
Si Señor te hace dama, ten paciencia.
Demás que las ventanas, en ausencia
De la calle, no son poco remedio.
ELENA. Nunca por este medio
Remedio yo la soledad que paso.
FABIO. ¿Ventana no?
ELENA. ¿Soy yo botón acaso,
Que tengo de estar siempre á la ventana?
RICARDO. ¿Qué os parece la indiana?
FLORENCIO. Que trujo cuantas perlas y oro había
En la tierra y la mar que el sol las cría.
ELENA. Entra, Fabio, y dirás á lo que vengo. (*Vase Fabio.*)

ESCENA XIII

ELENA, RICARDO, FLORENCIO.

RICARDO. Luego ¿disculpa de quererla tengo?
FLORENCIO. El lacayo se ha entrado
En cas de Serafina.
RICARDO. Traerán de don Fernando algún recado.
— Pues, ¡Bárbara divina!...
ELENA. ¡Vuesamerced!... Suplícole se tenga,
Antes que el hombre con quien vengo venga.
RICARDO. ¿Por qué pagas tan mal lo que te quiero?

ELENA. ¿Qué obligación me corre, caballero?
RICARDO. Amor ¿no obliga?
ELENA. Obliga con servicios
Y amórosos oficios,
No con palabras y ánimos donceles:
Que aun en tiempo de Adán le daban pieles,
RICARDO. ¿Quieres tú galas? ¿Quieres tú dinero?
ELENA. No puedo yo deciros lo que quiero.
RICARDO. ¿Quieres que te rescate?
ELENA. Ni por el pensamiento de eso trate.
Todo mi gusto en esta casa tengo.
Esclava de mí misma á verme vengo.
RICARDO. Ya te he entendido. Quieres á Leonardo.
ELENA. ¿No es don Juan más gallardo?
RICARDO. Pues ¿quieres á don Juan?
ELENA. Como á mi dueño;
Que en lo demás, ya sé que fuera sueño,
Pues quiere una mujer con quien se casa.
RICARDO. Pues, Bárbara, si sabes lo que pasa,
Quiéreme á mí; que en indio me trasformas,
Pues ídolo te formas
De marfil y de oro,
Y siendo tú mi sol, indio te adoro.
Ea, dame una mano, porque en ella
Te ponga este diamante;
Que, aunque es muy bella, quedará más bella.
ELENA. Quedito, y salvo el guante;
Que soy un poco arisca,
Y con las nueve efes de Francisca
Fe, fineza y fortaleza
Soy toda junta un monte de aspereza,
Y le quiero añadir el ser famosa.
RICARDO. Pues déjame tocar con solo un dedo
El clavo de tu rostro.
ELENA. ¡Lindo enredo!
¿Soy cuenta de perdones?
Por sus ojos, que mude de estaciones.
RICARDO. Yo he de comprarte á don Fernando.
ELENA. Creo
Que aunque busquéis para tan necio empleo
Más piedras y oro y perlas que un poeta
Para pintar un día,

No os venderán una chinela mía,
El hombre sale. Adiós. (*Vase.*)

FLORENCIO. ¡Mujer discreta,
Pero taimada!

RICARDO. Vamos; que yo espero
Mi remedio en engaño ó en dinero. (*Vanse.*)

Sala en casa de Leonardo.

ESCENA XIV

ELENA, FABIO.

FABIO. Don Juan sale á recebirte,
Y las camisas dí á Pedro.

ELENA. Pues vete, así Dios te guarde;
Que tengo cierto secreto,
Que me dijo mi señor
Que dijese á don Juan.

FABIO. ¿Vuelvo
Dentro de un hora por ti?

ELENA. Vuelve, poco más ó menos.

FABIO. ¿Quién son aquellos lindones
Que te hablaban?

ELENA. Caballeros,
Que cansados de faisanes...
Ya entiendes, Fabio.

FABIO. Ya entiendo.

ELENA. ¿Celitos? Soy yo muy propia
Para oir lacayunos celos.

FABIO. Por el agua de la mar,
Que he de darles, si los veo
Otra vez, una mohada,
Que llaman acá los diestros
La de Domingo Gayona.

ELENA. ¿Son estos los aposentos
De don Juan?

FABIO. Sí.

ELENA. Vete.

FABIO. Adiós. (*Vase.*)

ESCENA XV

DON JUAN Y PEDRO, *sin ver á* ELENA.

DON JUAN. (*Á Pedro.*) Mal podré tener contento,
Pedro, con tanta desdicha.
Hoy á mis hábitos vuelvo.
PEDRO. No debió de poder más;
Que por ventura la hicieron
Fuerza su tío y su primo.
DON JUAN. ¿Qué fuerza, si fué el concierto
Que á casarme volvería?
PEDRO. Como no lo hiciste luego,
Entró la desconfianza;
Que no hay cosa que más presto
Rinda y mude una mujer.
DON JUAN. En lo que su engaño veo,
Es en negar sus criados,
Y decir que no supieron
Quién la llevó ó dónde fué.
PEDRO. Hablemos, Señor, primero
Esta esclava de tu padre,
Que dicen que es su gobierno,
Y no mudemos de ropa;
Que será, sin grande acuerdo;
Vender risa á la ciudad.
DON JUAN. ¡Buen talle!
PEDRO. Y gentil aseo.
DON JUAN. No he visto esclava en mi vida
De mejor traza.
PEDRO. El invierno
Tenga yo tales frazadas,
Y los veranitos frescos
Estas colchas de la China.
ELENA. (*Ap.* Temblándome está en el pecho
El corazón.) Señor mio,
Hoy á vuestros pies presento
Una esclava...
DON JUAN. No prosigas.
¡Jesús! ¡Jesús! ¿Qué es aquesto?

Alza el rostro, no le bajes.
¿ Qué es esto, Pedro?

ELENA. Bien puedo,
Si las lágrimas me dejan.

PEDRO. ¡ Señor!... ¡ Vive Dios, que creo
Que habemos los dos bebido!

DON JUAN. ¡ Ay, Pedro! Lágrimas bebo
De un ángel. Pero bien dices:
Que esto es ó locura ó sueño.
Háblame, señora mía,
Háblame y dime si tengo
Mi fantasía en tu sombra
Fuera de mi entendimiento.

PEDRO. Señora, dime quién eres.
¿ Han hecho algún embeleco
Estas moras de Sevilla?
¿ Eres tú? ¿ Quién eres? Presto;
Que estoy por huir de ti.

ELENA. Yo soy, don Juan; yo soy, Pedro;
Que ¿quién, sino yo, pudiera
Arrojar al mar soberbio
De tu padre honor y vida?
Que de una amiga sabiendo
Que dar quería á un esclavo
Su hacienda, este pensamiento
Se me puso en la memoria,
Y ejecutólo el deseo.
Tuve tal felicidad,
Que ya de tu padre tengo
Hacienda y casa en mi mano.
Hoy me descubrió su pecho,
Y me dijo que sabía
Que habías venido enfermo,
Y que viniese á curarte;
Siendo yo cierva que vengo,
Llena de flechas de amor,
Al agua de mi deseo.
Este dinero me ha dado,
Tan declarado y tan tierno,
Que á los ojos se asomaban
Las lágrimas por momentos,
Como á ventanas doncellas

Que andan cerrando y abriendo.
Díjome que yo te diese,
En razón del casamiento,
Consejos, que no te doy;
Que son contra mí consejos.
Fingí hierros en mi cara,
Porque están los verdaderos
En el alma, señor mío,
Donde no los borra el tiempo.
Hierro es éste de mi cara,
Porque el del alma es acierto;
Que solamente por mí
Se dijo « Acertar por yerro ».
Hierro parece, y es flecha
Que del arco de sus celos
Amor me tira á la boca
Porque le sirva de sello.
Haz que me pongan tu nombre,
Porque sepan muchos necios
Que fundan en intereses
Todos los amores nuestros,
Que hubo una mujer que fué
Por solo agradecimiento
Esclava de su galán,
Por el nombre y por los hechos.

DON JUAN. Dulce esclava de mi vida,
De mi libertad señora,
Hierro que mi alma adora,
Señal por mi bien fingida:
Hoy ha de quedar corrida
La griega y romana historia,
Pues en vuestro honor y gloria,
Que para siempre ensalzáis,
Con esta hazaña dejáis
En olvido su memoria.
Templado habéis mis enojos,
Porque ese clavo, recelo
Que es como signo en el cielo
Para el sol de vuestros ojos.
Templad también mis antojos,
Porque está el alma tan loca,
Que á imaginar me provoca

Que es la señal que en vos veo,
Porque no yerre el deseo
El camino de la boca.
Que érades ida pensé,
Luego que os busqué en Triana.
Allí me hallé de mañana:
¡Qué triste noche pasé!
¿Es posible que os hallé,
Y solo el errado fui?
Pero siendo el hierro aquí
De vuestra cara fingido,
En siendo vuestro marido,
Me le pasaréis á mí.
Que como suele en la emprenta
Pasar la letra al papel,
Vendré yo á quedar con él,
Y vos de ese hierro exenta.
Mirando está el alma atenta
Cómo le podrá pasar,
Donde en inmortal lugar
Le pueda traer por vos;
Pero presto querrá Dios
Que lo podamos trocar.

PEDRO. Señor, Serafina.

ELENA. ¿Quién?

ESCENA XVI

SERAFINA. — DICHOS.

SERAFINA. Á ver vengo vuestra esclava.

DON JUAN. Esclava, aquesta señora
Es Serafina, la hermana
De Leonardo, grande amigo
De mi padre.

ELENA. ¡Qué gallarda!
Qué gentil, qué bien dispuesta
Señora!

SERAFINA. ¡Qué bella esclava!

ELENA. No codiciéis en el mundo
Otra cosa ni otra esclava,

Si aquesta dama tenéis.
SERAFINA. Pues, amiga, ¿cómo os llaman?
ELENA. Bárbara, señora mía.
SERAFINA. Pues, Bárbara, no soy dama,
Sino mujer de don Juan.
ELENA. ¡Qué! ¿Sois vos con quien se casa?
SERAFINA. Á lo menos lo he de ser.
ELENA. Eso solo me faltaba
Para dar el parabién...
(*Ap.* Á cierta loca esperanza.)
SERAFINA. ¿Quién hizo aquellas camisas?
ELENA. Esas mujeres las labran,
Que sirven á mi señor.
SERAFINA. Mejores están guardadas
Para cuando quiera Dios.
DON JUAN. Vete con Dios; que te tardas,
Bárbara.
ELENA. Sí, mejor es,
Pues aquí ya no hago falta,
Y en mi casa podrá ser.

ESCENA XVII

FINEA. — DICHOS.

FINEA. Aquí, Señora, te aguarda
Una visita.
SERAFINA. ¿Quién es?
FINEA. Tu grande amiga Lisarda.
SERAFINA. Perdonad, señor don Juan.
Luego volveré. (*Vanse Serafina y Finea.*)

ESCENA XVIII

ELENA, DON JUAN, PEDRO.

DON JUAN. No salgas,
Bárbara, sin que te lleve
Pedro desde aquí á tu casa.
ELENA. ¡Tú me detienes, en tiempo

Que está reventando el alma
Por dar voces! Si deseas
Que declare cuanto pasa,
Bien harás en detenerme.

DON JUAN. Detenla, Pedro.

PEDRO. No vayas
Enojada, hermosa Elena,
Hasta que sepas la causa
Por qué dijo Serafina
Aquellas necias palabras.

ELENA. ¿ Enojada yo? ¿ Por qué?
¡ Ah perro, quién te sacara
El alma!

PEDRO. Tente, Señora.
Tente por Dios; que me matas.

DON JUAN. Si engañar esta mujer
Ha sido ofensa que agravia
La verdad de nuestro amor,
Deja á Pedro, y tu venganza
Ejecuta en mí; que soy
Desdichado en tu desgracia.

ELENA. ¡ En vuesamerced! ¿Por qué,
Si los hábitos dejaba
Por esta dama, que puede
Serlo de un grande de España?
« ¿ Quién hizo aquellas camisas?
Mejores están guardadas
Para cuando quiera Dios. » —
¡ Qué bien! ¡ Qué buena cristiana!
Dios le cumpla sus deseos.
¡ Ay de aquella desdichada,
Vendida por un traidor!

DON JUAN. Si no escuchas, nadie basta
Á poder satisfacerte.

ELENA ¡ Que pusiese yo en mi cara
Esta cédula, este hierro
Que publicase mi infamia,
Para que todos le vean!

PEDRO. Señora, ¿ por qué te acabas,
Y quitas la vida á un hombre,
Que sólo de verte airada,
No sabe tomar consejo?

ELENA. Hasta agora no fuí esclava;
Doña Elena fuí hasta agora;
Ya soy la Elena troyana.
Incendio soy de mí misma,
Mi propio fuego me abrasa;
Quien me ha robado el honor
Es quien me vende á mi patria.
Traidor Paris de Sevilla,
Firme Elena de Triana,
Por un don Juan me vendí...
El esclavo que maltratan,
Huye del dueño. Perdone
Don Fernando; que á Triana
Me vuelvo, y de allí á Jerez,
Porque, esclava por esclava,
Quiero serlo de mi primo. (*Vase.*)
DON JUAN. Oye.
PEDRO. Espera.
DON JUAN. Tente.
PEDRO. Aguarda.
DON JUAN. Ve tras ella, Pedro.
PEDRO. Voy.
DON JUAN. Hoy hace fin mi esperanza.

ACTO TERCERO

Calle.

ESCENA PRIMERA

FLORENCIO, RICARDO.

FLORENCIO. ¿Esos eran los enojos,
Recebille y regalalle?
RICARDO. Es padre: no hay que culpalle;
Que los hijos y los ojos
Tienen poca diferencia;
Antes bien la expiración
De aquella pronunciación

Suspiros son de su ausencia.
En efecto, está don Juan,
Después de tanta porfía,
Con la paz que antes tenía,
Con hábito de galán.

FLORENCIO. . . . .
. . . . [1] Pensaréis
Que ama á Bárbara, y tendréis
Desta sospecha testigos,
En que no sale de casa;
Sin ver que vergüenza es
De los amigos, después
Que supieron que se casa.

RICARDO. Si amor y celos tuviera [2],
Cualquier injusto rigor
Fuera como mal de amor,
Y como amor le sufriera.

FLORENCIO. ¿Celos con una bajeza,
Que el valor de amor infama?

RICARDO. ¿Dónde hay tan hermosa dama,
Con tanta gracia y belleza?

FLORENCIO. Una esclava ¿os trae perdido?

RICARDO. Amor no tiene elección.

ESCENA II

DON FERNANDO, FABIO. — DICHOS.

D. FERNAN. (*Á Fabio.*) Alguna causa y razón
Esta mudanza ha tenido.
Bárbara no tiene ya
La alegría que solía.
Muy contenta me servía:
Triste por extremo está.

FABIO. Como don Juan mi señor
Ha venido, y has mostrado
En regalalle cuidado,

---

1. Faltan verso y medio. J. E. H.
2. También ha de faltar algo antes y después de esta redondilla. J. E. H.

Y á Bárbara poco amor,
Estará con sentimiento.

D. FERNAN. Una esclava ¿ha de querer
Ser como un hijo, y tener
El mismo merecimiento?

FABIO. Culpa al principio tuviste:
Como á hija la trataste;
Y como el amor mudaste,
No te espantes que ande triste.
Si no es que aquel gentilhombre,
Que nunca deja esta puerta,
Algo con ella concierta.

D. FERNAN. Con bien diferente nombre
La vendió aquel capitán.

FABIO. Pues si no es esto, Señor,
Serán celos del amor
Que le muestras á don Juan.

D. FERNAN. ¿Es aquel el caballero
Que dices?

FABIO. El mismo es.

RICARDO. (*Ap. á Florencio.*) Con lo que veréis después,
Remediar mi pena espero;
Que sin alguna invención,
Es imposible mover
El pecho desta mujer.

FLORENCIO. Siempre más fáciles son
Con sus iguales; mas fuera
Mejor compralla.

RICARDO. Ese intento
Fuera loco pensamiento:
Por un millón no la diera.
Pienso que repara en mí.

FLORENCIO. Vamos; que os está mirando.
(*Vanse Florencio y Ricardo.*)

ESCENA III

DON FERNANDO, FABIO.

D. FERNAN. Si la esclava inquïetando
Anda, Fabio, por aquí,
Sabré yo darle á entender

Qué respeto ha de guardar
Á mi casa.

FABIO. Codiciar
La gracia desta mujer
No te espante, que es hermosa;
Y su limpieza y aseo
Solicitan el deseo
De la juventud ociosa.
Todos se prometerán
Facilidad en bajeza,
Y yo sé que hay aspereza.

D. FERNAN. Mucho se tarda don Juan.

FABIO. La caza, Señor, divierte.

D. FERNAN. Desde que hoy amaneció
Está en el campo; aunque yo
Lo tengo por buena suerte,
Pues con eso entretenido,
Pienso que se le ha olvidado
El casamiento tratado.

FABIO. Todo lo ha puesto en olvido.

ESCENA IV

DON JUAN, *de campo.* — DICHOS.

DON JUAN. Mira, Fabio, ese caballo;
Que Pedro se queda atrás. —
¡Oh mi señor! ¿Aquí estás?
¡Gracias á Dios, que te hallo
Con la salud que deseo!

D. FERNAN. Seas, don Juan, bien venido.
¿Cómo en el campo te ha ido?
Que ha un siglo que no te veo.

DON JUAN. Vuelvo á besarte la mano
Por tal favor; pero quiero
Contarte...

D. FERNAN. Eso no, primero
Descansa.

DON JUAN. Escucha.

D, FERNAN. Es en vano;
Tiempo queda en que podrás. *(Vanse.)*

Sala en casa de don Fernando.

ESCENA V

DON FERNANDO, DON JUAN, ELENA.

D. FERNAN. ¡ Hola !...
ELENA. Señor...
D. FERNAN. Llega allí.
Descalza á don Juan.
DON JUAN. ¿ Á mí?
D. FERNAN. Pues ¿es más que los demás ?
Siéntate.
DON JUAN. Pedro, Señor,
Vendrá ya.
D. FERNAN. ¿ Qué novedad
Es aquesta ?
DON JUAN. (*Á Elena.*) Ea pues, llegad.
D. FERNAN. Ven luego á comer. (*Vase.*)

ESCENA VI

ELENA, DON JUAN.

DON JUAN. ¡ Qué error
De mi padre, ó qué favor
De mi buena dicha ha sido
El no haberte conocido !
Ángel, la mano tened.
ELENA. Déme el pie vuesamerced.
DON JUAN. Miro si mi padre es ido,
Para darte mil abrazos.
ELENA. Déme el pie, vuelvo á decir.
DON JUAN. Ya no es tiempo de reñir,
Sino de darme los brazos.
ELENA. Antes los haré pedazos.
DON JUAN. Pues volveréme á enojar;
Que no te pensaba hablar
Por los celos que me has dado;

Que bien sabes que has hablado
Con quien me los puede dar.
De verte me enternecí,
Y te he perdonado ya.

ELENA. Tarde pienso que hallará
Vuesamerced para mí
Satisfacción, aunque aquí,
Como cera, se regale
Al sol, puesto que se vale
De la invención que propone;
Porque no hay que me perdone,
Y del propósito sale.
Que Ricardo me hable á mí,
Cuando por la puerta pasa,
¿Qué importa, si él en su casa
Habla á Serafina así?

DON JUAN. Es fuerza.

ELENA. Es amor.

DON JUAN. ¡Yo!

ELENA. Él, sí;
Que hablarme un hombre, saliendo
Á algún recaudo, ó volviendo
casa, no es en mi mano;
Mas vuesamerced en vano
Se disculpa, conociendo
El pesar que me hace á mí.

DON JUAN. Á tantas vuesas mercedes
Mira que matarme puedes.
Dueño de mi alma, ¡así
Que desde que te la dí,
Aborrecí cuanto amaba!...

ELENA. ¡Dueño yo, siendo su esclava
De vuesamerced!

DON JUAN. Ya es eso
Traición, malicia y exceso;
Amor no, condición brava.
Ya estoy rendido: ¿qué quieres?
Por Dios, que de tú me nombres.
¡Que tiernos somos los hombres!
¡Qué fuertes sois las mujeres!

ELENA. Tú dices que tierno eres...
¿Siempre habemos de buscar?

DON JUAN. ¿Siempre habemos de rogar?
¿Quién no se deja morir,
Para no llegar á oir
Tu término de matar?
¡Ay, si en el campo me vieras
De pechos sobre una fuente,
Aumentando su corriente
Con lágrimas verdaderas!

ELENA. ¿Por Serafina?

DON JUAN. ¡Hay locura
Tan grande! Pues si procura
Tu olvido matarme ansí,
Yo quiero imitar de ti
La misma descompostura.
(*Á voces.*) ¡Señor! ésta es doña Elena,
Con quien pretendí casarme.
Ven á matarme.

ELENA. Á matarme
Vendrá primero tu pena.

DON JUAN. Déjame.

ELENA. La lengua enfrena,
Loco de mis ojos.

DON JUAN. ¿Qué?

ELENA. ¿De mis ojos dije? Erré.

DON JUAN. Ya lo dijiste, ya eres
Mi dueño.

ELENA. Sí, pues tú quieres
Que yo te quiera sin fe.

ESCENA VII

PEDRO, *de caza.* — DICHOS.

PEDRO. ¡Gracias al cielo, que os veo
En paz!

DON JUAN. ¿Cómo te has tardado?

PEDRO. El pájaro lo ha causado:
Que es algún demonio creo.
¡Que haya quien cace en el mundo!
Que vaya siguiendo en fin
Un hombre, con un rocín,

Que le despeñe al profundo,
Aves que andan por el viento!
Sólo hallo disculpados
Los naipes, porque sentados
Es dulce entretenimiento.
¿Quién puede en trucos sufrir
Dos torneadores crueles,
Y una mesa sin manteles
Con dos varas de medir
(Que parecen las casitas
De corral de vecindad),
Con mucha curiosidad
Tirándose las bolitas?
¡Cuerpo de tal con la flema!
Pues ¡otros que juegan solos
Toda una tarde á los bolos,
Quebrantándose por tema,
De que salen derrengados
Por enderezar la bola!
¿Y otros que con ella sola
Tiran por sendas y prados
Con los mallos ó los mazos?
Si es ejercicio, y no vicio,
La esgrima es lindo ejercicio
Para hacer fuertes los brazos;
Que no ejercitar la espada,
Es causa que en la ocasión
Falte el aliento. Estas son
Para juventud honrada;
Las cazas y pajarotes
Allá son para los reyes
Que tienen libros y leyes;
Porque con dos matalotes,
Y un neblí, tuerto de un ojo,
¿Quién diablos sale á cazar?

DON JUAN. Vete, Pedro, á descansar;
Que vienes con mucho enojo.
Y vos, mi bien, ya ¿quedáis
En paz conmigo?

ELENA. Primero
Quiero que jures...

DON JUAN. Yo quiero.

Juro que vos me matáis.

ELENA. De no ver al Serafín,
Que piensa que has de ser suyo.

DON JUAN. Esto juro, y de ser tuyo.

ELENA. ¿Y el Serafín?

DON JUAN. Será fin.
En mi vida le veré,
Sino á ti, que lo eres mía.

PEDRO. ¡Qué glosa hacerse podía!

ELENA. ¿Cómo?

PEDRO. Escucha.

ELENA. Di.

PEDRO. Diré.
Es el *ti* deminutivo
Del *tú* y es hijo del *mí*,
Porque le regala ansí
Con el acento más vivo.
El *tú* es bajo, y tiple el *mí*.
Tú manda, *tú* desafía,
Tú es trompeta, *tú* es cochero;
Ti es clarín, *ti* es chirimía:
Y por eso al *tú* no quiero,
Sino á ti, *que lo eres mía.*

DON JUAN. Tal te dé Dios la salud.

ELENA. Tu padre llama: no entienda
Que hablamos.

DON JUAN. Adiós, mi prenda.

ELENA. Adiós.

DON JUAN. ¡Qué dulce inquietud!
(Vanse don Juan y Pedro.)

ESCENA VIII

ELENA.

¡Qué poco sabe sufrir
Una locura de amor!
Pero ¿quién tendrá valor
Para dejarse morir?
Ó no se había de oir,
Ó no amar; que no hay porfía

De celosa fantasía,
Que estándose defendiendo,
Dure sin rendirse, oyendo:
Sino á tí, que lo eres mía.
Celos, si estáis satisfechos,
¿Que queréis? Dejadme aquí;
Que pues que ya me rendí,
Ya debéis de estar deshechos.
Si más daños que provechos
Resultan de mi porfía,
Crueldad matarme sería;
No tiréis flechas al aire,
Que dijo con gran donaire:
Sino á tí, que lo eres mía.

ESCENA IX

FINEA. — ELENA.

FINEA. Bárbara, ¿es tiempo de verte?
ELENA. ¿Qué quieres, Finea amiga?
Después que el señor don Juan
Vive en casa, no hay quien viva;
Porque con la ocupación
De valonas y camisas,
Ni yo sé cuándo es de noche,
Ni menos cuándo es de día.
FINEA. ¡Qué trabajos!
ELENA. ¿Cómo está
Tu señora Serafina?
FINEA. Dala al diablo; que se ha hecho
Un tigre, una sierpe libia.
Mejor fuera ya llamarla
Demonia que Serafina;
Que como está enamorada,
No hay quien la sufra ni sirva.
Todo es mirarse al espejo,
Todo es joyas y sortijas,
Endemoniarse ó enmoñarse.
Ya se toca, ya se enriza...
Todo es mirar si le ve,

Y todo ver si la mira,
Todo acechar por las rejas;
Que están ya las celosías
Cansadas de darle calle.

ELENA. ¿Hácele muchas visitas
Mi amo?

FINEA. Siempre está allá.

ELENA. ¿Siempre?

FINEA. Es lindo rompe-sillas.
Al cinco de oros parecen
Los dos, que siempre se miran,
Él ensillado, y mi ama,
Como potro de Sevilla,
Ensillada y enfrenada.

ELENA. ¿Quiérense mucho?

FINEA. Suspiran,
Como borricos en prado.

ELENA. ¿Casaránse?

FINEA. Eso porfían.

ELENA. ¿Á qué venías?

FINEA. Á darle
Este papel de mentiras.
Y á fe que tiene un secreto.

ELENA. ¿Qué secreto, por tu vida?

FINEA. Bárbara, no lo preguntes.
No es posible que lo diga.

ELENA. ¿Esa es la amistad?

FINEA. Perdona.

ELENA. ¿Y si jurase?

FINEA. Aun podría
Ser que lo dijese.

ELENA. Yo
Soy tu verdadera amiga,
Dame el papel; que don Juan
Vino de caza, que el día
Le halló en el campo; y descansa;
Que el secreto, pues porfías,
Ya no lo quiero saber.

FINEA. Si no juraste.

ELENA. Si obliga
El juramento, yo juro
Que nunca vuelva á las Indias

(Que es lo que yo más deseo)
Desde que vine de Lima),
Si revelare el secreto.

FINEA. Pues sabe que una vecina...
¿Óyenos alguien?

ELENA. No hay nadie.

FINEA. Que es una sabia Felicia,
Ha perfumado el papel
Con veinte borracherías,
Para que don Juan se case.
Dásele, y no se lo digas,
Así Dios nos libre á entrambas.

ELENA. El secreto que me fías
Haré escritorio del alma.

FINEA. Pues, adiós; que voy de prisa
Á ver aquel pajecillo
Que me viste el otro día
Hablar junto á cal de Francos. (*Vase.*)

ESCENA X

ELENA.

¡Qué poco duran las dichas!
Tornasol parece el bien;
Que á cualquier parte la vista,
Conforme la luz que toma,
Halla la color distinta.
¡Ay, Dios! ¿Por qué persevero
En tal vida, en tal porfía?
Por qué aguardo desengaños,
Donde tantos me la quitan?
Cuando, en mejor ocasión,
Á Triana me volvía,
¿Por qué me tuviste, amor,
Con lágrimas y mentiras?
¡Qué mujer fuí tan mudable!
Pues ¿no ha un hora que decía
Don Juan, con alma traidora,
Que era yo su alma y su vida?
¡Ojalá fuera yo! que el mismo día
Yo me matara, si lo fuera mía!

ESCENA XI

DON JUAN, PEDRO. — ELENA.

DON JUAN. No es posible sosegar.
PEDRO. No es mucho teniendo amor.
Mata el desdén y el favor,
Y todo, en fin, es perder
El seso por disparates.
DON JUAN. Elena mía...
ELENA. No trates
De hablarme; que no ha de ser
Esta vez como hasta aquí.
Yo no digo que me iré,
Sino que aquí me estaré
Á ver lo que haces de mí.
Yo quiero aguardar á ver
Tu casamiento, y te ruego,
Porque importa á mi sosiego,
Que hoy sea, si puede ser,
Ó por lo menos mañana:
Que con dejarte casado,
Iré, don Juan, sin cuidado,
Iré contenta á Triana.
Allí mi primo y mi tío,
Si no han venido, vendrán.
Poco me debes, don Juan,
Pues sólo pasar el río
Por esa puente me debes
Con este hierro fingido,
Por quien vendida he sufrido
Penas y trabajos breves.
Que no fuí á Lima por ti,
Ni por vastos horizontes,
Pasé mares, subí montes,
Ni hacienda ni honor perdí.
Vuelvo con manos y pies :
¿ Qué hay perdido?
DON JUAN. ¿ Qué es aquesto,
Pedro amigo?

PEDRO. Es agua en cesto;
Humo, espuma y viento es;
Es un puñado de arena;
Es, cuando el austro se mueve,
Cielo que hace sol y llueve,
Y es luna menguante y llena.
Desde lo de la costilla
No tienen segura espalda. —
¡ Cuál eres para giralda
De la torre de Sevilla!

DON JUAN. ¡ Hay tan extraña mudanza!
¿ Aun no aguardaras un hora,
Para mudarte, Señora?

ELENA. ¡ Ay de mi loca esperanza!

DON JUAN. Mi bien, yo salí de aquí,
Y de tus brazos también;
¿ Quién te ha mudado, mi bien,
En cuanto de aquí sali?

ELENA. Menos *mi bien;* que no estoy
Para ser *su bien :* y advierta
Que es esta verdad tan cierta,
Que el testimonio le doy
En este papel, tan tierno
Como de aquel su cuidado,
Por quien viene perfumado
Con pastillas del infierno.
Aquí le trujo la esclava
Del Serafín que visita;
Pues está mi ofensa escrita,
¿ Para qué me lo negaba?
Porque se ha de enamorar
Con él, no le ha de leer;
Ni yo, para no lo ser
De quien quisiera matar
Con las manos y los dientes.

DON JUAN. Elena, si agora vengo
Del campo, ¿ qué culpa tengo
De esos locos accidentes?
Tener celos con razón
No es mucho; pero sin ella,
Quien bien quiere se atropella
Con tal determinación.

ELENA. Dice este señor muy bien,
Y Pedro dirá que es justo,
Y que no le den disgusto,
Y yo lo diré también.
¿ No es verdad, Pedro?
PEDRO. Señora,
No apruebo esa mansedumbre;
Que callar con pesadumbre
Arguye traición traidora.
¿ Qué importa que Serafina
Haya escrito ese papel?
ELENA. Ser moreno y moscatel
Es un flamenco en la China.
Pero, porque es necesario
Que la historia se declare,
Lo que de aquí resultare
Sabrá para otro ordinario.
Y sólo por culpa mía
Le digo, á más no poder,
Que ¡mal haya la mujer
Que de palabras se fía!
PEDRO. Espera un poco.
ELENA. No hay poco,
Sino mucha rabia y pena. *(Vase.)*

ESCENA XII

DON JUAN, PEDRO.

DON JUAN. Yo pienso, Pedro, que Elena
Pretende volverme loco.
PEDRO. No te espantes, si á sus manos
Llegó ese negro papel,
Ya no blanco, pues lo es él
De celos tan inhumanos.
Declárate; que es morir
Andar templando el humor
Deste jumento de àmor.

ESCENA XIII

RICARDO, FLORENCIO. — DICHOS.

RICARDO. (*Á Florencio.*) Esto le vengo á decir.
FLORENCIO. Quedo; que está aquí don Juan.
RICARDO. Á vuestro padre buscaba.
DON JUAN. ¿ Qué es, Señor, lo que mandáis?
Que presumo que descansa.
RICARDO. Señor don Juan, he pensado
Que notan en esta casa
Que hable á esa esclava vuestra
(Porque la malicia humana
Siempre piensa lo peor);
Y que con esto se cansa
De mí el señor don Fernando.
Y es que, si con ella hablaba,
Era para reducilla,
Por bien ó por amenazas,
Que ante la justicia diga
Los días que ha me falta:
Porque un día me la hurtó
Un soldado, que engañada
Con casamiento y amores,
La embarcó y la trujo á España.
Ella, acaso por sus miras,
Niega; mas no importa nada,
Que la verdad siempre vence.
DON JUAN. Y muchas veces se engañan
Los ojos, y puede ser
Que se parezca esta esclava
Á la que os llevó el soldado.
RICARDO. El nombre, el rostro y la habla,
¿La ha de tener sin ser ella?
Yo bien pudiera sacarla,
Como quiera, sin dinero,
Probando que es prenda hurtada;
Pero por estar aquí,
Y respetar vuestra casa,
Daré el precio que costó.

DON JUAN. Vuesamerced su probanza
Haga por allá, y no crea
Que toda la plata indiana
Será de Bárbara precio.
Y en esto pocas palabras,
Porque siento que me burlen.
RICARDO. Todo lo que aquí se trata
Es tan de veras, que presto
Os lo dirá la probanza,
Remitiendo á la justicia
Lo que no es justo á la espada. (*Vase*).

ESCENA XIV

DON JUAN, PEDRO.

PEDRO. ¡Hay semejante maldad!
DON JUAN. Mi paciencia ha sido tanta,
Porque he pensado (y es justo)
Que, como los años pasan,
Pensará este caballero
Que esta es Bárbara, su esclava,
Por el nombre, y porque acaso
Tendrá alguna semejanza
Con la que en Indias tenía.
PEDRO. Esa habrá sido la causa
De hablarla y de darte celos.
DON JUAN. Confieso que me los daba,
Como Serafina á Elena.
Mas dime : ¿ qué haré?
PEDRO. Quitarla
Este necio pensamiento
De que con ella te casas.
DON JUAN. ¿Cómo?
PEDRO. Hablando y regalando
Y jurando ; que si hablas,
Juras y regalas, no es
Mar, monte, ni tigre hircana.
Sino mujer tierna sola,
Que ve y oye, entiende y ama.
DON JUAN. ¡Qué desdichados amores!

Cuando esto en Grecia pasara,
No era mucho; pero es mucho
Entre Sevilla y Triana.
Temo su honor y mi vida.

ESCENA XV

FABIO. — DICHOS.

FABIO. Si albricias, Señor, me mandas,
Sabrás las mejores nuevas
Que puede esperar tu casa.
DON JUAN. Yo te las mando.
FABIO. Han de ser
Las que de tu mano aguardan
Mi servicio y mi deseo.
DON JUAN. Di presto.
FABIO. Vino la plata.
¿Pudo ser más presto?
DON JUAN. No
¿Hay cartas?
FABIO. Trujo la carta
Leonardo, y por las albricias
Á Serafina, su hermana,
Tu padre un diamante envía;
Y allá no sé qué se tratan
Los dos.
DON JUAN. ¿Quién llevó el diamente?
FABIO. Bárbara.
PEDRO. De toda España
Será esta plata el remedio.
Suplirá, Señor, las faltas
De las pasadas fortunas.
FABIO. Las albricias que me mandas.
No te han de costar dinero.
DON JUAN. ¿Qué quieres?
FABIO. Sólo que vayas
Y le pidas á Señor....
DON JUAN. Di lo demás: ¿qué te paras?
FABIO. Que con Bárbara me case,
Porque es india, aunque es esclava,

Y de gente principal.
DON JUAN. Pedro, sólo esto faltaba. (*Ap. á él.*)
PEDRO. Si quiere lo que tú quieres,
Milagros son de su cara.
DON JUAN. (*A Fabio.*) ¿Hasla hablado?
FABIO. Ayer la hablé,
Y púsose como un nácar.
DON JUAN. Ahora bien, á hablarla voy.
FABIO. Vivas más, por merced tanta,
Que un bando en ciudad pequeña.
DON JUAN. (*Ap.*) Hoy se juntan mis desgracias.
¿Qué habrá que no me persiga? (*Vase.*)
PEDRO. ¡Brava mujer, Fabio!
FABIO. Brava.
PEDRO. Tuya pienso que será,
Aunque el casamiento amansa. (*Vanse.*)

Sala en casa de Leonardo.

ESCENA XVI

ELENA, SERAFINA, FINEA.

SERAFINA. Aquella ropa, Finea,
Á Bárbara le darás,
Y á tu señor le dirás
Que el rico diamante emplea
En sola mi voluntad.
ELENA. Y en vuestro merecimiento;
Que aun le juzgo atrevimiento
Si valiera una ciudad.
SERAFINA. Ya, Bárbara, no me ves.
Solíamos ser amigas.
ELENA. ¡Ay, Señora! ¡no lo digas
Por tu vida! que después
Que vino á casa don Juan,
Mi señor, no tengo un punto
De descanso, porque junto
Todo el trabajo me dan.

¿Piensas que la hacienda es poca?
Todo es lavar, jabonar
Y almidonar : no hay lugar
Para ponerme una toca.

SERAFINA. Pues no se te echa de ver.
Envidia tengo á tu aseo.

ELENA. Antes si os veis como os veo,
De vos la podéis tener;
Que si ya por él no fuera,
Veros fuera mi placer.
Pero ¿cómo os puedo ver,
Si nunca veros quisiera?

SERAFINA. Eso que te cansa á ti.
Tuviera yo por regalo.

ELENA. Pues es para mí tan malo,
Que vivo fuera de mí.

SERAFINA. Yo, como quiero á don Juan,
Sólo servirle deseo.

ELENA. Yo también ; mas siempre veo
Que pesadumbre me dan.

SERAFINA. Poca tendrás; que ya está
Mi casamiento tratado;
Porque se ha desengañado
Don Fernando de que ya
Es imposible volver
Al hábito que solía.

ELENA. Deseando estoy el día
Que don Juan tenga mujer,
Para pedir libertad.

SERAFINA. Tú la tendrás, si yo puedo.

ELENA. Si vos os casáis, ya quedo
Libre. ¡Ay, si fuese verdad!

SERAFINA. Ruégalo, Bárbara, á Dios;
Y aunque yo no lo merezca,
Siempre que ocasión se ofrezca
De que estéis juntos los dos,
Dile alabanzas de mí.

ELENA. Y ¡cómo si las diré!

SERAFINA. Un vestido te daré.

ELENA. Como eso espero de ti.

SERAFINA. Enamórale; que puede
Mucho una buena tercera.

ELENA. Puesto que no lo estuviera,
Tengo de hacer que lo quede.
SERAFINA. Pues abrázame, y adiós.
ELENA. Él os guarde, reina mía. (*Abrázanse*).
SERAFINA. ¡Ay! ¡Llegue, Bárbara, el día
Que estemos así los dos!
(*Vanse Serafina y Finea.*)

ESCENA XVII

ELENA.

Cansóse la fortuna en perseguirme;
Que ya no tiene mayor mal que hacerme.
¡Qué necia he sida yo, por mujer firme!
¡Qué puedo ya perder sino el perderme!
Vamos adonde salga á recibirme
Aquel traidor que acaba de venderme;
Que fundado en el gusto de engañarme,
Por matarme, no acaba de matarme. (*Vase.*)

Sala en casa de don Fernando.

ESCENA XVIII

ELENA, *y después*, DON JUAN Y PEDRO.

ELENA. Entrando voy por esta casa agora,
Como quien sube pasos á la muerte,
Y apenas tiene ya de vida un hora,
Y en esa voy, dulce enemigo, á verte.
Este hierro de amor que el amor dora,
Esta crueldad de mi fineza advierte:
Ésta será blasón para mi nombre,
Que ha de informar la ingratitud de un hombre.
(*Sale don Juan con gabán, como que se levanta, y Pedro con un espejo.*)
DON JUAN. Muestra ese espejo.

PEDRO. ¿A qué efecto,
Sí está aquí Elena, Señor?
DON JUAN. Con la tapa del rigor,
No será el cristal perfecto.
PEDRO. Criados hay por aquí.
Mirad los dos cómo habláis;
Que celosos no miráis
En que os miren.
DON JUAN. Es ansí. —
Llega y ponme esta valona. (*Á Elena.*)
ELENA. No quiero.
DON JUAN. ¡Qué buena esclava!
ELENA. Cuando lo fuera, no estaba
Obligada mi persona
Á llegaros á la cara.
Eso es de propria mujer:
Llamad la que lo ha de ser;
Que á mí me cuesta muy cara.
DON JUAN. Huélgome de que lo niegues,
Pues quedo, como es razón,
Libre de la obligación.
ELENA. Que la escritura me entregues
Aguardo.
DON JUAN. ¿Cuál escritura?
ELENA. Esa de tu casamiento.
Porque es el apartamiento
Que mi libertad procura.
DON JUAN. No, sino la que Ricardo
Dice que tiene de ti.
ELENA. ¿Qué Ricardo?
DON JUAN. Vino aquí
Ese tu amante gallardo,
Y dice que eres su esclava,
Y que un soldado te hurtó:
Y esto bien lo entiendo yo.
ELENA. ¿Pues no, si tan claro estaba?
DON JUAN. Y ¡cómo! si es invención
Que entre los dos se ha tratado
Para irte, sin cuidado
De mi padre y tu opinión!
ELENA. Cuando yo me quiera ir,
¿Adónde me han de buscar?

DON JUAN. Pues yo me quiero vengar;
Que sé amar y no fingir.
Llega, llega.
ELENA. Sí llegara,
Si en cada mano tuviera
Cinco puñales.
PEDRO. Hiciera
Rallo tu cara.
DON JUAN. Repara
En la crueldad con que vienes.
ELENA. ¿Qué importa que te quitara
La cara, pues te dejara
Una de las dos que tienes?
PEDRO. Esta amistad quiero hacer.
ELENA. Con éste principio. (*Dale.*)
PEDRO. Dióme.
ELENA. Eso el alcahuete tome,
Mientras que le vuelvo á ver.

ESCENA XIX

DON FERNANDO. — DICHOS.

D. FERNAN. ¿Qué es esto, Bárbara?
ELENA. Ha dado
Pedro en requebrarme.
D. FERNAN. Ha hecho
Muy bien.
PEDRO. Estoyme burlando.
ELENA. ¡Conmigo se burla el necio!
D. FERNAN. Don Juan, pues ya estás vestido,
Esta mañana vinieron
Leonardo y el escribano:
Entra, por tu vida, adentro,
Firmaremos la escritura;
Que los suyos y mis deudos
Han ido por Serafina,
Tu mujer; porque en sabiendo
Que fué por quien has dejado
Aquel intento primero,
Como ella propria me ha dicho,
Y que siendo tu deseo

No tuve que preguntarte,
Hicimos nuestro concierto
Con el secreto que es justo.
En fin, te casas sin suegro,
Y con veinte mil ducados.

DON JUAN. ¡Agora, Señor! ¡Tan presto!
Mirémoslo más de espacio.

D. FERNAN. Por Dios, don Juan, que no entiendo
Tu condición. ¡Ni casado,
Ni clérigo!

DON JUAN. Yo no puedo
Dejar de serte obediente;
Pero digo que pensemos
Si acertamos, más de espacio.

D. FERNAN. ¿Si acertamos, majadero?
¿Merecéis vos descalzar
Á Serafina? ¿Qué es esto?
Dejáis cinco mil ducados
Por ella, y agora, necio,
¡Queréis quitarme el jüicio!
Entrad dentro.

DON JUAN. Voy. — ¡Ay, Pedro! (*Ap. á él.*)
Quédate aquí con Elena.

PEDRO. Hablando de Elena quedo.

ESCENA XX

DON FERNANDO, ELENA, PEDRO

D FERNAN. Ea, Bárbara, esta casa
Me poned como un espejo.
Aderezad ese estrado. —
¡Tristeza! Pues ¿qué tenemos?
¿Qué cara es esa? ¿No habláis?
Días ha, perra, que os veo
Muy triste y muy entonada.
Vos ¿pensáis que no os entiendo?
Érades ya la señora;
Y con este casamiento,
Os pesa que Serafina
Á esta casa venga á serlo;

Que desde que se trató,
Andáis que es vergüenza veros.
¡Estábades enseñada
Á hombre solo! Pues ponéos
De lado; que tengo nuera,
Que ha de tener el gobierno
Y las llaves de mi casa. —
Pues, ¿qué te parece, Pedro,
De esta esclava?

PEDRO. Á mí.. Señor,
Tiene poco entendimiento.
La mejor, cuando se emperra,
Tiene estos reveses.

D. FERNAN. Creo
Que la habremos de vender. *(Vase.)*

ESCENA XXI

ELENA, PEDRO

ELENA. ¿Adónde habrá sufrimiento
Para tan grandes fortunas?
Ya ¿no me bastaba ¡cielos!
Perder honra y opinión,
Sino pasar por desprecios
De esclava, como si fuera
Verdad que lo soy? Mas pienso
Que siempre lo fuí, y el hombre
Que me ha perdido, es mi dueño. —
Pedro, ¿sabes tú quién soy?

PEDRO. ¿Qué dices?

ELENA. En algún sueño
Pensé que era yo en Triana
Una mujer que trujeron
De Méjico allí sus padres:
Su nombre, si bien me acuerdo,
Era doña Elena.

PEDRO. Mira
Que este triste pensamiento
Te vuelve loca. No eres
Esclava; que amor te ha hecho

Herrar el rostro.
ELENA. Es verdad.
Sí, bien dices: amor tengo.
Pero sin duda ¿soy yo?
¿Sábeslo, Pedro, de cierto?
PEDRO. Pues ¿no? Y ¡cómo si lo sé!
Y que el hierro que te has puesto
Te agradece mi señor;
Porque han mentido los celos,
Si te dicen que pretende
Ese injusto casamiento
De Serafina.
ELENA. ¡Ah, traidor,
Fementido, infame, perro!
Yo te quitaré la vida;
Que como fuiste el tercero
De sus amores, me engañas.
PEDRO. Señora, envaina los dedos;
Que me has deshecho la cara.
Que se le antoje el pescuezo
Á una preñada, está bien.
Muerda; pero no con celos.

ESCENA XXII

SERAFINA, LEONARDO, FINEA, ACOMPAÑAMIENTO. — DICHOS.

LEONARDO. ¿Si habrá venido el notario?
FINEA. Aquí están Bárbara y Pedro.
SERAFINA. Pero ¿dónde está don Juan?
PEDRO. Pienso que están allá dentro
Él, su padre y el notario. (*Vase.*)
SERAFINA. Bárbara, ¿no me hablas?
ELENA. Vengo
Á aderezar los estrados
Y componer los asientos...
(*Ap.* Para los jueces que hoy
Han de sentenciar mi pleito.)

. . . .

ESCENA XXIII

DON FERNANDO, DON JUAN, PEDRO, UN NOTARIO. — ELENA, SERAFINA, LEONARDO, FINEA, ACOMPAÑAMIENTO.

NOTARIO. Sólo resta que firméis,
Pues ya vino esta señora.
D. FERNAN. Mi Serafina, en buen hora
Esta vuestra casa honréis.
ELENA. (*Ap.*) ¡ Que pueda yo estar aquí!
¿Qué perdón del Rey espero,
Si llega el cordel primero?
SERAFINA. Señor, hoy tenéis en mí
Una esclava en vuestra casa.
ELENA. Pues si ya esclava tenéis,
¿ Para qué á mí me queréis?
PEDRO. (*Ap. á Elena.*) Calla, hasta ver lo que pasa.
ELENA. (*Ap. á Pedro.*) ¿ Cómo puedo yo callar?
PEDRO. Tú lo has de echar á perder.
ELENA. Pues ¿ qué me falta que hacer,
Sino dejarlos casar?
D. FERNAN. Pedro, ¿ qué dice esa esclava?
PEDRO. No sé qué pasión le dió
De unos berros que cenó,
Si acaso en ellos estaba,
Cual suele, algún anapelo.
D. FERNAN. Pues calle, ó llévala allá.
NOTARIO. Sabed, señores, que está
(La ejecución quiera el cielo)
Hecho por esta escritura
Concierto de voluntad
De entrambos.
ELENA. (*Bajo.*) ¿ Hay tal maldad?
PEDRO. (*Ap. á Elena.*) Calla, sufre, ten cordura.
¿ No ves que la están leyendo,
Y que la quieren firmar?
ELENA. ¿ Qué me queda que esperar,
Pedro, si me estoy muriendo?
PEDRO. Desde una reja miraba

Un canónigo en Toledo
Una mula, que sin miedo
De una peña en otra daba,
Para despeñarse al río.
Dábanse prisa á salir,
Y él, sin cesar de reir,
Daba en aquel desvarío
Hasta verla despeñar;
Pero viendo como un rayo
Ir tras ella su lacayo,
Volvió el placer en pesar,
Sabiendo que era la suya.
Y puesto, Elena, que sea
Comparación baja y fea
Para la desgracia tuya,
Parece que está don Juan
Viéndote andar por las peñas,
Y que ya está, por las señas
Que ya mis ojos le dan,
Aunque el dolor disimula,
Para dar voces dispuesto :
« Señores, acudan presto;
Que se despeña mi mula. »

ELENA. Pues ya me ha desconocido,
Él me dejará caer.

PEDRO. Ya acabaron de leer.

ELENA. (*Ap.*) Yo he de perder el sentido.

NOTARIO. Con esta podéis firmar.
(*Ofreciendo una pluma á don Juan.*)

ELENA. Mas yo firmaré por él;
Que con rasgar el papel
Me acabo de despeñar. (*Cógelo y rómpelo.*)

D. FERNAN. Suelta la escritura, loca.

ELENA. Pues suélteme aquel á mí,
Por quien el seso perdí.

D. FERNAN. ¡ Á qué dolor me provoca!

DON JUAN. (*Ap.*) Temblando estoy. ¿ Si diré
Quién es?

NOTARIO. Toda la rompió.

D. FERNAN. Llevadla de aquí.

ELENA. Si yo
Soy loca, la culpa fué

De este traidor, que me ha dado
La causa por qué lo estoy.

ESCENA XXIV

FABIO. — DICHOS.

FABIO. (*Dentro.*) Esperad; que á decir voy,
Señores, que habéis entrado. (*Sale Fabio.*)
D. FERNAN. ¿Qué es eso, Fabio ?
FABIO. Aquí están,
Señor, con un mandamiento
Para que se deposite
Esta esclava.
D. FERNAN. Entre su dueño,
Sin los que vienen con él;
Que este no es día de pleitos,
Y es mucha descortesía.

ESCENA XXV

RICARDO, FLORENCIO. — DICHOS.

RICARDO. Yo vine aquí, no sabiendo
Esta ocupación, señores,
Y que perdonéis os ruego;
Que yo volveré otro día.
ELENA. ¿Para qué, si desde luego
Digo que mi dueño sois.
Y que como á tal os quiero?
Ea, vámonos de aquí;
Que cuanto decís confieso;
Que si negaba ser vuestra,
Fué la causa el amor ciego
Que en esta casa tenía;
Pero ya conozco el vuestro.
Ea, ¿qué hacemos aquí?
RICARDO. Pues para que no entren dentro
Los que han venido conmigo,
Guardando el justo respeto,

Dadme, señores, licencia
Para que, como su dueño,
Lleve esta esclava á mi casa.

DON JUAN. No pienso yo, caballero,
Que basta para llevarla
Que ella, con el mucho exceso
De la locura en que ha dado,
Diga que es vuestra.

D. FERNAN. Sin esto,
Son cuatrocientos escudos
Los que han de venir, primero
Que la saquen desta casa.

RICARDO. Si me la hurtaron, no tengo
Obligación de pagarla.
Pésame de haberos puesto
Demanda en esta ocasión;
Pero esto tiene remedio,
Depositándola en tanto
Que averiguamos el pleito.

DON JUAN. ¿Qué depósito mejor
Se le puede dar que el nuestro?

RICARDO. Esto no; mas por los dos
La tendrá el señor Florencio.

ELENA. ¿Para qué, si yo soy vuestra,
Y lo digo y lo confieso?
Y si en el dinero topa,
Vengan á contarlo luego;
. . . .
Que el mismo en escudos tengo,
Como lo dió don Fernando.

DON JUAN. Dejádmela hablar primero. —
Oye aparte. (*Á Elena.*)

ELENA. ¿Qué me quieres?

DON JUAN. Elena, aunque estás sin seso,
No igualas á mi locura,
Porque entre tantos extremos
De confusión divertido,
Sólo á pensar me detengo,
Cómo, guardando tu honor,
Podemos hallar un medio
Para que lleguen al fin
Tu esperanza y mi deseo.

ELENA. ¡Oh qué gracioso letrado!
Preguntalde el cuento á Pedro
Del canónigo y su mula;
Que estáis muy de espacio, viendo
Que voy al profundo pico
De la ingratitud que veo
En vuestra crueldad, don Juan,
De peña en peña cayendo. —
Ea, vámonos de aquí.
Ricardo ha de ser mi dueño:
Yo le daré posesión
De mi alma y de mi pecho;
Y tú, perro fementido,
Quedarás trocando el hierro,
Por infamia de los hombres,
Cobarde, vil caballero,
Mal parecido á tu padre,
Sino á quien...

DON JUAN. Tente.

ELENA. No quiero.

DON JUAN. Tente, luz de aquestos ojos;
Mi bien, tente.

D. FERNAN. ¿Qué es aquello?
¿*Ojos* y *bien* á una esclava?

RICARDO. Vamos, Bárbara.

DON JUAN. Tenéos;
Que os engaña el parecerse
Á quien pensáis.

RICARDO. Lo que pienso
Es que aquella esclava es mía.

DON JUAN. Mirad si el engaño es cierto,
Pues es mi mujer.

D. FERNAN. ¿Quién?

ELENA. Yo.

D. FERNAN. ¡Mujer una esclava, perro!
¡Nunca viniera á mi casa!
Llevalda, Señor, os ruego;
Llevalda; que yo os perdono
Los escudos.

ELENA. Paso, quedo;
Que soy mejor que don Juan;
Que por agradecimiento

De que dejase por mí
Dignidad, padres y deudos;
Sabiendo que vos, airado,
Por venganza ó por desprecio,
Queríades adoptar
Por hijo y por heredero
De vuestra hacienda un esclavo
(¡Desesperado consejo!),
Hice que un criado mío
Me vendiese; que este hierro
Es fingido, como veis,
Pues me lo quito tan presto. *(Quítasele.)*
Es doña Elena mi nombre...
Vivo en Triana... No es tiempo
De cansar con relaciones...
— Disculpo á este caballero,
Que me tuvo por su esclava;
Y á esta señora le dejo
Á don Juan, porque es muy justo:
Con que á Triana me vuelvo,
Contenta de que he tenido
Para ser, valiente pecho,
Esclava de su galán.

SERAFINA. La acción que á casarme tengo,
Señora, os doy por hazaña
De tanto valor.

D. FERNAN. Suspenso
De lo lo que mirando estoy,
Digo que á don Juan le ruego
La dé la mano y los brazos,
Por que tan heroicos hechos
Merecen premios mayores.

PEDRO. Señores, oigan á Pedro.

DON JUAN. ¿Qué quieres decir?

PEDRO. Que aquí,
Senado ilustre y discreto,
La esclava de su galán
Da fin á servicio vuestro.

FIN DEL TOMO SEGUNDO.

ÍNDICE

DEL TOMO SEGUNDO

COMEDIAS.

Lo cierto por lo dudoso 3
El acero de Madrid 93
El premio del bien hablar 191
Por la puente, Juana 267
La esclava de su galán 339

TIP. GARNIER HERMANOS, 6, CALLE DES SAINTS-PÈRES. — PARÍS.




University of Toronto
Library
DO NOT
REMOVE
THE
CARD
FROM
THIS
POCKET
Acme Library Card Pocket
LOWE-MARTIN CO. LIMITED
328245
Author Vega Carpio, Lope Félix de
Title Obras escogidas; ed. by Zerolo. Vol.2.
LS
V4222

